

MARK
EDWARDS

HASTA EL FIN
DE TUS DÍAS

TRADUCCIÓN DE ANA ALCAINA

amazon crossing 

HASTA EL FIN
DE TUS DÍAS

MARK EDWARDS

HASTA EL FIN DE TUS DÍAS

Traducción

Ana Alcaina

amazoncrossing 

Título original: *Follow You Home*
Publicado originalmente por Thomas &
Mercer, Estados Unidos, 2015

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU
Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Noviembre, 2016

Copyright © Edición original 2013 por
Mark Edwards

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2016
traducida por Ana Alcaina Pérez

Diseño de cubierta por *theWorldofDot*,
Milano

Imagen de cubierta © Kevin

Trageser/Getty Images; ©

Aleshyn_Andrei/Shutterstock

Producción editorial: Wider Words

Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503938564

www.apub.com

ACERCA DEL AUTOR

Mark Edwards escribe *thrillers* psicológicos y le apasionan las historias en las que la gente normal vive situaciones extraordinarias y espeluznantes. Su fuente de inspiración son autores como Stephen King, Ira Levin, Ruth Rendell, Ian McEwan y Donna Tartt.

Actualmente, se dedica de lleno a su carrera como escritor, pero antes había trabajado como temporero, en el departamento de reclamaciones telefónicas de una empresa ferroviaria y

como profesor de inglés en Japón. También ha sido director de *marketing*.

Mark es coautor de una serie de novelas de suspense junto a Louise Voss. Su primera obra en solitario fue *The Magpies*, que encabezó las listas de los libros más vendidos en Kindle en el Reino Unido durante tres meses. Posteriormente fue reeditada y publicada por Thomas & Mercer en noviembre de 2013.

Vive en Inglaterra con su mujer, sus tres hijos y un gato atigrado.

Los lectores pueden ponerse en contacto con él a través de:

markandlouise@me.com

Twitter: [@mredwards](https://twitter.com/mredwards)

Facebook:

www.facebook.com/vossandedwards

Otros libros escritos por el autor: *The Magpies, Kissing Games, What You Wish For, Because She Loves Me.*

Con Louise Voss: *Forward Slash, Killing Cupid, Catch Your Death, All Fall Down, From the Cradle.*

ACERCA DE LA TRADUCTORA

Ana Alcaina es traductora *freelance* del inglés al castellano y licenciada en Traducción e Interpretación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Se dedica a la traducción literaria desde 1997 y ha publicado más de cien títulos de una amplia variedad de géneros.

Dentro de la novela policiaca y de suspense, destacan sus traducciones de autores como P.D. James, Gillian Flynn, Simon Beckett o Clare Mackintosh.

Además, es cofundadora de la

agencia de producción editorial Wider Words y forma parte del colectivo de traductores ANUVELA, responsables de verter al castellano la obra de autores de gran éxito comercial como Ken Follett o Katherine Neville.

Desde 2009 compagina su labor como traductora con las clases como profesora asociada en la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Con el sello Amazon Crossing ha publicado la traducción al castellano de *Huida*, del autor Simon Wood.

*En memoria de Philip Davies,
1971-1990*

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CUARTA PARTE

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

QUINTA PARTE

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[SEXTA PARTE](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

CAPÍTULO 61

CAPÍTULO 62

SÉPTIMA PARTE

CAPÍTULO 63

CAPÍTULO 64

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

NOTA DEL AUTOR

Algunas partes de esta novela están ambientadas en Rumanía. Me he tomado ciertas licencias con la geografía de ese país, incluida la ruta que sigue el tren nocturno para cubrir el trayecto de Budapest a Sighișoara. La ciudad de Breva es ficticia, al igual que el puente de Thornberry en Londres.

Más libros en
www.DESMIX.net

PRIMERA PARTE

HUNGRÍA-
RUMANÍA
AGOSTO DE
2013

CAPÍTULO 1

El tren nocturno a Sighișoara, que debía salir de Budapest a las once, llevaba retraso. La estación estaba en silencio y el ambiente era poco acogedor; los bares y las tiendas habían cerrado hasta el día siguiente y se intuía la presencia de unas figuras agazapadas entre las sombras de la esquina del edificio. Nos sentamos en el suelo duro, cansados después de pasarnos todo el día recorriendo la ciudad con el calor

asfixiante del verano y la mochila a cuestas. Una pandilla de adolescentes merodeaba por allí, gritando, haciendo poses y molestando a los transeúntes para pedirles tabaco. Un hombre de mediana edad se nos acercó a preguntarnos si queríamos una comida caliente y un lugar donde dormir, pero su empalagosa sonrisa se desvaneció en cuanto lo echamos de allí. Unos policías armados patrullaban en parejas, examinándonos con mirada recelosa al pasar por nuestro lado.

De modo que sentimos un gran alivio cuando el tren llegó al fin al andén y más viajeros —aunque menos de los que esperaba— aparecieron de repente, como surgidos de la nada.

Cuando estábamos a punto de subir al tren, atraje a Laura hacia mí y le dije:

—Te quiero.

Me besó.

—Yo también te quiero, Daniel.

Aunque seas un tacaño.

—Oye... —empecé a protestar, pero ella me dio la espalda, cargó con su bolsa y, cuando avanzaba hacia el tren, se volvió para mirarme y me lanzó una sonrisa que me dio a entender que no estaba enfadada conmigo. La seguí.

Al pasar de largo por delante de los cómodos compartimentos del coche cama, me pregunté si no habría cometido un error. Me tocaba a mí comprar los pasajes, pero en lugar de reservar una litera en el coche cama, había optado, en

el último momento, por dos asientos en clase turista porque estaban a mitad de precio.

Laura me vio mirando por la ventana del compartimento del coche cama y se detuvo a mi lado.

—La verdad es que es una pena — dijo.

—¿El qué?

—Bueno, pues que me moría de ganas de hacerlo en un tren. Nunca lo he hecho en un vagón de estos.

Me di una palmada en la frente.

—¿Crees que es demasiado tarde para cambiar los pasajes?

Pero en lugar de contestarme, se echó a reír y siguió andando, dejando atrás el lujo relativo de los compartimentos del

coche cama para entrar en el vagón de clase turista. Laura examinó el vagón vacío y eligió un par de asientos hacia el fondo. Sacó su Kindle y una botella de agua de la bolsa y se recostó en el asiento doble, tapizado con un desgastado terciopelo gris, tratando de ponerse cómoda. Yo me senté junto a la ventanilla, con la esperanza de que el aire acondicionado del tren fuese lo bastante potente para neutralizar la humedad de la noche. Me quité las gafas para limpiarme el sudor de la cara y volví a ponérmelas justo a tiempo de ver a una pareja joven corriendo por el andén. Consiguieron subirse al tren segundos antes de que este diera una sacudida y arrancara con un traqueteo.

Se anunció algo por megafonía y nos pusimos en camino.

La pareja que había visto correr por el andén irrumpió atropelladamente en nuestro vagón, jadeando, el hombre riéndose mientras la mujer que lo acompañaba arrugaba la frente y lo miraba con gesto malhumorado. Llevaban bolsas de viaje, que colocaron en el portaequipajes antes de ocupar los asientos al otro lado del pasillo, delante de Laura y de mí. Les sonreí y luego aparté la mirada. Aunque habíamos trabado amistad con algunas parejas durante nuestro viaje por Europa, intercambiando *emails* y nuestras cuentas de Twitter, yo prefería observar a la gente primero y asegurarme de que

no eran raros antes de entablar conversación.

Guiándome solo por las apariencias, formaban una pareja curiosa y no pegaban mucho, la verdad. Los dos debían de tener unos veintipocos años, pero yo nunca habría dicho que aquellos dos pudiesen ser pareja. Él era bajo y robusto, tenía el pelo corto y rubio y llevaba una camiseta y unos pantalones estilo cargo de color caqui. Un tipo del montón que pasaba horas y horas en el gimnasio, eso era evidente. La chica, por el contrario, iba vestida toda de negro, con una chaqueta de cuero encima de una camiseta de los Stranglers, además de unos vaqueros ajustados y botas de motorista. Llevaba el pelo

negro a juego con la ropa, con algunas mechas de color rojo vivo. Bajo unas pestañas maquilladas con una espesa capa de rímel, tenía los ojos del color del café solo. A un tono del negro azabache. Era bastante más alta que él, debía de rondar el metro ochenta, por lo que de pie le sacaba casi una cabeza, cosa que me recordó a otra pareja, la de Popeye y Olivia.

Hablaban una lengua de Europa del Este, obviamente, pero para mí era imposible adivinar si eran de Hungría, de Rumanía o de alguna otra parte de aquel semicontinente.

Mientras el tren se alejaba de la ciudad, otro pasajero entró en el vagón desde el extremo del fondo. Tenía unos

cuarenta años y era un hombre corpulento, con el pelo rapado al cero y la cara señalada de marcas de acné. No llevaba equipaje. Aunque la mayoría de los asientos del vagón iban vacíos, se sentó delante de Laura y de mí, en diagonal. Nos repasó de arriba abajo (por su expresión, era evidente que no le gustaba lo que veía) y luego cerró los ojos y se abanicó con un periódico.

Vi desfilar Budapest por la ventanilla, con las luces de la ciudad parpadeando a medida que el tren tomaba velocidad.

—Necesito beber algo —dije al cabo de un rato—. Debe de haber un bar o algún vagón restaurante abierto en el tren.

—No hasta que crucemos la frontera.

Levanté la vista. Era el tipo sentado al otro lado del pasillo. Se encogió de hombros con aire afable y dijo:

—El vagón restaurante no abrirá hasta que lleguemos a Rumanía, dentro de... —consultó su reloj—, unas dos horas y media.

—Ya sabía yo que deberíamos haber comprado provisiones en Budapest.

—No hay por qué preocuparse —dijo, levantándose de un salto—, que nosotros vamos cargados.

Sacó una pesada bolsa de supermercado de su equipaje y atravesó el pasillo para sentarse enfrente de nosotros. Al cabo de unos minutos, su compañera de viaje hizo lo mismo,

acomodándose a su lado y cruzando las piernas. Él abrió dos latas de cerveza húngara y nos las pasó antes de que pudiésemos protestar.

—Me llamo Ion —dijo, abriendo dos latas más y tomando un sorbo de la suya—. Y ella es Alina.

CAPÍTULO 2

Las ventanillas del tren eran de un negro mate, una oscuridad que solo interrumpía el destello ocasional de algunas luces en la distancia. Examiné mi reflejo, una cara alargada que parecía hecha de plástico derretido por el efecto de alguna deformación en el cristal. Daba miedo. Aparté la vista y centré la atención en nuestros nuevos compañeros de trayecto.

Ion apoyó la mano libre sobre la

rodilla de Alina y la acarició. Así que, efectivamente, eran pareja.

—¿Qué os trae a Rumanía? — preguntó él, sonriendo de oreja a oreja. A su lado, Alina esbozaba una sonrisa más discreta, a todas luces aburrida.

Laura respondió antes de que yo pudiera hacerlo:

—Estamos viajando por toda Europa. Hemos pasado estas últimas semanas en distintas playas...

—Qué bien.

—... pero queríamos visitar Europa del Este, empaparnos de algo de cultura en vez de tanta agua y tanto sol.

Ion asintió.

—Buena elección. Rumanía es el país más bonito del mundo. Naturalmente,

hay muchos problemas... de pobreza, con los gitanos rumanos y todo eso. — Agitó la mano en el aire, como si aquel fuese un tema muy aburrido—. Pero esta es la Europa real. Mucho más interesante que cualquiera de las playas de España.

Advertí que Alina hacía una mueca de exasperación, aunque era casi imperceptible.

—¿Y tú también eres rumana? —le preguntó Laura a Alina, tratando de incorporarla a la conversación.

—Sí.

Laura esperó, pero la chica no añadió nada más.

—Es de Sibiu —dijo Ion—. Ahí es adonde vamos ahora, a visitar a sus

padres. Me muero de ganas de ver si la madre de Alina está tan buena como su hija.

Sonreí.

—Hablas muy bien mi idioma. Vaya, espero que no te moleste si eso suena muy condescendiente...

—No, no, qué va. Fue ahí donde nos conocimos Alina y yo, en clases de lengua. —Desplazó la mano hacia arriba por la pierna de su novia, que permaneció impasible—. ¿Y por dónde habéis estado en vuestro viaje por Europa? —preguntó, alternando la mirada entre Laura y yo.

Respiré hondo.

—Empezamos en Bruselas y luego bajamos al sur y atravesamos Francia,

luego España, pasamos una semana en Ibiza, luego fuimos a Italia..., a Roma y a la costa de Amalfi..., y luego seguimos por Grecia, subimos hasta Croacia y llegamos a Hungría.

Eso era todo. Dos meses increíbles condensados en una lista de la compra. Los detalles, los recuerdos, eran preciosos para Laura y para mí. El viaje, nuestro «Grand Tour», como nosotros mismos lo llamábamos jocosamente, había supuesto para los dos una auténtica transformación. Habíamos sido los típicos turistas en la Torre Eiffel y en el Louvre, observando a la gente y sintiendo cómo todos los nudos musculares se nos deshacían cuando por fin nos relajábamos después

de una temporada muy intensa en casa. Nos habíamos desmelenado totalmente en España, bailando y bebiendo en el festival de música de Benicàssim, y en Ibiza saliendo de fiesta toda la noche y durmiendo por el día. Habíamos ido de compras, alquilado un *motorino* y salido otra vez de compras en Roma. Habíamos hecho el amor en una playa de la costa de Amalfi, tumbados bajo las estrellas y hablando de los hijos que tendríamos cuando regresásemos a Inglaterra. Habíamos practicado buceo con tubo entre un arcoíris de peces en las aguas de Santorini. Nos habíamos hecho tantas fotos en el Parque Nacional de los Lagos de Plitvice que empezaba a sentir que se me gastaba el alma.

Aquello era la vida, la auténtica, vivir de verdad, unos momentos mágicos que desfilarían por delante de nuestros ojos cuando llegara la hora de morir. Y compartir aquello, vivir todas esas experiencias los dos juntos, significaba que Laura y yo estábamos más unidos que nunca.

Hablar con Ion y Alina, explicarles aquel resumen esquemático de nuestro viaje, hizo que echase de menos a mi mejor amigo en Inglaterra, Jake. Era la única persona, aparte de Laura, con quien podía mostrarme completamente franco y sincero. Cada vez que podía le escribía largos *emails* relatándole todo lo que Laura y yo habíamos hecho, como si fueran las páginas de mi diario. A

cambio, él me contaba todas las cosas emocionantes que le estaban pasando en Londres mientras seguía esforzándose por triunfar en su carrera como músico.

Me quedé callado, preguntándome si debía contarles algo más a aquellos extraños, sin querer entrar en detalles sobre el cansancio que se había apoderado de nosotros los últimos días, estando en Dubrovnik y Budapest. Tal vez hubiese sido la nostalgia de estar ya echando de menos Inglaterra, a pesar de lo bien que lo estábamos pasando, o tal vez sentíamos la necesidad tan humana de asentarnos en un lugar concreto, de pasar un tiempo sin movernos de un mismo sitio, pero lo cierto es que nos pesaban más las piernas, y nos había

costado sentir entusiasmo por aquellas dos magníficas ciudades. Laura había sugerido volver a Italia o a España, alquilar un apartamento y quedarnos quietos un tiempo, pero yo insistí en que teníamos que continuar con el Tour. Seguir con el plan inicial. Después de Rumanía, regresaríamos rumbo al norte: Rusia, Alemania y luego Escandinavia. Teníamos previsto terminar el Tour en Estocolmo el día que yo cumplía los treinta y cinco. Luego volveríamos a casa en avión, a Londres.

Para casarnos. Para formar una familia. No necesariamente en ese orden. La mejor amiga de Laura, Erin, estaba embarazada, y yo sabía que en cuanto Laura viese al niño o niña de

Erin, ella querría quedarse embarazada cuanto antes. Y a mí me parecía bien.

—¿Y viajáis los dos solos? — preguntó Ion.

—Así es.

—Parece que lo habéis pasado de maravilla.

—Ha sido...

—No hay palabras, ¿verdad?

—Exactamente.

Antes de que pudiese añadir algo más, vi a Ion mirar a Laura y fruncir el ceño con gesto sorprendido, así que volví la cabeza hacia ella. Parecía incómoda.

—Oye, lo siento si os estamos molestando... Podemos volver a nuestros asientos, ningún prob...

—No, no; no sois vosotros.

Inclinó el cuerpo hacia delante, y tanto Ion como yo la imitamos de manera que los tres nos acercamos, formando una piña. Alina permaneció igual, sentada con la espalda erguida.

—No miréis —dijo Laura—, pero ese tipo de ahí está mirándome todo el rato.

No pude evitar levantar la vista. El hombre del pelo rapado que había entrado en el vagón después de Ion y Alina ahora tenía los ojos abiertos y estaba leyendo un periódico.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Sí —masculló—. Estaba... mirándome las piernas. Lo está haciendo ahora mismo.

Volví a dirigir la vista hacia él y la mirada del hombre se desplazó hacia arriba hasta mirarme a los ojos. Su expresión era inescrutable, pero me sostuvo la mirada sin inmutarse, algo que prácticamente nadie haría en mi país. Al final, con una sonrisa aviesa en los labios, volvió a concentrarse en el periódico.

—Cámbiame el sitio —le dije a Laura, que se sentó junto a la ventanilla para apartarse del campo visual de aquel desconocido.

En parte, comprendía perfectamente por qué miraba a Laura, con aquella melena rubia cobriza, sus ojos azules y unas piernas que eran como la octava maravilla del mundo natural. Aquella

noche llevaba puestos unos *shorts* porque hacía calor, no porque le gustara que le miraran las piernas.

En teoría, Laura era una mujer que no estaba a mi alcance, pero, por suerte para mí, le atraían los tipos altos con gafas y con pinta un tanto friki. Tengo el pelo de un vulgar color castaño, estoy demasiado flaco y me parezco un poco al típico pardillo de los tebeos de mi infancia, el que siempre acababa recibiendo una paliza. Sin embargo, por fortuna, hay mujeres por ahí que se sienten atraídas por hombres como yo en lugar de sentirse atraídas por los grandullones.

Mientras Laura se cambiaba de sitio, Alina se dio media vuelta y se puso a

mirar sin ningún disimulo directamente al hombre, que estaba observándonos otra vez. Al final apartó la mirada con una mueca desdeñosa.

—Este mundo está plagado de tipos como ese —señaló Ion—, que se creen con derecho a repasar de arriba abajo a las mujeres, como si estuvieran en un escaparate. A Alina le pasa a todas horas.

La chica asintió con la cabeza.

Tomé a Laura de la mano y se la apreté cariñosamente. Yo sabía que se sentía un poco violenta, así que dije:

—Cambiemos de tema.

—Buena idea —respondió Ion—. ¿A qué os dedicáis vosotros dos? Me refiero a cuando no estáis viajando.

—Laura trabaja en el departamento de *marketing* de una organización benéfica infantil —dije.

—Interesante.

—No, la verdad es que no lo es —repuso mi novia.

—Pero haces algo bueno.

Laura tomó un sorbo de cerveza. Como era un auténtico peso pluma, para cuando se la acabase ya estaría borracha.

—Sí, es mejor que vender Coca, supongo —dijo.

Ion abrió los ojos como platos.

—Quiero decir Coca-Cola.

Los tres nos echamos a reír. Alina aún seguía lanzándole miradas hostiles al tipo de enfrente.

—¿Imagino que no tenéis hijos? — preguntó Ion.

—No —respondió Laura.

—Todavía no —contesté yo al mismo tiempo.

Ion alternó la mirada entre ambos con curiosidad.

—Este es nuestro último viaje importante antes de formar una familia —expliqué.

—De intentar formar una familia — me corrigió Laura—. A mi edad no se puede dar por sentadas esa clase de cosas.

—Pero si solo tienes treinta y cuatro años.

Ya habíamos tenido esa misma conversación infinidad de veces. Era

una de las razones por las que habíamos hecho aquel viaje en aquel momento: el tictac del reloj biológico de Laura sonaba cada vez con más fuerza —decía que se sentía como el cocodrilo de *Peter Pan*, como si se hubiera tragado un reloj— y yo también estaba preparado. Sin embargo, después de ver que todos nuestros amigos con hijos se veían condenados al suplicio de unas agotadoras vacaciones familiares, había propuesto a Laura que hiciésemos un último gran viaje antes de sentar la cabeza y preparar nuestro nido. Y dicho y hecho, el viaje fue posible gracias a un golpe de suerte... o, mejor dicho, al resultado de un largo período de trabajo intenso.

—¿Y tú? —me preguntó Ion.

—Yo soy programador —contesté—.

Desarrollé una aplicación para iPhone y iPad y se la vendí a una de las grandes multinacionales de tecnología.

Como siempre, puse mucho esmero en parecer modesto más que jactancioso al hablar del tema.

—Y gracias a eso pudimos permitirnos hacer este viaje —añadió Laura.

—¿A qué empresa se la vendiste? —preguntó Ion—. A ver si lo adivino: ¿Google? ¿Facebook?

—No, a Skittle.

Skittle era una de las empresas más importantes de la nueva hornada de tecnológicas que habían surgido como

setas a lo largo de los últimos dos años, especializada en aplicaciones para móviles.

—¡Vaya! Eso es más que increíble. ¿Lo has oído, Alina?

La chica desvió la atención de la ventanilla y me miró, asintiendo.

—Es genial.

—Así que, ¿en Inglaterra eres famoso? —preguntó Ion, con los ojos brillantes.

—¡No! Si apenas me conocen en mi propia casa... ¿Y a qué os dedicáis vosotros dos?

Yo no podía hablar de mi aplicación hasta que se anunciase oficialmente: había firmado un acuerdo de confidencialidad. De forma deliberada,

dirigí la pregunta a Alina, cuyo retraimiento me hacía sentir incómodo, pero Ion respondió antes de que su novia tuviera oportunidad de hablar:

—Alina es ilustradora.

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de cosas ilustras?

—Cómics —contestó, mirándome a los ojos. Por primera vez, vi una chispa de algo más que aburrimiento. Orgullo, además de una pizca de desafío, como si esperase que fuese a burlarme de ella.

—Eso está genial —comenté, verdaderamente impresionado.

—Pues sí —dijo Ion—. Y vamos a hacer una colaboración los dos, ¿a que sí?

Le acarició la rodilla.

—¿Y eso? ¿Es que eres escritor? — pregunté.

Antes de que pudiera abrir la boca, Alina dijo:

—No, no tiene trabajo. No hace nada. Ion bajó el volumen de su sonrisa.

—Eso es un poco injusto.

Aquello era interesante: el repentino restallido de tensión entre ellos. Ion volvió a desplegar su sonrisa, pero apartó la mano de la rodilla de ella.

—Sí, es cierto que en este momento me encuentro sin trabajo, pero estoy escribiendo un libro. Además de... Bueno, de lo mío con Alina.

—¿Y de qué va... el libro?

—Ah, bueno, es como... mi filosofía personal. Mis ideas y mi forma de

pensar respecto a... cosas.

Laura había ido al baño. Me dije que tenía que acordarme de contarle lo del libro de Ion, sabía que le resultaría gracioso.

Cuando Ion estaba a punto de ampliar la información sobre su obra, el tren se detuvo en una estación. Estaba casi desierta, y en el andén solo había un hombre que rondaba la setentena, con una maleta cuadrada, muy voluminosa.

Para mi sorpresa, Alina se levantó de un salto y salió deslizándose por la puerta para ayudar al hombre a subir al tren y meter la maleta en el vagón. El hombre, que parecía lo bastante capaz y robusto para manejar la maleta él solo, le dio las gracias en su idioma y se

dirigió a un asiento en el otro extremo del vagón.



Los cuatro pasamos la siguiente hora charlando tranquilamente. Ion quería saberlo todo sobre la aplicación que había desarrollado y hablamos de eso un rato, mientras Laura y Alina, que había salido de su caparazón tras ayudar al hombre mayor, hablaban de viajes. Como me sentía halagado por el interés y por lo impresionado que parecía Ion —yo estaba acostumbrado a ver como a mis amigos se les cerraban los ojos cada vez que les contaba algo sobre la *app*—, me olvidé por completo de mi

contrato de confidencialidad.

Hacia el final de la conversación, unos guardias de la policía de fronteras húngara, vestidos con chaquetas azules y chalecos reflectantes amarillos, subieron al tren y nos revisaron los pasaportes. Estuvieron examinando el pasaporte de Alina durante largo rato antes de continuar con el siguiente viajero. Al igual que los policías de la estación, llevaban las pistolas metidas en las fundas.

Cuando se fueron y hube guardado los pasaportes y los pasajes en mi bolsa, Laura me susurró al oído:

—Ese tipo estaba mirándome otra vez.

—¿Qué?

—Está mirando mi reflejo en la ventanilla.

—¿No será que te estás poniendo un poco paranoica?

—Puede ser. No sé. —Trazó unos círculos con los hombros y dobló el cuello a uno y otro lado—. Es que estoy muy cansada.

—Sí, yo también —dije, bostezando.

—Pero este asiento es demasiado incómodo.

Ion, que acababa de volver del baño, nos oyó.

—Eh, al final del pasillo hay un compartimento del coche cama vacío. ¿Por qué no vais a echaros un rato ahí? —Hablabá en voz baja, con tono conspiratorio—. Aún faltan un par de

horas para que suban los guardias de la frontera con Rumanía y podemos echar un ojo e ir a despertarnos en cuanto crucemos la frontera.

—No sé... —dijo Laura.

—No pasa nada —le aseguró Ion.

—A mí me parece buena idea — comenté a Laura.

Ella puso cara de indecisión, dividida entre las ganas que tenía de dormir y su aversión a infringir las reglas.

—Anda, Laura —dijo Alina—. Te prometo que os despertaremos.

—No sé...

—Vamos —tercié—. Activaré la alarma del teléfono yo también. ¿A qué hora cruzaremos la frontera?

Ion consultó su reloj.

—Salimos de Budapest con cuarenta minutos de retraso, así que será más o menos a las tres y diez. Tenéis un poco menos de dos horas.

—Bueno, está bien —dijo Laura—. Gracias.

Miró al otro lado del vagón y vi qué era lo que la había hecho decidirse: el hombre estaba observándola otra vez, con la punta de la lengua entre los labios, moviendo la pierna arriba y abajo sin parar. Despacio, apartó la mirada, con una sonrisa burlona en la boca.

CAPÍTULO 3

El compartimento del coche cama era minúsculo, y en él solo había dos literas estrechas con un hueco de apenas un metro entre ellas. Fuera, al otro lado de la ventanilla, reinaba la oscuridad absoluta. Ya nos habíamos adentrado en las profundidades de los campos húngaros. No me imaginaba siquiera qué aspecto podía tener el paisaje al otro lado de la ventana. ¿Habría bosques? ¿Llanuras? Aplasté la cara contra el

cristal. Ni siquiera veía la luz de ninguna estrella; de no ser por el destello ocasional de algún que otro edificio aislado, el tren bien podría estar desfilando a través del espacio. Podíamos estar en cualquier parte. Podíamos estar en el fin del mundo.

Laura se quitó las botas de un puntapié y se desplomó sobre una de las literas. Me senté enfrente de ella y saqué el teléfono del bolsillo delantero de mi bolsa. Estaba a punto de quedarme sin batería —el maldito cacharro estaba casi muerto—, pero activé la alarma de todos modos con la esperanza de que al menos aguantase hasta entonces.

—Dime, ¿qué te parecen nuestros nuevos amigos? —le pregunté.

—No sé. Él se lo tiene un poco creído, ¿no? Me muero de ganas de leer su libro... —Levantó la mirada al techo, con sorna—. Pero la novela gráfica de Alina parece interesante. Me ha contado que trata del poder femenino, que es una especie de vuelta de tuerca feminista en la típica historia de superhéroes. Me ha dicho que me enviará un ejemplar.

—Ah, qué bien. —Me desplazé a su litera y me agaché para besarla—. Antes has dicho que siempre habías querido hacerlo en un tren...

—Lo tuyo es increíble. A ver, si hubieses reservado un coche cama como este para toda la noche, sería distinto, pero hemos venido aquí a echar una cabezadita, ¿recuerdas?

—Vamos, seguro que será muy excitante... ¿Crees que hay alguna posibilidad... —insistí, inclinándome para besarla—, de que pueda persuadirte?

—Mmm... Podría ser. —Me devolvió el beso. Le deslicé la mano por la suave piel del muslo, hacia arriba, y su respiración se fue haciendo cada vez más jadeante. Percibí los latidos acelerados de su corazón cuando se aplastó contra mí—. Echa el cerrojo de la puerta —me ordenó, separándose. Tenía enrojecida la piel que le recubría la clavícula.

Me levanté como pude e intenté echar el pestillo.

—Vaya, mierda... Está roto. No se

cierra.

Esa era seguramente la razón de que el compartimento estuviese libre.

—Pues entonces será mejor que te des una ducha fría.

Me dedicó una de sus sonrisitas, de esas que me volvían loco, y me dio la espalda, volviéndose hacia la pared. No pude evitar reírme. Todo por culpa de un cerrojo roto. Me tumbé en la litera de enfrente y la observé mientras el ritmo de su respiración se apaciguaba poco a poco. Al cabo de unos minutos, ya se había dormido.

Yo estaba decidido a permanecer despierto y volví a sacar el teléfono para jugar a un juego, a pesar de que me consumiría toda la batería. Tenía un

cargador en alguna parte de la bolsa, pero me veía incapaz de reunir la energía necesaria para levantarme de aquel catre a buscarlo. Iba a permanecer en vela de todos modos, por si alguien intentaba entrar por la puerta con la cerradura rota, así que no importaba si me quedaba sin batería. Cargaría el móvil antes de llegar a nuestro destino, siempre y cuando localizase un enchufe, claro está.

El teléfono se me había caído al suelo en Italia, y tenía el cristal de la pantalla resquebrajado. Estuve jugando un rato, forzando la vista a través de la telaraña de grietas, consciente de que cada vez me pesaban más los párpados. Me dije que lo mejor sería dejarlo,

moverme un poco y beber un poco de agua. El tren traqueteaba y me mecía en la litera. Yo tenía que permanecer despierto.

Cerré los ojos un momento, pensando que no iba a hacerme ningún daño descansar la vista unos minutos.



Me incorporé de golpe. Tenía frío y estaba sudoroso, con un extraño regusto en la boca, como si fuera el interior de una tumba. El teléfono se me cayó al suelo con un ruido sordo. Había soñado que estaba en un ataúd y alguien golpeaba la tapa.

PUM, PUM, PUM.

Laura se volvió rodando y abrió los ojos, justo en el momento en que alguien abría la puerta bruscamente y una voz con un fuerte acento extranjero decía:

—Pasaportes.

CAPÍTULO 4

Pestañeé al mirar a los guardias, con el cerebro todavía adormecido, negándose a reaccionar.

El policía que iba delante tenía el brazo extendido.

—Pasaportes.

Laura entró en acción antes que yo, agachándose en el suelo y abriendo la cremallera del bolsillo delantero de mi bolsa.

Los guardias observaron sus

movimientos. El que iba delante debía de rondar la treintena y tenía sobrepeso, era completamente calvo y lucía una barba de tres días. Su compañero era algo más joven, con una barba bien cuidada y unos intensos ojos azules. Los dos compartían la misma expresión malhumorada e impaciente, como si acabaran de recibir la noticia de que iban a recortarles el sueldo. En nuestra guía de viaje decía que los guardias de la frontera rumana eran simpáticos y amables, así que les sonreí y los saludé con la cabeza. No me devolvieron la sonrisa.

Laura me miró por encima del hombro, con la ansiedad reflejada en su rostro, y a continuación abrió la

cremallera de su propia bolsa. Estuvo rebuscando en su interior y luego se volvió de nuevo hacia mí, muy pálida.

—No están —me dijo.

—¿Qué?

Los guardias nos observaron mientras me agachaba en el suelo junto a ella y metía la mano en el bolsillo delantero, donde siempre guardaba los pasaportes, los pasajes y el dinero.

—Pero si estaban aquí... —dije en voz baja—. Estoy completamente seguro. Guardé los pasaportes aquí después de que nos los revisaran los guardias húngaros.

—¿Estás seguro? —me preguntó Laura entre dientes.

—Totalmente. —Me di cuenta de que

me temblaba un poco la voz—. ¿Es que no me viste guardarlos?

—No sé. —Tenía los ojos abiertos como platos, a punto de dejarse dominar por el pánico—. No me fijé, la verdad.

—Vamos —nos insistió el guardia calvo, con brusquedad.

Levanté las manos.

—Un momento, un momento...

Se puso a golpear el suelo con el pie, con el ritmo de un metrónomo, un sonido hueco que resonó por todo el compartimento, mientras yo registraba los bolsillos laterales de la bolsa, sin encontrar nada más que un paquete de chicles y varios recibos y folletos arrugados. Mientras Laura buscaba en su propia bolsa, metí la mano en el bolsillo

principal. Palpé algo que parecía un pasaporte y por un momento sentí que el corazón me daba un brinco, pero solo era un folleto que me había llevado de un museo en Barcelona.

Me concentré en hacer memoria. ¿De verdad había vuelto a guardar los pasaportes en su sitio? Tal vez me los había dejado, sin darme cuenta, en la repisa de la ventanilla, cuando estábamos sentados con Alina e Ion. No. Recordaba haber cerrado la bolsa porque la cremallera se había quedado atascada y tuve que tirar de ella con fuerza para conseguirlo. Definitivamente, había vuelto a guardarlos en el bolsillo delantero.

El guardia seguía dando golpecitos

con el pie. Miré a Laura, que estaba aún más pálida.

—No están... —dije, y los puntos suspensivos se me quedaron atascados en la garganta. El guardia calvo dijo algo en rumano a su colega, con voz grave y gutural y sin rastro de humor.

Me levanté.

—Nuestros pasaportes, nuestros pasajes... Nos los han robado.

El guardia me fulminó con la mirada, primero a mí y luego a Laura, que se puso de pie a mi lado. Le busqué la mano y se la apreté entre las mías. El guardia advirtió el gesto y soltó un resoplido burlón.

—Somos ingleses —dije, como si aquello pudiese suponer alguna

diferencia, y en ese momento fueron dos y no uno los resoplidos burlones. A una parte de mí le dieron ganas de convertir mi comentario ridículo en una broma y mencionar a la Reina, a Harry Potter y al Manchester United. Me mordí la lengua.

—¿Cómo se llaman? —preguntó el Calvo.

Se lo dijimos. Daniel Sullivan. Laura Mackenzie.

Estaba segurísimo de que aquello se arreglaría. De que se pondrían de nuestra parte: éramos víctimas de un delito, y el ladrón debía de seguir aún en el tren. ¿O se habría detenido un momento para que se subieran los guardias? No me había dado cuenta. Daba lo mismo. El caso es que éramos

nosotros quienes habíamos sufrido el percance y aquellos hombres, aquellas dos figuras de autoridad, podrían ayudarnos. Sí, cierto, se suponía que no debíamos ocupar aquel compartimento del coche cama, pero estaba vacío de todos modos. En Inglaterra, cuando viajas en la parte del tren que no te corresponde o sin pasaje, te piden que abones la diferencia o te ponen una multa. Aquello tenía solución, y al final todo se arreglaría.

—Alguien debe de haber entrado en el vagón mientras dormíamos —expliqué—. Nos han robado nuestras cosas.

No tenía ni idea de si los guardias me entendían o no. Me miraban con la cara

inexpresiva. Entonces, el Calvo, que parecía tener más autoridad, dijo algo al Barbudo, quien salió del vagón y desapareció por el pasillo.

El Calvo abrió mi bolsa y empezó a sacar cosas de ella: mis camisetas limpias, la guía de viaje de *Europa en tren*, mis gafas de sol... Al fondo había una bolsa de plástico llena de ropa sucia. Lo vi sacarla y abrirla, y luego hacer una mueca de asco y retroceder unos centímetros. La dejó con el resto de los objetos, que había ido depositando encima de la litera, y lanzó un gruñido antes de pasar a examinar la bolsa de Laura. Abrió la cremallera y echó un vistazo al interior después de tirar su neceser de maquillaje al suelo.

—Eh, no puede hacer eso —protesté.

Sin hacerme ningún caso, hurgó en la mochila de Laura, sacó la bolsa de ropa sucia de ella y la apartó de inmediato. A continuación, extrajo un sujetador limpio de color rosa y negro, lo sostuvo en el aire y miró directamente al pecho de Laura. Me puse delante de ella y él se echó a reír antes de arrojar el sujetador al montón con nuestras pertenencias y soltar su bolsa junto a la mía.

Laura se sentó en la litera y empezó a guardar de nuevo nuestras cosas en las dos bolsas. Estaba temblando, y yo solo pensaba en consolarla, en solucionar aquel embrollo. En poner fin a aquello.

Sentí la necesidad de decir algo al guardia, de apelar a su comprensión, de

hacerle entender la situación, pero antes de que se me ocurriera algo útil, el guardia de la barba regresó. Iba acompañado de otro hombre, alto y delgado, con la cara grisácea. Llevaba un uniforme de la compañía ferroviaria. Sujetaba en la mano una larga hoja de papel con lo que supuse que sería una lista de reservas. Desplazó el dedo por la lista y negó con la cabeza.

El guardia ferroviario y los dos guardias de fronteras intercambiaron unas frases rápidamente.

El Calvo me señaló, hurgando en su memoria para tratar de encontrar las palabras en inglés que necesitaba, y en ese momento apareció Alina.

—Gracias a Dios —exclamé.

Alguien que sabía hablar rumano. Ella se lo explicaría todo a aquellos hombres. Nunca en mi vida me había alegrado tanto de ver a alguien—. Alina, nos han robado los pasaportes, además de los pasajes y de todo nuestro dinero. ¿Puedes explicárselo a estos hombres? Me parece que no lo entienden.

Yo quería que Alina mostrase una actitud seria, serena, pero parecía nerviosa, un poco ansiosa. Habló a los hombres en su lengua materna, con palabras veloces y bruscas.

El Calvo negó con la cabeza, señalándonos primero a nosotros y luego la lista que sujetaba el revisor del tren.

Alina lo escuchó y luego se dirigió a nosotros:

—Dicen que este compartimento no estaba reservado. Que debería estar vacío.

«Ya, sí, claro —me dieron ganas de decirle—. ¿Por qué no les dices que fue idea de tu novio que lo ocupáramos y nos echáramos un rato?» Pero ¿qué iba a conseguir diciendo eso?

Entonces habló el hombre del uniforme del tren. Tenía una voz débil, como de enfisema.

—Os acusan de ser... —Alina hizo un esfuerzo por encontrar la palabra, y se le ocurrió algo que debió de recordar de las películas—. ¿Polizones?

—Nos acusan de viajar sin pagar —dije—, pero es que teníamos los pasajes. Para clase turista. Nos los han

robado. Por favor, díles que lo sentimos, que sabemos que no deberíamos haber ocupado el compartimento del coche cama, pero compramos los pasajes. Hemos sido víctimas de un robo.

Ella asintió y pasó a trasladar mis palabras a los hombres, supuse. El guardia calvo exclamó una palabra universal:

—¡Ja!

Alina volvió a hablar con él, levantando la voz, y su nerviosismo dio paso a un estallido de cólera en toda regla. Deduje por la forma en que la miraban —la chaqueta de cuero, las botas, el pelo y el maquillaje— que pensaban que era una especie de bicho raro. Si hubiese ido un poco más

elegante, o si hubiese sido mayor, si hubiese tenido un aspecto más convencional, tal vez las cosas habrían sido diferentes. O tal vez eran sus modales. Me di cuenta demasiado tarde de que Alina no era la mejor de las embajadoras, y no tardaron en enzarzarse en una acalorada discusión, ella y el guardia calvo, los dos levantando cada vez más la voz, con palabras atropelladas que se agolpaban unas encima de otras, sin escuchar al otro.

Un hombre del compartimento contiguo asomó la cabeza y el guardia barbudo le gritó, de manera que el hombre cerró la puerta inmediatamente.

La discusión entre Alina y el guardia

fue haciéndose cada vez más vehemente, y se intercambiaron palabras duras y encendidas. De pronto, el guardia levantó la mano y soltó, escupiendo, un monosílabo —¿«Basta» o «Se acabó»? — y le dijo algo al revisor, quien asintió y se escabulló de allí.

El guardia calvo nos señaló a Laura y a mí y dijo:

—Vengan.

Alina protestó y él la empujó para hacerla avanzar por el pasillo. Ella insistía en volver atrás, sin dejar de discutir, pero él le colocó las manos entre las escápulas y siguió empujándola.

—¿Qué pasa? —exclamé, mientras los seguía—. ¿Alina?

No me contestó, sino que siguió soltando una retahíla de palabras en rumano.

—Parece que el tren se está deteniendo —dijo Laura en voz baja.

Tenía razón. Estaba reduciendo la velocidad, como si nos acercásemos a una estación, y los frenos chirriaron. El guardia abrió de golpe la puerta que daba al espacio entre los vagones y empujó a Alina para que la cruzara, al tiempo que nos daba órdenes a Laura y a mí:

—Vengan, vengan.

El tren siguió aminorando la marcha, y vimos la inmensa oscuridad que nos rodeaba salpicada por unas luces débiles. El tren siguió frenando y al final

se detuvo; los frenos emitieron un agudo quejido y yo me balanceé hacia atrás y me golpeé el hombro contra la pared. El tren se quedó inmóvil y las puertas se abrieron con un silbido. Miré detrás del guardia y Alina y vi una pequeña estación a la intemperie, con el andén a apenas dos palmos de donde estábamos.

No fue hasta entonces cuando me di cuenta de lo que estaba pasando.

—No —dije, pero el guardia no me hizo ningún caso.

Eché a Alina del tren de un empujón e hizo que cayera de rodillas sobre el andén oscuro; a continuación, tiró del brazo de Laura y también la expulsó. Ella lanzó una especie de grito ahogado mientras caía y saltaba, todo a la vez,

hasta aterrizar de pie en el suelo, logrando mantenerse derecha, sin perder el equilibrio. Por último, el guardia me echó a mí del tren de otro empujón. Me volví para gritarle, para suplicarle, pero se limitó a lanzarnos nuestras bolsas, que impactaron con un ruido sordo a nuestro lado.

—¡No puede hacernos esto! —grité, pero él se limitó a quedarse plantado allí arriba, de brazos cruzados, bloqueando la salida hasta que las puertas se cerraron deslizándose, y siguió mirándonos con expresión dura y fría.

Unos momentos después el tren se puso en marcha, y mientras permanecíamos allí, pasmados e

inmóviles, un rostro se asomó a la ventanilla del compartimento donde nos habíamos sentado al principio, antes de tomar la estúpida decisión de trasladarnos al coche cama: era Ion, con una expresión de estupor en la cara.

El tren fue alejándose de la estación, tomando velocidad. Yo lo observé mientras se adentraba en la oscuridad, dejándonos atrás, de pie en la media luz, en un andén perdido en mitad de la nada.

CAPÍTULO 5

Me quedé paralizado unos instantes, incapaz de procesar o de dar crédito a lo que acababa de suceder. Permanecí con la mirada fija en el espacio vacío que había dejado el tren al desaparecer, engullido por la noche, y ya ni siquiera oía el ruido de su traqueteo a lo lejos. La luna llena apareció en todo su esplendor, bañando el lugar donde estábamos de una luz tenue. Las estrellas salpicaban el cielo. Tras la marcha del

tren, todo quedó sumido en un profundo silencio. No se oía el canto de ningún grillo en la hierba, ni el ruido del tráfico en las carreteras cercanas. Lo único que oía era el sonido de mi trabajosa respiración.

Mis ojos se fueron adaptando poco a poco a la oscuridad. Estábamos en mitad del campo, no muy lejos —al menos eso suponía yo— de la frontera con Rumanía, aunque era imposible calcular cuánto terreno habría avanzado el tren antes de que los guardias nos echaran: no estaba familiarizado con la geografía rumana, lo único que sabía era que el paisaje me era absolutamente desconocido y que estábamos muy muy lejos de casa.

A mi izquierda —pues sin brújula era imposible saber hacia qué dirección miraba— el terreno se expandía en el horizonte, un paisaje ondulado de colinas y valles, de árboles que se aferraban a unas laderas escarpadas, con una masa de agua a lo lejos que destellaba reflejos plateados cada vez que la luna mostraba su cara. Más allá, custodiando las colinas como ancianos que velan el sueño de sus nietos, se alzaban las montañas, abruptas e inquietantes. Me recordaron a los libros de Tolkien que había leído de adolescente, a los *hobbits* y su azaroso viaje en busca del Anillo.

En la dirección opuesta el terreno era llano y estaba cubierto de un frondoso

bosque que se extendía varios kilómetros. A lo lejos, en los confines del bosque, otra cordillera escabrosa formaba el horizonte. Una bandada de pájaros sigilosos, negros en la tenue luz, levantaron el vuelo en la linde del bosque antes de abatirse en picado hacia el suelo y desaparecer de nuevo. Durante el día, a la luz del sol, tenía que ser un paisaje precioso, sin duda, pero no en ese momento. No en una noche así.

La estación era minúscula y solo contaba con dos andenes conectados por una pasarela estrecha. No había farolas ni luces de ninguna clase; parecía fuera de servicio. Había una pequeña construcción de madera con la pintura de las paredes desconchada que imaginé

que debía de haber sido la taquilla en otros tiempos. Miré lentamente alrededor, trazando un círculo. Había varios edificios parecidos, también a oscuras, con el mismo aspecto de abandono. Parecía un pueblo, una especie de poblado más bien, que se hubiese extinguido en algún momento de un pasado no demasiado lejano.

—¿Daniel?

Me volví despacio para mirar a Laura, que estaba de pie en el andén abrazándose el cuerpo bajo la exigua luz.

—Daniel —dijo otra vez, con más urgencia.

Me acerqué a mi novia y la estreché en mis brazos, percibiendo el roce de su

pelo suave en la cara. La temperatura había descendido varios grados y Laura estaba tiritando con sus *shorts* y aquella camiseta de manga corta. Tenía la carne de gallina y le castañeteaban los dientes. Miré alrededor para localizar mi bolsa, tirada en el suelo de cemento, con el contenido desparramado por todas partes, como si fueran vísceras. Saqué una sudadera con capucha y se la di a Laura, que se la quedó mirando como si no supiera lo que era.

—Vamos, amor mío. Póntela —le indiqué.

Me miró con los ojos muy abiertos y dio una súbita sacudida con la cabeza al percibir movimiento en el árbol que teníamos encima. Era un pájaro, y su

silueta apenas se distinguía entre las ramas negras.

—Tranquila, todo se solucionará — dije, pero parecía como si tratara de tranquilizarme a mí, más que a ella.

Aunque la verdad es que Laura se estaba recuperando del shock mucho más rápido que yo, a juzgar por el chiste malo que se le ocurrió soltar en ese momento:

—Cuando te dije que quería alejarme de las rutas turísticas habituales, no me refería a perdernos en un bosque dejado de la mano de Dios, ¿sabes?

Alina estaba a escasos metros de distancia, con la mirada extraviada en los raíles de la vía, como en un trance.

—¿Sabes dónde estamos? —le

pregunté, pero no me contestó—. ¿Alina? —insistí, acercándome a ella, y pareció salir por fin de su ensimismamiento. Le repetí la pregunta.

Miró alrededor y negó con la cabeza.

—¿Se puede saber qué mierdas ha pasado? —exclamé—. ¿Dónde estaba Ion? ¿Y por qué no nos has despertado, como dijiste?

Se restregó los ojos para espabilarse un poco.

—Es que... me quedé dormida.

—¿Y qué pasó con Ion?

—Fue al vagón restaurante a buscar algo de comer. Yo... Supongo que debí de dormir unos cinco minutos o diez. Luego, cuando vi al policía de fronteras y al revisor dirigirse hacia vosotros, me

levanté de golpe y corrí a ayudarlos.

—Uy, sí, no veas cómo nos has ayudado...

Bajó la cabeza.

—Lo siento mucho. —Entonces se le iluminó la mirada—. Ese guardia... Menudo cabronazo. Si lo vuelvo a ver algún día, va a saber lo que es bueno...

—Tengo frío.

Los dos nos volvimos a medias. Laura seguía abrazándose el cuerpo, sus ojos eran tan redondos y enormes como el sol radiante que nos había acompañado en la primera parte de nuestro viaje. Ahora las playas de Italia y España parecían estar muy muy lejos de allí.

Fui a abrazarla de nuevo, pero esta

vez se apartó bruscamente.

—Si hubieses reservado un compartimento en el coche cama desde el principio... Si no hubieses sido tan tacaño, joder...

—Seguramente nos habrían robado igual —protesté.

—No. Seguro que no. —Se pasó las manos por el pelo y lanzó un suspiro—. No debería haberte hecho caso. No deberíamos haber ido al coche cama. Ya sabía yo que no era buena idea...

—Pues a mí no me pareció tan mala... —Se me apagó la voz—. Lo siento.

Alina se apartó un poco para procurarnos algo de intimidad y se sacó un paquete arrugado de tabaco del

bolsillo. Se encendió un cigarrillo, lo aspiró con avidez y luego volvió la mirada hacia nosotros.

—Al menos vosotros tenéis vuestras cosas. Yo tengo todas las mías en el maldito tren.

—¿Llevas tu teléfono? —pregunté.

Rebuscó en los bolsillos de los vaqueros y sacó su pasaporte, lo examinó y suspiró.

—No. Lo tenía dentro de la maleta.

—Y el mío se ha quedado sin batería. —Se le había agotado mientras yo dormía—. ¿Laura?

—Está en mi bolsa.

Se arrodilló y comenzó a hurgar en ella; a continuación, levantó la cabeza hacia el cielo.

—Pues no. No está aquí. Deben de habérmelo robado con todo lo demás.

Solté una sarta de insultos.

—Alguien se habrá asomado al compartimento, nos habrá visto dormidos y ha decidido tentar su suerte. Oye, a lo mejor ha sido ese tipo, el que te miraba todo el rato. ¿Tú lo viste, Alina? ¿Le viste salir del vagón?

—No sé. No me fijé, la verdad.

Dio una profunda calada al cigarrillo.

—Ahora da lo mismo, ¿no? —dijo Laura—. Nos lo han robado todo. Nunca sabremos quién ha sido. —Miró alrededor—. No me gusta este sitio. No sé, parece... como embrujado. En el mal sentido de la palabra.

Alina arqueó una ceja.

—¿Embrujado? ¿Es que crees en brujas y fantasmas?

—Sí.

Sentí alivio al ver que no añadía nada más. Ya me había resignado a aceptar que Laura creyese en lo sobrenatural, pero todavía sentía un poco de vergüenza ajena cada vez que la oía decírselo a alguien. Además, tampoco me apetecía nada hablar de fantasmas, justo allí y en ese momento.

Alina debió de advertir que estaba observando fijamente su cigarrillo, porque lo levantó en el aire y dijo:

—¿Quieres uno?

—No. Gracias.

Se encogió de hombros, echó a andar hacia la vieja taquilla de la estación y se

asomó a mirar por el cristal mugriento de la ventanilla.

—Hay un mapa —anunció.

Me coloqué a su lado y Laura se acercó a mirar ella también. En la pared situada frente a la ventanilla había colgado un mapa de tamaño DIN A2 de lo que supuse que serían los alrededores de la zona. A duras penas se distinguía una flecha roja que parecía indicar el punto exacto donde estábamos, pero con tan poca luz era imposible reconocer alguno de los nombres.

—¿Puedes leer lo que dice? —pregunté a Alina.

—Más o menos... Me parece que esa zona en verde de ahí es el Parque Natural de Apuseni... Así que debemos

de estar en la zona boscosa que hay justo debajo. —Entrecerró los ojos—. Hay un pueblo, no demasiado lejos.

Examiné con atención el puntito negro al que se refería. El nombre era corto, pero me era imposible leerlo, aunque no es que importara mucho, la verdad: lo único que necesitábamos saber es que allí había una población. Gente. Civilización.

—¿Te fijaste en si el tren dejó atrás algún pueblo antes de parar aquí? —pregunté.

—Sí, creo que sí. Estoy bastante segura, vaya.

Los tres nos volvimos y miramos hacia las vías, en la misma dirección en la que habíamos venido. Los

constructores del ferrocarril habían abierto un amplio camino por entre los árboles, seccionando el bosque en dos. Era lo bastante ancho para dos vías férreas, con otros dos metros de terreno despejado a cada lado de los raíles. Solo se veían los primeros metros de aquel camino; más allá solo había la más absoluta oscuridad.

—¿A qué distancia calculas que debe de estar el pueblo?

—Mmm... No sé. A más de nueve o diez kilómetros.

—¿Y eso qué serán..., un par de horas?

Laura apoyó la mano en mi brazo.

—No estarás pensando en ir hasta allí a pie siguiendo la vía del tren,

¿verdad? ¿No sería mejor que nos alejásemos de la estación e intentásemos encontrar la carretera?

—No sé —dijo Alina—. En el mapa se ve claramente que la vía conduce directamente al pueblo. La carretera también atraviesa el bosque, pero es mucho más larga.

Mientras decía esas palabras, un ruido surgió de la oscuridad, en el extremo final del andén. Laura me sujetó del brazo con más fuerza, hincándome las uñas.

—¿Qué ha sido eso? —dijo, con la voz ligeramente más aflautada.

Se oyó un gruñido. Alina avanzó con paso vacilante por el andén en dirección al origen del ruido.

—Es un perro —anunció en voz baja.

El gruñido se oyó de nuevo y el perro apareció a nuestra izquierda, al final del andén, con las montañas a su espalda. A continuación, cuando Alina retrocedió, apareció otro perro. Eran dos perros negros. Parecían dos dóberman, solo que eran un poco más pequeños y tenían el pelaje completamente negro. Nos miraban fijamente, en silencio, pero adelantando y arrugando un hocico que dejaba al descubierto dos hileras de dientes afilados y amarillentos.

Laura se situó detrás de mí. Siempre había tenido miedo a los perros. Mis padres tienen un labrador negro, un animal dócil pero inquieto, y cada vez que Laura llegaba a la casa, había que

encerrar al pobre en la cocina porque a ella le daba miedo. Lo había heredado de su madre, quien de niña había sufrido el ataque de un perro, y le había transmitido su intensa fobia a su propia hija.

Alina había retrocedido despacio para colocarse junto a la ventanilla. Laura me agarraba el brazo con tanta fuerza que estaba convencido de que al día siguiente lo tendría lleno de moretones.

Uno de los perros dio un paso adelante y volvió a gruñir, con un ruido ronco y amenazante. En ese momento me vino a la cabeza una palabra: rabia, acompañada de imágenes de bocas espumarantes, cuerpos destrozados,

calor, dolor y muerte.

—Creo —susurró Alina— que prefiero ir andando a la población más cercana que quedarme aquí con esos dos. Si seguimos las vías del tren, no deberíamos tardar más de un par de horas.

—¿Qué hora es? —preguntó Laura. Consulté mi reloj.

—Poco más de las tres.

—Entonces llegaremos a la hora del desayuno —dijo Alina.

Asentí con la cabeza.

—Laura, ¿te parece bien el plan?

Miró a los perros y luego volvió la cabeza para mirar hacia las vías.

—Está demasiado oscuro. ¿Cómo demonios vamos a encontrar el camino?

—Son vías de ferrocarril. Solo tenemos que seguirlas. Además, llevo la linterna, ¿recuerdas?

Cuando hicimos las maletas en casa, había metido la minúscula Maglite en el último momento, pensando que tal vez nos resultaría útil, y no llegué al extremo de llevarme una navaja suiza sencillamente porque no tenía ninguna.

Laura miró de nuevo a los perros, luego a las vías y después otra vez a los perros, que dieron otro paso adelante, enseñando aún más los dientes.

—Está bien —dijo Laura con voz casi inaudible por culpa de los gruñidos de los animales.

Fuimos retrocediendo despacio para alejarnos de los perros, con cuidado de

no hacer ningún movimiento brusco. Me agaché y recogí las dos bolsas del suelo; le di a Laura la suya y nos las pusimos a la espalda, no sin antes haber sacado la linterna de la mía, que encendí inmediatamente, sintiendo un gran alivio al comprobar que funcionaba. Nos dirigimos andando hacia el extremo del andén, pasando por debajo de la pasarela para peatones. Alguien había pintado unos grafitis con la cruda imagen de un hombre con unos genitales gigantescos apuntando con ellos a una figura femenina más pequeña. Al lado había un dibujo de un demonio, con la cara crispada por un grito.

Aparté la mirada con la esperanza de que mi novia no hubiese visto los

grafitis, y seguí a Alina por el lateral de las vías, con cuidado de no acercarme demasiado a las traviesas o a las barras metálicas por si cobraban vida. Tomé a Laura de la mano y echamos a andar hacia los árboles, por la vía que atravesaba el bosque.

CAPÍTULO 6

Caminamos junto a la línea del ferrocarril, con el bosque a nuestra izquierda y las vías a la derecha. Los árboles formaban un muro impenetrable a nuestro lado, inmóviles como centinelas. En algunos puntos los más altos se inclinaban hacia delante para tejer una cubierta hecha de jirones de ramas, rozando con las puntas las copas de sus semejantes, al otro lado de la vía, como alargándose para tratar de salvar

la brecha que se había abierto entre ellos. Yo procuraba no mirarlos demasiado y concentrarme en el suelo bajo mis pies, en los escasos metros que iluminaba la linterna. El espacio llano entre la linde del bosque y los raíles estaba seco y crujía bajo nuestros pasos, cubierto de hojas y cáscaras vacías, junto con algún vestigio ocasional de actividad humana: una lata de cerveza oxidada o un envoltorio arrugado que alguien había arrojado desde un tren en marcha. Alina se encendió otro cigarrillo y cuando lo hubo terminado, se detuvo para apagarlo de un pisotón.

Reinaba una calma tan absoluta que me había puesto a charlar en cuanto dejamos atrás la estación, ansioso por

sofocar el opresivo silencio.

—Me muero de hambre —dije en ese momento—. A saber lo que nos dan para desayunar en ese pueblo...

—No tenemos dinero —señaló Laura. Había cambiado los *shorts* por unos vaqueros y había dejado de tiritar.

—Yo llevo algo de dinero en el bolsillo —dije.

—¿No llevarás también una botella de ginebra, por casualidad?

—No, pero llevo agua en la bolsa. Espera un momento.

Encontré la botella medio vacía de agua mineral y se la di. Laura tomó un sorbo y se la ofreció a Alina, quien hizo un movimiento con la mano como diciendo: «No, gracias».

Me esforcé por tratar de encontrar algún otro tema de conversación.

—Esto me recuerda un poco a esa peli —comenté—. Esa en la que sale River Phoenix, con unos chicos que van por el bosque siguiendo una vía del tren.

—Se titula *Cuenta conmigo* —dijo Laura—. Al final encuentran un cadáver.

—Pues esto no se parece en nada a la película con River Phoenix —dije.

Se echó a reír. A medida que avanzábamos por el camino parecía que se relajaba poco a poco, sobre todo cuando las nubes se desplazaron y destaparon una luna resplandeciente. La luz contribuyó a iluminar nuestros pasos, de manera que pude apagar la linterna. Apreté cariñosamente la mano de Laura

y ella me devolvió el mismo gesto.

—Ion debió de quedarse estupefacto cuando vio que te echaban del tren — dije a Alina.

—Seguramente estaba encantado.

—¿Por qué dices eso?

Nos miró de reojo.

—Tuvimos una pelea. Por eso se fue al vagón restaurante. Para escapar de mí.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos? — preguntó Laura.

—Mmm...

Laura y yo intercambiamos una mirada, pero Alina no añadió nada más.

—¿Has estado alguna vez en Inglaterra? —le pregunté, tratando de mantener viva la conversación. Cada

vez que me quedaba callado, oía ruidos en el bosque: crujidos, susurros, el movimiento de cosas invisibles que se agitaban en la oscuridad.

—No.

—Pues deberías —dije—. Estoy seguro de que Londres te gustaría, siendo una artista. Mi mejor amigo es músico, cantante. Afirma que Londres es la ciudad más creativa de toda Europa.

Me pregunté qué diría Jake cuando le hablase de aquella aventura. Me reconfortaba pensar que sería capaz de transformar semejante experiencia en una anécdota divertida, a pesar de que sabía que Jake iría por ahí contándoselo a todos nuestros amigos y conocidos.

—Me parece que el año que viene

los ciudadanos rumanos podrán ir a trabajar y circular por el Reino Unido libremente —seguí diciendo—. Los conservadores no dejan de dar la lata con el tema, como si los rumanos fueran a invadirnos.

Alina emitió un ruido muy poco expresivo y luego dijo:

—Bueno, ¿y qué os parece Rumanía de momento?

Laura y yo nos reímos.

—Bueno —empezó Laura—, yo pienso recomendarles a todos mis amigos que vengan a visitarlo. Me gustan especialmente los bosques, y los policías de fronteras son muy simpáticos. Qué amables y hospitalarios...

No veía bien la cara de Alina, así que no sabía con seguridad si su pregunta había sido sarcástica o sincera. Lo más probable era que fuese lo primero, pensé, pero no quería correr el riesgo de ofenderla.

—Estoy seguro de que en cuanto salgamos de esta y volvamos a la civilización, nos encantará.

—Yo en vuestro lugar, después de esto me subiría en el primer avión de vuelta a casa —repuso Alina.

Estaba a punto de decir algo sobre las ganas que tenía de visitar Sighișoara cuando Laura me agarró del brazo y dijo:

—¿Has oído eso?
Me quedé inmóvil.

—¿El qué?

—Un chasquido. Como las garras de un animal.

Hizo un movimiento como de arácnido con los dedos.

—Dios... —exclamé—. ¿Y si los perros están siguiéndonos?

Volví a encender la linterna y alumbré a nuestra espalda. Solo se veía la prolongación de las vías. Di unos pasos hacia delante, pero no había señales de los perros ni de ninguna otra cosa.

—No será nada —dijo Alina cuando regresé junto a ellas—. Seguro que solo son las ramas de los árboles. Es normal asustarse en sitios como este. Sigamos andando en línea recta y ya está, ¿de acuerdo?

—Sí —dije.

Laura no respondió.

—¿De acuerdo? —le repetí con la máxima delicadeza posible.

—¿Hay animales en el bosque? —preguntó, dirigiéndose a Alina.

—Supongo...

Laura abrió mucho los ojos.

—¿Qué clase de animales? ¿Lobos?
¿Osos?

—No lo sé.

Intervine rápidamente:

—Creo que en mi guía se explica que la caza ha acabado con todos los lobos y los osos de por aquí y ya no queda ninguno.

Laura me miró como si fuera el peor mentiroso del mundo.

—Solo quiero salir de aquí lo más rápido posible. —Se le quebró la voz al final de la frase.

—Pronto llegaremos al pueblo —dije—. Desayunaremos, y cuando haya pasado todo esto, lo recordaremos y...

Eché a andar, caminando con paso enérgico y decidido, como si la bolsa que llevaba a la espalda estuviese llena de plumas. Miré hacia el bosque con recelo. Sí, había mentido sobre los osos. Por lo que sabía, en aquella parte de Rumanía aún vivían osos pardos en libertad, aunque, para ser sincero, estaba más preocupado por Laura que por la fauna autóctona. ¿De verdad me echaba a mí la culpa de lo sucedido? Evidentemente, si hubiese reservado un

compartimento en el coche cama desde el principio, estaríamos durmiendo tranquilamente en nuestras literas con la puerta cerrada a cal y canto. No nos habrían robado nuestras cosas. No habríamos conocido a Alina ni nos habrían echado a patadas del tren. Todo iría de maravilla.

Tanto si Laura me hacía a mí responsable como si no, me arrepentía de mi decisión. Si pudiese dar marcha atrás al reloj... Por desgracia, en la vida real no existe el botón de rebobinado. Ahora ya no podía hacer nada al respecto. Solo teníamos que salir de allí y, una vez hubiese pasado todo —estaba absolutamente convencido—, nos reiríamos de aquel episodio.

Apreté el paso para alcanzar a Laura y Alina me siguió.

Esperé a que Laura hablase, a pesar de que el silencio era insoportable.

Se decidió al fin.

—Supongo que como tenía ganas de aventura...

—Laura, siento mucho no haber reservado el coche cama. Si hubiese sabido que...

Levantó la mano.

—Daniel, no pasa nada. No te culpo. Obviamente, tú no sabías que iba a pasar esto. Ya sabes que no soy de esas personas que se enfadan y están siempre de mal humor. Simplemente estoy cansada, tengo hambre y estoy... asustada, así que quiero salir de aquí

cuanto antes. ¿Entendido?

Asentí.

—Entendido.

Después de caminar otros treinta minutos prácticamente en silencio, con la mirada fija hacia delante, concentrados en plantar un pie delante del otro, Alina dijo:

—Eh, chicos.

Nos detuvimos.

—Necesito ir al baño.

—Ah, bueno. Entonces daremos media vuelta —dije.

—Iré detrás de los árboles —anunció—. Es que no..., no me gusta que la gente me mire cuando...

Era raro ver a aquella mujer tan *punky* y segura de sí misma andarse con

tantos remilgos. Fui a darle la linterna, pero la rechazó.

—No, no la necesito. No me iré muy lejos.

Miré al cielo mientras ella se adentraba en la arboleda, se colaba entre dos troncos gruesos y desaparecía de nuestra vista. Consulté la hora. Eran casi las cuatro de la madrugada. No faltaba mucho para que empezase a clarear, o eso esperaba.

—¿Estás bien? —dije a Laura, atrayéndola hacia mí. Su cuerpo estaba en tensión, tenía rígidos los músculos de la espalda. Se los masajeeé a través de la tela de la sudadera que le había dado.

—No quiero ponerme en plan melodramático... —las lágrimas le

asomaban a los ojos—, pero se ha ido todo a la mierda, ¿verdad? Nuestro gran viaje. ¿Qué vamos a hacer sin nuestros pasaportes? ¿Cómo vamos a sacar dinero?

—Todo saldrá bien. En cuanto llegemos al pueblo todo se solucionará.

—No sé. Una de mis amigas perdió el pasaporte en el extranjero y tuvo que volverse directa a casa en el avión. No podía cruzar ninguna frontera sin él. El consulado británico le expidió un documento para que pudiera regresar a casa, pero eso fue todo. Tendremos que volver a Inglaterra.

Probé con una sonrisa.

—Bueno, a lo mejor eso no estaría tan mal...

—Pero llevábamos planeando este viaje tanto tiempo... Y todavía nos quedan muchas cosas por ver...

—A lo mejor podemos volver a casa, solucionar lo de los pasaportes y luego marcharnos de nuevo.

—Pero no a Rumanía.

—Bueno, estoy seguro de que no es...

—Daniel.

—Está bien. No a Rumanía. —La abracé otra vez—. A pesar de lo bonito que es el país.

No se rio.

—Por favor, no escribas sobre esto en Facebook, no intentes convertirlo en una historia graciosa, Daniel.

Di un paso atrás.

—Pues claro que no. —Aunque apenas minutos antes había estado pensando justamente eso, en que al menos de todo aquello sacaría una actualización de mi estado en Facebook muy divertida.

—Porque no tiene ninguna gracia —dijo Laura—. No quiero que nada ni nadie me lo recuerde. No quiero que se entere todo el mundo. Por favor, Daniel, ¿me lo prometes?

Traté de disimular la decepción en mi voz mientras se lo prometía.

—Gracias.

Laura miró hacia el bosque, hacia los árboles entre los que se había metido Alina.

—Está tardando mucho...

Dio unos pasos en dirección a la arboleda. Un par de latas de cerveza semiaplastadas yacían a sus pies.

—¿Alina? —la llamó—. ¿Estás bien?

Aguardamos a oír su respuesta, pero no hubo ninguna. Solo silencio.

CAPÍTULO 7

—¿Alina? —la llamé yo esta vez. Y de nuevo lo mismo.

Nada.

Laura y yo nos miramos y me adelanté un paso, apoyé la mano en la corteza fría del árbol más cercano y me recliné para asomarme a la oscuridad que se extendía más allá.

—¿Alina? —exclamé—. ¿Estás bien?

Laura aguardaba a mi espalda, respirando con dificultad, jadeando. Yo

mismo notaba los latidos desbocados de mi corazón en el pecho, mientras una burbuja de aire frío me recorría todo el cuerpo.

—¿Dónde narices se ha metido? — pregunté, sin saber muy bien si dirigía aquella pregunta a mi novia o al propio bosque.

Laura también la llamó, y su voz temblorosa retumbó entre los árboles, devolviéndonos su eco, sin obtener respuesta.

—No se habrá ido tan lejos a mear, ¿verdad? —dije.

Laura me miró.

—¿Y si ha tropezado con algo y se ha caído? A lo mejor se ha dado un golpe en la cabeza o... yo qué sé. Tal vez se

haya caído en una zanja.

—Hay que echar un vistazo.

Laura respiró hondo. De pronto, la orilla de las vías me parecía el lugar más seguro del mundo, mientras que el bosque en cambio... El abismo de oscuridad al otro lado de la arboleda... Sentí que se me tensaba todo el cuerpo solo de pensar en adentrarnos allí.

Pero no teníamos elección.

Encendí la linterna y me metí entre los árboles, pisando el lugar exacto por donde había desaparecido Alina. Laura me siguió, sujetándome del brazo.

Allí mismo, a apenas unos pocos metros de donde estábamos, la atmósfera que nos rodeaba era muy distinta de la seguridad relativa que nos

proporcionaban las vías del tren. Las ramas de los árboles, bajas y puntiagudas, trataban de alcanzarnos con las puntas; los matorrales parecían querer atraparnos los pies. La linterna iluminaba una sucesión enmudecida de verdes y marrones pardos, entre las siluetas negras e irregulares de los árboles. Percibíamos cada recoveco de oscuridad como una amenaza, como si encerrara y ocultara algo terrible y escalofriante. Mi imaginación desbordante completaba todos los detalles que la vista no alcanzaba a ver, y no eran solo recuerdos de un centenar de películas y novelas de terror, sino algo mucho más profundo en el interior de mi cerebro, una línea que retrocedía

miles de años en el tiempo, el miedo atávico a la oscuridad del bosque grabado a fuego para siempre.

Enfoqué con la linterna a derecha e izquierda, arriba y abajo, tratando de horadar la oscuridad, de asfixiarla con luz. Quise dar otro paso al frente, pero las piernas no me obedecían. En lugar de eso, empujé a Laura de nuevo hacia atrás, hacia las vías.

—Pero no podemos dejarla ahí. Tenemos que ir a buscarla —dijo Laura. Yo estaba sudando a mares a pesar del frío helado del aire. Volví a mirar al bosque. No quería entrar ahí. Mi cerebro reptiliano me estaba gritando a pleno pulmón: «¡No plantes pelea y huye! No entres ahí. Corre. Huye».

—¿Y si hay un oso? —susurré—. A lo mejor eso es lo que ha pasado.

—Tú me dijiste que se habían extinguido.

—No es que se hayan extinguido exactamente, sino que es muy raro encontrarlos.

Los dos miramos a la espesura.

—Habríamos oído algo —dijo ella—. Un alarido, un gruñido...

—¿Y tú cómo sabes qué ruidos hace un oso cuando ataca a alguien? O a lo mejor no es un oso... Podría ser un...

No podía decir en voz alta la palabra que tenía en la cabeza: un *monstruo*.

—Podría ser un ¿qué?

No quería volver a internarme en aquel bosque por nada del mundo,

estaba prácticamente paralizado por una especie de fobia que no sabía que padeciese. Nunca había ido de acampada al bosque; me había criado en la ciudad, había crecido entre luces y hormigón.

Sin embargo, la forma en que me miraba Laura en ese momento era mucho peor que cualquier fobia; me miraba con gesto de decepción.

—Deberíamos ir a pedir ayuda — propuse.

—¿Ayuda? Tardaremos horas en conseguir ayuda. Tenemos que hacer algo inmediatamente.

—O deberíamos esperar a que se haga de día.

Levantó la vista al cielo; la luna

estaba justo encima de nuestras cabezas, proyectando una plácida luz, preciosa y sosegante, sobre las vías. Una luz que se desvanecería en cuanto nos adentrásemos en el bosque.

—¿Y cuánto tiempo falta para eso? Podría estar tirada en el suelo, inconsciente, necesitar ayuda médica urgente. O tal vez se ha quedado atrapada. Podría haberse torcido un tobillo. ¿Y si ha pisado alguna trampa, un cepo para animales?

Al igual que la mía, la imaginación de Laura estaba muy bien provista de imágenes de la historia del cine.

—Entonces, ¿por qué no grita? —pregunté—. ¿Por qué no grita pidiendo ayuda?

—¡No lo sé! Pero tenemos que intentar encontrarla. No podría vivir con esa carga en mi conciencia si la dejáramos ahí tirada y nos fuéramos, Daniel. Tienes que entenderme. —Me arrebató la linterna de las manos—. Si a ti te da tanto miedo —añadió, escupiendo la palabra—, entonces iré yo sola.

—No, Laura.

Echó a andar hacia los árboles.

—Espera. —Me abalancé sobre ella y la sujeté del hombro. Se dio media vuelta—. Está bien —dije—. Lo siento. Iremos juntos. Dame la linterna.

—¿Y por qué tienes tú que...?

—Por favor. Dámela a mí y ya está.

No podía soportar la idea de no ser

yo quien controlase la luz. Con la linterna en una mano y Laura agarrándome la otra, me enfrenté a mis miedos. Sabía que me estaba comportando como un idiota. De día, habría corrido alegremente a internarme en aquel bosque. Solo teníamos que ir con cuidado, ver muy bien por dónde pisábamos. No iba a pasar nada. Repetí aquellas palabras en silencio, para mis adentros. «No va a pasar nada, no va a pasar nada.»

—Aquí hay un camino —dijo Laura cuando atravesamos la primera maraña de maleza, siguiendo el haz de luz de la linterna.

Tenía razón: había un sendero natural entre los árboles, de un metro

aproximado de ancho. Tal vez Alina había encontrado aquel camino y había decidido seguirlo un poco más allá en busca de un buen sitio para hacer sus necesidades, aunque no entendía por qué habría tenido que irse tan lejos. A pesar de que estaba preocupado, no podía evitar sentirme enfadado también con ella por habernos metido en aquel aprieto. Una parte de mí se preguntaba si no estaría tratando de asustarnos. O tal vez solo quería librarse de nosotros, tal vez había decidido que ya no quería pasar más tiempo en nuestra compañía. Podía haberse escondido entre la hilera de árboles y haber vuelto a salir unos metros más adelante en el camino de las vías del tren. No la conocíamos. A lo

mejor le hacía mucha gracia la idea de darnos un buen susto, quizá estaba esperándonos en el pueblo con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Si no la encontramos en los próximos diez minutos, deberíamos regresar, señalar el lugar con alguna marca e ir en busca de ayuda. No quiero que nos perdamos aquí —dije—. ¿Te parece bien?

A nuestra izquierda, algo se movió entre el follaje y Laura ahogó un grito y me agarró bruscamente, lo que hizo que por poco se me cayera la linterna al suelo.

—¡Laura!

—Sí, me parece bien. Diez minutos.

Alumbré el camino con la linterna.

Veíamos los siguientes diez metros por delante, pero más allá de esa distancia nos aguardaba lo desconocido. Solo que allí no podía haber más que camino, y más bosque, o eso se encargó de recordarme la parte racional de mi cerebro. No podía haber otra cosa. «Imagínate que hoy es un día de verano —me dije—. Que los rayos del sol se cuelan por entre las hojas y se derraman sobre el camino. Unos animalillos asoman la cabeza entre las ramas y las flores adornan el lecho del bosque con su belleza. Solo es un bosque, nada más.» Pero no funcionó. En lugar de luminosos rayos de sol, veía sombras inquietantes y tenebrosas. No había ningún animalillo, solo los ojos

ambarinos de los depredadores hambrientos. Las flores de belleza exuberante eran venenosas: todas flores de belladona y dedalera. Había unas bayas desperdigadas aquí y allá en el camino, e imaginaba que también eran venenosas.

Respiré profundamente, para tranquilizarme, y seguimos andando.

—Alina —la llamó Laura. Yo la imité, sintiéndome un poco idiota, pensando que si de verdad había osos merodeando por allí, nuestras voces los atraerían.

Algo se nos cruzó por delante en el camino, en un visto y no visto; el haz de luz lo atrapó un instante y los dos nos sobresaltamos.

—Dios... —exclamó Laura entre dientes.

—Una rata —dije—. Creo.

Miré a mi espalda, desplazando la linterna, tratando de recordar el punto exacto en el que nos habíamos incorporado al camino. Levanté la vista al cielo con la esperanza de ver la luna, o el destello de alguna estrella, pero las copas de los árboles tenían un follaje demasiado tupido. A medida que avanzábamos, oía ruidos entre las sombras, pequeños animales y pájaros, el crujido de un árbol centenario cuando el viento lo azotaba. El tacto de la mano de Laura en la mía era cálido y húmedo, pero yo tenía el cuerpo helado, la carne de gallina. Intenté hablar, pero tenía la

boca demasiado reseca. Notaba como si el pecho fuera a estallarme en cualquier momento.

—Me parece que hemos caminado en círculos —dije—. Ya hemos estado aquí antes.

—Eso es imposible.

Sin embargo, estaba seguro de reconocer el lugar donde nos habíamos detenido, sabía que estábamos cerca de la linde del bosque. El impulso de salir corriendo de allí, de dar media vuelta y abandonar aquella absurda búsqueda, era casi irresistible. Tal vez Alina se había perdido, luego había encontrado el camino de vuelta a las vías del tren y estaba esperándonos allí en ese momento.

Estaba a punto de sugerir que volviésemos y lo comprobásemos cuando Laura exclamó, alarmada:

—¡Mira!

Había algo tirado en el suelo. Supe inmediatamente lo que era, pero tuve que agacharme para estar seguro; lo recogí y se lo enseñé a Laura.

Era la bota de Alina, una bota negra de cuero, con la cremallera abierta a medias.

—Dios mío...

Tracé un círculo a nuestro alrededor con la linterna para buscar la otra bota, pero no se veía rastro de ella. Abrí la boca para decir que ahora sí teníamos que ir en busca de ayuda, pero entonces Laura me agarró la mano con fuerza y

dijo:

—¿Has oído eso?

—No...

El ruido resonó de nuevo, un sonido débil pero inconfundible. Era un grito humano.

—Mierda... —exclamó Laura.

—Tenemos que volver...

Pero Laura ya estaba avanzando hacia delante, ya había echado a correr por el camino, así que levanté los pies del suelo y la seguí, y ambos corrimos cada vez más deprisa, en cuanto oímos el grito de nuevo, más cerca esta vez. A medida que corríamos, internándonos por otro sendero distinto, más accidentado, en dirección al origen del ruido, el bosque parecía estrechar su

cercos a nuestro alrededor, y ahora, en mis pesadillas, cuando sueño con aquella escena, veo rostros en los árboles, bocas que se ríen y ojos crueles grabados en la corteza, burlándose y riéndose de nosotros mientras avanzamos en una tímida carrera hacia delante.

Y entonces, sin previo aviso, el camino se terminó y salimos a un espacio claro. El terreno era llano y ocupaba la extensión de un campo de fútbol, con algún que otro árbol desperdigado. Todos los árboles estaban flácidos y desprovistos de hojas. Muertos. Y en mitad del claro había algo que me obligó a pestañear varias veces y a mirar fijamente, convencido de estar

sufriendo alucinaciones: una casa.

—Pero ¿qué demonios...? —solté, incrédulo.

Laura y yo nos miramos. La casa tenía tres plantas y un techo plano, unos ventanales oscuros y una puerta de madera. Imposible determinar cuántos años tendría, pero la palabra que me vino a la mente fue *antigua*. Tan antigua como el propio bosque. Y al igual que los árboles ennegrecidos que se veían encorvados en el claro, el terreno que rodeaba la casa parecía muerto, con la hierba teñida de gris bajo la débil luz de la luna. Un resplandor titilante iluminaba las ventanas. Deduje que debían de ser velas. Me recordaban a la luz que relumbraba en el interior de las

calabazas la noche de Halloween.

Todos mis sentidos, toda mi sabiduría instintiva, ya fuese inherente o aprendida, me decía a gritos que aquel sitio era peligroso. Que teníamos que dar media vuelta, inmediatamente, y salir huyendo de allí. Que no debíamos dar un solo paso más en dirección a aquella casa, que no debíamos atravesar aquella puerta, que no debíamos acceder al interior.

Pero en ese momento oímos otro grito, un sollozo entrecortado procedente de aquellas paredes de piedra, y cuando el silencio nos engulló de nuevo, Laura y yo nos encaminamos hacia la casa, nos dirigimos hacia la puerta, como si las piernas no

obedeciesen nuestra voluntad, sino la
suya propia.

CAPÍTULO 8

Salimos de allí, abriéndonos paso a trompicones entre los árboles para volver al camino, trastabillando y tropezándonos bajo la media luz, a punto de caernos al suelo varias veces, dándonos alcance el uno al otro, deteniéndonos únicamente para recoger nuestras bolsas a la orilla del bosque.

Seguimos corriendo todo el camino hasta el pueblo.

Sin hablar.

Sin mirar atrás.

SEGUNDA
PARTE

LONDRES
NOVIEMBRE
DE 2013

CAPÍTULO 9

Me senté en la silla del rincón del dormitorio y me quedé mirando la cama vacía. El aire de la habitación estaba cargado, olía a rancio, a sudor alcohólico y ropa sucia, que se desparramaba por el cesto de la colada, lleno hasta los topes. Las tazas usadas, las cajas de analgésicos y la pila de lecturas pendientes amenazaban con echarse a empujones mutuamente de la mesilla.

A veces, por las noches, oía ruidos como de animales rascando y correteando por dentro de las paredes. ¿Serían ratas, atraídas por el desorden y la mugre en expansión? Tenía que abrir las ventanas y ventilar el cuarto, pero el mero esfuerzo de hacerlo, de atravesar la habitación y buscar la llave que abría el pestillo de la ventana de guillotina, era demasiado. Todo me parecía demasiado esfuerzo.

Lo único que quería hacer era dormir. Estaba agotado, sumido en una especie de *jet lag* permanente, con los ojos irritados y la torpeza en los movimientos que acompaña al cansancio extremo. Me tropezaba constantemente, se me caía el teléfono al suelo, rompía los platos y los

vasos. No había podido dormir bien, con un sueño plácido y reparador, desde hacía tres meses.

La colcha estaba deformada de tal manera que parecía que hubiese alguien durmiendo debajo. Una persona concreta, no alguien cualquiera. Laura. Casi me parecía estar oyendo su respiración serena y regular, los ruiditos que hacía en sueños. Si me animaba a levantarme de aquella silla incómoda y deslizaba la mano por debajo del edredón, podría percibir el tacto cálido de su piel, acariciarle el pelo.

Pero la forma que había en la cama no era Laura. Era un espacio vacío. Un fantasma.

Porque Laura ya no estaba allí.



Se había ido a mediados de octubre, hacía seis semanas. El día que se marchó, yo estaba en una reunión a la que no me había quedado otro remedio que asistir. Nunca olvidaré la forma en que Camilla y Damien, de Skittle, me miraban, como preguntándose qué le habría pasado al verdadero Daniel y quién había suplantado su identidad, si el hombre que estaba sentado delante de ellos, mordiéndose las uñas e incapaz de articular una sola frase coherente, era un impostor. Les conté que había contraído un virus muy molesto en mi viaje por Europa continental y que todavía estaba sufriendo las secuelas, lo cual era una

versión algo distorsionada de la verdad. Me dieron ganas de decirles que el viejo Daniel, el hombre al que conocían, no había regresado de Rumanía. Que aquella era su nueva versión, más empequeñecida.

Por suerte, no esperaban demasiado de mí, aparte de que colaborase con la promoción en sus contactos con el departamento de Relaciones Públicas. Me habían entrevistado un par de redactores de *Wired* y alguna otra revista de tecnología, quienes me habían hecho montones de preguntas sobre la *app* que había creado y el acuerdo que había firmado. El lanzamiento de mi *app*, Heatseeker, estaba previsto para la primavera. Hasta entonces, tenía poca

cosa que hacer, y no dejaba de repetirme que tenía que empezar a trabajar en algo nuevo. Estaba esperando a que me viniera la inspiración.

Cuando llegué a casa, Laura se encontraba junto a un taxi de color negro, y el taxista estaba levantando su maleta del suelo.

—¿Qué...? ¿Qué haces? —le pregunté. Laura pestañeó varias veces y se subió al taxi.

—¿Está usted bien, señora? —le preguntó el taxista. Ella asintió y él ocupó el asiento del conductor.

—¿Adónde vas? —dije yo, metiendo la cabeza por la ventanilla y agarrándome al marco de la puerta.

Ella inspiró aire despacio,

profundamente.

—Me voy a casa de Erin y Rob.

Eran unos amigos nuestros que vivían en Camden. Yo casi no podía hablar.

—Pero ¿por qué?

Sacudió la cabeza con tristeza.

—Ya sabes por qué, Daniel.

Y, acto seguido, desapareció; el taxi aceleró y se alejó pasando por encima de los charcos, salpicando de agua a una anciana que caminaba por la otra acera, hasta esfumarse al doblar la esquina.

Permanecí de pie en la calle durante mucho rato, sin percatarme de que llovía hasta que las gotas me resbalaron por los ojos y lo único que veía era una cortina de agua que al menos, aunque no importase en realidad, ocultaba mis

lágrimas.



Me levanté de la silla y me dirigí a la sala de estar, y estuve a punto de tropezarme con la caja de reciclaje que había dejado junto a la puerta, lo que provocó un tintineo de cristal al entorchocar todas las botellas vacías de vino en su interior. Aquello me recordó que necesitaba hacer la compra por internet. Solo me quedaban dos botellas de alcohol en casa, una de las cuales era una botella de ouzo que Jake había traído de unas vacaciones en Grecia el año anterior. El pobre Jake se había visto obligado a soportarme varias

noches seguidas mientras me emborrachaba y lloraba abiertamente el fracaso de mi relación. Le resultaba especialmente frustrante porque no consiguió convencerme de que le contara el motivo de la fractura que nos había separado a Laura y a mí.

—Pero es que no lo entiendo —no dejaba de repetir—. Hacíais tan buena pareja...

—Lo sé.

—¿Está saliendo con otro hombre? ¿Quieres que me cargue a ese cabrón? ¿O que lo mencione en una de mis canciones?

—No hay ningún otro hombre.

—Entonces solo hay una explicación: los dos os habéis vuelto completamente

locos. —Esperó a que le respondiese. Cuando no lo hice, añadió—: Vamos, puedes decírmelo. Sé guardar un secreto.

—¡Ja! Venga ya, Jake. Eres el mayor cotilla que he conocido en mi vida. Eres incapaz de resistirte a ir contando por ahí un buen chisme.

—Me ofendes, Dan. Si me dices que es un secreto, me lo guardaré aquí dentro. —Se llevó la mano al corazón—. Sé mantener un secreto, de verdad.

Había llovido tanto en las semanas anteriores que había tomado la costumbre de mirar por la ventana casi esperando ver pasar cuerpos flotando en el agua. Aunque no soy tan egocéntrico para pensar que el tiempo está

supeditado a las circunstancias de mi vida, desde luego, me parecía muy apropiado. Había pasado muchos días sentado en mi apartamento viendo cómo la lluvia acribillaba las ventanas, observando a la gente salir corriendo del interior de sus vehículos, los críos saltando en los charcos mientras sus padres, empapados de arriba abajo, intentaban por todos los medios llevárselos a rastras a casa. Yo quería que la lluvia arrastrase y se llevase consigo el recuerdo de lo que habíamos visto y hecho, pero lo único que consiguió fue que la mancha de humedad que había debajo de la ventana delantera se hiciese aún más grande, dándome así una buena excusa para quedarme en

casa.

Me metí en la cocina. Una de las tres bombillas estaba fundida, pero todavía no había encontrado el momento para cambiarla. Tenía la sensación de que cuando finalmente se fundiese la última bombilla, me conformaría con la luz del frigorífico.

Miré el teléfono para ver qué hora era. Las doce menos cuarto. Demasiado temprano para abrir el merlot que quedaba en casa. Aunque podría tomarme una copa con el almuerzo. La una era una hora más civilizada para almorzar, pero el mediodía también era aceptable. Me entretuve quince minutos viendo un programa matinal en la tele sobre una mujer que creía haber

mantenido un encuentro sexual con un fantasma y luego regresé a la cocina. No tenía hambre, y una pelusa verde recubría el pan. ¿Podía tomarme una copa de vino sin acompañarlo de comida? Sabía que no debía, pero ya notaba como si lo paladeara en la boca, saboreando su viscosidad sanguínea en mi lengua.

Me llené la mitad de la copa, dudé un momento y luego acabé de llenarla hasta arriba. Me la llevé al sofá y me desplomé delante del televisor. Apareció un anuncio de un complejo vacacional en el campo: imágenes de una familia paseando por un bosque. Apunté al televisor con el mando a distancia y cambié de canal.

Estaba seguro de que si pudiese dormir, si consiguiese al menos descansar y dormir bien una noche entera, me encontraría mejor, estaba convencido de que volvería a ser una persona normal otra vez. Esa era una de las excusas en las que me escudaba para beber, porque después de dos botellas me quedaba inconsciente. Sin embargo, una o dos horas más tarde me despertaba de golpe como si me acabase de estallar una bomba nuclear en la cabeza. Pasaba el resto de la noche viendo un variado desfile de alucinaciones, algunas inventadas, otras fruto de mi memoria, mientras trataba desesperadamente de mantener cerrada la puerta de mis recuerdos.

A veces lograban colarse por la rendija y asomaban como reveladas por el fogonazo del *flash* de una cámara en la oscuridad.

Flash. Mi mano en la puerta de madera deformada.

Flash. Una cara blanca como el hueso, crispada por el dolor.

Flash. Laura, avanzando a trompicones por la escalera torcida.

Tomé un sorbo de vino tinto. Mientras se me deslizaba por la garganta vi una imagen de mi madre, meneando la cabeza y diciéndome: «Esto no puede ser, Daniel. ¿No te parece? Esto no puede seguir así».

Grité y arrojé la copa al otro extremo de la habitación. Se estrelló contra la

chimenea y el vino tinto salpicó las paredes como la sangre en el escenario de un crimen, mientras los añicos de cristal se desparramaban por la moqueta.

«Esto no puede seguir así.»

Cuando me levanté, sabiendo que ahora tendría que limpiar todo aquello y sintiendo un enorme cansancio en todo el cuerpo solo de pensarlo, sonó el teléfono.

En la pantalla apareció la palabra «LAURA».

Pulsé ansioso el botón para responder y dije:

—¿Diga?

—¿Daniel? ¿Estás bien? Tienes la voz..., no sé, rara.

—Sí, es que... —Me eché a reír—. Se me acaba de romper un vaso. De zumo de naranja.

—Ah. ¿Quieres que te llame luego?

—¡No! Quiero decir, no, no pasa nada, podemos hablar ahora, ningún problema. Dime.

Tuve que recurrir a mis mejores dotes de actor para conseguir que mi voz sonara normal.

¿Por qué tardaba tanto en hablar? ¿Acaso estaba a punto de decirme que quería volver a casa? Una llama de esperanza se encendió en mi interior.

—Tengo que decirte algo —anunció.

—¿Qué es?

Le tembló la voz.

—Tengo que decírtelo en persona.

CAPÍTULO 10

La casa donde vivían Erin y Rob Tranham estaba en una calle apartada, flanqueada de árboles, del barrio de Camden, una de las partes más caras del norte de Londres, una zona donde Laura y yo habíamos pasado muchos fines de semana al principio de nuestra relación. Salíamos de fiesta hasta bien entrada la madrugada, bebiendo y bailando, antes de ir a dormir a casa de nuestros amigos, y al día siguiente, con resaca y

aturdidos, nos mezclábamos con las multitudes que paseaban por el mercado. La abuela de Erin había comprado la casa en los sesenta por el precio de un *latte venti* de Starbucks, y se la cedió a su nieta cuando se jubiló y se fue a vivir a Francia.

Llamé al timbre preguntándome si tendría un aspecto tan horrible por fuera como me sentía por dentro. Ya iba por mi tercer chicle, tratando de enmascarar el olor del merlot que me había tomado en el almuerzo.

Rob abrió la puerta y me invitó a pasar. Él lo negaría, pero al verme se quedó paralizado unos instantes, dándome tiempo a reparar en lo atlético y musculoso que estaba, con unos tríceps

voluminosos como si acabase de llegar del gimnasio, y luego apareció Erin. Unos palillos chinos le sujetaban el pelo en su sitio y adoptó la típica pose de las embarazadas en la última etapa de la gestación: con una mano apoyada en los riñones. Me quedé mirando la gigantesca barriga mientras Rob le rodeaba los hombros con el brazo con gesto orgulloso y protector.

—Vaya —exclamé—. Vuestro niño..., o vuestra niña, debe de estar a punto de nacer.

—Sí, Erin ya está de más de ocho meses. Y es un niño —dijo—. Vamos a tener un chico.

—Un miniRob. Enhorabuena, amigo. Estreché la mano de Rob y él me la

soltó rápidamente, retrocediendo unos pasos.

Erin me miraba con gesto comprensivo o con lástima, no sabría decirlo.

—Laura está en la cocina —me dijo—. Anda, pasa.

Sabía dónde estaba la cocina; habíamos preparado cenas, mezclado cócteles y abierto cervezas las noches que salíamos las dos parejas. Sin embargo, Erin se comportaba como si yo fuera, si no un extraño, un simple conocido. Alguien con quien se había relacionado hacía mucho tiempo.

Tal vez era así, pensé, porque solo conocía a mi antiguo yo, no a la nueva versión. Era la personificación de esa

conocida expresión: «La sombra de lo que fue».

—Hola, Daniel.

Laura estaba sentada a la sólida mesa de roble, aferrando con fuerza una taza de té como si le fuera la vida en ello. Al verla sentí que una descarga eléctrica me recorría el cuerpo. Llevaba un suéter negro y el pelo recogido hacia atrás, dejándole la cara despejada. Seguía siendo Laura, seguía siendo preciosa. Sin embargo, después de tantas semanas separados advertí los cambios que se habían producido en ella. Como yo, estaba más delgada, tenía la cara más pálida y un nuevo tono traslúcido en la piel. Se le marcaban mucho los pómulos y la mandíbula se le veía más afilada. Al

igual que yo, ahora también se mordía las uñas, cosa que no había hecho nunca, todo lo contrario: siempre estaba regañándome por aquella nociva manía que me dejaba las cutículas en un permanente estado lamentable.

También había adquirido un nuevo hábito en los días posteriores a nuestro regreso, la costumbre de restregarse los ojos continuamente, como si tuviera algo en ellos que le molestara. Según me explicó, siempre había una forma en la periferia de su campo visual. Como cuando miras una bombilla durante mucho rato y la huella del filamento se te queda en la retina aun después de apartar la vista. Solo que aquella huella no se desvanecía.

Me senté delante de ella y me preguntó si me apetecía un té o un café. Negué con la cabeza y miré hacia atrás. Erin y Rob se habían ido a la sala de estar para darnos un poco de intimidad. No sabía si aquello era buena o mala señal.

—¿Cómo te va? —preguntó Laura. Sin esperar a que le respondiera, añadió —: Parece que estés enfermo.

—Gracias.

Encogió un hombro.

—Lo siento, pero es la verdad. Yo también parezco enferma.

—No, no tienes... mal aspecto.

En otro tiempo se habría echado a reír al oír eso.

—No es verdad —dijo en tono

inexpresivo.

Se quedó con la mirada fija en el té, tratando de decidir cuáles iban a ser sus siguientes palabras. Yo no soportaba aquella sensación de incomodidad entre nosotros. No era justo, no estaba bien. Me dieron ganas de sujetarla por los hombros, mirarla a los ojos y decirle: «Laura, soy yo, Daniel. Sigo siendo yo. Y tú sigues siendo tú».

Pero no lo hice. No dije nada.

—Cuéntame —dijo—. ¿Cómo te va la vida? ¿Estás trabajando mucho?

—Me dedico a darle vueltas a la cabeza —contesté.

Asintió con aire comprensivo. Ella también había tenido problemas con el trabajo.

—Bueno, ¿qué querías decirme? —
pregunté.

Respiró hondo.

—Me voy —dijo.

—¿Te vas? ¿Adónde?

No podía mirarme a los ojos.

—Me voy a vivir a Perth.

Por un momento, me pareció que no
la había oído bien.

—¿Te vas a vivir a Escocia?

Se rio, un destello de la vieja Laura
que apareció unos instantes y se
desvaneció de nuevo.

—No. A Perth de Australia.

Me quedé perplejo, boquiabierto.
Cerré la boca y luego la abrí de nuevo.

—¿Australia?

—Mi tía vive allí, ¿te acuerdas?

Tenía un vago recuerdo de que lo había mencionado alguna vez.

—Así que te vas una temporada, ¿de viaje?

—No. Me voy definitivamente, como emigrante.

Abrí la boca para decir algo, pero me interrumpió:

—Ya he ido a ver a una asesora de inmigración que me está ayudando con los papeles, y piensa que reuniré todos los requisitos necesarios para que me den el visado, sobre todo si mi tía me avala.

Era como si me hubiesen dado un golpe en la cabeza.

—Pero ¿por qué?

Me miró.

—¿De verdad necesitas que te responda a esa pregunta?

—Sí. Lo necesito.

Se inclinó sobre la mesa y apartó la taza de té.

—Necesito empezar de cero, lejos de aquí.

—Ah, pues no podrías haber elegido un lugar más lejano.

—Exacto.

—No puedes irte —dije, levantándome.

—Daniel, solo te lo he dicho por una cuestión de...

—¿De qué? ¿De cortesía?

La temperatura en la cocina había bajado varios grados. Laura arrugó la frente, con la mirada fija en la superficie

de la mesa.

—Simplemente he pensado que deberías saberlo, eso es todo.

Inspiré aire varias veces, contando hasta diez.

—¿Cuánto tardarán? En procesar la solicitud del visado, quiero decir.

—Unos meses.

—¿Unos meses?

Tenía la esperanza de que fuese a decirme un año.

—Por favor, entiéndelo —dijo—. Sabes perfectamente lo mal que lo estoy pasando. Tengo que hacer algo para que las cosas cambien, y esta es la mejor idea que se me ha ocurrido: empezar de cero de nuevo. Por primera vez desde... —Se le apagó la voz—. Por

primera vez en mucho tiempo, siento entusiasmo por algo. Mejor dicho, por fin *siento* algo..., algo que no es miedo, ni angustia, ni pavor.

—Pero eso es huir, Laura.

—No, no lo es.

—Sí lo es. Como cuando huiste de mí.

—Daniel, no soy una niña.

Una idea cobró forma en mi mente, corrí a sentarme de nuevo en la silla frente a ella e intenté tomarle la mano.

—Déjame acompañarte. Yo también podría solicitar el visado. Siempre he querido ir a Australia.

Me miró como si acabase de proponerle que lo hiciéramos encima de la mesa de la cocina de Erin y Rob.

—No. Necesito hacer esto sola.

—No hay nada que me retenga aquí.

—Sí lo hay. Tienes tu trabajo...

—Que puedo hacer desde cualquier parte.

—Y tienes tu familia. Tu madre. Y Daniel, de lo que se trata es que necesito cortar con todo. Absolutamente con todo.

Hasta entonces había estado tamborileando con los dedos encima de la mesa, pero en ese instante mi mano se quedó quieta.

—Así que no es entre Inglaterra y tú que quieres poner miles de kilómetros de distancia, sino entre tú y yo.

Se levantó.

—Si hubiese sabido que ibas a

ponerte tan agresivo...

—¡No me estoy poniendo agresivo!

—Creía que lo entenderías. Eres la única persona que sabe por todo lo que he tenido que pasar.

—Lo que *hemos* tenido que pasar.

Se levantó y cruzó la cocina para acercarse al fregadero, llenarse un vaso de agua y tomar un buen sorbo.

—Por favor, no tengo ganas de discutir, Daniel, de verdad.

Me tocaba a mí levantarme.

—En lugar de huir a Australia, tal vez deberías hacer lo que hago yo. Ir a terapia.

Por poco se le cae el vaso de las manos.

—¿Estás yendo a terapia?

—Sí. Una mujer que se llama doctora Sauvage.

—¿Y te está ayudando?

—Todavía no estoy seguro.

—¿Le has... Le has contado a esa mujer qué fue lo que pasó exactamente?

—No todo. No. A ella le interesa oír cómo me siento ahora.

Laura parecía aliviada.

—No quiero ir a ninguna terapia. No quiero hablar de lo que pasó. Quiero olvidarlo, si es que algún día soy capaz. Por eso me voy a vivir a otro país, a empezar una nueva vida.

En ese momento, Erin entró en la cocina y se detuvo en la puerta con aire incómodo. ¿Nos había estado escuchando? ¿Habíamos levantado la

voz? Erin apoyaba ambas manos en su abultado vientre, como tratando de proteger a su hijo no nacido de las discusiones de aquellos adultos. Me dieron ganas de decir a aquel niño que se quedara allí dentro, donde estaba a salvo, protegido. «Aquí fuera todo es una mierda —quise decir—. Es una puta mierda y hay monstruos. No creas a la gente cuando te digan que no existen.»

—Lo siento, chicos —se disculpó Erin—, pero me ha dado un bajón de azúcar y necesito comer algo.

Laura atravesó la cocina, arrastró una silla y animó a su amiga a sentarse. A continuación, abrió la puerta de la nevera y empezó a sacar fruta, queso y carne envueltos en papel de aluminio.

—¿Qué te apetece? ¿Algún antojo?

Erin se sentó y me sonrió.

—No te preocupes, no voy a comerme una piña con gelatina de mayonesa ni nada de eso. Un sándwich de jamón estaría genial, Laura. Gracias, cielo.

Observé a Laura mientras preparaba el sándwich y luego se lo daba a Erin. Pese a la bajada de glucosa, Erin irradiaba buena salud y vitalidad. Embarazada de ocho meses. Esa podría haber sido Laura en ese momento, pero en lugar de estar más unida que nunca a mí, había decidido irse a vivir a la otra punta del mundo.

—¿Qué te parece que Laura se vaya a Australia? —pregunté. Erin dio un

mordisco al bocadillo y masticó antes de contestar.

—Obviamente, no quiero que se vaya. —Sacudió la cabeza—. No entiendo nada de esto. ¿Qué os ha pasado a vosotros dos? Parecíais tan felices... ¿Qué hiciste, Daniel? Laura no quiere contármelo.

—¡Daniel no hizo nada!

—Pero ninguno de los dos quiere contarme por qué motivo os separasteis. Vamos, Dan. Puedes decírmelo; lo sabes, ¿verdad? Te acostaste con otra, ¿es eso?

Laura me miró con ojos implorantes. «Nunca hablaremos de que lo que ha pasado —dijo en el camino de vuelta de Rumanía—. Prométemelo.»

«Te lo prometo», dije yo.

No me hacía falta prometérselo. Yo tampoco quería hablar de lo ocurrido. Solo quería olvidarlo todo. Si no hablaba de ello, podría fingir que no había sucedido en realidad. Nada. Era la única forma de soportarlo.

—No se acostó con nadie —
sentenció Laura.

Erin lanzó un profundo suspiro.

—Está bien, pero a mí me parece que vosotros dos necesitáis que alguien os dé un empujoncito. —Señaló a Laura con su sándwich—. ¿Le has contado a Daniel lo que te pasó ayer?

—No —contestó Laura rápidamente, apartando la mirada, nerviosa.

—¿Qué? —dije.

Erin abrió mucho los ojos y bajó la voz hasta hablar en un susurro:

—Cuéntaselo, Laura.

Laura permaneció con la mirada fija en la mesa de la cocina, mordisqueándose la uña del pulgar, incapaz de mirarme a los ojos.

—Creo... Creo que alguien intentó matarme.

—Dios santo... ¿Dónde? ¿Cómo?

—En la estación del metro de Charing Cross. Volví del consulado de Australia, de hacer unos trámites relacionados con la solicitud del visado, y...

Se le quebró la voz, sin apartar la vista de la superficie de la mesa, y entonces me contó lo que le había

ocurrido en la estación el día anterior.

CAPÍTULO 11

Laura bajó las escaleras del consulado de Australia, con la documentación cuidadosamente doblada en el bolso, sintiéndose extrañamente ligera. Se imaginó a sí misma como un globo de helio, un globo que se había soltado de la mano de un niño despistado, escapándose para recorrer las calles heladas de la ciudad, deslizándose por delante de las ventanas de los imponentes edificios de allí, en The

Strand, remontándose en el aire hacia las nubes. Libre. Qué sensación tan maravillosa sería.

Caminaba hacia Charing Cross manteniéndose lo más pegada posible a los edificios, confortada por el cemento sólido, como si le ofreciese alguna clase de protección. Un hombre surgió de repente de uno de los huecos minúsculos entre los edificios y Laura se sobresaltó, llevándose la mano bruscamente al esternón. A continuación, bajó la cabeza y prosiguió su camino con paso apresurado.

Durante toda la semana anterior había tenido la sensación de que alguien la observaba. Veía a todas horas la sombra de una figura en su visión periférica,

pero cada vez que miraba, la figura desaparecía. Sabía que eran imaginaciones suyas, y como para demostrárselo a sí misma, volvió a ver la misma figura, esta vez al otro lado de la calle, un destello de ropas negras y piel clara que se desvaneció entre la multitud. Se obligó a seguir andando, con la mirada fija hacia delante. Quería llegar a casa.

Era consciente de que en realidad no debía referirse a la casa de Erin y Rob como su casa. Era algo pasajero. Un refugio temporal, exactamente lo que necesitaba en ese momento. Se sentía culpable por molestar a su amiga embarazada permaneciendo tantos días allí, pero Erin insistía en que no era

ninguna molestia.

—Tú estuviste a mi lado cuando Rob y yo tuvimos nuestros problemas — había dicho Erin, refiriéndose a un par de años atrás, cuando descubrió que Rob había estado a punto de tener una aventura con otra mujer. Por suerte, aquello ya era agua pasada y lo habían solucionado—. Además, ¡nos vendrá bien contar con una niñera en casa cuando nazca el pequeñajo!

Todo el mundo se estaba portando muy bien. Su jefa, Simone, la dejaba trabajar desde casa. Simone había confesado a Laura que ella también había padecido agorafobia, creyéndose lo que le había contado Laura el día que la encontró llorando frente al ordenador

mientras sus colegas la miraban boquiabiertos.

—Tómate el tiempo que necesites — le había dicho con aquella voz sosegante que hacía que a Laura le dieran ganas de llorar otra vez, de gratitud.

Así que, gracias a Erin y Simone, Laura disponía de un lugar en donde esconderse durante aquel período de su vida, su «etapa tarántula», tal como la llamaba en secreto.

La semana anterior había visto un documental sobre las arañas: «Las tarántulas mudan la piel una vez al año —explicaba el narrador— y luego se esconden bajo una membrana de seda hasta que se les endurece la nueva capa de piel. Solo entonces pueden volver a

salir y empezar a alimentarse de nuevo».

Laura nunca se habría imaginado comparándose con una araña gigante y peluda, pero así era exactamente como se sentía. Estaba esperando a que le creciese la nueva capa de piel, a que se le endureciese.

Desde el viaje a Rumanía el caparazón que le rodeaba el corazón, como la piel de la tarántula, había quedado hecho trizas, dejándolo al descubierto. Sentía un dolor constante, y era incapaz de soportar el sufrimiento ajeno. Además, se había dado cuenta de que nunca iba a poder superarlo quedándose allí; por esa razón debía marcharse.

Le daba miedo tener que contar a

Daniel sus planes, al día siguiente, pero sabía que no le quedaba más remedio. Hacía varias semanas que no hablaba con él. Tal vez tuviera una nueva novia. Nunca había tenido problemas para atraer a las mujeres. Había una clase de mujeres, como ella misma, a quienes les resultaban más atractivos los tipos tirando a raritos, mujeres a las que Clark Kent les gustaba más cuando llevaba las gafas que cuando se transformaba en Superman. Además, Daniel no soportaba estar solo, no había pasado ni siquiera una noche solo en su vida. A veces, cuando ella se iba de viaje por trabajo, él le decía que se había pasado la semana paseándose arriba y abajo por el apartamento, hablando solo y

volviéndose loco. Así que no, no creía que Daniel fuese a estar mucho tiempo sin pareja.

No importaba que la mera idea de imaginarlo con otra mujer le doliese como una puñalada en el estómago. No podía tenerlo así, en vilo, haciéndolo esperar para ver si ella volvía a su lado. Eso sería cruel. Laura quería que fuese feliz, y la mejor forma de que él lo superase era encontrar a otra persona, arrojarse de cabeza a una nueva relación. Si ella fuese su médico, eso sería lo que le prescribiría. Si se iba a vivir al otro extremo del mundo, Laura le facilitaría enormemente las cosas.

Se aguantó las ganas de llorar.

Momentos después llegó a la estación

de Charing Cross. Se detuvo. Había muchísima gente. La actividad era mucho más frenética que antes, cuando se había subido al metro en Camden. Intentó no mirar a nadie. Tal vez era mejor ir en taxi. Sin embargo, no podía derrochar un solo penique en su situación: le iba a hacer falta para su viaje. Siempre y cuando no mirase a nadie, todo iría bien. Además, era una estupidez tener miedo de las multitudes. Eran los espacios vacíos los que debían darle miedo supuestamente.

Bajó las escaleras de la estación, agarrándose a la barandilla como si fuera una anciana. Abajo, la gente se desplazaba como una horda de zombis. Por un momento imaginó que uno de

ellos se volvía hacia ella, que ponía los ojos en blanco, que la sujetaba con fuerza y le desgarraba la garganta con... Se quitó la imagen de la cabeza y contó hasta cinco en voz baja.

«Vamos —se dijo—. Puedes hacerlo.»

Siguió las indicaciones en dirección al andén, avanzando hacia el extremo. El letrero luminoso anunciaba que el siguiente tren llegaría en cuatro minutos. En esos cuatro minutos, cada vez más y más personas llegaban al andén, y muchas de ellas se dirigían a donde estaba Laura. Se vio rodeada, con cuerpos demasiado juntos y próximos a ella, y el olor de la bolsa de papas fritas del McDonald's que la mujer de al lado

sujetaba en la mano le dio ganas de vomitar.

«Joder, cuánto tarda...», masculló, mirando al letrero. A continuación, oyó el rugido del convoy al acercarse, gracias a Dios, y bajó la vista hacia la vía. Un ratoncillo minúsculo y deforme correteaba entre las traviesas.

Levantó la cabeza de golpe. No era solo la gente quien la asustaba cuando viajaba en tren. Eran las vías; los raíles.

Una imagen se formó en su cerebro: Daniel y ella corriendo por las vías en dirección al pueblo, tropezándose y tambaleándose pero sin llegar a caer mientras el sol escalaba el horizonte. Laura tenía la garganta seca de tanto gritar. Y Daniel la había tomado del

brazo y...

Se tambaleó hacia el borde del andén y empezó a sacudir frenéticamente los brazos. Vio al ratón, paralizado entre los raíles, y de pronto sintió que se caía, que se precipitaba a la vía, y del interior del túnel emergió un rugido clamoroso, y una impetuosa ráfaga de aire que recorrió el andén, mientras el tren avanzaba imparable hacia la luz...

Alguien la sujetó por detrás y también estuvo a punto de caer a la vía con ella, pero logró que ambos se quedaran al borde de la plataforma. Era un hombre alto, vestido con traje. La abrazó con fuerza.

Laura no podía respirar. El hombre siguió abrazándola, hablándole al oído,

diciéndole que se calmase, que no había pasado nada, que se tranquilizase...

Laura se zafó de su abrazo y miró a su alrededor. Todos los usuarios del metro la miraban, pero el vagón se había detenido y las puertas se estaban abriendo, de modo que todos desviaron rápidamente la atención.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó el hombre que la había sujetado—. ¿Se ha resbalado?

Laura no recordaba haber resbalado, pero dijo:

—Supongo. Siempre estoy resbalándome...

Le dio las gracias y quiso darle dinero como gesto de gratitud, pero el hombre se echó a reír. Se subió al metro

y Laura notó que la observaba mientras las puertas emitían un pitido y se cerraban.

¿Había resbalado... o alguien la había empujado? Estaba segura de percibir aún la huella de unas manos en su espalda.

Miró alrededor. Cada vez llegaba más y más gente al andén. Si alguien la había empujado, habría desaparecido hacía ya mucho rato. Cerró los ojos y dio un largo y profundo suspiro. Seguro que había resbalado. Absorta en su ensimismamiento, seguramente se había tropezado con alguien, se habría chocado con una de esas malditas maletas de ruedas y habría resbalado. Eso era todo. Era absurdo pensar que

alguien hubiese intentado matarla.

Al subir al siguiente tren y sentarse, un recuerdo la asaltó de repente. Cuando se había agarrado al hombre que la había salvado, había visto a una figura abriéndose paso apresuradamente entre la multitud, alejándose de ella. No sabía si era un hombre o una mujer. No sabía si...

Desechó la idea por absurda y se recordó que era una tontería pensar eso. Para cuando llegó a su parada, se había convencido de que todo eran imaginaciones suyas.

CAPÍTULO 12

La consulta de Claudia Sauvage estaba en la última planta de su edificio, una enorme casa adosada de ladrillo, de estilo victoriano, en Crouch End. A veces, cuando subía las escaleras hacia la habitación de la parte de atrás de la casa, donde transcurrían nuestras sesiones semanales, me asomaba a algunos retazos de su vida fuera de la consulta psicológica. El olor a sopa que emanaba de la cocina, las fotos de la

doctora Sauvage y su marido enmarcadas y colgadas en el pasillo, un par de cachorros de pug sacando el hocico arrugado por el salón. Sin embargo, tenía prohibido hacer preguntas personales a Claudia; nuestras sesiones estaban dedicadas por entero a hablar de mí.

En la primera sesión había puesto en antecedentes a Claudia sobre mi pasado y mi vida en general. No estaba seguro de si toda la información era pertinente o no, pero Claudia dijo que era importante que le relatara el máximo de detalles posible para que pudiera entenderme y ayudarme. Así, le conté que me había criado en Beckenham, en las afueras del sur de Londres, y que era

hijo único. Mis padres estaban divorciados y no manteníamos una relación demasiado estrecha. Claudia quería profundizar en las razones de aquello, pero yo era reacio a hablar del tema. No me parecía importante. Sin embargo, tomó buena nota cuando le dije que en la actualidad solo los veía en Navidad y en algunas ocasiones especiales. Ambos habían vuelto a casarse y tenían una nueva vida con sus parejas respectivas. Siempre querían hablar de cómo le iba la vida al otro, como si compitiesen entre sí por ver quién era más feliz. Yo no quería que me arrastraran a ese juego.

Pasé buena parte de mi adolescencia en mi cuarto jugando a videojuegos y

aprendiendo a programar. Era un friki, hasta que descubrí la música y conocí a Jake, que me enseñó que la vida fuera de mi habitación era mucho más interesante. A partir de ese momento pasé mucho tiempo tratando de averiguar quién era yo. Tenía una facilidad natural para las matemáticas y la ciencia, pero soñaba con ser un artista, un bohemio. Estudié informática en la universidad, pero salía y bebía mucho y tenía una colección de novias que me duraban muy poco, todas ellas estudiantes de alguna disciplina artística. Dejé de leer ciencia ficción y empecé a leer las novelas que me recomendaban aquellas chicas: autores como Donna Tartt, Douglas Coupland,

muchos de los clásicos de Penguin. Experimenté con las drogas blandas. Veía montones de películas con subtítulos.

Tras la universidad me fui a vivir a la zona del norte de Londres y trabajé para una *start-up* de internet unos años, antes de ponerme con el desarrollo de *apps* en mi tiempo libre. Conocí a Laura a través de Jake, y fue un flechazo instantáneo, la primera y única vez en mi vida. Laura era todo lo que siempre había querido: una persona muy leída, con un lado artístico muy desarrollado, apasionada y con principios. Ella me animó a abrazar a mi verdadero yo, a hacer las cosas que me gustaban sin preocuparme por la imagen que proyectaba al exterior. Ella

me ayudó a descubrir quién soy. Yo llenaba nuestro apartamento de artilugios tecnológicos y ella hacía que cobrara vida con cacharros, velas y colores brillantes.

—Es interesante —señaló la doctora Sauvage—: cuando le pido que me hable de sí mismo, enseguida empieza a hablarme de su novia.

Me encogí de hombros.

—Mi vida es muy poco interesante.

La doctora sonrió.

—Todas las vidas son interesantes.

La doctora Sauvage rondaba los cuarenta y tantos, era delgada y elegante, con unos brazos y unas piernas esbeltas que me costaba trabajo no mirar sin disimulo. Llevaba unas gafas modernas

y un vestido de punto de color oscuro. Durante nuestras sesiones, daba caladas a un cigarrillo electrónico, lanzando nubes de vapor de agua al aire. La primera vez me preguntó si me molestaba, pero no me molestaba en absoluto. «Estoy más enganchada a esto que cuando fumaba tabaco de verdad», me confió en aquella ocasión.

—Bueno —me estaba diciendo en ese momento—, ¿cómo se encuentra, Daniel?

Cuando vio que no le respondía, añadió:

—¿Qué tal duerme? ¿Un poco mejor? Me re Coloqué en el sillón.

—No. Anoche solo dormí dos horas. Puede que tres.

Esperó a que continuara hablando.

—Tengo una nueva preocupación —
le dije.

—¿Ah, sí?

—Laura, mi novia..., mi
exnovia... —Lancé un suspiro—. Se va
del país. Se va a vivir a Australia.
¡Nada menos que a Australia, joder! Lo
siento.

Reaccionó con una leve sonrisa ante
mi disculpa.

—Puede soltar palabrotas si lo
necesita, Daniel. ¿Y cómo le hace sentir
eso?

—¿Que cómo me hace sentir? Estoy
destrozado. No quiero que se vaya. No
puedo dejar que se vaya. Solo está
intentando huir, después de lo que pasó.

Es una locura. No podré soportarlo si se marcha.

Levantó una mano al ver mi estado de nerviosismo. Inspiré aire cinco veces, despacio, cerré los ojos y traté de visualizar algo agradable. Pero lo único que veía era una imagen de Laura, y luego algo peor...

Abrí los párpados.

—¿Cree que a Laura podría interesarle acudir a una sesión con usted? Tal vez podría resultar beneficioso para ambos. Cuando una familia experimenta un trauma, es habitual tratarlos como un solo paciente. Lo mismo ocurre con las parejas.

—No querrá venir. He intentado decirle que venga, pero no le interesa.

Ni siquiera quiere hablar conmigo de lo que pasó. Desde luego, no querrá hablar con usted.

—¿Y usted? —preguntó con delicadeza—. ¿Quiere hablarme de lo que pasó?

Hasta entonces había conseguido hablar de lo que había pasado hasta llegar al momento en que enfilamos el camino por las vías del tren. Había pasado el primer par de sesiones hablándole de las partes buenas: nuestras primeras semanas viajando por Europa, los días felices. También le había hablado de nuestros planes, de nuestras razones para hacer aquel viaje. De todo lo que habíamos perdido. La semana anterior le había contado lo que

había pasado en el tren, cuando nos encontramos en la estación desierta con los perros salvajes.

Trastorno por estrés postraumático. Eso era lo que me había diagnosticado el psicólogo del Servicio Nacional de Salud, algo que hasta entonces yo asociaba con los veteranos de guerra o con los bomberos que habían intentado salvar a la gente en las Torres Gemelas. Pero cuando describían los síntomas, yo marcaba prácticamente todas las casillas. Recuerdos vívidos e intensos del suceso traumático. Pesadillas. Pérdida de interés por la vida. Falta de motivación. Insomnio. Sensación de estar en estado de alerta permanente. Sobresaltarse con frecuencia. Abuso de

drogas (alcohol, en mi caso). La lista se extendía varias páginas.

La doctora Sauvage me había dicho que quería probar conmigo lo que llamaba «terapia cognitivo-conductual centrada en el trauma».

—Cuando se sufre TEPT —había explicado en nuestra primera sesión, en la que me dijo que estaba de acuerdo con el diagnóstico del psicólogo del Servicio Nacional de Salud—, el sujeto quiere bloquear cualquier recuerdo del episodio traumático. Es capaz de hacer cualquier cosa con tal de evitar enfrentarse a ello o a cualquier cosa que se lo recuerde. En el TEPT, el cerebro permanece en estado de *shock* psicológico, incapaz de asimilar o de

superar lo ocurrido.

—Tiene sentido.

—Para mejorar y superarlo, es preciso que recupere los recuerdos, Daniel, que se enfrente a ellos, y eso le permitirá recuperar el control y sentirse capaz de enfrentarse al futuro. Para hacer eso, vamos a tener que exponerle con sumo cuidado a esos recuerdos, ir quitando poco a poco las barreras.

Yo me había estremecido visiblemente.

—Aquí las palabras clave son «con sumo cuidado», Daniel. No tiene nada de qué asustarse.

—Usted no lo entiende. Sí que lo tengo.

Ella había ladeado la cabeza.

—¿Lo tiene?

—Tengo algo de lo que asustarme.

Ahora la estaba mirando, y mientras la veía allí sentada, en su silla de diseño con su cuaderno de notas en el regazo y el cigarrillo electrónico en la mano, me pregunté si sería capaz algún día de contárselo todo.

—Puedo contarle lo que pasó después —dije—. Forma parte de todo, además.

—Muy bien —respondió—. Eso estaría bien. Tómese su tiempo, vaya despacio. Y si empieza a angustiarse, deje de hablar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me recosté hacia atrás y cerré los ojos.



—La verdad es que no recuerdo gran cosa de cómo llegamos al pueblo. Empezamos a correr, pero las bolsas nos pesaban tanto que tuvimos que aminorar el ritmo. Sé que no hablamos mucho. Yo no dejaba de abrir la boca para hablar, pero solo se me ocurrían preguntas estúpidas del tipo: «¿Estás bien?», cuando, naturalmente, sabía que Laura no podía estar bien, ni muchísimo menos. Y en lo único en que pensaba era en irnos lo más lejos posible de allí. — Levanté la mirada hacia la doctora Sauvage—. Estaba conmocionado. Los dos estábamos en estado de *shock*. Pero recuerdo que repetía las mismas

palabras en mi cabeza una y otra vez: «Tenemos que volver a casa».

Hice una pausa.

—En realidad, no creo que fuese un pensamiento tan articulado, no creo que mi cerebro llegase a formular esas palabras. Era más bien como un grito. Como un ruido blanco. Además, Laura dijo después que recordaba haber gritado cuando corríamos para salir del bosque, pero yo de eso no me acuerdo. En mi memoria Laura no emitió un solo sonido.

En la consulta reinaba un profundo silencio, al igual que aquel día en el bosque. Una mosca trepó por el cristal de la ventana y me pareció oír el ruido de sus patas.

—El pueblo que había al final de la vía se llamaba Breva. Cuando llegamos, empezaba a amanecer, pero todavía no había ningún establecimiento abierto. Aunque caminando por las calles no parecía que hubiese muchos comercios ni negocios de ninguna clase. No había nadie. Vimos a un hombre paseando a un perro, un animal enorme, como un lobo, que hizo que Laura me sujetara la mano con tanta fuerza que pensaba que me iba a romper los dedos. Vimos a un chico joven andando, con una gorra de béisbol, con la cabeza agachada. Pasaron unos automóviles. Después de todo lo que había sucedido, lo que queríamos era ver una ciudad. Luces, vida. No aquello. El pueblo entero

desprendía un aire de desolación absoluta, lleno de ventanas tapiadas con tablones de madera y de vehículos que parecían sacados del desguace. Señales por todas partes de que había sido un lugar con un pasado próspero y lleno de vida, pero que ahora era un enfermo moribundo. No sé... Destilaba esa atmósfera. Parecía un pueblo fantasma.

La doctora esperó a que reanudara mi relato.

—Cuando llevábamos unos diez minutos andando, vimos a una señora de avanzada edad limpiando y fregando su casa. Le pregunté: «¿Policía?», y ella nos miró de arriba abajo antes de acercarse a nosotros y darnos indicaciones, señalando a uno y otro

lado y parloteando sin cesar como si pudiésemos entender lo que decía. Pero el caso es que nos hicimos más o menos una idea.

En ese momento rememoré la imagen de la anciana, sus ojos lechosos, aquellos brazos fuertes que sujetaban el cepillo de madera con el que había estado barriendo las escaleras.

—Justo antes de irnos, la mujer levantó la mano, le tocó la cara a Laura y murmuró algo en rumano. Yo creí que Laura se pondría a chillar y tuve que llevármela de allí.

Omití un detalle. La mujer también le había tocado la barriga a Laura, puso la palma de la mano plana sobre el vientre de mi novia y asintió para sí. Laura se

apartó como si la mujer la hubiese apuñalado.

—Eso está muy bien —dijo la doctora Sauvage—. ¿Cómo se siente?

—Bien.

—¿Se ve con fuerzas de continuar?

—Sí. Quiero... Quiero llegar hasta el final.

También quería una copa, algo fuerte.
Le conté el resto de la historia.

CAPÍTULO 13

Unos diez minutos después de nuestro encuentro con la anciana, Laura y yo dimos con la comisaría de policía, un pequeño edificio con la palabra «Poliția» escrita encima de la entrada. Respiré hondo antes de empujar la puerta.

Había un agente de policía sentado en el mostrador de la recepción, que era minúscula, con un teléfono en la mano y una taza en la otra. Nos miró, arrugó el

entrecejo al verme y sonrió al mirar a Laura.

—¿Habla usted mi idioma? —le pregunté.

Se encogió de hombros con aire de disculpa.

Me pasé de inmediato a la variedad de mi idioma «para cuando se sale al extranjero», hablando despacio y aumentando el volumen:

—¿Alguien aquí habla mi idioma?

Me miró fijamente antes de desplazarse al fondo de la zona de recepción y desaparecer por una puerta. Regresó al cabo de un minuto acompañado de un hombre corpulento con las mejillas enrojecidas y arañas vasculares en la nariz. El hombre se fijó

en el pelo revuelto de Laura y en la suciedad y los rasguños que llevábamos en la piel. Yo todavía no me había mirado en ningún espejo, así que no tenía ni idea del aspecto tan lamentable que ofrecía, ni de cómo la carrera por el bosque me había dejado el cuerpo lleno de señales, ni del brillo salvaje que se había apoderado de mi mirada.

—¿En qué podemos ayudarles?

No sabía por dónde comenzar. Empecé a hablar atropelladamente, mezclándolo todo sin seguir un orden cronológico: el tren, el bosque, Alina, la policía de fronteras...

El agente levantó dos manos enormes.

—Está bien. Despacio, por favor. No le entiendo.

Salió de detrás del mostrador y nos indicó que lo siguiéramos, diciéndole algo en su lengua materna a su compañero, que nos lanzó una mirada sombría que no comprendí.

El más corpulento nos ordenó que dejáramos las bolsas detrás del mostrador y nos guio por un corto pasillo, conduciéndonos a lo que supuse que sería una sala de interrogatorios, donde nos sentamos en unas sillas de plástico. Laura no había abierto la boca todavía. Se sentó allí temblando y con la mirada perdida.

El policía no dejaba de mirarla con expresión suspicaz.

—¿Cómo se llaman? —preguntó.

Se lo dije y lo observé mientras

anotaba nuestros nombres.

—Yo me llamo Constantin. —No supe si se refería a su nombre de pila o a su apellido—. Muy bien, cuéntemelo todo. Desde el principio, ¿de acuerdo?

Así que le conté lo ocurrido en el tren, que nos habíamos quedado dormidos en el coche cama, que al despertarnos descubrimos que nos habían robado los pasaportes, los pasajes y el dinero. Que nos habían echado del tren.

Levantó la vista de sus notas.

—¿Por qué los... echaron del tren?

—Porque no teníamos los pasajes.

—¿No tenían pasaje?

El aire en la habitación se enrareció. El policía volvió a mirar a Laura, que en

ese momento temblaba aún más, con los dientes castañeteándole.

—Creo que está en estado de *shock* —dije—. ¿Tiene una manta? ¿Algo caliente para beber, con azúcar?

No hizo caso de mis palabras, sino que volvió a su anterior pregunta.

—Así que... viajaban en el tren sin pasaje.

—¡No! Teníamos pasajes, pero nos los robaron.

Sacudió la cabeza, como si aquello no tuviera sentido. Yo no quería contarle que habíamos ocupado un compartimento privado por el que no habíamos pagado, ni tampoco que Alina había intervenido y hecho enfadar a los guardias. Presentía que aquel policía se

pondría del lado de los otros hombres de uniforme.

Señaló a Laura con el bolígrafo.

—Su novia. ¿Toma drogas?

—¡No! Ya se lo he dicho, está en estado de *shock*. Necesita atención médica. Y yo necesito contarle lo que vimos en la casa del bosque.

El bolígrafo con el que había estado tamborileando sobre la mesa se quedó quieto.

—¿La casa del bosque?

—Sí. Por eso es por lo que hemos venido aquí, para contárselo.

Me miró fijamente.

—Enséñenme sus pasaportes.

—Ya se lo he dicho eso también. Nos los han robado. —Laura empezó a

gimotear a mi lado—. Oiga, de verdad, mi novia necesita un médico. O, por favor, denle algo con azúcar para beber.

El hombre lanzó un profundo suspiro y se levantó de la silla con grandes aspavientos. Salió de la sala y regresó al cabo de un minuto con una lata de Coca-Cola caliente, que dejó delante de Laura. La abrí y se la di. Laura tomó un sorbo e hizo una mueca.

—Entonces, ¿no tienen documento de identidad? —dijo el policía.

Abrí la boca para responder, pero no salió nada.

—¿Sabe alguien que están aquí?

—No, pero... —saqué del bolsillo mi iPhone sin batería—, ¿podría dejarme cargar el teléfono para poder

llamar a casa? ¿O usar el suyo?

—Espere.

Se levantó y se fue. A mi lado, los temblores de Laura se habían apaciguado un poco, pero aún parecía que fuera a desmayarse en cualquier momento. Le rodeé los hombros con el brazo e intenté atraerla hacia mí. Estaba rígida como una piedra.

Aquello era exasperante. Constantin todavía no nos había dado ocasión de contarle lo que había pasado en la casa del bosque. De pronto, la imagen de la casa invadió cada rincón de mi cerebro y me clavé los puños en los ojos, como tratando de borrar el recuerdo. Tenía que contárselo al policía.

Estuve diez minutos paseándome

arriba y abajo por la habitación, mientras Laura seguía sentada en silencio, antes de que Constantin regresara por fin. No llevaba ningún teléfono ni ningún cargador en la mano. Su expresión al entrar era la de alguien a quien acababan de pedir que tomase una decisión difícil.

Antes de darle tiempo a sentarse, le espeté:

—Necesito contarle lo que ha pasado... Ha habido un crimen.

—En la casa del bosque.

En ese momento, el policía que estaba en la recepción asomó la cabeza por la puerta y dijo algo en rumano a Constantin, que soltó un resoplido impaciente.

—Esperen aquí —dijo, apoyándose las manos en los muslos para levantarse de nuevo. Antes de salir otra vez de la habitación, se volvió y dijo—: ¿Está seguro de que... nadie sabe que están aquí?

—Sí. Estoy seguro.

Salió de la habitación y oí unos pasos alejarse, y sus voces cada vez más distantes.

—Tenemos que irnos —dije a Laura, quien me miró sin comprender. La agarré del brazo y la obligué a levantarse—. Vamos, tenemos que irnos ahora mismo.

—Pero...

—Aquí pasa algo raro —dije—. ¿Por qué nos pregunta todo el tiempo si sabe

alguien que estamos aquí? No me gusta. —Me acerqué a la puerta y me asomé al otro lado. No se veía a nadie y ya no oía las voces de ninguno de los dos policías—. Está despejado. Vámonos.

Laura echó a andar con paso tambaleante y le rodeé la cintura con el brazo. Volví a echar un vistazo por el pasillo. No veía nada, pero oía gritos. Tal vez habían llamado a Constantin para que solucionara algún problema con un detenido especialmente agresivo. Sea como fuese, teníamos que correr el riesgo y salir de allí cuanto antes.

Echamos a correr en dirección a la salida y llegamos a la recepción, que en ese momento estaba vacía.

—Nuestras bolsas —dijo Laura en voz baja—. ¿Dónde están?

—Tendremos que dejarlas —le contesté.

Estaba tan convencido de que no podíamos confiar en Constantin que dejar allí las bolsas me parecía un sacrificio necesario. Cuando salimos a la calle, bajo una mañana ahora ya cálida y soleada, sentí un inmenso alivio. Tomé a Laura de la mano y tiré de ella, y luego paramos un momento a preguntar a alguien por el camino a la estación de tren. Atravesamos un campo en dirección a la estación y me invadió una alegría enorme al descubrir que llevaba encima justo el dinero en efectivo suficiente para subirnos a un

tren que nos sacara de aquel pueblo.

—¿Qué pasó después? —preguntó la doctora Sauvage, lanzando al aire una nube de vapor de agua.

A lo lejos oía el ruido del tráfico, un hombre gritando, un portazo... Pero acompañando todo aquello, oía las palpitations de mi corazón, el rugido en los oídos, como si estuviera debajo del agua.

—¿Daniel?

Me volví hacia ella.

—Desde allí solo pudimos pagar un pasaje a otro pueblo cercano, donde hallamos una casa de empeños cuyo propietario accedió a comprarme mi reloj. Conseguimos reunir justo el dinero necesario para llegar a Bucarest.

Una vez allí, encontramos la embajada británica y, después de muchas llamadas telefónicas, nos facilitaron documentación temporal para viajar y nos buscaron un vuelo.

—¿Le contaron a alguien más lo que había ocurrido?

—No. No se lo hemos dicho a nadie.

—Pero...

—No podíamos. No podemos.

La doctora me habló con tono tranquilizador:

—Daniel, confío en que pronto podrá contármelo a mí. Como ya le he dicho, no será hasta entonces cuando pueda hacer frente a lo que siente.

Había un cerco en mis vaqueros donde la tela estaba casi completamente

desgastada. Me quedé mirando aquel cerco, incapaz de mirar a la doctora Sauvage a los ojos.

—Usted no... No sé si puedo. Todavía no. Tal vez la próxima sesión.

Teníamos otra visita programada esa misma semana, más adelante.

—¿Qué es lo que ve, Daniel? ¿En su mente?

—Una exposición de polaroids del horror.

—¿Qué?

Levanté la vista para mirarla.

—Polaroids —repetí.

Flash. Un hombre en cuclillas, un destello metálico.

Flash. Unos números garabateados en tinta. 13.8.13.

Flash. Flash. Flash.

Me levanté.

—Tengo que irme.

—Daniel...

—Lo siento.

Me fui de la consulta de la doctora Sauvage y eché a andar calle abajo. Tenía el estómago revuelto, aún estaba debilitado por el esfuerzo de contarle la parte de mi historia que había podido compartir con ella. Pensé en mi reloj en la casa de empeños de aquel pueblecito de Rumanía, de cuyo nombre no conseguía acordarme. El reloj había sido un regalo de Laura para celebrar el acuerdo que había cerrado con Skittle. Le había costado la mitad del sueldo, pero eso no era lo importante. Había

grabado en él unas sencillas palabras:
«Hasta el fin de mis días, Laura».



Tomé el autobús de vuelta a Angel y fui al supermercado —leche, pan, paracetamol, vino tinto, vino blanco — antes de volver a mi apartamento.

Ya incluso cuando subía las escaleras supe que pasaba algo raro. Vivía en un viejo edificio victoriano dividido en apartamentos. Laura y yo llevábamos mucho tiempo planeando mudarnos a una casa mejor y más grande, pero lo cierto es que ni siquiera con los beneficios inesperados de mi *app* podíamos permitirnoslo.

Apenas veía a mis vecinos. Mi contacto con ellos se reducía a cuando colgaban notas en el tablón de anuncios del vestíbulo para quejarse los unos de los otros: fiestas ruidosas, bicicletas y carritos de bebé que bloqueaban la entrada, vecinos que se equivocaban y tiraban el reciclaje en el contenedor de basura incorrecto, otro indeseable que estacionaba su coche en una plaza de aparcamiento que no era suya... Sin embargo, ese día el ambiente estaba más tranquilo y sosegado que nunca.

Llegué al segundo piso y vi que la cerradura de mi puerta estaba astillada. Alguien la había forzado.

Empujé la puerta con ademán vacilante.

CAPÍTULO 14

En el salón, las estanterías estaban vacías y todos los libros estaban desparramados por el suelo, como los cascotes de un edificio después de un bombardeo. Los papeles que guardaba en mi escritorio estaban revueltos con todo lo demás, y los cajones, entreabiertos. En el dormitorio, la cómoda había corrido la misma suerte; había ropa tirada por todas partes, junto con píldoras, condones y artículos de

distinta índole de mi mesilla de noche. Habían sacado las cajas de debajo de la cama y, tras vaciarlas, habían apartado las fotografías, de manera que el rostro de Laura me sonreía desde el suelo.

En el baño, el lavamanos estaba lleno de botes de pastillas, y en el suelo de linóleo yacía aplastado un tubo de dentífrico, cuyo contenido dibujaba un chorro allí donde alguien lo había pisado. Volví a la sala de estar y miré alrededor, con la boca reseca y el corazón latiéndome desbocado.

El portátil, que había dejado cargándose en el escritorio, había desaparecido.

Mi trabajo más reciente —lo poco que llevaba realizado— estaba

guardado en la nube, pero había otros archivos, incluida la mayoría de mis fotos, de los que todavía no había hecho una copia de seguridad. Las claves de usuario de mis cuentas bancarias, de mis cuentas en las redes sociales, de las páginas de los comercios electrónicos, de todos los sitios electrónicos que utilizaba..., todas estaban ahí guardadas también, mi equipo se conectaba automáticamente por defecto a casi todas ellas. Con aquel portátil, cualquiera podía destrozarme la vida.

Miré alrededor para ver si echaba en falta algo más. La PlayStation 4. Mi iPad. El altavoz *bluetooth* con el que escuchaba música. Así que, por lo visto, solo se habían llevado los *gadgets*. ¿Y

lo habían puesto todo patas arriba solo por gusto? ¿O estaban buscando joyas y dinero en metálico?

Llamé a la policía y luego a mi banco, solicitando que congelasen mi cuenta temporalmente.

Tenía que conseguir acceso a otro equipo informático para poder cambiar todas mis contraseñas, y no quería quedarme allí solo, en medio de aquel desastre, en el ambiente de podredumbre de mi profanado hogar.

Volví al dormitorio, pisando con cuidado entre los escombros. Me senté en la cama y recogí del suelo una foto de Laura. Era tan guapa... Y muy pronto estaría a diez mil kilómetros de distancia.



Erin abrió la puerta, con una tripa aún más abultada que el día anterior.

—Hola otra vez —dijo, besándome en la mejilla—. Laura no está.

—Ah.

—Pero puedes pasar y esperarla, si quieres. Si te soy sincera, me estoy volviendo loca de aburrimiento. La baja de maternidad está muy bien al principio, pero una tiene un límite para los programas que dan en la tele por las mañanas. A ver si sale este renacuajo de una vez.

Nos sentamos a la misma mesa de la cocina del día anterior. Una caja de cartón gigantesca ocupaba un lado de la

mesa, llena de pañales, biberones y toallitas para bebés.

—Laura ha salido a comprar, pero me alegro de tener ocasión de hablar a solas contigo. —Apoyó la mano en la mía. La suya era cálida—. Me mataría si se enterara de que he estado hablando de ella contigo, pero... bueno, sé lo mucho que te importa todavía.

—¿Tiene algo que ver con lo que le pasó en el metro?

—No exactamente. A ver, ella insiste en que se resbaló, que es imposible que alguien la empujara, y yo la creo. De hecho, cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que cuando al principio me dijo que alguien la había empujado, lo hizo para llamar la

atención, como si buscara mi compasión. —Me miró a los ojos—. Pero creo que Laura está empezando a imaginarse cosas. Cosas muy muy raras.

—¿Como qué?

—Pues... Muchas veces tengo que levantarme por la noche porque el niño me presiona la vejiga. Como tres veces cada noche, ahora que lo pienso. Estoy segura de que es la forma que tiene la naturaleza de prepararme para todas esas noches en vela que me esperan. Bueno, el caso es que la otra noche me levanté y oí un ruido aquí abajo.

—¿En la cocina?

—Sí. Bajé y vi a Laura de pie junto a la ventana. Iba en bragas, no llevaba nada más. A Rob le habría encantado. Y

estaba mirando al jardín. La llamé, pero no me respondió, y pensé: «Mierda. Está caminando sonámbula».

El frigorífico emitió un chasquido y me sobresalté.

—Volví a llamarla y se dio la vuelta. Tenía la carne de gallina, todo el cuerpo. Vamos, que estaba congelada, a pesar de que teníamos la calefacción encendida. No sabía qué hacer. Se supone que no hay que despertar a las personas durante un episodio de sonambulismo, ¿verdad que no?

—Me parece que no.

—Pues total, que en ese momento me habló. Dijo: «Ahí fuera. Entre los árboles». Y señaló al jardín, donde está el cobertizo.

—Dios.

Miré por detrás de Erin hacia el jardín, que parecía abandonado, como si sus dueños hubiesen decidido no tocarlo hasta la primavera. Había un pequeño manzano al final del césped, con las ramas de los árboles desnudas y el suelo cubierto de hojas húmedas y marchitas. No me costó nada imaginar el aspecto que tendrían de noche, el de unas siluetas fantasmagóricas que extendían sus tentáculos hacia la casa. Sentí un escalofrío.

—Entonces pasó por mi lado, subió por las escaleras y se fue a su habitación. Desperté a Rob para contárselo y, más que nada, se enfadó por haberse perdido el espectáculo de

verla desnuda.

—¿Saliste al jardín a echar un vistazo?

—Sí. Bueno, salió Rob, pero allí no había nada. No esperábamos que fuese a haberlo. —Frunció el entrecejo—. Estoy muy preocupada por ella. Si le añades a eso toda la historia del metro, cuando estuvo a punto de caer... Y ahora dice que quiere irse a vivir a la otra punta del mundo. No sé si eso es lo que más le conviene o lo que menos. ¿Puedes hablar con ella? ¿Intentar convencerla para que vaya a ver a algún profesional? A mí no me hace caso.

—A mí tampoco querrá escucharme, Erin.

Se levantó y se acarició el vientre. El

niño que llevaba dentro no imaginaba lo afortunado que era de tener como madre a una mujer tan atenta y capaz.

—Bueno, pues vuelve a intentarlo.



Erin fue al baño y cuando regresó, le conté que habían entrado a robar en mi casa. Se quedó conmocionada y me preguntó por qué no se lo había dicho antes; me dejó usar su portátil para visitar todas las páginas web que utilizo y así cambiar las contraseñas.

Dos horas más tarde, cuando estaba a punto de darme por vencido y dejar de esperar a Laura para volver a mi apartamento y empezar la desagradable

tarea de limpiar y recogerlo todo, oí que se cerraba de golpe la puerta principal y la vi entrar en la cocina. Eran las seis de la tarde.

—Ah —dijo al verme.

—Sorpresa.

—¿Qué haces tú aquí?

Llevaba un par de bolsas de la compra, una de las cuales contenía, para mi satisfacción, dos botellas de vino tinto. Parecía un poco confusa, como malhumorada. Me fijé en que llevaba su coletero en forma de amapola en el pelo, un objeto que yo consideraba su símbolo personal. La de veces que lo había perdido y habíamos pasado media hora agachados buscándolo por toda la casa.

—Me han entrado a robar en el

apartamento. He venido a utilizar el ordenador.

—¿Te han entrado en casa?

Le expliqué lo ocurrido y reaccionó horrorizándose, lógicamente.

—Es como si nos hubiesen echado una maldición —comentó.

—Laura, no digas bobadas. No creerás eso en serio, ¿no?

—No, supongo que no.

Sacó el vino de la bolsa, abrió inmediatamente una de las botellas y se sirvió una copa muy generosa.

—¿Es que no vas a ofrecerme una?

—¿Por qué? ¿Es que te quedas a cenar?

—Quiero hablar contigo, Laura.

—No quiero hablar de Australia, por

favor.

—No, solo quiero charlar un rato. Todavía somos amigos, ¿verdad? Y no quiero volver al apartamento todavía. No tengo fuerzas.

Me sirvió una copa de vino, se sentó a la mesa de madera maciza y me preguntó más detalles sobre el robo en casa, de manera que pasamos la siguiente hora o así hablando. A medida que el vino iba menguando, Laura se fue relajando, su mal humor desapareciendo, y yo me limité a hablar de temas poco comprometidos. Ninguna referencia al pasado, ninguna mención a nuestro viaje, ni una palabra sobre nuestra relación o sobre su plan de irse a vivir al extranjero. Hablamos de

nuestros amigos comunes, de los programas de televisión que solíamos ver juntos y de la música que nos gustaba a los dos. Erin y Rob entraron a decirnos que iban a pedir comida para llevar de un restaurante indio, que si queríamos nosotros también; la comida llegó y cenamos juntos, regando la cena con la segunda botella de vino.

Fue maravilloso. Durante dos horas me olvidé de toda aquella mierda, de todos los problemas a los que tenía que enfrentarme. Sentí que volvía a ser el antiguo Daniel. Era como si fuésemos una pareja de nuevo, la pareja que éramos antes. La única nota negativa era aquella preocupación persistente, saber que tarde o temprano tendría que

preguntarle por el incidente que había protagonizado estando sonámbula. Pero no quería aguar la fiesta. Por primera vez en tres meses, me sentía feliz.

—No queda ni una gota de vino — dijo Laura, sorprendida.

—¿Cómo ha podido suceder?

Soltó una risa ebria.

—Creo que nos lo hemos bebido.

—¿Quieres que salga a comprar más?

Me miró a través del flequillo, con una expresión en los ojos que me provocó un cosquilleo en todo el cuerpo. Llevaba un rato apretando la pierna contra la mía por debajo de la mesa. Yo sabía que ella era consciente del contacto físico entre ambos, y me entusiasmaba comprobar que no había

intentado romperlo.

—Ahora que lo pienso, tengo una botella de Jack Daniels en mi habitación.

—¿Quieres que suba a buscarla?

—No, no podemos seguir acaparando la cocina de Erin y Rob. Podemos bebérsola arriba.

Hice todo lo posible por disimular mi alegría al oír aquello.

—Vamos —dijo.

Me guio hasta su habitación. Yo ya había dormido allí antes, cuando Laura y yo nos quedábamos a pasar la noche en la casa, y se me hacía raro pensar que Laura estuviese viviendo allí ahora, que su ropa llenase el armario y que sus objetos personales estuviesen repartidos

por aquellas cuatro paredes. La habitación no era mucho más grande que la cama doble que la amueblaba y no había ningún otro sitio donde sentarse, así que me acomodé con torpeza en la orilla de la cama mientras Laura se sentaba en el centro, con las piernas cruzadas, y abría la botella de whisky.

Solo tenía un vaso, de modo que sirvió un poco de whisky, tomó un par de sorbos y luego me lo pasó a mí, al tiempo que se levantaba a poner algo de música. Se tambaleó y se cayó a medias en la cama, riéndose y diciendo: «¡Uy!».

Llevaba unos vaqueros y un suéter, pero veía la silueta de su cuerpo a través de la tela y sentí un intenso deseo de tocarla.

—Es como cuando éramos estudiantes, ¿verdad? —dije, devolviéndole el vaso.

—Sí, solo que yo era una estudiante muy aburrida. Me pasaba todo el tiempo en la biblioteca. La señorita Muermo.

—Tú nunca has sido aburrida.

—Oh, sí, en la universidad lo era. Y tenía un novio muy aburrido también.

—¿El presidente de la asociación de debate?

—Julian. Para él, el colmo de la felicidad era pasar la noche debatiendo y haciéndose pajas... mentales, claro.

Sonrió, soltó una risa tonta y luego empezó a reírse a carcajadas. Yo la imité y al cabo de unos segundos Laura estaba llorando de la risa, con lágrimas

que le rodaban por las mejillas, mientras que yo me estaba sujetando el estómago. No podía respirar, no podía parar de reír. El chiste ni siquiera tenía gracia, pero era una forma de liberar la tensión, o posiblemente una señal de que los dos estábamos al borde de la histeria.

Al final nos serenamos y Laura se secó la cara con la manga del suéter.

—Ay, Dios —exclamó—. Me duele la barriga.

Levanté la botella en el aire y anuncié, con un patético intento de imitar el acento americano:

—Y ahora, un poco de rock and roll, *baby*.

—Por favor, no me hagas reír otra vez.

Recordé lo que Erin me había pedido.

—Laura, ya sabes que estoy yendo a una terapeuta. Creo que me está ayudando. Erin me ha dicho que la otra noche...

Levantó la mano.

—No quiero hablar de eso. Por favor. —Se rio de nuevo—. He conseguido beber hasta alcanzar un estado en que todo me importa una mierda, ¿entiendes?

Estábamos sentados muy juntos en la cama; Laura, con las piernas cruzadas todavía, y yo con las piernas estiradas. Estaba aturdido y me dolían las costillas. Estaba borracho y feliz. Quise decirle algo profundo, algo que hiciese

que Laura volviera a enamorarse de mí, que arreglase todos nuestros problemas, que la hiciese cambiar de idea sobre su huida. Pero no se me ocurría nada que tuviese sentido, y mucho menos algo profundo. Mientras mis pensamientos trataban de abrirse paso entre la niebla, empezó a sonar una canción que nos gustaba muchísimo a los dos, con unas primeras notas de piano, el suave rasgueo de una guitarra y una voz masculina grave. Laura me miró y murmuró:

—Esta canción siempre me recuerda a ti, ¿sabes?

Y entonces nos besamos.

Poco después, cuando estábamos los dos desnudos y la penetré, lancé un

gemido y Laura me acalló, susurrándome: «Erin y Rob», y a mí me sorprendió recordar que existían, que existiese alguien más aparte de ella y yo. El roce de su piel en la mía, su lengua explorando mis labios, sus dedos en mi espalda, la urgencia de su respiración jadeante... Aquello era lo único que existía en el mundo. Estoy seguro de que grité al correrme, y de que ella gritó también, y entonces fui cayendo poco a poco en la inconsciencia, rodeado por el abrazo de sus piernas, con su sudor secándose en mi piel, y cuando me vencía ya el sueño, me sentí feliz, curado, vivo.

Hasta que me desperté.

CAPÍTULO 15

Fuera aún estaba oscuro, y la cama, estaba fría. El ambiente se notaba cargado y el aire olía a sexo y a whisky. Encontré los vaqueros en el suelo junto a la cama y miré la hora en mi teléfono. Las siete y media de la mañana.

Esperé un minuto por si Laura se había levantado para ir al baño y cuando no apareció, me levanté de la cama, recogí mi ropa, que estaba tirada formando una pila en el suelo, y bajé.

Había un par de tazas de café en la cocina, pero ni rastro de Laura. Supuse que Rob se habría ido a trabajar y que Erin seguiría aún en la cama.

¿Dónde estaba Laura?

Salí de la casa. Estaba destrozado. Me martilleaba la cabeza y me dolía todo el cuerpo. Me sentía como si tuviera noventa años. Antes de salir de la casa había encontrado una pequeña caja de analgésicos en el armario del baño y me había tomado un par.

Camden se estaba despertando, los vecinos más madrugadores se dirigían al trabajo, la gente esperaba en la parada del autobús. Un par de deportistas pasaron corriendo mientras caminaba calle abajo hacia el mercado. Tenía una

ligera idea de dónde podía haber ido Laura. Sabía cuál era su lugar favorito en aquella parte de la ciudad.

Mientras caminaba, pensé en la noche anterior. A pesar de que solo hacía unas pocas horas, tan solo recordaba pequeños retazos de piel contra piel, un recuerdo sensorial. Deseaba tantísimo que aquello hubiese significado algo, y que Laura sintiese lo mismo... Pero ¿qué posibilidades había de algo así? Estaba borracha, demasiado emotiva. Los dos lo estábamos. Sexo con tu ex. Aquello era de manual.

Si mis amigos pudieran leerme el pensamiento, pensé, querrían quitarme aquellas tonterías de la cabeza a base de bofetadas, me dirían que la olvidase de

una vez y que pasase página. Sin embargo, lo que no entenderían jamás es que yo tenía la sensación de que estaba ahogándome, y para mí, Laura era tierra seca. No sabía cómo superar el día a día, cómo seguir adelante, con todo, sin ella. ¿Por qué habíamos reaccionado a lo ocurrido en Rumanía de formas tan distintas? Uno aferrándose desesperadamente a la relación y el otro necesitando huir. Una situación mutuamente imposible. En el fondo de mi alma conocía la respuesta a esa pregunta.

Y no sabía qué hacer al respecto.



Tenía razón sobre el paradero de Laura.

Camden Lock era uno de sus rincones favoritos, pero solo cuando estaba tranquilo, cuando las oleadas de gente —que inundaban el mercado, los bares y los puestos de comida asiática, las *boutiques* góticas y las pocas tiendas de discos que aún resistían— se habían ido a casa o no se habían acercado todavía al barrio. Junto a las aguas quietas del canal todo estaba plácidamente tranquilo, sobre todo a aquellas horas, con aquel tiempo. Unos grados menos y el agua acabaría congelándose.

Laura estaba sentada en un murete bajo, junto al estrecho camino de sirga, enfundada en su parka verde. Tenía la

mirada fija en el agua, y estaba inmóvil. La observé desde arriba, desde el patio abierto del mercado, vacilante, sin saber muy bien si iba a ser bienvenido o no. Tal vez, ahora que sabía que estaba bien, lo mejor sería irme, volver a casa y llamarla más tarde. ¿O era mejor bajar y hablar con ella sin dilación para decirle lo que sentía? Me costaba decidirme entre las dos opciones, pero antes de que pudiera decantarme por una o la otra, vi algo que acabó con mi dilema.

Había un hombre vigilándola.

Lo vi apostado bajo el puente, semioculto entre las sombras. Por un instante, salió a la débil luz de la mañana, pero llevaba una capucha, de modo que no le vi la cara. Era delgado,

de físico atlético. Miraba fijamente a Laura, ajena por completo a su presencia.

—¡Eh! —grité.

Laura levantó la mirada en mi dirección y el hombre se apresuró a refugiarse debajo del puente, en la oscuridad. Yo eché a correr escaleras abajo, haciendo caso omiso de la llamada de Laura: «¿Daniel?», y me lancé a la carrera por el camino de sirga y bajo el puente.

Cuando salí al otro lado, el hombre estaba subiendo las escaleras hacia la calle principal. Como si lo hubiese llamado a propósito, un autobús se detuvo allí en ese preciso instante y subió a bordo. Corrí con todas mis

fuerzas, pero cuando llegué a la parada, jadeando y empapado en sudor, el autobús se fue. No vi ni rastro del hombre a través de las ventanillas.

Maldije mi suerte entre dientes, volví a bajar las escaleras y recorrí de nuevo el camino hacia donde estaba Laura.

—¿Qué diablos estás haciendo? — dijo, con palabras duras, acompañadas de una nube de aliento que empañaba el aire helado.

—Ese tipo te estaba espiando.

—¿Se puede saber de qué hablas? Eras tú el que me estaba espiando.

Di un paso hacia ella e intenté tocarle el brazo, pero se apartó bruscamente.

—Laura. Cuando me desperté, te habías ido. Estaba preocupado por ti.

—¿Por qué?

—Todavía me importas, Laura. Y mucho.

Su larga melena de color rubio rojizo ondeó en el aire. Tenía la nariz roja del frío, y dos cercos de color más le incendiaron las mejillas.

Lanzó otra nube de hielo en el aire.

—Daniel. Esto tiene que acabar. Anoche estábamos borrachos. —Me miró directamente—. No significó nada.

—Mientes.

No me miraba a los ojos.

—No, es la verdad.

Antes de que pudiera responder, dio media vuelta y empezó a subir los escalones.

Corrí tras ella.

—Laura, por el amor de Dios. Esta no eres tú.

—Por favor, Daniel. No supliques. Tú no eres así.

—¡No iba a suplicarte! Mierda, ¿por qué eres tan fría conmigo? Tú sí que no eres así.

—Tal vez sea así ahora. Es mi nuevo yo.

Negué con la cabeza.

—Me niego a creer eso.

Percibí las miradas de los vendedores del mercado, que estaban montando sus puestos. Alargué la mano hacia ella y Laura se encogió.

—Tienes que olvidarte de mí. No deberíamos habernos acostado anoche. Fue un error. Ya sé que para ti habrá

sido como una señal de que íbamos a volver juntos, pero ya no podemos estar juntos, Daniel. Nunca más. Nada va a cambiar eso. Yo me voy a ir de aquí y no volverás a verme nunca más. —Apoyó la mano en mi antebrazo—. Tienes que olvidarte de mí y mirar hacia el futuro.

Abrí la boca para protestar, pero me lo pensé mejor. Tenía razón. Estaba a punto de suplicarle, o al menos al borde de acosarla con mi insistencia. Sus palabras me hacían daño, pero también me producían rabia y frustración. Lo mejor que podía hacer era retirarme, volver a casa y darle el espacio que me estaba pidiendo. Sin embargo, antes de irme necesitaba decirle algo más.

—Laura, ese hombre te estaba

vigilando.

Miró al puente y negó con la cabeza.

—No. Solo era un tipo cualquiera. Seguramente le has dado un susto de muerte.

Vacilé. ¿Y si tenía razón?

—No... Te estaba observando. A ti en concreto.

Una sombra de duda le nubló el rostro un momento, pero luego sacudió la cabeza de nuevo.

—No. No me miraba a mí.

Echó a andar otra vez y de nuevo apreté el paso para seguirla.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—A casa de Erin.

Se alejó de mí y siguió caminando más deprisa, salió del patio descubierta

del mercado y enfiló hacia High Street, que ya estaba abarrotada de gente. Me quedé allí, inmóvil, durante lo que me pareció un largo rato. No era solo la demoledora revelación de que lo decía en serio, que lo nuestro había terminado para siempre. Era algo más. Algo mucho peor. Estaba seguro de que el hombre bajo el puente estaba allí específicamente para vigilar a Laura. Y ahora yo tenía que volver a mi apartamento, con todo patas arriba. Mientras me dirigía a la calle principal, sentí un leve hormigueo en la nuca, como si alguien estuviese vigilando también todos mis movimientos.

CAPÍTULO 16

Pasé todo el día ordenando y limpiando el apartamento, aprovechando la ocasión para reorganizar mis cosas: recolocando los libros en las estanterías según el color del lomo, ordenando los DVD por género, doblando y guardando la ropa en su sitio... Llené tres bolsas de basura con cosas que ya no quería, me deshice de todo lo que había en mis cajones y armarios que ya no usaba o necesitaba, metí las fotos sueltas en álbumes.

Cambié las sábanas, pasé el aspirador y limpié todas las superficies. Cuando acabé, el apartamento estaba impecable, como nunca desde que Laura se había ido, y yo estaba exhausto pero satisfecho. Encontré una cerveza fría al fondo de la nevera, cubierta de gotas de condensación, y me desplomé con ella en el sofá, tratando de dejar la mente en blanco y no pensar en nada.

Oí el sonido del interfono. ¿Laura? Me levanté de un salto y descolgué el auricular.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—Ah. Jake.

Le abrí la puerta de la calle. Cuando entró en el apartamento, después de

arrojar el abrigo sobre el respaldo de una silla, dijo:

—Yo también me alegro un montón de verte, Dan.

—Lo siento. Es que creía...

—¡La hostia! —Estaba paseándose por la habitación en un círculo, boquiabierto—. ¿Es que ha venido un batallón de limpieza?

—Más bien un batallón de ladrones —contesté.

—¿Un qué?

Se lo expliqué mientras le preparaba un café. Jake no bebía alcohol, básicamente porque su madre era una alcohólica que había destrozado a la familia por culpa de su adicción. Sin embargo, sí bebía litros y litros de café,

diez o doce tazas al día, aunque él sostenía que su energía y vitalidad formaban parte de su naturaleza, que su inagotable hiperactividad no estaba inducida por la cafeína.

Jake era asquerosamente guapo, tanto que salir con él podía convertirse en una experiencia deprimente, pues las miradas de todas las chicas pasaban por encima de mí para clavarse directa e irremediablemente en él, un mulato de cuerpo fibroso que irradiaba energía y carisma por los cuatro costados. Su madre era una exmodelo de Manchester y su padre, un músico de Trinidad, de modo que Jake había heredado el físico de ella y el talento de él.

—Joder —exclamó Jake, con los

ojos abiertos como platos, cuando hube terminado de contarle lo del robo.

Opté por omitir todo lo demás, incluido que me había acostado con Laura. Sabía que pensaría que era un idiota. Jake nos había presentado a Laura y a mí; se había pasado los últimos años diciéndonos que le debíamos una y que más nos valía que pusiéramos su nombre a nuestro hijo. Cuando Laura me dejó, fue una noticia triste e inesperada para él, pero aunque quería que volviésemos a estar juntos, adoptó el papel del amigo siempre dispuesto a animar, diciéndome que dejase de llorar por los rincones y que empezase a vivir de nuevo.

—Bueno, ¿y tú qué tal? ¿Cómo te

va? —le pregunté, mientras me terminaba la cerveza.

—¿Qué quieres decir? Ya te hablé de mi concierto de esta noche. Lo hablamos el otro día. No me digas que se te ha olvidado...

—Pues... —La verdad es que no me acordaba. Tenía un vago recuerdo de haber mantenido una conversación con Jake a principios de semana, pero no me acordaba de qué habíamos hablado.

—Da igual, vas a venir. No puedes quedarte aquí encerrado lamiéndote las heridas el resto de tu vida. Me preocupas, colega.

—¿Dónde es el concierto?

—No me puedo creer que se te haya olvidado —volvió a decirme. Era en un

pub importante, cerca de Euston—. Van a ir algunos cazatalentos de las discográficas. Un tipo me llamó después de ver mi canal de YouTube y quiere verme en directo.

Me vi a mí mismo entre la multitud del concierto, rodeado de gente y ruido.

—Creo que no...

—No digas que no, Dan. No quiero suplicarte, pero la verdad es que me iría muy bien tu apoyo. No puedes quedarte aquí encerrado para siempre. Vamos, sal, pásatelo bien. Habrá chicas y todo eso. Solo tienes que decirles que eres amigo mío y...

Me guiñó un ojo y chasqueó la lengua.

Lancé un suspiro.

—Está bien, iré. Pero la verdad es que no me apetece conocer a ninguna chica.

Sonrió y levantó su taza en el aire.

—Salud. Por cierto, tienes que comprar un café un poco más decente. Esta mierda sabe a Nescafé.

—Es que es Nescafé.

—Sabes que matan a niños pequeños, ¿verdad?

Por un momento me quedé como ausente.

—La empresa Nestlé —insistió—. Están envenenando...

—Sí, sí, ya lo sé. La leche artificial para bebés. —Me levanté y me dirigí al armario de la cocina, saqué el tarro de café instantáneo y lo tiré a la basura—.

¿Ya estás contento?

Me miró con el gesto muy serio.

—De verdad que necesitas salir más, Dan. Tienes un aspecto horrible. Y te comportas un poco raro. Se te olvidan las cosas. Pareces como... loco.

—Tal vez lo esté —dije.

—¿Tal vez estés qué?

—Loco.



El pub estaba abarrotado, pese a ser la noche helada de un jueves de noviembre. Me senté con Jake en una habitación minúscula detrás de la barra, donde se estaba preparando para el concierto, afinando la guitarra y

calentando un poco, poniéndose a tono. Había estado años cantando en grupos que no habían logrado nada, sin llegar a ser nunca lo que buscaban las compañías discográficas, viendo con frustración a grupos rivales de peor calidad firmar contratos importantes y, a veces, encabezar las listas de los éxitos de ventas. Era el caso, por ejemplo, de un tipo llamado Zack Love (este no era su verdadero nombre), quien durante un tiempo había pertenecido a la misma banda que Jake. Zack había dejado el grupo para participar en el programa de talentos *Factor X*, llegó a la final y luego triunfó con varios superventas. Circulaban rumores de que iba camino de arrasarse en Norteamérica.

El éxito de Zack hundió a Jake en una espiral de inseguridad y amargura, pero se había recuperado e, impulsado por la rivalidad con su antiguo compañero y amigo, empezó a componer canciones mucho mejores, a trabajar en su imagen y, en general, a transformarse a sí mismo. Su canal de YouTube había ganado gran cantidad de nuevas suscripciones recientemente, después de que uno de sus videos caseros se hiciese viral. Cuando salí de la zona de bastidores, después de darle un abrazo de buena suerte, tuve el presentimiento de que aquel iba a ser su gran día.

Mientras me abría paso entre la multitud, oí a un par de chicas hablando de Jake.

—¿Viste el nuevo video que subió ayer?

—Dios, sí. Qué maravilla. Esos bíceps... —Lanzó un gemido—. ¿Crees que tendrá novia?

—No, Tara dijo que no tenía novia, pero no te hagas ilusiones: ¡es mío!

—Bah, seguro que es gay...

Sonreí al pasar junto a ellas y estuve tentado de darles información confidencial. Compré dos botellas de cerveza en la barra para no tener que volver a hacer cola luego y encontré un sitio cerca del escenario, detrás de otro grupo de chicas que desbordaban entusiasmo. También había muchos chicos entre el público, pero todos parecían haber llegado hasta allí

arrastrados por sus novias.

Me pregunté si Jake seguiría hablándome en caso de hacerse famoso de verdad, o si, por el contrario, me cambiaría por un nuevo grupito de colegas, todos estrellas de rock, actores y modelos de pasarela. Entonces sí que iba a quedarme completamente solo: mi novia en Australia y mi mejor amigo sin querer saber nada de mí.

Me trinqué mi primera cerveza, para ahogar en ella las penas de la autocompasión.

Se hizo un silencio general cuando el maestro de ceremonias anunció a Jake y, acto seguido, las chicas del público, así como algunos chicos, empezaron a gritar y a agarrarse unos a otros cuando salió

con su guitarra y, tras una leve sonrisa, se puso a tocar. Estuvo genial. Yo ya había oído montones de canciones suyas a lo largo de los años, porque siempre me pedía que escuchara sus demos y fuese a sus conciertos, pero no había ninguna duda de que su última creación estaba muy por encima de sus anteriores trabajos. La envidia había surtido efecto. A menos que tuviera muy mala suerte, iba a convertirse en una estrella.

Mientras Jake tocaba, me fijé en una chica joven y rubia muy cerca de donde estaba yo. Llevaba unos vaqueros ajustados y un top rojo oscuro, y muy poco maquillaje. Era espectacularmente guapa. La segunda vez que la miré, me sonrió y, antes de darme cuenta, ya la

tenía a mi lado.

—Me encanta ese hombre —dijo, acercándome los labios al oído, pese a que la música no estaba tan alta como para no poder mantener una conversación normal. Hablaba con acento de Europa del Este. Me acordé inmediatamente de Alina y me estremecí con un escalofrío—. ¿Estás bien? —me preguntó—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

Sentí la imperiosa necesidad de salir de allí, pero había demasiada gente alrededor. Estaba atrapado. Opté deliberadamente por relajarme: aquella mujer era guapísima, y tal vez necesitaba seguir el consejo de Jake y dejar de ser un ermitaño.

Quise decirle que Jake era mi mejor amigo, pero me contuve. Ya me imaginaba cómo seguiría la conversación: ella se sorprendería y yo intentaría impresionarla, pero, en el fondo, lo único que le interesaría de verdad era saber si podría presentarle a Jake. ¿Así iba a ser mi vida a partir de entonces? Todo el mundo me conocería por ser amigo Jake, un modo de conocer a la gran estrella del rock.

—Es muy bueno —dije—. Me encanta esta canción.

Ella extendió la mano.

—Me llamo Camelia.

—Yo soy Daniel. ¿De dónde eres?

Sonrió y contestó:

—De Belsize Park, el mejor barrio

de Londres, ¿es que no se nota? Me gusta tu nombre, Daniel. Me recuerda a alguien capaz de escapar de la guarida del león.

—Sí, ese es mi trabajo. Soy domador de leones. Cuando tenía diez años me escapé de casa para irme con el circo y tengo dos cachorros de león de mascotas en mi cobertizo.

Sonrió generosamente y apoyó la mano en mi hombro. Tragué saliva.

—No, en serio: ¿de qué país eres?

—De Rumanía. Pero no te preocupes, que no soy un vampiro.

—Ah.

Ladeó la cabeza.

—¿Es que te gustaría que fuese un vampiro?

—No. Perdona, es que yo... No importa.

Me quedé callado. El hecho de que fuese de Rumanía me había puesto nervioso. Era una tontería. En Londres había gente de todas las nacionalidades, y Rumanía formaba parte de la Unión Europea, así que sus ciudadanos podían ir a trabajar allá donde quisieran. No podía ir por ahí quedándome patidifuso cada vez que conocía a alguien del país donde mi vida había cambiado por completo.

—Hablas muy bien mi idioma. Uy, perdona. Eso ha sonado muy condescendiente, ¿verdad?

—No, ha sonado a cumplido. Así que gracias. Llevo siglos viviendo aquí. Ah,

y este tema me encanta.

Se volvió hacia el escenario, movió la cabeza y balanceó las caderas al ritmo de la música. Tenía los ojos entrecerrados y una media sonrisa en aquel rostro angelical. Advertí que otros hombres entre el público la miraban con ojos codiciosos y sentí que me invadía un extraño afán de protegerla, además de sentirme halagado por que hubiese elegido hablar conmigo.

Me llevé la botella de cerveza a los labios y descubrí que estaba vacía.

—¿Te apetece una copa, Camelia?

—Sí. Tomaré lo mismo que tú.

Me abrí paso entre la muchedumbre hacia la barra, con la voz de Jake atronando con fuerza en mis oídos,

mientras una pequeña parte del público tarareaba con él la canción. Me palpitaba la sangre. Tras una larga espera, conseguí comprar las bebidas y volví donde había dejado a Camelia.

Ya no estaba allí. Genial. Me dije que era absurdo sentir semejante decepción, pero no pude evitarlo. Aquella chica tenía algo especial, y no era solo su físico, sino su aire juguetón, la energía que irradiaba...

Ay, Dios... Laura. Me embargó una oleada de culpa, pero entonces recordé cómo había actuado Laura esa misma mañana, el tono de su voz cuando me dijo que todo había terminado definitivamente entre nosotros.

—Eh.

Me volví, con una inmensa sensación de alivio y reprendiéndome al mismo tiempo por sentir tanto alivio.

—Lo siento, tenía que ir al baño y había una cola increíble. Creo que había una pareja haciéndolo en uno de los retretes. —Puso cara de incredulidad—. Qué ordinarios. Aunque en el fondo entiendo que la gente se deje arrastrar por la pasión, supongo...

Decididamente, la forma en que me miraba en ese momento no era producto de mi imaginación. Me quedé sin habla por unos segundos.

—Qué calor hace aquí, ¿verdad? —dijo, quitándose la chaqueta. Al hacerlo, se le cayó algo del bolsillo y se agachó a recogerlo del suelo. Era su teléfono.

Volvió a metérselo en el bolsillo.

Desde lo alto del escenario, Jake se estaba despidiendo.

—¡Gracias! ¡Hasta pronto!

—Será mejor que me vaya entre bastidores —dije.

—¿Es que lo conoces?

Mierda.

—Sí. Somos viejos amigos.

—Vaya. Eso es... interesante.

No estaba seguro de lo que quería decir con eso, pero antes de que pudiera preguntárselo, dijo:

—¿Y no piensas presentármelo?

Lancé un suspiro para mis adentros. Cuando Jake me presentó a Laura, di por sentado que era una de sus antiguas novias, pero a ella eso le pareció

graciosísimo. Me dijo que, sencillamente, él no era su tipo: «Sí, es guapo, carismático y *cool*, pero no me interesan esas cosas...». Yo le contesté: «¡Gracias!», y me eché a reír.

¿Por qué estaba pensando en Jake como un posible competidor? No estaba buscando una novia nueva. Ni siquiera quería un rollo de una noche. Aunque lo cierto es que mi ego estaba un poco resentido. Camelia me había levantado el ánimo y ahora estaba a punto de desviar su atención hacia mi mejor amigo.

—Vamos, si quieres —dije, y me siguió detrás de la barra y hacia la habitación del fondo.

Jake estaba dentro, cubierto de sudor

y sonriendo, con la guitarra apoyada en la pared. Su mánager, Robin, estaba con él, hablando de que había estado con el cazatalentos de la discográfica, de cómo había «alucinado» con Jake.

—Has estado increíble —exclamé con entusiasmo. Después de colmarlo de alabanzas, señalé a mi acompañante, a quien Jake llevaba observando desde que habíamos entrado a la sala, y dije —: Te presento a Camelia.

—Has estado muy bien —dijo ella con calma y con una voz inexpresiva. Luego se dirigió a mí—: Gracias por presentarnos, Daniel. Y ahora, ¿qué te parece si nos vamos?

Una vez más me quedé sin hablar cuando me tomó de la mano y me

arrastró hacia la puerta. Miré atrás a Jake, que estaba boquiabierto, y murmuré una disculpa. Él hizo un movimiento con la mano para quitarle importancia, con una enorme sonrisa dibujada en los labios.

Camelia me guio por una puerta trasera hasta la calle. Fuera hacía un frío de muerte, pero no me importaba. Camelia seguía con la chaqueta quitada. Era evidente que el frío no le molestaba lo más mínimo. Estaba a punto de hacerle un comentario al respecto cuando me empujó hacia la entrada de una tienda y me besó.

Tenía unos labios muy suaves. Era una sensación placentera, pero rara a la vez, notar el contorno desconocido de su

boca y el sabor de sus labios, con un leve rastro de tabaco. Hacía años que no besaba a nadie más que a Laura. Estaba tan ocupado asombrándome de que Camelia estuviera besándome de verdad y tratando de alejar la imagen de Laura de mi mente, que era incapaz de relajarme y disfrutar del beso.

Me aparté. Ella me miró, confusa, y luego acercó los labios a los míos.

Volví la cara.

—Lo siento.

—¿Qué pasa?

Parecía dolida, enfadada.

—No puedo. Tengo novia.

Lanzó un resoplido desdeñoso.

—Tengo que irme —dije. Los transeúntes nos miraban con curiosidad,

atraídos por la imagen de una pareja que, al parecer, estaba rompiendo su relación en un portal.

—¿Qué? Venga ya...

—Trató de acercarse, pero yo retrocedí unos pasos.

Parecía perpleja, como si fuese la primera vez en su vida que un hombre la rechazaba. Puede que realmente fuera la primera vez. Vi que estaba intentando pensar en algo que decir. Me recordó a un robot sopesando las distintas respuestas posibles antes de decidirse por una, y aquella imagen hizo que cualquier posibilidad de que cediese a sus insinuaciones se desvaneciera por completo.

—Daniel, me gustas mucho —dijo—.

Creía que habíamos conectado.

Aquella era una situación incómoda.

—Camelia, eres guapísima, pero...

—Pero tienes novia. —Dio otro paso hacia mí—. No se lo diré...

Se inclinó para besarme de nuevo, pero le volví la cara como un joven tímido y virginal. Parecía desconcertada otra vez.

—Oye, ¿es que tienes algo en contra de las mujeres rumanas? —preguntó, ladeando la cabeza—. Cuando te he dicho de dónde era, te has quedado como... disgustado.

No tenía suficiente aire en los pulmones para contestar.

—¡Dios mío! —exclamó, retrocediendo—. ¿Es verdad que tienes

un problema con los rumanos? ¿No serás uno de esos xenófobos que odian a los inmigrantes?

—¡Por supuesto que no! —contesté.

No parecía muy convencida.

—Bueno, pues desde luego que tienes algún un problema con algo —dijo—. Conmigo, tal vez.

Intenté reírme para quitarle importancia.

—¿Cómo iba a tener un problema con una mujer tan guapa como tú?

Se ablandó un poco.

—Entonces, es solo con Rumanía en general. —Ahora estaba un poco más bromista—. Deberías visitarlo, tal vez. Danos una oportunidad. Es un país muy bonito.

—Sí, sí, lo sé. He estado allí.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

Una vez más, me costaba hablar.

—¿Qué pasa? ¿Tuviste una mala experiencia?

—No, yo...

No lograba articular ninguna frase.

—¿Quieres contármelo? —me preguntó, mirándome a los ojos.

—Yo... No. La verdad es que no —añadí apresuradamente—. No hay nada que contar.

—¿Estás seguro?

Me puso la mano en el brazo y por un momento sentí la tentación de llevarla a casa, a mi cama, de perderme en ella, de contárselo todo. Sin embargo, el momento pasó rápidamente y afirmé con

la cabeza.

—Estoy seguro.

—Está bien.

Antes de darme tiempo a decir algo más, dio media vuelta y desapareció entre el tráfico, con la chaqueta aleteando al viento. Grité al ver que un automóvil trataba bruscamente de esquivarla; un autobús dio un volantazo y el conductor hizo sonar la bocina con fuerza. El tráfico de los dos carriles frenó de golpe, y alguien en la acera lanzó un alarido. Me precipité sobre el bordillo, esperando encontrarla muerta, tendida en la calzada. Pero no estaba.

Por el rabillo del ojo había visto que se le caía algo de la chaqueta cuando se alejaba de mí. Era su teléfono, que se le

había vuelto a caer del bolsillo. Lo sostuve en la mano un momento y luego me lo guardé.

CAPÍTULO 17

Tenía que irme a casa, pero no me apetecía usar el transporte público. Rebusqué en mi cartera y vi que no me quedaba dinero, así que eché a andar entre el bullicio de la calle en busca de un cajero automático. Había un sin techo tumbado junto a la pared de la fachada del banco, tiritando de frío en el interior de un andrajoso saco de dormir, con los ojos cerrados con fuerza para combatir el frío. Deslicé la tarjeta en la ranura del

cajero e introduje mi número secreto para, a continuación, seleccionar la retirada de cincuenta libras en efectivo.

La máquina emitió un pitido y me dijo que la transacción había sido denegada. Tal vez el cajero se estaba quedando sin efectivo. Probé con treinta libras.

Rechazada de nuevo.

Irritado, pulsé otro par de botones para comprobar mi saldo y esperé mientras el sistema se conectaba con mi banco antes de darme una respuesta, pero la cifra que apareció en pantalla no tenía sentido. Ningún sentido.

-2.998 £.

Tenía un saldo negativo de 2.998 libras. Estaba a dos libras de superar mi límite de descubierto.

Aquella era mi cuenta corriente. La mayor parte del dinero que me quedaba del contrato con Skittle —una suma que estaba disminuyendo a ojos vistas — estaba depositada en mi cuenta negocios. Sin embargo, debería haber habido algo de dinero en la cuenta corriente, unos pocos cientos de libras al menos. No se me daba muy bien controlar el balance de mis cuentas, pero era imposible que tuviese un descubierto de casi tres mil libras.

El cajero automático escupió mi tarjeta y me dirigí, estupefacto, a la parada de autobús más próxima. Intenté calcular cuánto dinero me había gastado la semana anterior, si había realizado alguna transacción importante que no

recordaba.

Paró un autobús. Por suerte, me quedaban unas pocas libras en la tarjeta recargable de transporte, así que me subí y decidí enfilarme las escaleras hacia la planta superior del autobús, pero estuve a punto de perder el equilibrio cuando el vehículo dio una sacudida y giró bruscamente. Había un asiento libre en la parte de atrás y me instalé allí, detrás de los borrachos, con un molesto zumbido en los oídos, intentando asimilar lo que acababa de suceder.

El portátil que me habían robado. Los autores del robo en mi apartamento se habían llevado también mi portátil, y lo más probable es que hubiesen accedido a mi cuenta bancaria. Había alertado al

banco en cuanto vi que me habían entrado en casa, pero era evidente que no había obrado con la suficiente rapidez.

Entonces se me ocurrió otra idea, más horrible aún. ¿Y si también me habían vaciado la cuenta negocios? ¿Era posible? Saqué el teléfono del bolsillo. Como de costumbre, estaba casi sin batería. Con dedos temblorosos, intenté conectarme a mi cuenta bancaria a través de la aplicación del teléfono; me equivoqué al teclear los números y dos veces al introducir la contraseña, pero al final conseguí conectarme. Gracias a Dios, mi cuenta negocios estaba intacta. Quise consultar la lista de transacciones recientes, pero el círculo que giraba

formando un remolino, y que era sinónimo de muerte inminente, inundó la pantalla del aparato.

Mi cerebro siguió su ejemplo. Mientras el autobús continuaba su trayecto traqueteante, apoyé la frente en la ventanilla mugrienta y vi desfilas las calles de Londres, intentando no pensar en nada. Intentando no sentir nada.



Un zorro había estado husmeando en la basura de la entrada de mi edificio. Uno de los vecinos había dejado en la acera una bolsa negra de plástico llena hasta los topes —hasta el momento en que apareció el animal, claro— y ahora

estaba destripada, con trozos de pizza y pañales sucios desperdigados por todo el camino de entrada hasta la puerta. Aquello derivaría sin duda en la aparición de un cartelito en la escalera. Pasé por encima de la basura y, tras abrir la puerta con la llave, me arrastré escaleras arriba hasta mi apartamento.

En cuanto entré en casa noté que otra vez pasaba algo raro. Lo había limpiado y ordenado todo antes de salir con Jake, arreglando lo que los ladrones habían puesto patas arriba, y todo seguía ordenado y en su sitio. Las tazas y las copas que había usado antes estaban junto al fregadero. Entonces, ¿qué había cambiado?

Lo que vi era tan impactante que tuve

que frotarme los ojos con los puños, como el personaje de unos dibujos animados.

Mi portátil estaba encima de la mesa, enchufado a su cargador. Junto a él estaba el iPad robado. El altavoz *Bluetooth*, el iPad y la PlayStation 4 también volvían a estar en su sitio habitual.

Examiné el portátil, dándole la vuelta entre mis manos. Allí estaba la pequeña muesca que le había hecho cuando se me cayó al suelo un par de meses antes. También la rayadura en la parte de atrás. Estaba seguro de que si comprobaba el número de serie, coincidiría.

Aquel era mi portátil. El portátil que me habían robado hacía dos días.

¿Qué demonios hacía allí de nuevo?

Lo abrí e introduje mi contraseña. Parecía intacto. Los mismos programas que había estado usando el otro día seguían abiertos. Tenía la costumbre de dejar el equipo encendido a todas horas, pues había oído que los Mac prefieren permanecer en activo, con los programas o documentos que esté utilizando siempre abiertos. Me fallaba un poco la memoria, pero parecían los mismos programas que había estado usando dos días antes, cuando fui a ver a Claudia Sauvage, mi terapeuta.

Para asegurarme, abrí el programa antivirus y escaneé el sistema. De pronto sentí que me mareaba. Empecé a tener sudores fríos, tenía la piel helada, de los

pies a la cabeza, y me invadió una intensa oleada de náuseas. Llegué al baño justo a tiempo, me incliné sobre el retrete, me sobrevino una arcada y vi como todo lo que había comido y bebido ese día salía despedido violentamente de mi cuerpo.

Me senté en el suelo del baño. Era incapaz de pensar con claridad. Desde luego, no podía enfrentarme a semejante panorama esa noche. Tras comprobar los resultados del antivirus —todo limpio—, me fui a mi dormitorio.

Mientras me desnudaba, encontré el teléfono de Camelia en mi bolsillo. Seguramente llamaría a su propio número cuando lo echase en falta, pero esa noche necesitaba dormir sin

molestias ni interrupciones, de modo que lo apagué y lo dejé en el cajón de la mesilla de noche.

En algún momento de la noche soñé que Camelia me besaba, solo que tenía los dientes afilados y no dejaba de mordirme los labios.

«Lo siento —murmuraba ella mientras me sangraba la boca—. Pero cuéntame..., háblame de las cosas tan terribles que has visto.»

Estaba desnuda, pero su cuerpo no tenía un aspecto normal. Los omoplatos se le veían desencajados, las costillas le sobresalían como la rejilla del radiador de un automóvil de época y unas profundas cicatrices rojas le rodeaban las muñecas y los tobillos. La sangre

seguía goteándome de los labios mientras la Camelia de mi sueño se hincaba de rodillas en el suelo y avanzaba a cuatro patas hacia mí, y yo retrocedía hasta verme acorralado contra la pared. Una cosa pequeña y cuadrada se me clavó en la espalda, y cuando intenté quitármela, fue como si me arrancara la piel, como si la llevara pegada con Super Glue.

Me desperté jadeando.



A la mañana siguiente, después de ducharme, de beberme tres vasos grandes de agua y de tomarme lo que se estaba convirtiendo en una dosis diaria

de analgésicos, llamé al banco. Pasaron mi llamada a un miembro del departamento de fraudes, una chica con acento del nordeste del país.

—Hemos estado intentando ponernos en contacto con usted —dijo—. ¿Ha recibido nuestros mensajes?

—No. ¿Dejaron un mensaje de voz? A veces tardan un día o dos en llegar.

No dio muestras de creerme. ¿Acaso había oído los mensajes y los había olvidado, igual que había olvidado mi conversación con Jake?

—Ayer se realizaron un par de transacciones por unas sumas importantes con su tarjeta de débito. Fueron retiradas quinientas libras de un cajero automático en East London.

También se anotó una transacción por valor de mil seiscientas libras en la tienda de Apple de Regent Street.

Mil seiscientas libras. Miré mi portátil. Ese era justo el precio que había pagado por mi MacBook Pro.

—¿Y por qué no impidieron esas transacciones? —pregunté—. Creía que el banco bloqueaba automáticamente las operaciones que no siguen el procedimiento habitual. ¿Cómo narices es posible que se realizaran dos nada menos sin que nadie lo impidiera?

—Ambas transacciones se realizaron exactamente al mismo tiempo. —Parecía enfadada—. Nuestro sistema las detectó de inmediato y congelamos su cuenta ante la sospecha de uso fraudulento de

su tarjeta. Fue entonces cuando intentamos localizarlo.

—Pero yo no tengo ningún mensaje.
¿A qué número llamaron?

Me leyó un número de móvil.

—¡Ese no es mi número!

—¿Está seguro?

—¡Pues claro que estoy seguro!

—Por favor, espere un momento.

Me paseé arriba y abajo mientras esperaba que la mujer regresara al teléfono. Miré por la ventana. El zorro que había abierto a dentelladas las bolsas de basura estaba en la parte delantera, comiendo. Golpeé el cristal con la mano y el animal se fue calle abajo, con un trozo de pizza entre las fauces.

La mujer del departamento de fraudes dijo:

—Usted modificó sus datos de contacto hace dos días, el veintitrés de este mes.

—Eso no es cierto. Yo... Oh.

La persona que me había robado el portátil debía de haber entrado en mi cuenta y modificado mi información de contacto.

Le expliqué eso mismo a la mujer, que anotó el número correcto. Entonces se me ocurrió algo.

—El verano pasado me robaron, en Rumanía, estando de vacaciones. ¿Es posible que alguien utilizara mi tarjeta antigua?

—No si usted la canceló, cosa que

efectivamente hizo, según mis archivos. Estas transacciones se realizaron con su actual tarjeta. Supongo que se la clonarían... Es algo frecuente, por desgracia. Cuando entraron a robar en su apartamento, ¿estaba su tarjeta de débito en la casa?

Traté de hacer memoria.

—Sí. Creo que sí.

—Entonces, seguramente el ladrón la clonó. Utilizan unas máquinas especiales: pasan la tarjeta por la máquina y extraen la información de la banda magnética para crear una tarjeta nueva. Ya he cancelado su tarjeta y recibirá una nueva. Le devolveremos el dinero, señor Sullivan, pero puede tardar hasta una semana. Mientras tanto,

si necesita dinero en efectivo, deberá acudir a la sucursal de su zona.

Cuando colgué, me fui a mi mesa y abrí el portátil. Casi había esperado que no estuviera al despertarme y descubrir que su reaparición había sido un sueño. Pero seguía allí. Había sido..., ¿cómo lo diría? *Des-robado*.

Llamé a la policía.

CAPÍTULO 18

—A ver si lo entiendo, señor Sullivan: alguien entró en su apartamento, le robó el portátil y otros dispositivos. Luego, ese mismo alguien se lo devolvió todo.

El nombre del agente de policía, por confuso que pueda parecer, era Sargent: agente Sargent. Esperaba que no llegaran a ascenderlo a sargento, la verdad. Medía casi metro noventa de estatura y llevaba esa barba de tres días de color gris tan extraña estilo Pedro

Picapedra. Se paseó por mi apartamento, fijándose en lo impoluto que estaba todo, en perfecto orden, todo en su sitio, como si en lugar de unos ladrones, hubiese sido un equipo de limpieza profesional lo que había pasado por allí.

—Tal vez les dio un ataque de mala conciencia —aventuró Sargent—. Una vez leí que un hombre robó cien libras de un pub y luego, veinte años más tarde, las devolvió con una nota de disculpa. Pero a ese ladrón arrepentido suyo le ha dado el ataque de remordimiento mucho más rápido.

—Tengo la sensación de que no se está tomando esto demasiado en serio —dije—. Denuncié el robo cuando se

produjo, hace dos días. Un agente me dio un número de denuncia para que se lo facilitase a mi compañía de seguros.

Sargent pulsó una tecla de mi portátil e hizo que la pantalla cobrara vida.

—¿Tiene indicios de que alguien haya manipulado de algún modo su portátil?

—No. Escaneé el sistema con mi programa antivirus y no hay nada. También verifiqué el historial de búsquedas en internet y no ha habido ningún registro de actividad desde la última vez que abrí el navegador.

Ya le había hablado del uso fraudulento de mi tarjeta y de que la mujer del banco había dicho que lo más probable era que el ladrón la hubiese

clonado.

—¿Qué van a hacer ahora ustedes? —pregunté.

Sargent dejó la taza de té que le había preparado cuando llegó.

—Nosotros no podemos hacer gran cosa. Su banco se encargará del uso fraudulento de la tarjeta, y en cuanto al robo en su apartamento, debería considerarse afortunado.

—¿Afortunado?

—No olvide ponerse en contacto con su compañía de seguros y cancelar la reclamación.

Se dirigió hacia la puerta.

Me interpuse en su camino.

—Me parece que no lo entiende.
Alguien intenta volverme loco.

—¿Quiere decir que alguien le está gastando una broma pesada?

Empezaba a notar un fuerte dolor en el cráneo, un dolor agudo y lacerante, como si un millar de agujas se me clavasen en la parte blanda del cerebro, todas a la vez.

—No. Más... siniestro que eso.

—¿Siniestro?

Abrí la boca, pero ¿qué se suponía que iba a decirle? Además de aquel robo aparentemente fantasma, tal vez alguien había intentado arrojar a Laura a las vías del metro y me había parecido ver a un hombre vigilándola. Todo aquello sonaba demasiado inconsistente, y el policía ya me estaba mirando como si fuese un pirado. La única parte sólida

era el uso fraudulento de mi tarjeta, pero tal como había señalado Sargent, el banco se encargaría de eso y la policía trataría directamente con ellos. Ya imaginaba cuál sería la reacción de Sargent si le decía que habían utilizado mi tarjeta para comprar un portátil nuevo, precisamente. El mismo modelo, por el mismo precio, que tenía yo.

—Oiga, señor Sullivan, me parece que está usted sometido a mucha presión —dijo Sargent—. Tal vez trabaja demasiado. O es eso o algún amigo suyo le está gastando una broma. —Abrió la puerta y salió al rellano—. Cuídese.

—Pero...

Bajó las escaleras. Segundos después

de oír el ruido de la puerta principal al cerrarse, oí que se cerraba otra puerta: la vecina de abajo, que entraba de nuevo a su apartamento después de haber salido a ver qué ocurría.

Llené un vaso con agua fría y me senté. Necesitaba poner las cosas en orden en mi cabeza. Había una explicación muy sencilla para casi todo lo sucedido: Laura se había imaginado que alguien la empujaba en el metro, y sin duda tenía que ser casualidad que aquel tipo la estuviese observando en el preciso instante en que llegué a Camden. Me habían clonado la tarjeta de débito y alguien la había utilizado allí mismo, en Londres. Era algo frecuente, e incluso le había pasado a Jake una vez.

Así que solo quedaba una pregunta sin respuesta: ¿por qué los ladrones me habían devuelto el portátil?

Y... ¿pensaban volver?

Si lo hacían, quería estar preparado. Entré en Google y busqué información sobre seguridad en el hogar, hasta encontrar lo que buscaba: un sencillo sistema de cámaras de videovigilancia. Lo encargué de inmediato y me pregunté si habría alguna posibilidad de comprar una trampa o algún dispositivo que lanzase dardos envenenados. Sonreí para mis adentros. Aquello era de locos. Además, si compraba una trampa, lo más probable es que yo mismo cayera en ella.

CAPÍTULO 19

«Daniel, necesito hablar contigo. ¡¡Es MUY URGENTE!! Llámame.»

La policía se había ido hacía unas horas y yo me había quedado traspuesto en el sofá cuando sonó el teléfono. Era un mensaje de Erin. A tientas, busqué el aparato, que estaba en la moqueta, junto al sofá, y en cuanto lo leí, una descarga de adrenalina me despertó de golpe. Tenía la ropa húmeda y había un reguero de baba en el cojín donde había estado

apoyando la cabeza.

La llamé de inmediato.

—Daniel —dijo, descolgando después del primer tono—. Oh, Dios... —Tenía la voz ronca.

Tomé aire, temiéndome lo peor.

—¿Qué pasa?

—Es Laura. Está... Mierda... — Estaba llorando. Se me encogió el estómago, como si acabara de pasar por encima de un bache en la carretera—. Está en el hospital. En el UCL. Necesito que vengas. Ahora mismo.



Encontré a Erin apoyada contra la pared en el pabellón del hospital donde habían

ingresado a Laura, con un vaso de agua en la mano. Su barriga estaba enorme, no entendía cómo podía mantenerse erguida siquiera. Corrí junto a ella.

—¿Dónde está? ¿Está bien?

Erin se secó las lágrimas y me tomó de la mano. Me pregunté dónde estaría Rob. Trabajando, supuse.

—Sí, está bien. Se está recuperando. Le han hecho un lavado de estómago y el médico con el que acabo de hablar ha dicho que ha tenido suerte. Si no la hubiese encontrado justo después de que se tomara la sobredosis... —Se le quebró la voz.

—No puede ser que... ¿Qué se tomó?

—Un cóctel de pastillas para dormir y antidepresivos. Algo llamado

Zopiclone y... Trazodone, que por lo visto se receta para la ansiedad. — Señaló el teléfono—. Lo he buscado en internet.

La interrogué con la mirada.

—¿De dónde las sacó?

—De su médico, supongo.

Yo sabía que Laura padecía insomnio desde que regresamos de nuestro viaje, pero no tomaba ninguna medicación, al menos mientras estuvimos juntos. ¿Habría empezado a tomar pastillas después de dejarme? No la había visto tomar nada esa otra noche, cuando nos acostamos, aunque eso no quería decir nada. Estaba tan borracha que no las habría necesitado.

—Oh, Laura... —dije, al borde de

las lágrimas—. Quiero verla.

Erin y yo nos habíamos sentado en la sala de espera.

—Ahora no puedes; está dormida. El médico ha dicho que la van a tener dos días en observación. Me ha hecho montones de preguntas.

—¿Como cuáles?

—Como si había intentado suicidarse antes, si bebe en exceso o toma drogas... También quería saber si contaba con una red de amigos o familia.

—¿Y qué le has dicho?

—Bueno, le he dicho que su familia vive en la otra punta del país, pero que tiene amigos aquí. Ya he llamado a su madre, pero no podrá llegar hasta mañana.

—Típico de ella.

—Pero... Daniel, necesito hablar contigo de cuando la encontré. —Bajó la voz hasta hablar casi en un susurro—. La oí gritar, así que subí a su habitación y llamé a la puerta. Cuando entré, estaba sentada en la cama, mirando por la ventana. Al principio no me fijé en las cajas vacías de pastillas. Las tenía en el otro lado.

Esperé a que continuara hablando, con el corazón a mil.

—No dejaba de mirar por la ventana. Y entonces empezó a... farfullar, a murmurar cosas sin sentido y a señalar al jardín. Me costaba muchísimo entender lo que decía... Algo de que alguien la seguía, algo sobre un

fantasma. Eso era lo que decía una y otra vez. Y dijo algo muy raro sobre su piel, algo sobre unas tarántulas y que no le volvería a crecer la piel. Tenía los ojos vidriosos, la mirada como... turbia. Daba miedo, la verdad. Y de repente se desplomó, cayó de lado sobre la cama. Fue entonces cuando vi las cajas de pastillas y llamé a la ambulancia.

Erin volvió la cabeza hacia mí. Tenía las manos apoyadas en la barriga, como tratando de proteger a su hijo aún no nacido de todo el horror y el dolor de la existencia.

—Daniel. ¿Qué demonios os pasó a Laura y a ti en ese viaje?

CAPÍTULO 20

La conciencia de Laura navegaba entre los espacios grises del duermevela, percibiendo cómo las voces de sus sueños se mezclaban con los sonidos del mundo real: un acceso de tos, el pitido de algún aparato, el chirrido de una rueda al girar sobre el suelo duro. También le pareció oír el llanto de un recién nacido, lo que la obligó a enterrar la cabeza bajo la almohada.

Cuando se despertó del todo, oyó a

dos mujeres hablando, pero no entendía lo que decían y aún tardó un par de minutos en deducir quiénes podían ser. Enfermeras, esa era la respuesta. Porque estaba en un hospital. Y al recordar por qué estaba allí, de pronto tomó conciencia plena de lo que había hecho.

Sentía como si se hubiese intoxicado, tenía el estómago y la garganta irritados por los tubos que le habían introducido. El médico que habló con ella cuando volvió en sí, después de practicarle un lavado de estómago para eliminar los fármacos de su organismo, le había hablado con suma delicadeza, pero detrás de sus palabras delicadas Laura percibió el tono de reproche: hay centenares de personas realmente

enfermas en este hospital, personas que quieren vivir. «Está haciéndonos perder el tiempo», ese era el mensaje.

—De no haber sido por su amiga... —dijo el médico.

Erin le había salvado la vida. La buena de Erin. Su mejor amiga, la amiga con la que siempre podía contar, la persona que le había ofrecido su casa sin hacerle demasiadas preguntas, la amiga amable, bondadosa y comprensiva.

La muy hija de puta.

¿Quién la había lmandado entrometerse? Si hubiese dejado en paz a Laura, ahora todo habría acabado. Sería libre. El día anterior se le había ocurrido —en un destello, no de luz sino

de oscuridad— que su idea de irse a Australia era una tontería. Porque la otra punta del mundo no estaba lo bastante lejos. El sol y la distancia no podían curarla, protegerla o hacer que se odiase menos. Como tampoco podría conseguirlo el tiempo, de eso también se había dado cuenta. La piel que ya había mudado nunca iba a regenerarse. Se tumbó en la cama de su habitación diminuta y se quedó mirando fijamente la pared, y mientras oía los latidos de su corazón palpitándole en el pecho, mientras la oscuridad, al igual que el frío, se adueñaba poco a poco de ella, circulando por sus venas, temblando y sin saber que estaba llorando hasta que notó las lágrimas húmedas en la cara,

supo lo que tenía que hacer.

Debía de estar llorando amargamente cuando se tomó las pastillas. Ese había sido su gran error, porque el ruido atrajo a Erin a su habitación, y aún había tiempo de salvarla. Aunque «salvar» no era la palabra adecuada. No, Erin había condenado a Laura a más sufrimiento.

Había visto a Daniel allí con ella antes. Había entrado en la habitación y se había sentado a su lado. En cuanto lo vio aparecer, cerró los ojos, haciéndose la dormida. Sabía exactamente lo que le diría, y no quería oírlo. Verlo le recordaba por qué se sentía así. Pensó que ojalá no le hubiese animado a hacerse ilusiones la otra noche, al emborracharse y acostarse con él.

Cuando Daniel se había inclinado sobre su cama esa misma tarde y le había susurrado al oído que la quería, y ella percibió la espesura de las lágrimas en su voz, creyó que sentiría la necesidad de romper a llorar ella también. Sin embargo, no había sentido nada. Al menos esa parte de ella estaba completamente entumecida.

Lo único que quería era dormir, pero no había manera: estaba tan despierta que parecía que se hubiese metido una dosis de *speed*. Para colmo, la conversación que había captado antes entre las dos enfermeras no la ayudaba en nada: alguien había visto a un hombre mayor merodeando por la planta de maternidad, acechando a los bebés

enfermos a los que, por orden de los médicos, se mantenía separados de sus madres. Cuando el personal de planta le había empezado a hacer preguntas, el hombre se había ido. Las imágenes que evocaba aquella escena, la de alguien robando recién nacidos, haciéndoles daño, provocaban en Laura que se le encogiese el estómago de miedo.

Abrió los ojos y miró el reloj de la mesilla que tenía junto a la cama. Eran las 2:20 de la madrugada. Todas las demás mujeres ingresadas en su misma planta estaban durmiendo, una dando vueltas en la cama, otra roncando. Laura trató de incorporarse y se estremeció al sentir la intensa punzada de dolor en la cabeza, como si le hubiesen golpeado

con un martillo, y cayó de nuevo hacia atrás. Se tapó la cara con el embozo de la sábana.

Mientras permanecía allí tumbada, oyendo los débiles ronquidos procedentes del otro extremo de la sala, percibió claramente una presencia cerca de su cama.

Qué raro..., no había oído entrar a nadie; tampoco que ninguna de las otras pacientes se hubiera levantado de la cama, pero ¿qué otra explicación podía haber? Cuando una corriente de frío se coló serpenteando por debajo de las sábanas de hospital, le pareció como si alguien hubiese abierto una ventana y dejado entrar en la habitación el gélido aire de febrero. Se le puso la carne de

gallina. Estaba a punto de levantarse a cerrar la ventana cuando escuchó la voz.

—Laura.

Su cuerpo se puso completamente rígido bajo la fina sábana. La voz era muy débil, casi un susurro.

—Soy yo.

Laura sabía perfectamente quién era. Tenía una voz que nunca olvidaría, una voz que había oído por última vez transformada en un grito para, acto seguido, silenciarse bruscamente, para siempre. Era la voz de una mujer muerta. Y se dio cuenta en ese instante de que los destellos de ropas negras y piel blanca que había visto seguirla a todas partes, que había creído un producto de su imaginación, debían de ser reales. La

presencia que había percibido en las calles del centro de Londres y entre los árboles al fondo del jardín de Erin y Rob. No eran imaginaciones suyas. Era real. Era un fantasma.

—No debes hacerlo —susurró la mujer muerta. Ahora estaba de pie junto a su cama. Laura mantuvo los ojos cerrados, bien apretados, parapetada tras la fina sábana por si el fantasma se volvía hostil—. No debes suicidarte todavía.

Laura estaba llorando. Lloraba recordando el peso de una decisión que lo había cambiado todo.

—Te necesito —dijo el fantasma—. Te necesito viva.

En ese momento Laura empujó la

sábana hacia abajo y se incorporó de golpe, sin sentir ni rastro de su dolor de cabeza.

Tampoco había rastro del fantasma.

CAPÍTULO 21

Volví a casa caminando por las calles heladas de Londres, sin haberme recuperado todavía de la impresión de ver a Laura en su cama de hospital, tan pálida y frágil, con aquellas ojeras profundas y oscuras. Permaneció dormida durante toda la hora reservada a las visitas, a pesar del barullo de las conversaciones de la gente en la planta. Erin se marchó a casa, enfadada conmigo por negarme a contestar todas

sus preguntas y con ganas y necesidad de descansar.

Después de hablar a Laura en susurros y de tratar de contener las lágrimas, me senté a su lado y esperé un rato por si se despertaba. Al día siguiente llegarían su padre y su madre, dándose aires, como siempre, en su nube de engreimiento. Erin los había llamado y, conociéndolos, lo cierto es que no me había sorprendido nada descubrir que no pensaban ponerse en camino inmediatamente hacia Londres desde su casa en Cornualles. Tenían una cena importante, algo relacionado con el trabajo. Ya había advertido a Erin que no les dijese que Laura había hablado de fantasmas.

—¿Qué os pasó en ese viaje?

No sabía qué contestar; no podía hacerlo. Intenté dar una explicación coherente con lo que Erin me había contado. Piel, tarántulas, fantasmas... Miré a Erin a la cara.

—¿Sabes lo de Laura y su fantasma? —le pregunté, hablando en voz baja para que el resto de las visitas en la sala de espera no me oyesen.

Flexioné los dedos al decir la palabra «fantasma», como entrecomillándola.

—¿Un fantasma?

Inspiré hondo. Tenía que contarle eso al menos.

—Sí, ya lo sé. La primera vez que fui a casa de los padres de Laura, cuando ya

llevábamos saliendo unos meses, su madre hizo un comentario burlón respecto a que Laura creía en tonterías. Cuando le pregunté a Laura a qué se refería su madre, se cerró en banda y no quiso contestarme, pero al final se lo sonsaqué.

—Continúa.

—Cuando tenía doce años, Laura empezó a creer que en su casa habitaba un fantasma: el espíritu de otra niña preadolescente que, por lo visto, había muerto allí. Aquel fantasma, que se llamaba Beatrice, entraba en su habitación por las noches y hablaba con ella. Laura me dijo que al principio estaba aterrorizada, pero que luego se dio cuenta de que la niña no quería

hacerle ningún daño, que se sentía muy triste y perdida y que quería que ella se hiciese su amiga. Creo que al final su madre la oyó hablando en voz alta en su cuarto y fue entonces cuando Laura le contó, con toda la naturalidad del mundo, la historia de Beatrice.

»Sus padres la llevaron al médico, quien les aseguró que todo estaba relacionado con el comienzo de la pubertad, que no debían preocuparse. Sin embargo, la madre la llevó a un psiquiatra, que, según Laura, fue bastante duro... —Laura se había negado a contarme todos los detalles, pero yo estaba seguro de que aquella era una de las razones por las que ahora se negaba a ver a un terapeuta—. Al final

decidió fingir que sabía que el fantasma no era real, que Beatrice había dejado de visitarla.

—Pero ¿seguía creyendo en la existencia de Beatrice?

—Sí. Y adivina lo que hizo: fue a la biblioteca local y averiguó que una niña de doce años había muerto en su casa treinta años antes. Que había muerto asesinada, de hecho, por su padre.

—Dios mío...

—Ya. Laura me dijo que durante un tiempo vivió convencida de que sus propios padres iban a matarla. Tú los conoces, ¿verdad?

—Por desgracia.

—Bueno, pues entonces al menos sabes de lo que hablo. La trataron fatal

cuando era una niña. Justo antes de que pasara todo el episodio de Beatrice, la sacaron de una escuela que le encantaba, a la que iban todas sus amigas, y la obligaron a ir a un internado muy estricto, exclusivamente para chicas. Le ordenaron que rompiera el contacto con su mejor amiga, porque les parecía «vulgar». Todo aquello fue muy traumático para Laura. Yo creo que por eso empezó a creer en Beatrice, como una especie de amiga imaginaria, algo que sus padres no pudiesen quitarle nunca, por mucho que lo intentasen.

—Supongo que tiene sentido.

—Sí. Al final Beatrice dejó de ir a visitarla. Para entonces Laura ya tenía catorce años; el caso es que aquello

duró mucho tiempo, y ella afirma que Beatrice le dijo que se iba al «siguiente destino». Y así acabó. Los padres de Laura pensaban que había dejado de creer en su existencia mucho antes, pero Laura todavía cree, hasta el día de hoy, que Beatrice era real. Todavía cree en fantasmas.

Erin respiró profundamente.

—Entonces, ¿crees que está viendo a Beatrice otra vez?

—No lo sé. —Un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar en los acontecimientos tan traumáticos que Laura había vivido en tiempos recientes —. Me parece que es probable que esté teniendo visiones con otro fantasma.

Erin volvió a sacar el teléfono.

—Uno de los fármacos que estaba tomando, el Trazodone, puede producir alucinaciones.

Sacudí la cabeza con impotencia. ¿Habrían advertido a Laura sobre los posibles efectos secundarios? Con un poco de suerte, después de la sobredosis dejaría de tomar aquellas pastillas. Decidí que hablaría con ella al respecto.



La situación de Laura había hecho que me olvidase momentáneamente del misterio que rodeaba mi vida, pero lo recordé en cuanto entré en la tranquilidad relativa de mi apartamento y vi mi portátil. Me serví una copa y me

impresionó ver lo mucho que me temblaba la mano cuando me la acerqué a los labios. Por dentro, mi cerebro parecía una colmena en que las abejas libraban una cruenta guerra. Por suerte, tenía programada mi próxima sesión con la doctora Sauvage para el día siguiente. Soy por naturaleza una persona más bien poco comunicativa, pero en esos momentos necesitaba desesperadamente hablar con alguien.

Estaba demasiado nervioso para irme a la cama, así que encendí el televisor y me acomodé en el sofá, con mi MacBook en el regazo. En el Canal 4 estaba empezando una película de terror, en la que un grupo de adolescentes se internan en el bosque y encuentran un

truculento final. La apagué rápidamente, pero era demasiado tarde: ya había activado mis recuerdos.

Una fina bata de color rosa alrededor de un fardo de huesos.

Unas lágrimas que resbalaban por una mejilla hueca.

Una mata de pelo ensangrentado y un par de ojos vidriosos...

Me levanté y empecé a pasearme arriba y abajo por la habitación. Cuando programaba, cuando estaba trabajando en una *app*, lo hacía para pensar mejor y solucionar los problemas. Moverme me ayudaba a concentrarme, a eliminar posibles bloqueos y deshacer los nudos de ideas en mi cerebro. Luego escogí un DVD, una comedia romántica, me

obligué a recordar el argumento, las escenas más graciosas, el sol, la playa y los besos. Al final conseguí disipar los recuerdos reales, que quedaron relegados y guardados en su caja, con la tapa bien cerrada.

Dejé el DVD en su sitio, regresé al presente y me senté con mi portátil. ¿Por qué lo habría devuelto el ladrón?

¿Y si resultaba que el robo había sido un producto de mi imaginación, del mismo modo en que Laura creía estar viendo fantasmas? Nadie más que yo había visto pruebas de que alguien hubiese entrado en mi casa, porque yo mismo me había encargado de limpiarlo todo antes de que acudiesen mis únicas visitas, Jake y la policía. Ni siquiera

había sacado fotos. ¿Y si todo era una fantasía inducida por el exceso de alcohol y la falta de sueño? ¿Y si había reventado la puerta yo mismo y luego lo había olvidado? Cuando pensaba en lo sucedido las semanas anteriores, había huecos vacíos en mi memoria, lagunas enteras, espacios de tiempo que no podía explicar. Volví a pasearme arriba y abajo por la habitación.

No, aquello había pasado de verdad. Alguien había forzado la entrada al apartamento. Alguien había efectuado movimientos en mi cuenta bancaria, y eso era porque el ladrón me había clonado la tarjeta.

A menos que hubiese sido yo quien utilizó las tarjetas.

Negué con la cabeza. No, eso era imposible. Yo no había retirado dinero del cajero, ni había ido a la tienda de Apple. A no ser que estuviera perdiendo la cabeza... Cuando cerré los ojos, vi una imagen fugaz de mí mismo rodeado de iPad, equipos informáticos y altavoces. ¿Y si de verdad había ido a la tienda de Apple y me había gastado mil seiscientas libras en un nuevo portátil, sin acordarme de nada? ¿Y dónde estaba este? Porque el que tenía allí delante era sin duda mi antiguo ordenador, exactamente con las mismas marcas y rayaduras.

Decidí que al día siguiente contaría a la doctora Sauvage el resto de lo ocurrido en Rumanía. Tenía que extraer

los recuerdos de su caja, dejarlos al descubierto y exponerlos a la luz, sacarlos de mi cabeza; tenía que confiárselos a alguien a quien no pudiesen volver loco, antes de que me volviesen loco a mí. No sería capaz de pasar página y seguir adelante con mi vida hasta que no lo hiciese.

CAPÍTULO 22

Después de una hora dando vueltas y vueltas en la cama, con un zumbido insoportable en la cabeza, como si dentro de ella tuviera las palas de un helicóptero, despertándome de unos sueños en los que o bien corría por la espesura de un bosque o me paseaba por el templo de cristal de la tienda de Apple, me levanté y abrí una botella de vino tinto. Estaba desesperado por olvidarme de todo.

Dejé la copa —llena hasta el borde del líquido espeso y oscuro como la sangre— en mi mesa y me senté. Abrí Spotify y puse uno de mis álbumes favoritos, sofocando así el tictac incesante del reloj y el murmullo de fondo de las voces de mis vecinos de arriba, la pareja que solía quedarse levantada hasta tarde, alternando las discusiones a grito pelado con las sesiones de sexo salvaje y escandaloso. Luego decidí intentar ponerme al día con el correo electrónico. La mayor parte de los mensajes eran correo basura. Los borré y trasladé los numerosos mensajes de Skittle a una carpeta para leerlos cuando tuviese la cabeza más despejada.

La última vez que me había quedado

trabajando con mi portátil en plena noche había sido durante la época en que trabajaba en mi *app*, Heatseeker. En Skittle estaban seguros de que iba a ser el siguiente bombazo en aplicaciones para buscar pareja y conocer gente en internet. Algunos conocidos me decían que había tenido mucha suerte al venderla y cerrar el trato con Skittle, pero si bien la suerte podía haber tenido algo que ver, lo cierto es que había trabajado mucho para conseguirlo, pasando noches enteras en vela mientras Laura dormía en la habitación contigua. Había invertido cientos, tal vez miles de horas en la creación de lo que ahora consideraba mi retoño.

Me bebí el vino y seguí revisando los

emails hasta que vi uno de Laura que había recibido el día anterior, unas horas antes de su intento de suicidio:

«He pensado que a lo mejor te interesaría ver esto. Besos, Laura.»

Había adjuntado una fotografía al mensaje. Hice doble clic en ella y el software de iPhoto, que se activaba automáticamente cuando pulsaba en un archivo de imagen, se abrió y me mostró la foto. Era la imagen de un par de gatitos peleándose. Me recosté hacia atrás. ¿Por qué me había enviado Laura la foto de unos gatos? Qué cosa más rara. Aunque si lo había hecho justo antes de intentar suicidarse, era evidente que no estaba en un estado del todo normal. Examiné la foto con atención un

momento, tratando de descubrir si había algún mensaje secreto oculto en la imagen, pero solo eran un par de gatitos.

Ya que tenía abierto el programa de iPhoto, hice algo que no solía permitirme a mí mismo normalmente, pues no quería torturarme, y empecé a mirar fotos antiguas. Allí estaban los registros gráficos que documentaban todo el tiempo que Laura y yo habíamos pasado juntos.

Cuando empezamos a salir, nos hacíamos fotos el uno al otro a todas horas. Allí estaba ella, tumbada en la hierba del parque, con las gafas de sol y una sonrisa radiante iluminándole la cara. En aquella otra estábamos los dos, posando a dos palmos de distancia de la

cámara con las mejillas pegadas en nuestro viaje a Alton Towers. Había montones de fotos de los dos tranquilamente en casa.

A medida que avanzaba en el tiempo, encontraba menos imágenes espontáneas de nuestra vida cotidiana, pero seguía habiendo centenares de fotos tomadas en fiestas, en bodas de amigos y en distintas excursiones y salidas. Con cambios en el peinado y en la ropa, con arrugas cada vez más visibles en nuestros rostros y un par o tres centímetros más en la cintura, nos veía envejecer cada día un poco más en el transcurso de los cinco años de nuestra relación. Por supuesto, no siempre había sido idílica, pero nadie fotografía los

malos ratos: las discusiones, los períodos de aburrimiento, la rutina, las crisis en las que dábamos demasiadas cosas por sentadas o cuando la dejaba un poco abandonada por culpa del trabajo. Pero aquella era nuestra vida juntos..., la vida que no habíamos sido capaces de conservar.

Había muy pocas fotos del viaje que hicimos a Europa porque nuestra cámara estaba en una de las mochilas que nos habíamos dejado en Breva.

Las únicas imágenes que conservábamos del viaje eran las que había tomado con mi teléfono, que se habían sincronizado de forma automática con el equipo cuando llegamos a casa y mi teléfono y el portátil establecieron

una vía de comunicación. Nunca me había atrevido a mirar aquellas fotos, pero en ese momento vi como el dedo se me deslizaba por el panel táctil hasta tener delante la primera instantánea que hice: un *selfie* de los dos en el Eurostar dirección Bruselas. Estábamos tan felices aquel día... Empezábamos nuestro maravilloso viaje, libres de preocupaciones y responsabilidades. Fui pasando las fotos, sonriendo con los recuerdos de Francia, España e Italia. Apuré mi copa de vino y eché mano de la botella.

Llegué a una foto de Laura en la cafetería cerca de la estación de Budapest donde habíamos comido antes de subirnos al tren. Yo le había hecho

una foto cuando Laura no me miraba; estaba de perfil y se apartaba un mechón de pelo de los ojos, con actitud pensativa, guapísima. Estuve mirando la imagen largo rato, tomando otro sorbo de vino para amortiguar el dolor. Era la última foto suya antes del desastre.

O debería haberlo sido, porque cuando pulsé la tecla del cursor, esperando que me llevara de vuelta a la primera foto del álbum, apareció otra de Laura.

En cuanto vi aquella foto, la copa de vino se me cayó y se hizo añicos en el suelo, y el estruendo de los cristales rotos era para mí un sonido lejano bajo el fragor en mis oídos, como ajena era la mancha roja que se extendía en la

moqueta bajo mis pies.

En la foto, Laura estaba tumbada en una litera, dormida, con los brazos alrededor del pecho y las rodillas encogidas, en posición fetal. Había sido tomada en el compartimento del coche cama del tren de Rumanía.

Con mano temblorosa, seguí avanzando en la secuencia de fotos.

En la siguiente imagen, yo estaba dormido en la otra litera, con la boca abierta.

Retiré la mano de golpe del portátil, como si estuviese ardiendo. El dolor de cabeza de antes había vuelto. Por el rabillo del ojo vi la vívida mancha roja de vino en la moqueta, el color de la sangre reseca.

Volví a recordar aquella noche fatídica. Me había quedado dormido con el teléfono en la mano. El aparato estaba sin batería cuando me desperté, pero aún le quedaba un escaso porcentaje de batería cuando me quedé dormido.

La persona que se había colado en el vagón y nos había robado los pasaportes y los pasajes debía de haber usado nuestro teléfono para hacernos fotos mientras dormíamos.

Con mano vacilante, regresé a la primera foto y me encontré mirando la foto de Laura en la estación de Budapest. Confuso, pulsé de nuevo. De vuelta a la primera foto, nosotros dos en el Eurostar. Regresé al álbum y examiné las fotografías en miniatura.

Las dos instantáneas de nuestra noche en el tren ya no estaban allí. Se habían volatilizado. Hasta entonces había creído que nunca en mi vida iba a sentir tanto miedo como aquella noche en el bosque, pero en ese momento empecé a temblar, incapaz de moverme; mi cerebro desconectó y entró instintivamente en modo de supervivencia, plenamente consciente de las sombras que me rodeaban, de la oscuridad en el exterior.

Me levanté y vi que la habitación me daba vueltas. Estaba borracho, muy borracho, más de lo que yo creía. Tanto que tenía alucinaciones con las fotografías.

«Borracho y loco», dijo una

vocecilla en mi cabeza. «O directamente, loco de atar, como una puta cabra.»

Oí un ruido sordo arriba y una mujer lanzó un grito. Me agarré el pecho con fuerza, pero solo eran los vecinos, otra vez con el maldito escándalo que armaban siempre. Avancé con paso tambaleante por la habitación, con el corazón latiéndome a toda velocidad. Levanté el teléfono y llamé a Laura al móvil, pero colgué al segundo tono, cuando recordé la hora que era y que Laura estaba en el hospital. Ella estaba viendo fantasmas y yo veía fotografías fantasma. Me empecé a reír como un poseso: éramos la pareja perfecta.

CAPÍTULO 23

Una mujer mayor que parecía recién salida de la secadora —y de un ciclo demasiado largo, además— estaba en la entrada del hospital, vestida con una bata y conectada a un gotero que colgaba de un soporte metálico con ruedas, fumando un cigarrillo desesperadamente. La evité dando un amplio rodeo a su alrededor, pues era más que probable que la peste a tabaco me revolviere el estómago después de la

noche que había pasado. Me encontraba fatal, destrozado por el alcohol y la falta de sueño, pero la hora de visita era de diez a once de la mañana, y necesitaba ver a Laura. Ni siquiera el cielo azul sin una sola nube y el sol invernal consiguieron hacerme sentir mejor.

Recorrí los pasillos del hospital apresuradamente. Llevaba un ramo de tulipanes amarillos y anaranjados, sus favoritos. Estaba ansioso por verla, aunque había decidido que no iba a contarle mi extraño episodio de la noche anterior.

Mi ansia se fue apagando a medida que me acercaba a su cama, protegida por una cortina echada, y oía unas voces. El sonido atronador e

intimidatorio de la voz de su madre, Sandra, y el chillido estridente de su padre, Frank. Se me cayó el alma a los pies. Esperaba no tener que encontrarme con ellos allí.

Respiré hondo y aparté la cortina. Los padres de Laura se volvieron, arrugando el entrecejo a la vez. Laura estaba recostada en la cama, con un almohadón en la espalda. Tenía la piel tan blanca como las sábanas y la mirada fija en un punto impreciso, con el semblante inexpresivo. Al verla así me dieron ganas de abrazarla y solucionarlo todo de alguna manera, una reacción instintiva que debería haber sido más fuerte aún en su madre.

—Daniel —me saludó Sandra, con un

deje de reproche en la voz.

Me besó juntando los labios en el aire. Desprendía un débil aroma a lavanda, y en ese momento deseé no apestar yo a alcohol. Saludé con la cabeza a Frank, quien parecía vestido para una jornada de invierno en el campo de golf.

—Mi hija ha hecho un auténtico disparate, ¿verdad? —dijo Sandra. Chasqueó la lengua y miró a Laura como si la hubiesen llamado al despacho del director del colegio y le hubiesen dicho que habían sorprendido a su hija besuqueándose con un chico detrás de los arbustos.

Me acerqué a Laura y me incliné para besarle la mejilla, pero ella se apartó

bruscamente y se negó a mirarme a los ojos.

—Creía que vendrías ayer por la noche —dije, dirigiéndome a Sandra.

—Frank tenía una cena de trabajo muy importante. No podíamos anularla sin más.

Tragué saliva. Mientras Laura y yo fuimos pareja, me mordí la lengua muchas veces en presencia de sus padres, practicaba ejercicios de respiración y ponía toda clase de excusas imaginables con tal de evitar su compañía. Cuando los conocí, casi no me podía creer que de verdad fuesen así, pensaba que las historias en las que Laura aseguraba que les importaba mucho más el dinero y el estatus que su

propia hija tenían que ser una exageración. Pero no lo eran. Los Mackenzie habían hecho fortuna comprando un par de edificios baratos en Londres en los ochenta antes de venderlos con un exorbitante margen de beneficio en el momento más álgido del *boom* inmobiliario. Desde entonces se habían ido a vivir a Cornualles y habían abierto una empresa de «consultoría sobre estilo de vida», aconsejando a los ricos sobre cómo sacar el máximo rendimiento a la relación de equilibrio entre su vida y su trabajo.

Nunca habían disimulado la decepción que sentían con respecto a su hija.

—Trabajar para una organización

benéfica es un acto muy... noble — había dicho Sandra aquella primera vez, arrugando la nariz—. Pero ¿no crees que la caridad y la beneficencia deberían empezar por uno mismo, Laura? ¿Que deberías atender tus propias necesidades? ¿Qué opinas tú, Daniel?

—A mí me parece estupendo que Laura trabaje en algo que le apasiona. En la vida hay algo más aparte de ganar montones de dinero.

Sandra me miró con cara de asco.

—Siempre han sido igual —me había dicho Laura en una ocasión—. Si llegaba a casa del colegio y les decía que en un examen había sacado bien un ochenta por ciento, mi padre me preguntaba qué había pasado con el otro

veinte por ciento. Mi madre siempre estaba señalándome mis defectos físicos: si me tropezaba con algo, siempre decía que era «la típica torpeza de Laura», o si me salía un grano en la cara, se lo enseñaba a todas sus horribles amigas. Yo me moría de ganas de escapar de allí. —Lanzó un enorme suspiro—. Aunque siguen siendo mis padres, claro.

De modo que hacíamos dos viajes al año a Cornualles para quedarnos en su enorme mansión, verdadero alarde de mal gusto, llena de adornos carísimos y de piezas de arte moderno terriblemente espantosas. Frank casi siempre estaba en el campo de golf o en el trabajo, mientras que Sandra se pasaba la vida

relatando una y otra vez las hazañas de sus vecinos, una pareja gay de raza negra que, para escándalo de toda la comunidad, estaban en pleno proceso de adopción de un niño.

—Me han dicho que hasta puede que les den un niño blanco —nos había dicho en voz baja, completamente horrorizada.

Sin embargo, el entorno era precioso, con el paisaje escarpado de la costa y las playas de arena a un paseo de distancia. Uno de mis recuerdos favoritos era el de Laura corriendo por la playa y gritando a la vez, enumerando la lista de cosas que escandalizaban a su madre: «Los gays, los negros, los árabes, las madres solteras, la situación

del Servicio Nacional de Salud, el *Guardian*, los sindicatos, Russell Brand, el gato de la vecina, el coste de los aparcamientos en la ciudad...».

Después se había desplomado exhausta en la arena y había gritado: «¡Vete a la mierda, mamá!», para regocijo de un surfista que pasaba por allí.

En ese momento a mí también me dieron ganas de soltarle «Vete a la mierda» a Sandra, y supongo que habría sido fácil descargar mi frustración sobre aquella odiosa mujer y su marido, pero en lugar de hacer eso, dije:

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar?

—Tenemos que volver hoy mismo. Cassie está con los vecinos y...

Cassie era su perro, un cocker spaniel.

—¿No será con la pareja negra de gays? —exclamé.

—Con Peter y Laurence. Sí. La verdad es que son muy amables, aunque sean... —Se le apagó la voz, dándose cuenta de pronto de que muchas de las enfermeras y de los demás pacientes eran negros.

—Totó, creo que ya no estamos en Cornualles —mascullé entre dientes, parafraseando a Dorothy en *El mago de Oz*.

—Laura entiende que debemos volver, ¿verdad que sí, pichoncito? —dijo Frank.

Su hija asintió, mirándose las

rodillas, tapadas por las sábanas.

—La amiga de Laura, Erin, la embarazada soltera, ha estado aquí antes —explicó Sandra—. Nos ha preguntado si Laura podría venir a casa y quedarse un tiempo con nosotros.

Chasqueó con la lengua.

—¿Y no puede? —dije.

—¡No! Es imposible. Estamos haciendo obras ahora mismo y tenemos a los albañiles en casa. Y estoy muy ocupada.

Me dieron ganas de preguntarle: «¿Haciendo qué? ¿Despotricando de los vecinos y contando tu dinero?».

—Laura estará perfectamente con Erin. Parece una buena chica, supongo.

—Pero está a punto de tener un

hijo —dije.

—Entonces tal vez Laura podría quedarse contigo. —Sandra hizo otro chasquido con la lengua—. No entiendo por qué rompisteis vosotros dos, la verdad. ¿No se suponía que ibais a casaros? La gente joven hoy en día no aguanta nada. Al primer bache en el camino ya se rinden y abandonan el barco.

—Me parece que has mezclado dos metáforas distintas, amor mío.

—Oh, cierra la boca, Frank.

Aún seguí pensando en lo primero que había sugerido Sandra, en eso de que Laura se quedase una temporada conmigo. ¿Qué era lo que debía decir? Aquello era lo que más deseaba en el

mundo, no que se quedase conmigo una temporada, sino que volviese, que se fuese a vivir conmigo de nuevo.

Observé a Laura, que seguía con la mirada fija en las sábanas. De pronto nos miró.

—Quiero que os vayáis —dijo.

Yo estaba a punto de dedicar a Sandra y a Frank una sonrisa complacida y desdeñosa cuando Laura añadió:

—Todos, los tres.

—Pichoncito —dijo Frank—, pero si acabamos de llegar...

—Todavía no hemos tenido ocasión de hablar contigo e imbuirte un poco de sensatez —dijo Sandra.

Laura tomó el ramo de tulipanes que

le habían dejado en su mesilla de noche y se lo arrojó a su madre. Mientras Sandra, escandalizada, trataba de recuperar el habla, Laura se hizo con un vaso vacío de agua y tomó impulso con el brazo. La sujeté de la muñeca para impedir que se lo lanzara también.

Sandra y Frank permanecían allí plantados, boquiabiertos.

—Volveos a casa —dijo Laura, a todas luces agotada por el esfuerzo—. No os necesito. Y no hace falta que os preocupéis por el coste del funeral: no voy a suicidarme. —Bajó el tono de su voz—. Al menos de momento.

Sandra y Frank se miraron y recogieron sus cosas. Increíble: preferían aprovechar aquella excusa

para largarse que discutir con ella. Antes de irse, Sandra sacó una bolsa de papel y se la dio a Laura.

—Te he comprado esto. Pensaba que podría serte... útil.

Cuando se fueron, Laura me dio a mí la bolsa de papel y saqué un libro de bolsillo. Se titulaba *Encuentra tu felicidad: 21 maneras de combatir la depresión y seguir sonriendo*.

Lo tiré a la papelera.

—¿De verdad quieres que me vaya yo también? —le pregunté con delicadeza.

Cerró los ojos y asintió.

—Lo siento, Danny, pero es que estoy muy cansada. No he dormido mucho.

—De acuerdo. —Vacilé—. Estoy

muy preocupado por ti, Laura.

Se hizo un largo silencio y luego contestó:

—No voy a suicidarme, ¿entendido?

—Por favor, no lo hagas. No podría soportar vivir en un mundo en el que tú no estuvieras.

Un amago de sonrisa afloró a sus labios.

—Dios, pero mira que eres cursi a veces...

—¿Vas a seguir tomándote las pastillas que te recetaron?

Bajó la mirada y negó con la cabeza.

Me quedé allí unos instantes más y luego dije:

—Está bien. Volveré más tarde, si te parece bien, ¿de acuerdo? Ahora tengo

cita con mi terapeuta, de todos modos.

Volvió a asentir, y el mismo gesto inexpresivo de antes se apoderó de su mirada.

—Deberías acompañarme a verla. Dijo que eso nos ayudaría. Sobre todo... —«Sobre todo ahora», iba a decir. «Ahora que has intentado suicidarte»—. No sería como el psicólogo al que fuiste cuando eras niña, te lo prometo.

—Estoy bien —dijo—. Me encuentro mucho mejor. Luego nos vemos, ¿de acuerdo?



Tomé el autobús a Crouch End y me

senté en la planta de arriba. Aún notaba los restos del alcohol circulando por mi torrente sanguíneo y tal vez era ese rastro de ebriedad el que me hacía sentir una chispa de optimismo. Laura me había llamado Danny. No me había llamado Danny desde que rompimos. Tal vez, pensé, ahora que se había visto al borde de la muerte decidiera que estábamos mejor juntos. Que me necesitaba.

Si volvía conmigo, si volvíamos a estar juntos, estaba seguro de que conseguiríamos recuperarnos de nuestras experiencias y luchar contra cualquier obstáculo que el mundo nos pusiese por delante. Éramos cien veces más fuertes juntos. En los días y

semanas posteriores a regresar a Inglaterra, cuando todo a nuestro alrededor era tan tenebroso y lúgubre y los dos nos veíamos atrapados en nuestros respectivos agujeros de oscuridad mental, sin apenas comunicarnos, yo había perdido eso de vista. Laura, en cambio, lo había llevado más allá.

Me dijo que verme le recordaba lo sucedido, que cada vez que veía mi cara era como retroceder de golpe en el tiempo y revivir aquellos días. No podía albergar esperanzas de recuperarse si me veía todos los días.

—Pero ¿aún me quieres? —le había preguntado yo, uno de los últimos días, antes de que se fuera.

Hubo un largo silencio.

—¿Aún me quieres tú a mí?

Escudriñó mi rostro con atención y tal vez tardé un instante demasiado largo en contestar:

—Por supuesto. Siempre te querré.

Debería haber hecho todo lo posible por retenerla, por conseguir que funcionase. Debería haberla convencido de que estábamos mejor juntos, de que podríamos superar cualquier cosa si estábamos unidos. En lugar de eso, había dejado que se marchase por la puerta, casi sin rechistar.

En ese momento, en cambio, me permití hacerme ilusiones, y mientras el autobús avanzaba traqueteando por las calles, intenté determinar cuál sería la

mejor estrategia. Decidí que tenía que darle tiempo y espacio; que no debía presionarla. Pero si conseguía convencerla de que acudiese a la doctora Sauvage, ya fuese conmigo o ella sola... Resolví hablarlo con Erin. Tal vez Laura le haría caso por fin, ahora que su amiga le había salvado la vida.

La casa de la doctora Sauvage estaba a unas pocas manzanas de la parada del autobús. La luz se había atenuado y el cielo que cubría las casas adosadas era incoloro, como en un cuadro en que el pintor hubiese olvidado pintarlo. Un crío montado en un patinete minúsculo estuvo a punto de atropellarme cuando doblé la esquina de la calle de la

doctora Sauvage, dándome un buen susto.

Mientras me acercaba a la casa, cuando estaba ya a medio camino, me di cuenta poco a poco de que pasaba algo. Al principio me pareció que la casa tenía un aspecto un tanto extraño, que estaba más oscura de lo habitual, y me fijé en que había alguien vestido de amarillo en el exterior. Cuando me acerqué más, me quedé petrificado.

Una mancha oscura y gris se extendía por la fachada de la casa desde las ventanas de la planta superior, que habían sido tapiadas por tablones, hasta la puerta principal, abajo. Las ventanas de la planta baja estaban rotas y recubiertas de una especie de sustancia

negra. Había una silla tirada en el jardín delantero y algunas tejas se habían desprendido del tejado. Una cinta amarilla rodeaba la totalidad de la casa. El hombre vestido de amarillo era un oficial de policía, que estaba montando guardia con una chaqueta impermeable.

Me miró cuando me acerqué a él.

—¿Qué... ha pasado?

—¿Puedo preguntarle quién es usted, señor?

—Soy uno de los pacientes de Claudia Sauvage. Tengo visita con ella ahora.

El policía, que era más joven que yo y parecía muerto de frío y muy desgraciado, dijo:

—Lamento tener que darle esta

noticia, pero ayer se declaró un incendio en la casa.

El hombre se aclaró la garganta.

—Oh, Dios mío. —Me costaba un gran esfuerzo hablar—. ¿Cómo ocurrió?

El policía miró un lado y otro de la calle.

—Lo siento mucho, señor, pero no puedo decírselo.

—Una desgracia espantosa.

Me volví bruscamente. Un hombre de edad avanzada había cruzado la calzada y estaba mirando la casa, sacudiendo la cabeza con pesadumbre.

—Vivo al otro lado de la calle —explicó—. No me lo puedo creer. Una pareja encantadora, pobrecillos. Los vamos a echar mucho de menos.

Tardé unos segundos en asimilar sus palabras.

—¿Echarlos de menos? —dije despacio.

El anciano miró la casa quemada.

—Sí, los Sauvage han muerto, los dos. Se quedaron atrapados en la planta de arriba. Los bomberos no pudieron hacer nada. —Se alejó, murmurando entre dientes—. Una desgracia espantosa. Terrible.

CAPÍTULO 24

Pasé por mi apartamento, recogí el portátil y me fui. No quería estar solo en mi casa. Necesitaba estar con gente, entre los vivos. Había una cafetería al final de la calle donde también servían desayunos grasientos todo el día, justo lo que me pedía el cuerpo.

Lo primero en mi lista era averiguar más información sobre lo ocurrido a la doctora Sauvage y a su marido. Mi relación con mi terapeuta había sido

puramente profesional, pero eso no hacía su muerte menos impactante. Ni siquiera había cumplido todavía los cincuenta... y qué forma tan terrible y truculenta de morir. Me pregunté si sus perros, aquellos cachorros de pug con la cara arrugada, habrían muerto también.

La noticia aparecía en la web del *Evening Standard*, con una foto de la casa quemada acompañada de otra del sonriente matrimonio, Claudia y Patrick Sauvage, tomada hacía unos años. No tenían hijos, que ya era algo al menos. En el artículo no se mencionaba a los perros.

Entonces leí la frase al final del texto:

La policía trata de determinar ahora si los Sauvage fueron víctimas de un incendio provocado. Se espera que salgan a la luz más detalles sobre la investigación a lo largo de los próximos días.

¿El incendio había sido provocado? Dios santo... ¿Por qué haría alguien una cosa así? Me pregunté si la doctora Sauvage habría hecho enemigos. Era algo verdaderamente horrible. Luego, sintiéndome culpable por pensar algo tan egoísta, me pregunté con quién iba a hablar yo ahora. Laura estaba demasiado frágil y mi psicóloga había muerto. Eso me dejaba un solo candidato: mi mejor amigo.



Jake y yo quedamos en vernos al día siguiente en Friends House, el centro de conferencias de los cuáqueros en Euston Road, cuyas salas se ponían a disposición del público general para reuniones. Jake tenía una reunión en las oficinas de una discográfica cuya sede estaba en un flamante edificio situado junto a la estación.

—Ya está —me dijo por teléfono—. Estoy seguro de que van a hacerme una oferta.

—¡Qué buena noticia!

En cuanto me lo dijo, estuve a punto de cancelar nuestro encuentro. Él estaba muy ilusionado y lleno de entusiasmo, y

yo no quería deprimirlo, pero sospechaba que en cuanto aceptase la oferta de la discográfica, Jake se pondría como loco de contento y la cabeza se le iría a la estratosfera. Era mejor hablar con él ahora, mientras siguiese sujeto al campo gravitatorio de la Tierra.

Mi equipo de videovigilancia había llegado a la hora del almuerzo y me había pasado las primeras horas de la tarde instalándolo. La cámara estaba situada encima de la puerta de entrada al apartamento, iba conectada a una aplicación de mi teléfono y se activaba con el movimiento. Si alguien entraba en mi casa, el sensor se activaría y la cámara empezaría a grabar.

Cuando salí del apartamento, levanté la vista hacia la cámara y sonreí.



El edificio de Friends House es la sede en Londres de los cuáqueros, con una cafetería y una zona común abierta al público. Era uno de los puntos de encuentro favoritos de Jake por el ambiente relajado que se respiraba.

Yo llegué el primero, pedí un café y una tarta de zanahoria y me los llevé al fondo de la zona de reunión, un rincón tranquilo y apartado. Unos cuantos valientes tiritaban de frío fuera, en la terraza, donde una fina capa de nieve que había caído durante el mediodía

recubría las mesas y se acumulaba en el alféizar de las ventanas.

Mientras esperaba, envié un mensaje a Laura y le pregunté cómo estaba. Vacilé un momento y luego le escribí otro mensaje, antes de que me contestara, diciéndole que iba a contar a Jake lo sucedido en Rumanía. «Mi terapeuta ha muerto —le escribí— y necesito hablar con alguien. Espero que lo entiendas. Besos.»

Jake llegó enfundado en una gruesa parka de estilo militar, con una larga bufanda alrededor del cuello. No me había equivocado al pensar que estaba a punto de salir disparado como un cohete: irradiaba energía como si fuera un microondas humano. Apenas podía

estarse quieto. Pidió un café grande y estuvo hablando con la chica cuáquera del mostrador.

—Me ha dado su número —me dijo cuando volvió a la mesa, sonriendo de oreja a oreja. Se sentó, sin dejar de mover la pierna; era el caso más grave que había visto en mi vida del síndrome de las piernas inquietas—. Oye, por cierto, ¿quién era esa chica centroeuropea con la que estabas la otra noche? Era muy maleducada. Pero estaba buenísima. No me digas que te la ligaste.

—No vi que fuese tan maleducada contigo.

Levantó la mano a modo de disculpa.

—Perdona, me estoy volviendo un

egocéntrico, ¿verdad? Necesito que me digas cuándo me comporto como un capullo, Dan.

—Necesitas que te recuerde cómo vivir con los pies en el suelo, querrás decir. Aquí abajo, donde habitamos los mortales.

—Eh, que tú eres un triunfador en el mundo de las nuevas tecnologías. Las aplicaciones se venden más que la música en estos tiempos. Debería ser yo quien estuviese pendiente de que no se te suba el éxito a la cabeza. En vez de eso, te comportas como si el mundo fuese un funeral. A pesar de que te ligas a tías buenorras de... ¿De dónde dices que era?

—De Rumanía —respondí.

Dio un manotazo en la mesa.

—¿En serio? ¿Así que es tu nueva novia? ¿Ya has renunciado a Laura? Eso me destrozaría el corazón. Sigo convencido de que vosotros dos volveréis a estar juntos. No olvides que me prometiste que podría ser tu padrino de boda. Ya tengo incluso unos cuantos chistes preparados para el discurso.

Tomé un sorbo de café. Se me había enfriado. Me dieron ganas de pedir a Jake que me sostuviera la taza, pues todo él desprendía tanto calor y energía que pensaba que podría volver a hacerlo bebible.

—No, no es mi novia. Pero en cuanto a Rumanía... Bueno, de eso quería hablarte.

Adelantó el cuerpo unos centímetros.

—¿Es que vas a contarme por fin lo que os pasó a ti y a Laura en Europa?

—No lo sé, pero... sí quiero contarte todo lo que ha pasado desde entonces.

Le sonó el teléfono.

—Perdona, pero tengo que contestar —dijo.

Salió a la terraza helada y lo vi hablar animadamente. Me dio envidia. Todo le iba espléndidamente, no había oscuridad ni sombras aferrándose a los bordes de su existencia. Aquel momento de su vida —a punto de firmar un contrato con una discográfica, con todo un futuro por delante, la promesa de la fama y la grandeza— probablemente sería el mejor de todos los que le

quedaban por vivir. Y como él mismo me había dicho, yo también debería sentirme así, y desde luego que me había sentido así cuando Laura y yo habíamos empezado nuestro viaje. Pensé que ojalá pudiese estar de vuelta en ese lugar, el jardín mágico en el que estaba Jake en ese momento.

Al verlo allí fuera, paseándose por la terraza, charlando alegremente, con una enorme sonrisa en su atractivo rostro, me di cuenta de que no podía sentir envidia de él. Mi amigo había trabajado mucho para conseguir aquello. En realidad, me sentía orgulloso de él.

Volvió adentro, con el pelo reluciente por los copos de nieve.

—Era mi mánager. Ahora los de

Universal y Sony también quieren una reunión conmigo. Ya son tres de las cuatro importantes.

Se frotó las manos.

—Te lo mereces —dije.

—Gracias, colega. Aunque todavía no he firmado nada.

—Lo harás. Vas a ser una estrella. Muy pronto solo te voy a ver en los periódicos, cuando salgas con Taylor Swift y Rihanna.

—Mmm..., creo que prefiero a Beyoncé. Además, tú vas a ser una superestrella de la tecnología. Iremos a las mismas fiestas. Seremos los... Joder, Dan, menuda cara has puesto... Es como si acabara de recordarte que tienes cáncer o algo así. Lo siento. Te escucho.

Cuéntame lo que quieras, soy todo oídos.

—Gracias.

—Vamos, empieza. Suéltalo ya. ¿Qué está pasando?

Le conté que el ladrón me había devuelto mis cosas y le hablé del uso fraudulento de mi tarjeta de débito. Le dije que la casa de mi psicóloga había sufrido un incendio y que mi terapia se había quedado a medias, que ahora no tenía a nadie con quien hablar. Le expliqué los detalles del intento de suicidio de Laura, que lo dejaron boquiabierto, y que al parecer había estado viendo fantasmas otra vez, como en su adolescencia.

—Estoy seguro de que vi a alguien

vigilándola... y es posible que alguien intentara empujarla a las vías del metro. Toda esa mierda es lo que ha estado pasando últimamente. Cosas muy muy extrañas.

—Joder... No me lo puedo creer —dijo cuando acabé—. ¿Has ido a la policía?

—Creen que lo del robo fue una alucinación o que estoy loco o que soy un mentiroso y solo quiero hacerles perder el tiempo. A veces pienso que me estoy volviendo loco... —Se me apagó la voz. Decidí no contarle lo de las alucinaciones con las fotos del tren—. Es desde lo de Rumanía.

Lo miré, y sentí una quemazón en los ojos.

Durante unos segundos no dijo nada, se limitó a mirarme fijamente.

—¿Y vas a contarme lo que pasó allí?

—Quiero contártelo. Necesito sinceramente hablar con alguien. Esa era mi intención. Sin embargo, cuando tengo que hacerlo...

—Daniel. Soy yo. Puedes contarme lo que sea. No voy a ir por ahí diciéndoselo a nadie más. Te lo prometo. Ya sé que crees que soy un chismoso de campeonato, pero te juro, con el corazón en la mano, que no se lo diré a nadie. Sea lo que sea.

Hice trizas un sobre vacío de azúcar, incapaz de mirar a Jake a los ojos.

—Es que me cuesta mucho hablar de

lo que pasó. El simple hecho de encontrar las palabras... Además, tengo miedo de que esa carga pese sobre tu conciencia.

—¿Sobre mi conciencia? Vamos, no exageres. No puede ser tan terrible.

Lo miré.

—Pero es que sí lo es.

Empecé relatándole el viaje en tren, le hablé de cuando conocimos a Alina y a Ion, de cuando los guardias nos echaron del tren, de la estación espeluznante en mitad de la nada. Él me escuchaba atentamente mientras le hablaba de la caminata por las vías del tren, de cuando Alina se internó en el bosque y desapareció. De cuando Laura y yo fuimos en su busca.

—Y entonces encontramos una casa.
En medio del bosque.

Me miró de hito en hito, con los ojos abiertos como platos, mientras le relataba lo que pasó después.

CAPÍTULO 25

Cuando nos acercamos a la casa vi unas sombras grises titilando en las ventanas de la planta de arriba, las luces en las calabazas. Eran velas. Había alguien en la casa.

En mi fuero interno la vocecilla de un niño gritaba a mi yo adulto a medida que nos aproximábamos a la casa: «Es la casa de una bruja, una bruja que atrae a los niños perdidos, que te engordará y luego te comerá, que fabricará pan con

tus huesecillos. Corre. Corre todo lo rápido que puedas, encuentra una cama, métete debajo de las sábanas y escóndete allí».

Laura me tocó la mano.

—Daniel. Mira.

Me estaba señalando algo, y al principio pensé que era mi corazón, que se me había salido por la boca y estaba allí tirado, latiendo desbocado sobre la hierba marchita, pero logré serenarme de algún modo, me obligué a enfocar la mirada.

—Es la otra bota de Alina.

Me agaché, la recogí y me volví hacia Laura, meciendo la bota en mis brazos como si fuera un gatito.

—Deberíamos irnos de aquí, buscar

ayuda —dije.

Mi novia tensó la mandíbula y, sin contestarme, enfiló el camino hacia la casa. La miré indeciso. ¿Qué era yo, un niño o un hombre? Tal vez, si hubiese estado allí solo, habría echado a correr, habría ido en busca de auxilio, pero la necesidad de estar con Laura, de no parecer un cobarde, era aún más fuerte.

La puerta era de madera maciza, hecha con los robles que rodeaban la casa. Notaba la presencia de esos árboles a nuestra espalda, como si estuvieran observándonos, desafiándonos a entrar. Tenía el vello de la nuca erizado, y unos escalofríos me recorrían la columna. ¿Por qué estaba aquella casa en la espesura del bosque?

Supuse que debía de haber pertenecido a... ¿quién? ¿Un cazador? ¿Un leñador? ¿Una especie de guarda forestal?

¿Una bruja?

La casa parecía realmente vieja, centenaria incluso. Era muy probable que fuese anterior a la línea ferroviaria por la que habíamos caminado. En la puerta no había ningún número, ni tampoco ningún buzón. Reprimí una risa histérica al visualizar la imagen de un cartero atravesando el bosque para hacer entrega del correo basura y de los folletos publicitarios de establecimientos de pizzas a domicilio.

Laura levantó el puño para llamar a la puerta, pero le sujeté la muñeca.

Sabía con certeza, como si lo hubiese

visto en un sueño, que la puerta se abriría si la empujaba. Así fue. Era rígida, pesada, pero se abrió despacio, dejando al descubierto un espacio amplio y abierto.

Entré y Laura me siguió, agarrándose a mi camisa.

La sala me recordó al vestíbulo de una mansión. Estaba oscura, iluminada únicamente por la luz de la luna que penetraba desde fuera. Allí no había velas. Esperé a que mis ojos se acostumbrasen a la penumbra y no tardé en descubrir que bajo la oscuridad no se escondía gran cosa, un par de arcones y un perchero con una chaqueta negra colgando. Había puertas cerradas a ambos lados y, justo enfrente de

nosotros, una escalera que ascendía internándose en más oscuridad aún.

Laura y yo nos miramos. Parecía más asustada ahora que estábamos dentro de la casa. Si yo ya había percibido cierto halo de malignidad antes de entrar, ahora la sensación era aún más vívida. Allí dentro habían pasado cosas terribles. Lo sabía con claridad meridiana, como me sabía mi propio nombre. Laura había avanzado unos pasos, pero en ese momento retrocedió hacia la salida, como si se lo hubiese pensado mejor. Tal vez fue por el olor: la sala apestaba a cerrado, se respiraba un fuerte tufo a humedad, el empalagoso hedor a moho y podredumbre. Sin embargo, se mezclaba con otro olor, uno

peor aún que destacaba por encima del resto. Años atrás había alquilado una habitación donde la peste era insoportable. Al final descubrí el origen del olor: el anterior inquilino había colocado trampas para roedores debajo de la cocina y la nevera, y las ratas muertas llevaban semanas descomponiéndose. Así era como olía aquella casa. A carne podrida. A muerte.

—¿Quieres que nos vayamos? — susurré a Laura.

Me miró fijamente, con el miedo palpable en sus ojos. Su mirada decía que aquello era un error, y se preguntaba qué demonios hacíamos allí. La puerta se había cerrado a nuestra espalda y tuve la horrible sensación de que ya no

se podría abrir, de que estábamos atrapados allí. De que nos quedaríamos allí atrapados para siempre.

Deberíamos habernos ido entonces, tal vez, hacer lo que deberíamos haber hecho desde el principio: regresar a través de los árboles, seguir las vías del ferrocarril, buscar ayuda en el pueblo.

Pero entonces oímos el ruido.



El teléfono de Jake sonó en ese momento, devolviéndome de golpe al presente.

—Mierda, perdona —dijo—. Es el tipo de la discográfica.

Saltaba a la vista que estaba ansioso

por responder la llamada.

—No pasa nada. Contesta.

—Lo siento, colega. Vuelvo enseguida.

Se levantó y se alejó unos metros, diciendo «Ajá» y «De acuerdo» mientras caminaba.

Yo había destrozado más de una docena de sobres de azúcar mientras hablaba, y en ese momento me dispuse a recoger los trozos; los granos de azúcar estaban desperdigados por toda la mesa.

Me encontraba fatal, preguntándome si tendría agallas de contarle a Jake el resto de la historia. Si podría contarle la verdad sobre lo ocurrido.

Volvió a la mesa, con expresión acongojada.

—Daniel, lo siento mucho, de verdad. Han adelantado la reunión para que el director ejecutivo pueda asistir. —Al ver mi gesto inexpresivo, añadió—: Es el que maneja todo el cotarro.

—Tienes que ir.

—Daniel, quiero que me cuentes el resto de lo que pasó, de verdad. ¿Por qué no quedamos luego? Después de mi reunión.

—Está bien. Puede ser.

Trasladó el peso del cuerpo de un pie al otro, nervioso.

—Vete —dije, esbozando una sonrisa forzada—. Te llamaré luego. Déjalos alucinados.

—Gracias, Dan.

Se fue corriendo por la esquina. Lo oí tropezarse con alguien y pedir perdón. Luego desapareció.



Para cuando llegué a la calle de mi casa, el cielo estaba oscuro, sin una sola estrella, y la nieve había dado paso a una lluvia helada. Unas gotas frías me cayeron por la nuca cuando entré en el edificio y me pasé la mano por el pelo. Había un cartel nuevo en la pared, con las palabras escritas con letra temblorosa: A QUIENQUIERA QUE HAYA TIRADO LA BASURA ORGÁNICA EN EL CONTENEDOR VERDE: ¡¡EL CONTENEDOR VERDE ES SOLO PARA RECICLAJE!! Le

seguía la amenaza de DENUNCIAR a aquel IRRESPONSABLE a la COMUNIDAD DE PROPIETARIOS. Puse cara de exasperación. Me sorprendió que no hubiese ninguna alusión al zorro amante de la pizza.

Subí las escaleras y metí la llave en la cerradura, ansioso por entrar en el santuario de mi apartamento, pese a las recientes intrusiones. Estaba nervioso, inquieto y muy tenso, y ya había decidido que no tenía la energía mental necesaria para quedar con Jake después de su reunión y contarle el resto de la historia. Otro día.

Encendí el interruptor de la luz. No pasó nada.

La luz del rellano funcionaba, de

modo que no podía tratarse de un corte de electricidad. Dejé la pesada puerta abierta con el peso de mi bolsa, que era lo bastante robusta para aguantarla, y fui a la cocina a ver si allí había luz. Pulsé el interruptor. Tampoco se encendió nada. El apartamento estaba a oscuras.

El cuadro eléctrico se hallaba en un armario debajo de la encimera de la cocina. En las raras ocasiones en que se había ido la luz —en realidad, solo recordaba una ocasión en la que hubiese ocurrido eso— simplemente había tenido que volver a bajar el diferencial. Arrodillado en el suelo, tratando de ver el cuadro eléctrico prácticamente a oscuras, oí que se cerraba la puerta. Mierda... La bolsa seguramente había

cedido y no había podido soportar el peso de la puerta. Sin embargo, logré localizar la caja y fui recorriendo los distintos interruptores para ver cuál había saltado.

Todos estaban en su sitio. Me saqué el teléfono del bolsillo y lo usé como linterna para asegurarme de que, efectivamente, todo estaba en orden. Así era, los interruptores estaban todos en su posición correcta. Sin extraer las cajas de los fusibles no podría ver si los cables estaban intactos, y no recordaba si el diferencial saltaba cuando se fundía un fusible. En circunstancias normales, nada de eso me habría puesto nervioso, pero los recientes acontecimientos hacían que me preguntara...

¿Habría vuelto a entrar alguien en mi casa? ¿Habría desconectado la luz? ¿Seguiría allí dentro, escondido?

Volví a la puerta principal, palpando la pared a tientas, tropezándome con la aspiradora y a punto de caerme de bruces al suelo. Levanté la vista y miré hacia la cámara de videovigilancia, preguntándome si habría captado la imagen de alguien. Tal vez alguien había reparado en ella y había cortado la electricidad para poder moverse con libertad, sin quedar registrado en el vídeo.

Busqué nervioso el teléfono para ver si la aplicación estaba conectada a la cámara y, naturalmente, se me cayó al suelo. Rebotó y fue a parar debajo de un

mueble. Vacilé antes de agacharme a recogerlo. Mi miedo de que hubiese un intruso en el apartamento era muy superior a mi deseo de encontrar el teléfono, de modo que volví sobre mis pasos y salí de nuevo al rellano. La luz, que dejaba de alumbrar por sí sola al cabo de un rato, estaba apagada. La encendí de nuevo y me quedé allí en el rellano, tratando de decidir qué hacer. Podía llamar a la puerta de uno de mis vecinos y pedirles una linterna.

Miré la puerta de mi vecina más próxima. Nunca hablaba con la mujer que vivía allí, pues sospechaba que era la responsable de los disparatados carteles que aparecían cada dos por tres. No quería involucrarla en aquello, sobre

todo teniendo en cuenta que lo más probable era que se tratase de un fusible estropeado.

Tomé una decisión: volvería adentro, recuperaría mi teléfono y comprobaría la aplicación para ver si alguien había entrado en el apartamento.

Regresé adentro y esta vez usé la aspiradora para aguantar la puerta. Me puse a gatas y palpé el suelo debajo del sofá y de la mesa de centro, tratando de localizar el teléfono. ¿Dónde diablos estaba? Solté una maldición y di un puñetazo contra el suelo.

Oí un ruido sordo procedente del dormitorio. Me enderecé de golpe.

Había alguien en mi habitación. Dios mío... Necesitaba mi teléfono. Tenía que

llamar a la policía. Pero entonces oí otro golpe, y luego otro. Me levanté de un salto, me fui disparado hacia la puerta principal y luego me dije: «No». Aquella era mi oportunidad de averiguar quién había entrado a robar en mi casa, de atraparlos y sacarles algunas respuestas yo mismo. La policía seguramente tardaría siglos en llegar allí. Y yo estaba furioso. Estaba harto de ver cómo ponían mi mundo patas arriba y me destrozaban la vida.

Entré con paso sigiloso en la cocina y saqué un cuchillo grande del taco de madera. A continuación, temblando de miedo y de rabia, me acerqué de puntillas a la puerta del dormitorio y, levantando el cuchillo con la mano

derecha, empleé la izquierda para empujar la puerta.

Durante unos instantes no vi nada. Luego, alguien me golpeó, dejándome sin aliento mientras me desplomaba en el suelo, y trató de arrebatarme el cuchillo, que salió rodando por la moqueta.

CAPÍTULO 26

Estaba inmovilizado en el suelo, de espaldas, con un aliento fétido directamente sobre la cara. Olía a carne cruda. Un rugido salió de la garganta de mi atacante y lo empujé con todas mis fuerzas, pero lo tenía encima; era una figura borrosa en medio de la oscuridad. Unos dientes y una mezcla de saliva y labios húmedos me rozaron el cuello y, movido por una oleada de adrenalina que me recorrió el cuerpo, encontré una

fuerza que no sabía que tenía para apartarlo de golpe y volverme de lado. Unos segundos más y el perro, el enorme perro negro que había salido de la oscuridad para abalanzarse sobre mí, me habría arrancado a dentelladas la garganta.

En cuanto me puse de costado en el suelo, vi el cuchillo; lo tenía al alcance de la mano. Lo agarré y lo blandí delante del animal, que se escabulló, alejándose, cuando intenté acuchillarlo en vano. La hoja solo le alcanzó el lado del hocico y el perro dejó escapar un gemido de dolor. Se apartó con la misma rapidez con que había saltado sobre mí. Quedé libre.

El animal salió disparado por la

puerta principal, gruñendo y ladrando, mientras yo me incorporaba, tosiendo y palpándome el cuello. Solo tenía un reguero de saliva apestosa, no había sangre. Si no hubiese podido zafarme de él, si no hubiese alcanzado el cuchillo... No quería ni pensarlo. El perro tenía cara de rottweiler, pero era completamente negro y del tamaño de un pit bull. Estaba entrenado para proteger, para luchar. Para matar.

Me levanté tambaleándome y salí al rellano. El perro había bajado corriendo las escaleras y se movía frenéticamente de un lado a otro en el rellano inferior, furioso, golpeándose contra la puerta y las paredes. Me quedé en lo alto de las escaleras, asomándome por la

barandilla para ver la totalidad del rellano, encogido y listo para volver a entrar a toda prisa en mi apartamento si el animal daba alguna señal de querer subir las escaleras de nuevo.

En ese momento la puerta de mi vecina de abajo se abrió y la mujer apareció en el umbral. Debía de tener unos treinta y tantos años, y llevaba el pelo rizado, gafas y un grueso jersey rosa. Me señaló con el dedo.

—Oiga, está prohibido tener perros en este edificio.

El animal se abalanzó sobre ella. La mujer gritó y cerró la puerta con una asombrosa capacidad de reacción; el perro se dio de bruces contra la madera, estrellándose contra la puerta, y cayó al

suelo, donde permaneció conmocionado unos instantes antes de levantarse otra vez. Se giró para mirarme y me enseñó dos hileras de dientes afilados como cuchillos.

Regresé a toda prisa al interior de mi apartamento, cerré la puerta y volví a sumirme en la oscuridad. Una vez más me arrastré a gatas por el suelo de la sala de estar y casi al instante localicé el teléfono con la mano. Di gracias al Cielo y llamé a la policía mientras oía el ruido del perro, que seguía moviéndose abajo, enfurecido, emitiendo una serie de ladridos roncos y violentos.



Llegó la policía y los agentes llamaron a la perrera municipal, uno de cuyos técnicos capturó al animal con un lazo conectado a un palo y lo metieron a rastras en la parte de atrás de una furgoneta. Una vez que se lo hubieron llevado, el joven agente de policía me ayudó a examinar el cuadro eléctrico y descubrió que había que cambiar dos de los fusibles. Por suerte, uno de los vecinos, la mayoría de los cuales habían salido en tropel a ver qué pasaba, tenía fusibles de repuesto, así que no tardé en volver a disponer de electricidad en casa.

—Qué mala suerte que se hayan fundido dos a la vez —dijo el agente, que se llamaba Sadler—. Y dígame,

señor, ¿qué ha pasado?

Vacilé un momento. Obedeciendo a un impulso, tal vez porque no quería que empezase a mirarme como me había mirado el agente Sargent, contesté:

—No lo sé. El perro debió de seguirme cuando entré en casa, ha debido de colarse por la puerta, detrás de mí. Cuando descubrí que no había luz en el apartamento, dejé la puerta entreabierta y el perro me atacó.

Chasqueó la lengua.

—Hay muchos perros callejeros por esta zona. La mayoría vienen de los polígonos. —Sacudió la cabeza con gesto de resignación—. ¿Necesita que lo vea un médico?

—No, estoy bien. No me ha mordido.

Solo estoy un poco... asustado todavía.

—Es comprensible, señor. —Sonrió—. ¿No llevaría salchichas en la bolsa cuando llegó a casa, por casualidad?

Yo había perdido el sentido del humor momentáneamente.

Se despidió y fue a tomar declaración a la vecina de abajo.

Tras tomarme un momento para serenarme y recuperarme un poco del susto, me levanté con piernas temblorosas y fui al dormitorio. Parecía como si lo hubiese asolado un tornado: la lámpara de la mesilla de noche estaba en el suelo, rota, junto con libros, papeles y fotografías en las que salíamos Laura y yo; la cama estaba deshecha y una de las almohadas se veía

destrozada a mordiscos, con trozos de relleno desperdigados por todas partes. Me pregunté cómo era posible que no lo hubiera oído en cuanto entré, y supuse que el perro debía de haberse quedado dormido tras destrozar el dormitorio y que se habría despertado al oírme dar un puñetazo en el suelo.

Había en el aire un hedor insoportable, y no tardé en descubrir su origen: un excremento de dimensiones gigantescas en la alfombra que había delante de la cómoda. Lo enrollé en la alfombra, la tiré a una bolsa de basura negra y la llevé al contenedor de la calle. Percibí una presencia cercana y al levantar la vista vi al zorro rapiñador rondando por allí. Dio media vuelta y

desapareció, arrastrando la cola por la acera.



Ante la necesidad de templar mis nervios, me serví un vaso de vodka y salí a asomarme a la calle oscura y vacía. Una lluvia helada golpeaba los cristales. Me pregunté qué le habría pasado al perro, ¿lo habrían sacrificado o intentarían encontrarle un hogar? Esperé a que el cálido caudal de alcohol me hubiese apaciguado el ritmo cardíaco y el temblor de las manos y luego saqué el teléfono y abrí la aplicación que acompañaba a la cámara del circuito cerrado de vigilancia.

Vi de inmediato que se había creado un archivo de video que, posteriormente, se había guardado en la nube. La cámara había capturado a un intruso entrando en mi apartamento. La habitación estaba en silencio, y me vi conteniendo el aliento, lo que me hizo percibir el martilleo constante de mi propio pulso en los oídos.

A continuación, empezó la reproducción del video.

Puesto que la cámara se activaba con el movimiento, en cuanto empezó la grabación me sorprendí mirando la imagen de la coronilla y la espalda de alguien. Estaba a escasos metros de la puerta de entrada. La imagen tenía mucho grano y estaba ligeramente

borrosa, supuestamente porque no estaba muy iluminada, a pesar de que aún había luz natural en la habitación. Empezaba a oscurecer sobre las cuatro y media de la tarde. Eso significaba que debían de haber entrado a media tarde, seguramente mientras yo estaba todavía con Jake.

Deseé que la persona en cuestión avanzase unos pasos, para poder verla mejor. En ese momento solo distinguía que llevaba una prenda negra y un gorro. Supuse que era un hombre. Dio un par de pasos en dirección al salón, la estancia donde me encontraba yo en ese preciso instante, de forma que se le veía el cuerpo hasta la cintura, y entonces se volvió. Me incliné hacia delante,

ansioso.

En ese preciso momento se dio la vuelta y otra persona apareció en el encuadre de la imagen, oscureciendo el rostro del hombre. ¡Eran dos! Y cuando se adentraron más en el salón, vi que la segunda persona llevaba al perro que había intentado matarme sujeto por una correa corta.

La segunda persona también iba con gorro. Los dos permanecieron inmóviles, al parecer echando un vistazo alrededor, aunque para mi exasperación, solo les veía la nuca. Aunque ahora ya salían de cuerpo entero en la imagen. Los dos iban vestidos con camisas negras de manga larga y pantalones negros, pero cuando entrecerré los ojos

y me acerqué a la pantalla para escudriñar sus siluetas, de pronto vi que me había equivocado al suponer que eran dos hombres: uno de los intrusos, el que sujetaba al perro, era una mujer. Cuando se volvieron para charlar, vi que llevaban máscaras, esas máscaras de plástico que se sujetan a la cara con una goma elástica. Sin embargo, ambas máscaras eran completamente lisas, de color blanco, con dos agujeros para los ojos y un pequeño círculo por el que respirar. Al mirar aquellas máscaras sentí que un escalofrío me recorría todo el cuerpo. Era como mirar a dos fantasmas, dos seres sin rostro que habían allanado mi casa.

La mujer tiró de la correa del perro y

la máscara se le desplazó un poco hacia un lado. Frustrada, la manipuló y se la puso en su sitio de nuevo. A continuación, salió del encuadre para dirigirse a mi dormitorio. Mientras, el hombre se paseaba por el salón abriendo cajones y armarios y volviendo a cerrarlos con cuidado.

Al cabo de un rato, la mujer regresó con el perro y negó con la cabeza. Lamenté no haber comprado una cámara con grabadora de audio al ver que mantenían otra conversación. El hombre gesticulaba con ademán furioso, señaló al perro y luego a mi habitación. La mujer asintió.

Acto seguido, el hombre fue a la cocina y desapareció del encuadre. La

mujer miraba de frente a la cámara, de forma que la veía perfectamente. Era delgada, con poco pecho y las caderas estrechas. El perro tiró de la correa y ella tiró a su vez de él, de tal manera que lo obligó a saltar sobre las patas traseras. Pobre animal. Fuese quien fuese, aquella mujer era fuerte.

El hombre regresó y ambos salieron del encuadre para dirigirse a mi dormitorio. Y eso era todo. El video grabó otro minuto de silencio y luego se acabó.

Habían entrado, habían fundido los fusibles —seguramente, para que cuando llegara a casa, en la oscuridad, me resultara más difícil repeler el ataque del perro— y luego habían encerrado al

animal en mi cuarto y se habían ido justo antes de que anocheciera.

Solté el teléfono y me quedé mirando el espacio donde habían estado. Aún notaba su presencia impregnando el aire.

CAPÍTULO 27

Las calles estaban inusualmente tranquilas en la zona de South Bank, pues el mal tiempo había ahuyentado a los turistas y a los paseantes ociosos; solo quedaban unos pocos londinenses caminando aprisa bajo el aire preñado de nieve, apresurándose para regresar a sus casas y oficinas. La noria del London Eye parecía girar más despacio esa tarde, y las barcas que surcaban las aguas grises y revueltas del Támesis

parecían más bien concebidas para llevar a los muertos a la otra orilla del Estigia.

Estuve hojeando libros en Foyles un rato, luego compré un café en Starbucks y me lo llevé a un banco frente al río y los magníficos y lujosos edificios del Embankment, al otro lado. Consulté la hora. Ella tenía que estar al llegar.

Era extraño, pero estaba un poco nervioso, como si fuese nuestra primera cita, lo cual era ridículo. Nos conocíamos íntimamente, por dentro y por fuera... O al menos, hasta hacía poco pensaba que lo sabía todo sobre ella. Sin embargo, en los últimos tiempos se había convertido en otra persona distinta, una especie de

alienígena que había poseído el cuerpo de Laura y que solo de vez en cuando me mostraba un atisbo de la persona que había sido hasta entonces. Aunque Jake también decía lo mismo sobre mí. No había vuelto a hablar con él desde la tarde anterior, cuando había tenido que irse precipitadamente. Resolví llamarlo más tarde. Necesitaba contarle el resto de la historia.

—Daniel.

Me volví.

—Has venido.

—Pues claro.

Laura parecía más delgada y estaba más pálida que nunca, más incluso que cuando la había visto en el hospital. Estaba envuelta en su abrigo negro, un

abrigo que antes le sentaba como un guante, amoldándose al contorno de su cuerpo, pero que ahora parecía dos tallas más grande. Llevaba también un gorro de lana, e iba maquillada: un poco de rímel y un toque de pintalabios rosa. Era la primera vez desde hacía siglos que la veía pintada. Se sentó a mi lado y juntó las manos, enfundadas en guantes. Movía las rodillas una y otra vez, arriba y abajo. Me sonrió, pero la sonrisa se le borró de la cara casi al instante.

—Pareces... estar mejor —dije.

Arqueó una ceja.

—Mmm.

—No, en serio. Fue horrible verte en aquella cama de hospital.

—No era muy divertido estar allí. —

Siguió moviendo las rodillas arriba y abajo—. Pero ahora me encuentro mejor, mucho mejor. Me ha vuelto a crecer la piel.

—¿Cómo dices?

—Pero es... distinta. Es otra piel, nueva.

La miré fijamente.

—Laura, no sé de qué me hablas. ¿Recibiste mi mensaje ayer por la mañana?

Se me quedó mirando, con los ojos muy abiertos e inexpresivos. Bajó la voz hasta que era apenas un murmullo, casi inaudible por el viento que aullaba sobre el Támesis.

—¿Un mensaje?

Antes de que pudiera decirle algo

más, añadió:

—Tengo que decirte algo. He dejado mi trabajo.

—¿Cómo? Laura, pero si te encantaba tu trabajo... Siempre habías dicho que era tu vocación.

—Y lo era. —Se quedó mirando al río—. Pero ahora ya no. Es que no puedo..., no puedo seguir haciéndolo. Podría intentarlo, pero decepcionaría a todo el mundo. Decepcionaría sobre todo a los niños, precisamente a quienes se supone que más debería ayudar.

—Estoy seguro de que no decepcionarías a nadie. —Le toqué el brazo con delicadeza—. Pero tal vez sea lo mejor. Necesitas ponerte bien, y entonces estoy seguro de que podrás

volver a trabajar. Aunque... —tragué saliva—, ya no estarás aquí para entonces, ¿verdad que no? Estarás en Australia.

Se abrazó las rodillas, de manera que al menos dejó de moverlas.

—No me voy a ir.

Apenas me atrevía a hablar, por si no la había escuchado bien.

—A ver, repite eso.

—He decidido que no voy a ir. Voy a quedarme en Londres.

—¡Ah! Eso es maravilloso. —Fui a abrazarla, pero se apartó. Reprimí el impulso—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Abrió la boca para contestar, pero se contuvo. Supe que estaba intentando

decidir hasta dónde debía contarme.

—Tal como dijiste, irme sería como huir. Ya no quiero seguir huyendo. No quiero ser una cobarde. Quiero empezar de cero.

Hablaba despacio, con una expresión de aturdimiento en la cara. ¿Le habrían aumentado los médicos la medicación?

—Pero —siguió diciendo— dijiste que tenías algo que contarme, cuando me escribiste el mensaje esta mañana.

—Laura, ¿de verdad que estás bien?

Una sonrisa, más propia de la vieja Laura.

—Sí, claro. Estoy perfectamente. Bueno, pero cuéntame para qué querías verme.

—De acuerdo. —No estaba muy

convencido, pero ¿qué podía hacer?—. ¿Podemos hablar dando un paseo? Me estoy congelando.

—Sí, claro.

Nos levantamos y ella me dedicó otra leve sonrisa, la sonrisa con la que siempre solía obsequiarme, y de pronto me embargó una imperiosa necesidad de decirle, una vez más, que todavía la amaba, que quería que volviera a casa conmigo. Sin embargo sabía que, si lo hacía, la asustaría y la ahuyentaría, de modo que me tragué las palabras y echamos a andar por el paseo junto al río en dirección al Puente del Milenio.

Mientras paseábamos, le conté todo lo que había ocurrido hasta ese día: el uso fraudulento de mi tarjeta de débito,

la extraña devolución de mi portátil tras el robo, la muerte de mi terapeuta... Laura me escuchaba atentamente, asintiendo pero sin hablar demasiado. Se estremeció cuando le hablé del incendio. Por último, cuando llegábamos a la altura de la Tate Modern, la puse al corriente de lo sucedido el día anterior.

Dejó de andar. Su sonrisa se había esfumado.

—¿Un perro? ¿Qué aspecto tenía?

Se lo describí.

—Como los perros que vimos en la estación —dijo, asintiendo para sí, como si aquello confirmase algo.

No creía posible que pudiese ponerse más pálida, pero había perdido todo el color de la cara. El cielo cambió de

color y se vació de luz de repente, como ocurre momentos antes de desatarse una tormenta.

Laura habló entonces:

—Tal vez deberías hablar con ella.

Puede que eso te ayude.

—¿Hablar con quién?

—Con Alina. Está aquí.

Así que había estado viendo fantasmas otra vez.

—Laura, Alina está muerta.

—Lo sé, pero ha venido a buscarme. —Inclinó el cuerpo hacia delante para hablarme al oído, con los ojos muy abiertos. Miró a un lado y a otro, cerciorándose de que no había nadie detrás de ella. Me habló en un hilo ronco de voz, casi inaudible—. Sé qué

es lo que nos ha estado siguiendo, Daniel. Es el demonio. El mal que habitaba aquella casa... Nos ha seguido hasta aquí. Tienes que andarte con cuidado, tienes que dejar de contarle a la gente lo que pasó. Porque cada vez que se lo cuentas a alguien, abres la rendija un poco más y el demonio se cuela por ella.

La forma en que me hablaba, la intensidad de su mirada, el cielo ensombrecido y el eco de lo que había ocurrido... Todo eso hizo que por un segundo la creyera. Ahí estaba la explicación de todo. El demonio. El mal sobrenatural.

—El perro negro... no era real — dijo Laura—. Era... un símbolo. O

puede..., puede que fuese una manifestación física de la oscuridad que nos siguió desde el bosque. El mal en estado puro.

Traté de mantener una voz serena.

—Pues era muy real, Laura. Se abalanzó sobre mí e intentó morderme el cuello.

Me miró con tristeza.

—Oh, Daniel. No estoy diciendo que fuese un... fantasma. Como ya he dicho, era una manifestación física de...

—No, eso es una locura.

Sentí el contacto de algo suave sobre mi cara y me di cuenta de que había empezado a nevar de nuevo, solo que esta vez era una nieve gruesa y abundante, la clase de nieve que cuaja

en el suelo y hace que cierren las escuelas y las líneas de metro. Una fuerte nevada, en aquella época del año, tan pronto... Aquello intensificó aún más mi sensación de que el tiempo era, de algún modo, fiel reflejo de mis emociones. Sin duda Laura diría que nosotros éramos los causantes de todo..., que todo aquello estaba colándose por la rendija de la que había hablado, instigado por los espíritus malignos.

La nieve se arremolinaba a nuestro alrededor y el aire se volvió de repente tan oscuro y denso que la Tate Modern se convirtió en una silueta reverberante, y era como si Laura y yo fuésemos los únicos habitantes del planeta. Cuando

me tomó de la mano, deseé, más que nada en el mundo, que todo volviese a ser como antes. Me entraron ganas de besarla, de rodearla con los brazos y quedarme abrazado a ella, de estrecharla con fuerza y esperar que toda aquella locura desapareciera, que nos dejase tranquilos. Que nos dejase en paz.

—Tranquilo —susurró Laura. La nieve ya estaba cuajando; se le adhería al gorro y al abrigo y le mojaba la cara. Se apartó unos copos de los ojos, pestañeando—. Alina nos ayudará.

—Pero ¡Alina está muerta! Laura, ya sé que crees en fantasmas y entiendo lo que pasó cuando eras una niña, pero esto está en tu cabeza. Es fruto de... lo que

ocurrió y de los fármacos que tomabas. Y todo eso de que has mudado de piel y ahora te está creciendo piel nueva... — La toqué con delicadeza—. Necesitas ayuda.

—No, Danny. No. ¿Es que no lo ves? Alina ha vuelto para guiarnos.

—Laura...

Ladeó la cabeza. Ni siquiera parecía percatarse de la nieve. Pensé que no tendrían que haberle dado el alta en el hospital.

—Laura, creo que debería verte un médico.

Sonrió con tristeza.

—¿Otro? ¿Para que me receten más fármacos?

—No esa clase de médico. —Traté

de decirle algo que pudiera convencerla. El tiempo estaba empeorando. Al final dije—: Vamos a entrar en el museo antes de que acabemos sepultados por la nieve.

Pareció entrar en razón, así que le tomé la mano y corrí con ella a la galería. Nos refugiamos en el enorme vestíbulo, sacudiéndonos la nieve de la ropa, mientras el personal de seguridad nos fulminaba con la mirada por dejar todo el suelo perdido de agua. Laura entró en el servicio de señoras y yo en el de caballeros, que estaba vacío. Puse la cabeza húmeda bajo el secador de manos y luego me examiné la cara en el espejo. Me sequé las gafas en la camiseta e intenté dominar los

pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza, con el propósito de guardármelos para luego.

Esperé a Laura. Del baño salieron varias mujeres, pero ninguna de ellas era Laura. Cuando una mujer de mi edad apareció cinco minutos después, le pedí si podía comprobar si mi «esposa» seguía allí dentro. Se fue sin hacerme caso, dejándome boquiabierto, estupefacto ante su mala educación. Asomé la cabeza por la puerta y llamé a Laura. Todos los cubículos estaban vacíos. Se había ido.

Volví a la entrada y me acerqué al guardia de seguridad.

—La mujer con la que he entrado, ¿la ha visto salir?

Negó con la cabeza.

—Habría que estar loco para salir ahí fuera —dijo—. Es una ventisca.

Me acerqué a la puerta y miré afuera. El aire era opaco y, la nieve tan pesada que parecía capaz de sepultar la ciudad entera. Vi una figura oscura a lo lejos, a través de la cortina de nieve, y salí corriendo mientras gritaba:

—¡Laura!

Si era ella, la engulló la tormenta de nieve. Volví adentro, sacudiéndome los copos del abrigo, y me planteé recorrer la galería en su búsqueda. Tal vez estuviese en la cafetería o en la tienda del museo. Tal vez hubiese ido arriba a mirar los cuadros, pero antes de que pudiese tomar una decisión, me sonó el

teléfono.

Era mi amigo Barney, alguien con quien Jake y yo salíamos a veces. Se había ido a vivir fuera de Londres y había empezado a tener hijos. Hacía siglos que no sabía nada de él.

—¡Barney! Oye, lo siento, pero ahora mismo no es un...

—¿Has visto las noticias?

Su tono de voz me asustó.

—No, no estoy en casa. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Es Jake. Creo... Supongo que tienes conexión a internet en el teléfono, ¿verdad? Te enviaré el enlace ahora mismo.

Era como si la nieve me estuviera cayendo directamente en el torrente

sanguíneo.

—¿Qué pasa con Jake? Vamos, tienes que decírmelo.

Dudó antes de hablar y supe que la noticia no era que Jake hubiese firmado un importante contrato con una discográfica.

—Me parece que deberías leerlo tú mismo —dijo—, pero llámame luego, ¿de acuerdo?

Se le quebró la voz y colgó antes de que pudiera decirle algo más. Me llegó un mensaje de él que contenía un enlace con las noticias de BBC News. Vacilé antes de abrirlo, saboreando la felicidad de la ignorancia unos segundos más, y luego hice clic. Me vi ante una de las fotos publicitarias de Jake; tenía la

mirada baja, con un aire de chico sensible en actitud reflexiva. Encima de la imagen se leía el siguiente titular:

Trágico suicidio de una joven promesa del mundo de la música

La policía ha confirmado que están investigando la muerte de Jake Turner, cuyo cadáver se halló la pasada madrugada bajo el puente de Thornberry. No descartan la posibilidad de que se trate de un suicidio. Según declaraciones de su mánager, Turner, de 32 años, estaba a punto de firmar un contrato con una importante compañía discográfica.

A continuación, seguía una pieza

sobre músicos famosos que se habían suicidado. Me quedé petrificado, mirando el teléfono, incapaz de asimilar aquello. Jake... ¿muerto? ¿La pasada madrugada? Me había dejado hacia las cuatro de la tarde y se había ido directo a la reunión con la discográfica. ¿Y un suicidio? No conocía a nadie en el mundo con menos personalidad suicida que Jake, y cuando lo había visto, estaba en pleno subidón, a punto de hacer realidad todos sus sueños. ¿Y si la discográfica lo había dejado colgado? ¿Y si había aniquilado todos esos sueños? Era imposible que pudiera suicidarse por una cosa así. Y me había dicho que tenía otras dos discográficas interesadas en él. Aunque esa primera

reunión hubiese ido mal, no tenía razones para perder las esperanzas.

Conocía a Robin, su mánager, y lo llamé, escondiéndome del guardia de seguridad, que a esas alturas ya me miraba con una mezcla de curiosidad y recelo. Me temblaban las manos y estaba seguro de que iba a vomitar en cualquier momento, pero al mismo tiempo también estaba seguro de que todo aquello era un error. Jake no podía estar muerto. Era imposible. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando oí que la línea estaba comunicando.

Llamé a Barney en su lugar.

—No tiene ningún sentido —dije.

—Lo sé.

—Jake no haría una cosa así. No

estaba deprimido. Las cosas le estaban yendo mejor que nunca, joder.

—Eso mismo he pensado yo.

—¿Sabes cómo se supone que lo ha hecho? —le pregunté.

Vaciló antes de contestar.

—Vamos, Barney —insistí, levantando la voz—. Si lo sabes, dímelo.

—Saltó de un puente. De Thornberry Lane.

—¿En Archway?

Conocía ese puente. Estaba a diez minutos andando desde el apartamento de Jake.

—Sí. Los tres hemos pasado por ese puente montones de veces.

Los dos nos quedamos en silencio un

momento.

—¿Y él...? ¿Sabes si dejó alguna nota?

—No lo sé.

La llamada terminó con las palabras de Barney murmurando que nos veríamos en el entierro. Salí a la calle y me senté en un banco mojado, completamente ajeno a la nieve que caía arremolinándose a mi alrededor y a la fría humedad del asiento que se filtraba a través de la tela de mis vaqueros.

No podía creerlo. Jake se había suicidado. Cuando lo vi el día anterior, parecía tan feliz y rebosante de entusiasmo... Se quedó horrorizado por lo que le conté sobre Rumanía, pero...

Y entonces caí.

Había hablado con dos personas sobre lo que nos había pasado a Laura y a mí, con ambas en los últimos días. Había contado a la doctora Sauvage parte de la historia, y más a Jake.

Y ahora los dos estaban muertos.

CAPÍTULO 28

Como cabía esperar, el transporte público era un caos, los autobuses y los trenes estaban parados, los taxis atrapados en el tráfico. Me incorporé a las filas del ejército de personas que salían pronto de la oficina y luchaban por abrirse paso entre las calles. Solo podía pensar en Jake, incapaz de quitarme de encima la incredulidad de que se hubiese suicidado. Mientras avanzaba a duras penas por la ventisca,

con las manos y la cara tan ateridos por el frío que creía que la piel se me caería a trozos y se me desprendería de los huesos, recordé una conversación con Jake un año atrás o así, en uno de sus momentos más bajos, cuando no conseguía que nadie se interesara por su música mientras su mayor rival había alcanzado la cima del éxito. Estábamos en un pub abarrotado de gente en Angel, Jake con una lúgubre expresión de derrota en la cara, sin su chispa y alegría habituales.

—A veces —dijo sorbiendo el café — me dan ganas de dejar todo esto y hacer algo útil. A ver, seamos realistas, joder: decir que el mundo necesita más compositores es como decir que

necesita más agujeros en la capa de ozono. Tengo treinta y dos años, soy demasiado viejo para esto.

—Pero oficialmente tienes veintiséis, ¿verdad? Eso es lo que dice tu perfil de YouTube.

Sonrió.

—Sí. Bueno, al menos eso todavía puede colar. Mi padre me ha dicho que debería hacerme fontanero. —Lanzó un resoplido por la nariz—. El vecino de mi padre es fontanero. Y acaba de comprarse un Audi nuevo.

—¿El fontanero o tu padre?

—¡Ja! Mi padre tiene una bicicleta. Bueno, ni siquiera eso: va a todas partes con las bicis urbanas del ayuntamiento.

—Pero no irás a rendirte, ¿verdad

que no? —dije, llevándome la cerveza a los labios—. Esto es lo que siempre has querido.

Se restregó la cara.

—No lo sé. Me veo dentro de diez años en *Factor X* y diciéndole al jurado que esta es mi última oportunidad, que significa muchísimo para mí.

Me miró.

—Pero no pienso rendirme, Dan. Eso nunca. Y todavía estaré haciendo esto cuando tenga noventa años. No voy a ser un maldito fontanero.

—Aunque no hay nada de malo en ser fontanero.

Se rio.

—Eso es verdad, amigo mío. Solo que no me pega mucho, ¿no crees?

Y, básicamente, ese era Jake. No era de los que se rinden. Por supuesto, ninguno de nosotros llega a conocer nunca del todo a los demás, no podemos ver lo que pasa dentro de su cerebro; pero desde que lo conocía, Jake me había demostrado una y mil veces que era un hombre valiente y decidido, de los que no arrojaban la toalla fácilmente. Aunque algo hubiese ido mal en el último momento, estaba seguro de que Jake no se suicidaría. Me había dicho incluso que aunque no consiguiese firmar el contrato, no pasaba nada.

—Publicaré mi música yo mismo —dijo—. Me saltaré al intermediario. Muchísima gente hace eso hoy en día.

Me detuve y me apoyé en una pared

cuando me asaltaron las lágrimas, la cruda certeza de que nunca más volvería a verlo, de que nunca oiría su voz, ni su risa, ni olería el aroma a café que siempre lo acompañaba. Para todos los demás, la gente que no lo conocía, el mundo había perdido a un músico de gran talento, a un cantante. Habían perdido sus canciones. Pero yo había perdido a mi mejor amigo, a la persona que me conocía mejor que nadie. Había perdido a Laura. Casi nunca veía a mis padres y no tenía hermanos. Y ahora había perdido a mi único amigo de verdad.

—¿Qué diablos voy a hacer sin ti? —
murmuré, dirigiéndome a la nieve.



Cuando estaba llegando a casa, me di cuenta de que solo estaba a una calle de la comisaría local de policía. Tenía que hacer algo. Encaminé mis pasos hacia allí.



La calefacción estaba tan alta que en cuanto entré en la comisaría, la nieve empezó a fundirse y a caer chorreándome por la ropa, y sentí que mi cuerpo entraba en calor mientras un charco se formaba alrededor de mis pies. Un hombre de mediana edad

discutía con la mujer del mostrador de recepción, diciendo no sé qué del Range Rover de su vecino. Me abstraí de la conversación y estudié los carteles colgados en las paredes. Adolescentes desaparecidos. Fotos de los delincuentes más buscados. Una solicitud de colaboración ciudadana relacionada con una agresión con arma blanca en un establecimiento de *kebabs*.

Al final el hombre furioso con su vecino se fue y salió a la ventisca de la calle. La recepcionista me miró de arriba abajo y puso cara de asco al verme empapado y tiritando. Recordé la última comisaría en la que había estado y sentí más frío aún.

—¿Puedo ayudarle?

Me acerqué al mostrador.

—Sí, necesito hablar con alguien sobre la muerte de Jake Turner.

Ladeó la cabeza.

—Aparentemente, se suicidó ayer por la noche, pero yo estuve con él pocas horas antes de su muerte. Es imposible que se suicidara. Era mi mejor amigo.

Escrutó mi rostro y luego dijo:

—Por favor, tome asiento. Voy a ver si encuentro a alguien que pueda hablar con usted.

Cinco minutos después apareció una mujer policía, la tercera agente del cuerpo con la que había hablado esa semana. Me pregunté si a aquellas alturas ya aparecería mi nombre en alguna de sus bases de datos,

acompañado de una alerta: «loco».

—Soy la agente Coates. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

Le respondí lo que ya había dicho a la recepcionista.

—Sé que ese puente es famoso por el número de suicidios, pero es imposible que Jake haya saltado por su propia voluntad. —La miré fijamente, concentrándome en aquellos ojos azules y suplicándole que me tomara en serio—. Alguien lo ha empujado. Lo han asesinado.

Coates me miró con gesto comprensivo.

—Entiendo que tiene que ser algo muy difícil de creer cuando un amigo íntimo decide quitarse la vida.

—Pero ¿cómo saben que se suicidó?

—Espere un momento.

Desapareció tras el escritorio y volvió un instante después con una hoja de papel.

—El señor Turner envió un mensaje de texto a su hermana. Me temo que no puedo revelarle el contenido exacto del mensaje en este momento, pero estaba claro que tenía intención de suicidarse. El mensaje fue enviado justo antes de que un motorista que pasaba por allí viese el cuerpo. —Hizo una mueca de dolor—. Lo siento muchísimo. Si conoce usted a la hermana del señor Turner, tal vez debería hablar con ella. Podría servirle de consuelo hablar con alguien muy unido a él también.

Me explicó que habían trasladado el cuerpo al depósito de cadáveres para que el forense pudiese emitir un informe antes de preparar el funeral.

—No es la primera muerte —dije, consciente de la expresión de escepticismo que asomó a su rostro—. Mi terapeuta, la doctora Claudia Sauvage... Su casa sufrió un incendio y la prensa ha publicado que fue intencionado. —Quise tomarle la mano en ese momento, conseguir que me creyera—. Creo que las dos muertes están relacionadas.

—Espere aquí —dijo.

Iba a tener que contar a la policía lo que pasó en Rumanía. Cuando la agente volviese, le contaría toda la historia y

entonces lo entendería todo. Aunque tal vez eso podría ponerla en peligro... No, era policía. Estaría protegida.

Estaba ensimismado en mis pensamientos cuando regresó.

—¿La doctora Claudia Sauvage de Grosvenor Road, en Crouch End? —dijo mientras se sentaba.

—¡Exacto! Si el incendio fue provocado, entonces...

Levantó la mano.

—No fue provocado, señor Sullivan. El informe de la investigación de las causas del incendio llegó ayer. Fue por culpa del cigarrillo electrónico de la señora Sauvage.

—¿Cómo?

—Lo dejó cargándose en la cocina

por la noche; la batería explotó y provocó el incendio. No es la primera vez que ocurre algo así. Esas cosas son peligrosas.

Me quedé de piedra. Recordé la imagen de la doctora Sauvage sentada enfrente de mí, lanzando volutas de vapor de agua al aire.

—Si ha estado yendo a terapia, eso significa que debe de haber estado sometido a mucha presión —comentó la agente—. Y es posible que haya visto conexiones donde no las hay...

Asentí, sintiendo una mezcla de alivio, sensación de ridículo y confusión.

—No estará pensando en hacer nada parecido a lo que ha hecho su amigo,

¿verdad? —dijo la agente Coates.

Negué con la cabeza estúpidamente y luego me levanté y me fui.

Seguía nevando fuera. Me quedé allí un instante, perdido, incapaz de recordar el camino de vuelta a casa. Al final las piernas me llevaron de forma automática en la dirección correcta. Lo único que veía en mi cabeza era el cuerpo de Jake, destrozado y tirado en la carretera, bajo el puente. Nunca antes había llorado en público, pero con un poco de suerte, la gente que pasaba por mi lado, con aquel tiempo inclemente, creería que era nieve lo que relucía en mis mejillas, y no lágrimas.



Cuando entré en mi apartamento, oí el sonido de un teléfono. Llevaba mi móvil en el bolsillo, y aquel no era el timbre estridente del fijo. El timbre de la llamada cesó y luego volvió a sonar un minuto después, mientras me servía un vaso de vodka. Seguí el sonido hasta el dormitorio. Venía de la mesilla de noche. Era el teléfono que se le había caído a la chica rumana en el concierto de Jake. No conseguía recordar su nombre, pero fue solo un momento. Camelia, eso era. Abrí el cajón apresuradamente y atendí al teléfono antes de que dejara de sonar, entonces advertí que había montones de llamadas perdidas en la pantalla. Lo había apagado la noche que la conocí porque

no quería que me molestara ninguna llamada mientras dormía. Era raro, porque no recordaba haber vuelto a encenderlo, pero, por lo visto, últimamente eran muchas las cosas que no recordaba.

—¿Quién es? —dijo la voz de una mujer joven.

—¿Eres Camelia? Soy Daniel, el chico del concierto.

Se rio, con una risa grave, ligeramente sucia.

—¿Daniel? ¿Así que has encontrado mi teléfono? Qué bien. Llevo días llamando al número. Ya creía que nunca lo encontraría.

—Es que lo había apagado.

—¿Porque estabas enfadado

conmigo? ¿Por haberte besado? —Antes de que se me ocurriera algo que decirle, añadió—: Bueno, el caso es que es una noticia estupenda. No he perdido el teléfono. ¿Dónde podemos quedar?

Miré a la ventana. Lo cierto era que no me apetecía nada salir otra vez.

—¿No puedes esperar a mañana? —pregunté.

—No. ¿Y si voy a buscarlo a tu casa? La verdad es que lo necesito. ¿Dónde vives?

Le respondí que vivía en Islington.

—Genial; yo no estoy muy lejos.

Vacilé un momento, pues no estaba muy seguro de querer que viniera a casa. Sin embargo tenía remordimientos por haber apagado el teléfono, así que le di

mi dirección. Además, tenía otro motivo. Ella sabía quién era Jake, lo había conocido, y yo tenía ganas de hablar de él con alguien. No con alguien que lo conociese muy bien, no en ese momento. Pensé que Camelia era la persona idónea. Y ya no parecía que me guardase rencor por haberla rechazado.

—¿Y la nevada? —dije—. ¿De verdad no te importa salir a la calle con este tiempo?

Se echó a reír de nuevo, con una risa gutural y, sí, sucia.

—Soy de Rumanía —dijo—. Estoy acostumbrada.

Colgó el teléfono.

CAPÍTULO 29

Una hora más tarde sonó el timbre de la puerta de abajo. Para entonces yo ya me había metido cuatro o puede que cinco vasos de vodka en el cuerpo en un intento de ahogar mi desconsuelo por la muerte de Jake, pero aún me sentía sobrio. Lo bastante para cruzar el salón en línea recta. Lo bastante para sentir dolor.

Bajé con la duda de si mi vecina estaría espiándome. No la había visto

desde el incidente con el perro.

Camelia estaba en el umbral de la puerta con un abrigo negro y un gorro, calada hasta los huesos y con la cara enrojecida de frío, pero sonriente. Llevaba la ropa empapada de nieve. «La caspa de Dios», solíamos llamarla cuando éramos niños. Aun con aquel aspecto, seguía siendo muy guapa, con sus vívidos ojos azules, los pómulos afilados y unos labios carnosos por los que algunas mujeres estarían dispuestas a pagar mucho dinero. Había algo en ella que me recordaba a la Laura del principio, cuando nos conocimos, aunque la mujer que tenía delante parecía mucho más segura de sí misma. Le di el teléfono. Ella lo miró y se lo

guardó en el bolsillo.

—Gracias, Daniel. Mmm..., ¿te importa si entro un momento para ir al baño?

—Claro que no. Pasa, pasa. Iba a preguntarte si querías entrar de todos modos...

Arqueó una ceja, con una leve sonrisa en los labios que me hizo preguntarme si aquello era buena idea.

—¿De verdad?

Esperé mientras usaba el baño y cuando salió, dije:

—¿Te apetece tomar una copa?

Me miró de arriba abajo.

—Parece que tú ya llevas unas cuantas.

—Es que he tenido un mal día.

—¿Quieres hablarme de ello?

Se había quitado el gorro, dejando al descubierto su pelo rubio, que se peinaba con los dedos mientras hablaba. Me fijé en algunos detalles que había pasado por alto la primera vez: las largas uñas que parecían postizas y los gruesos anillos de plata que llevaba en la mano izquierda.

—Tal vez.

—Pues ponme un lo que sea doble y seré toda oídos —dijo. Serví una copa para ambos y ella se bebió la suya de dos sorbos, tras lo cual exhaló un suspiro de placer—. Ah, esto es boca de santo... Salud.

Me hizo gracia el uso que hacía de los dichos populares en un idioma que

no era el suyo.

—¿Otra?

Le rellené el vaso, y esta vez dio un sorbo más pequeño.

—Buen vodka. —Recorrió la sala con la mirada—. Y tienes un apartamento muy bonito. ¿Vives solo aquí?

—En este momento sí.

—¿Y qué hay de la novia de la que me hablaste?

Mierda.

—No estamos... juntos ahora mismo.

Otra sonrisa.

—¿Ah, no?

Tragué saliva. Decididamente, el vodka ya me estaba surtiendo efecto. Estaba un poco mareado, el dolor en el

pecho había cedido un poco, y me armé de valor suficiente para sugerir a Camelia que se quitara el abrigo y se sentara.

—No te preocupes —dijo—. No me quedaré mucho rato.

Colgó el abrigo en el respaldo de una silla. Llevaba un suéter ajustado y unos vaqueros igual de ceñidos. Imaginé lo que Jake habría dicho de ella: «Joder, Danny. Está buenísima». No era solo su aspecto físico, sino el aire de extrema seguridad en sí misma y de humor irónico que emanaba de ella. Se movía con ademán felino. Se relamió los labios antes de tomar otro sorbo de mi copa. Yo bebí un largo trago de la mía.

—Tranquila, quédate todo lo que

quieras. Me gusta tener compañía.

—¿Es por culpa del mal día que has tenido?

Me escocían los ojos. Ahora que llegaba el momento, descubrí que no podía hablar de Jake ni de lo que había pasado. Las palabras no lograban pasar más allá del nudo de mi garganta.

Camelia no habló, sino que se limitó a mirarme, esperando.

—Digamos simplemente que me alegro de no tener que estar solo.

Levantó su copa.

—Está bien. Pues brindo por el final de un día de mierda.

Entrechocamos los vasos.

—Me quedaré hasta que amaine el tiempo, ¿de acuerdo? —dijo.

Ambos miramos por la ventana. La farola de la calle iluminaba la nieve al caer. No había indicios de que fuese a parar.

—Eso podría ser mañana por la mañana —le advertí.

Se llevó el vaso a los labios y tomó otro sorbo.

—Pues entonces espero que tengas mucho vodka. —Hizo una pausa—. No te preocupes, que no me voy a abalanzar sobre ti.

El ambiente de la habitación cambió, algo se relajó en el espacio que había entre ambos. Yo estaba nervioso y excitado. Camelia se levantó y se dirigió a la librería, contoneando las caderas al andar. Examinó los lomos de los libros y

sacó una guía de viaje que yo había comprado antes de nuestra aventura por el continente. Era la *Rough Guide* de Europa del Este. La abrió y la hojeó.

—Bueno, y cuéntame... ¿Qué fue lo que te pasó en Rumanía? ¿Tuviste una mala experiencia?

Volvió de nuevo hacia mí y se apoyó en la chimenea, de manera que la luz se reflejaba en el líquido de su vaso. Yo estaba sentado en el sofá, mirándola.

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes decírmelo?

Tenía la clara sensación de estar ya muy borracho, con la cabeza turbia, y la habitación se inclinaba ligeramente hacia un lado.

—Podría ser demasiado peligroso.

Para ti, quiero decir.

En mi estado de embriaguez, una parte de mí lo creía sinceramente. La policía me había dicho que la doctora Sauvage no había sido asesinada, pero ahora me planteaba todo aquello de forma supersticiosa —algo raro en mí—, atormentado por las palabras de Laura. ¿Y si había un elemento sobrenatural en todo aquello? ¿Y si pesaba una maldición sobre cualquiera con el que hablase de lo que ocurrió en Rumanía? Nada más formularla, descarté aquella idea por ridícula. ¡Una maldición! Era absurdo.

—Suenas muy intrigante —señaló Camelia.

—No me hagas caso. Solo estaba de

broma.

—Pues no parecía que hablastes de broma. ¿Qué fue lo que pasó?

Su tono era liviano, juguetón, pero me miraba con expresión curiosa.

—De verdad, no importa. No hablaba en serio.

—Está bien, si tú lo dices... —Se fue a la ventana—. Menudo tiempecito. ¿Fuiste a Bucarest? Yo estuve allí hace dos años, cuando nevó tanto que la nieve sepultó casas enteras. Espero que no suceda eso aquí. —Se volvió y percibí un brillo travieso en sus ojos—. Nos quedaríamos aislados... Atrapados aquí juntos, tú y yo.

Sentí que el aire se espesaba en mis pulmones.

—Eso sería terrible.

—Siempre y cuando no nos quedásemos sin vodka...

Me reí.

—Pues al paso que vamos, creo que nos lo acabaremos muy pronto.

—Qué lástima, Daniel.

—¿Y qué comeríamos? —pregunté.

Atravesó la sala y dejó la copa semivacia en la mesita auxiliar con un suave golpe en la superficie. Se detuvo un momento y luego se encaramó al sofá. Escudriñó mi rostro con los ojos y yo, borracho y ávido de contacto humano, alargué la mano para tocarla. Ella se sentó a horcajadas sobre mí y me besó, deslizando la lengua entre mis labios y sujetándome la cara con las manos. Yo

le devolví el beso. Como la vez anterior, percibí un leve regusto a tabaco en su boca, además del aroma persistente de su perfume en la piel. Deslicé las manos por la parte de atrás de su suéter y la atraje hacia mí mientras sus pechos se aplastaban contra mi torso a través de la tela de la ropa. Su cuerpo quemaba al tacto, templado por dentro por el alcohol. Estaba tan borracho que no me paré a pensar en lo surrealista de todo aquello.

—Mmm... —murmuró ella, sonriendo en mi boca.

Me había quedado sin aliento.

—¿Vamos al dormitorio?

—No, aquí está bien.

Se quitó el suéter deslizándolo hacia

arriba y dejando al descubierto un sostén *push-up* rojo y un tatuaje en el brazo. Me desabrochó la camisa y yo me la quité para, acto seguido, desprenderme también de la camiseta interior. Mi erección presionaba la tela de los calzoncillos. Sus manos serpentearon por mi regazo y me desabrocharon la bragueta de los vaqueros. Me acarició lentamente y luego liberó mi miembro, envolviéndolo después con la mano. Se inclinó hacia delante y me dio un beso largo y profundo, acariciándome el pecho con las uñas de la mano que le quedaba libre. Cerré los ojos y me sorprendí imaginando que era Laura. Habíamos hecho el amor muchas veces en aquel

sofá. Perdido en mi embriaguez, con aquellos labios sobre los míos, podía fantasear creyendo que Laura había vuelto a mi lado.

—Cuéntame tus secretos, Daniel — me susurró en la boca.

Intenté seguir besándola, pero ella se apartó de forma que nuestros labios apenas se rozaban.

—¿Alguna vez has quebrantado la ley?

—¿Qué?

Mientras ella seguía acariciándome la polla con la mano, yo ya estaba a punto de correrme. Debió de presentirlo, porque en ese momento apartó la mano y se acercó retorciéndose, presionando con fuerza la tela de sus vaqueros contra

mi piel desnuda.

—Quiero que me lo digas, Daniel. Cuéntamelo. Dime si has hecho algo ilegal. Lo que sea. Eso me excita.

Volvió a besarme, rápidamente, y luego se apartó. Abrí los ojos y la vi mirándome intensamente, con una sonrisa en los labios.

—No te entiendo.

—Vamos, no seas tímido.

Se echó hacia atrás y examinó mi rostro. Presionó su entrepierna contra mi polla. Noté lo caliente que estaba a través de la tela vaquera. Me acarició el pecho y volvió a inclinarse hacia delante.

—Debes de haber hecho algo ilegal alguna vez —dijo, susurrándome al

oído.

¿De verdad la excitaba hablar de eso? Quise obedecer sus deseos para que no se detuviese, pero no se me ocurría nada. Una vez había robado un lápiz en una tienda de material de oficina, pero dudaba que eso pudiese excitarla.

Se restregó contra mí y me besó el cuello, acariciándome el pecho de nuevo con las uñas.

—Vamos. Algo ilegal. Tienes que haber infringido la ley, Daniel.

—No.

—No te creo. Vamos, dímelo.

Era casi como si estuviese percibiendo la presencia de Jake en la habitación, riéndose, diciéndome que me

inventase algo, pero yo estaba muy borracho, muy confuso. Lo único que quería era olvidar, solo quería que aquella mujer siguiera besándome y tocándome. Quería perderme en ella, en mi fantasía de que ella era Laura, pero de pronto sentí un frío glacial y perdí la erección. Ella se percató y bajó la mano, tocándome de nuevo.

—Vamos —dijo con tono impaciente—. Dime algo malo... A lo mejor algo que hicisteis juntos tú y tu novia. O algo que tal vez no hayas hecho todavía.

Ahora yo ya estaba sumido en el desconcierto total.

—Camelia, me parece que no...

Me miró fijamente a los ojos, como si intentara hurgar en mi cerebro. A

continuación, lanzó un suspiro y se apartó, se levantó y me miró.

—Lo siento —dije.

—Da igual.

Recogió su suéter y se lo puso de nuevo. Me miró con aire desdeñoso. Yo me abroché apresuradamente los vaqueros y busqué mi camiseta. Me estaba congelando y me dolía todo el cuerpo.

—¿Dónde habré dejado el teléfono? —dijo para sí, examinando el salón.

En la calle sonó la alarma de un vehículo y el ruido me sacó del estado de trance en el que estaba. La miré fijamente. Había algo en ella que me resultaba familiar, algo que ya había

percibido en nuestro primer encuentro.

—¿De qué iba todo eso?

Se encogió de hombros.

—¿Habías estado aquí antes? ¿En mi apartamento?

Puso cara de exasperación.

—Creo que estás paranoico, Daniel. Pues claro que no había estado aquí antes.

Encontró el teléfono y se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros. Se encaminó a la puerta. Antes de irse, se volvió hacia la ventana y observó la nieve, que seguía cubriendo la ciudad.

—Mierda de país —dijo, y se fue.

CAPÍTULO 30

Laura advirtió que un hombre la estaba observando durante la segunda vuelta que daba alrededor del parque, pero en cuanto lo miró, este desvió su atención a una mujer que paseaba a su perro.

Necesitaba salir de casa, respirar un poco de aire fresco. No solo sentía que las paredes de su habitación se le caían encima, sino que era como si un ejército de arañas en miniatura le recorriese los intersticios del cerebro, con sus patas

peludas cosquilleándole las neuronas. No conseguía estarse quieta. Salió al jardín a buscar a Alina, pero no estaba allí. Desde aquella noche en el hospital, Alina había ido a visitarla allí varias veces, reverberando entre los árboles, pero al parecer solo salía de noche.

Aunque en el camino que rodeaba el parque no había restos de nieve, unas placas de hielo negro acechaban a los viandantes como si fueran minas antipersonas, y Laura había visto a otro paseante resbalar y caer al suelo delante de ella, provocando las carcajadas de un grupo de niños que libraban una guerra de bolas de nieve un poco más allá. Laura se había detenido a ayudar al hombre a levantarse antes de proseguir

su camino, y había notado la mirada del hombre clavada en su espalda.

A la tercera vuelta trató de no mirarle directamente. Era un jubilado, de unos sesenta y tantos años, o tal vez tuviese setenta, pero con aspecto de estar en forma. Tenía la espalda amplia y la tez arrebolada, iba enfundado en un abrigo de lana y llevaba gorro y guantes negros. Laura estaba segura de que la estaba mirando a ella, pero igual que ella lo miraba a él: disimuladamente, de forma subrepticia, como si en realidad fijase la vista más allá de ella.

Volvió a mirar al hombre de reojo. Era como si el aire temblase a su alrededor, como si emitiese un halo de calor, y en ese momento sintió que algo

la golpeaba como un puñetazo en el pecho y la dejaba sin respiración. No era un hombre. Era un demonio.

Laura entró en un macizo de árboles y el hombre quedó fuera de su campo de visión. Paró a recobrar el aliento.

—¿Se encuentra bien?

Levantó la vista. Una chica con un gorro de lana la miraba con preocupación.

—Estaba hablando en voz alta. Quería ver si estaba bien.

Hablaba con acento extranjero, alemán, pensó Laura. Una londinense de verdad nunca se habría acercado a preguntarle si se encontraba bien, sino que habría dado por sentado que estaba loca o borracha y habría pasado de

largo.

Hizo unas señas a la joven alemana para que la siguiera. La chica vaciló un momento pero siguió a Laura a la orilla del macizo.

—Mira allí —le indicó cuando salieron de entre los árboles—. Hay un demonio sentado allí.

Señaló al banco. La alemana la miró con expresión de alarma.

Allí no había nadie.

—¿Quiere que llame a alguien? —le propuso la joven.

Laura no supo reaccionar. Se quedó observando el espacio vacío que había ocupado el demonio e hizo caso omiso de las preguntas de la chica. Notó que se mareaba.

¿Y si el hombre era otro fantasma? El día anterior, en el camino de vuelta de la Tate Modern, cuando sintió la necesidad de alejarse de Daniel, le pareció ver a Beatrice de nuevo, por primera vez en veinte años. Estaba de pie bajo una farola, en la nieve, y Laura se había detenido de golpe. Beatrice parecía muy desgraciada y la miraba con gesto acusador. Era la expresión de alguien que se sentía traicionado, pero cuando Laura dio unos pasos hacia ella, se desvaneció.

¿Era eso lo que iba a pasar a partir de entonces? ¿Acaso había abierto las puertas de la percepción extrasensorial? ¿Iba a empezar a ver fantasmas y demonios en todas partes? ¿Iba a

convertirse en un imán para los muertos?

Se alejó de la espesura de los árboles, dejando a la joven alemana estupefacta, y se dirigió aprisa hacia las puertas del parque. Necesitaba ponerse a salvo y llegar enseguida a su habitación, antes de que algún otro fantasma fuese tras ella.



En cuanto Laura abrió la puerta de la casa de Rob y Erin, oyó la voz de su amiga:

—¿Rob?

—No, soy yo.

—Ah.

Laura entró en la cocina y centró la

vista más allá de su amiga, con la esperanza de que Alina estuviera esperándola al fondo del jardín para poder hablarle del demonio del parque. Desvió su atención a Erin, que estaba paseándose arriba y abajo por la cocina junto a la mesa, resoplando como si fuera una niña pequeña intentando apagar las velas de su tarta de cumpleaños. Laura quería irse a la cama, esperar a que se hiciese de noche para hablar con Alina. Quería taparse la cabeza con las sábanas y esconderse del mundo que la rodeaba.

—Me he puesto de parto —anunció Erin—. He estado intentando llamar a Rob, pero no contesta. —Dio un grito ahogado—. Mierda. Ya sabía yo que

este niño iba a salir antes de tiempo.

Era como si las palabras de Erin le llegasen desde muy muy lejos.

—¿Laura? ¡Despierta! ¿Me has oído?

—Yo... —Laura intentó conservar la calma—. ¿Has llamado al hospital? ¿Van a enviar una ambulancia?

La risa de Erin se vio interrumpida por una contracción.

—Ah. No, no hacen esas cosas... a menos que se trate de una emergencia.

—¿Y esto no es una emergencia?

—Todavía no. Mierda, he estado esperando a Rob. Quería ser él quien me llevase al hospital, pero ya no puedo esperar más. He llamado a un taxi, pero me han dicho que tardarían una hora por culpa de este maldito tiempo de

mierda. —Se estremeció de dolor y dio un resoplido—. Supongo que no querrás hacer de comadrona y ser tú quien me saque al niño.

—¡No! ¡Dios mío, no!

Erin la miró con curiosidad.

—Santo cielo, deberías verte la cara. No pasa nada... Pero vas a tener que llevarme con el coche.

—Pero... Pero si no tengo coche.

Laura se sintió como si la atacase una bandada de pájaros negros. Se abatían en picado sobre ella, aullando, sofocando las palabras de Erin.

—Bueno, a ver... —Erin descolgó la llave de su propio coche del gancho de la pared—. Nos llevaremos el mío.

Laura la miró atónita.

—Vamos. Mi bolsa está en la entrada.
Aun así, Laura seguía vacilando.

—Joder, Laura. Si no nos ponemos en marcha, acabarás siendo tú la que me ayude a dar a luz.

Erin la sacó a empujones por la puerta y se encaminaron al Volkswagen Golf. Los parabrisas delantero y trasero estaban cubiertos de nieve, pero la calzada se veía despejada. Erin dio a Laura un rascador y una lata de anticongelante antes de subirse a la parte de atrás. Mientras Laura retiraba la nieve y el hielo, se dijo a sí misma repetidas veces que no podía sucumbir al pánico, que hiciese caso omiso de los pájaros que aleteaban en su cabeza. No eran reales. Lo real era aquello.

Necesitaba ayudar a su amiga y al niño. Sí, hacía más de un año que no conducía un coche. Era más que probable que en las calles hubiese las mismas placas de hielo negro que en el sendero del parque y la nieve había vuelto a empezar a caer con desgana, al tiempo que el cielo se atenuaba como si alguien hubiese arrojado un velo de muselina sobre el sol.

¿Y si tenían un accidente? ¿Y si mataba a Erin y, aún peor, al niño que llevaba en el vientre? Pensó en su cama, en la plácida oscuridad que la rodeaba. Donde necesitaba estar.

Laura abrió atrás para decirle a Erin que no podía hacerlo. Su amiga estaba recostada en el asiento trasero, con la

cara crispada por el dolor, utilizando su iPhone para contar los minutos entre las contracciones.

—No puedo... —empezó a decir Laura.

Erin le lanzó una mirada asesina.

—Haz... el puto... favor... de conducir.

Laura se sentó al volante y arrancó el motor.

CAPÍTULO 31

«¡Nuestro hijo nació anoche a las 22.15! Oscar James Tranham, 3,700 kg. ¡Erin estuvo increíble! ¡Oscar es precioso!» El mensaje de Rob iba acompañado por la foto de un bebé sonrosado en una cuna de plexiglás transparente, con un gorrito de ganchillo. Luego llegó otro mensaje, al cabo de unos segundos. «Laura se portó como una auténtica heroína. Llevó a Erin al hospital con el coche bajo la nieve. Llegaron justo a tiempo.»

Así que mientras yo había estado a punto de meterme en la cama con una mujer de Rumanía, Laura había estado paseándose arriba y abajo por la sala de maternidad del hospital, esperando a que Erin diese a luz. Eso añadía más leña aún al fuego de mi vergüenza. ¿Cómo se me había ocurrido hacer algo así?

Pero bajo el sentimiento de vergüenza había algo aún peor: miedo. Las preguntas que me había hecho, insistiéndome para que le contara mis secretos, ¿formaban parte únicamente del juego erótico o era algo más? Y si era algo más, ¿qué era lo que había intentado sonsacarme?

Era rumana. ¿Había alguna

posibilidad de que supiese lo que había pasado en el bosque?

¿O estaba intentando averiguarlo?

Necesitaba desesperadamente creer que las palabras de Camelia formaban parte de un juego, el equivalente a pedir a alguien que le dijera cosas guarras, y que el hecho de que fuera rumana era una mera coincidencia. Pero en cuanto se fue, yo había ido corriendo a revisar las imágenes de la cámara de videovigilancia, las de los intrusos con el perro, para estudiar la forma del cuerpo de la mujer. Delgada, poco pecho, unos mechones rubios bajo la capucha... Cuanto más examinaba el video y rememoraba nuestro encuentro, más convencido estaba.

Camelia era la intrusa, y probablemente eso significaba —casi con toda seguridad— que era uno de los ladrones que se habían llevado mi portátil y luego lo habían devuelto. Me paseé por el apartamento mientras pensaba en lo ocurrido: me había seguido al concierto de Jake y luego había intentado seducirme, por la razón que fuera. Debió de dejar caer el teléfono deliberadamente, a sabiendas de que me lo llevaría a casa, sin pensar en la posibilidad de que lo apagase. Yo no tenía conciencia de haber vuelto a encenderlo, seguramente porque era ella quien lo había hecho al entrar en mi casa con el perro.

Tenía frío y estaba conmocionado.

¿Por qué me estaba siguiendo? ¿Por qué había entrado en el apartamento? ¿Había intentado matarme? ¿Estaba relacionado con lo que nos había pasado a Laura y a mí en Rumanía? Y si así era, ¿cómo?

En ese momento sentía que estaba completamente sobrio, tan sobrio como si no hubiese probado una gota de alcohol en mi vida. Aún percibía la impronta del cuerpo de Camelia sobre el mío, aún saboreaba su recuerdo en mis labios. Pero ¿quién era ella? ¿Y qué diablos quería?



A la mañana siguiente salí a dar un largo paseo y luego decidí tomar el autobús de

vuelta a casa. En la planta de arriba había un hombre de mi edad con tres niños pequeños que se comportaban como si se hubiesen tomado una sobredosis de aditivos alimentarios y azúcar. Cada vez que el padre tenía a uno de ellos controlado, otro se escapaba chillando hacia la planta de abajo del autobús o empezaba a aporrear las ventanas. Lo observé hasta que al final se dio por vencido y les dejó hacer lo que quisieran mientras él se concentraba en su teléfono, haciendo como si no fuesen sus hijos y, seguramente, preguntándose cómo demonios había llegado a aquella situación. Me solidaricé con él, solo que mis hijos pequeños estaban en mi

cerebro. Cada vez que pensaba que tenía un problema bajo control, otro —ya fuese Jake, Laura, el robo o Camelia— se ponía a chillar en la primera línea de mi cabeza. Como el padre de aquel autobús, lo único que quería era sentarme allí y mirar absorto algo que nada tuviese que ver con mis problemas, esconderme de todo, desconectar mi cerebro.

Pero me obligué a permanecer conectado. Recordé algo que hacía Laura cuando se sentía abrumada por el trabajo. Se sentaba y anotaba en un papel todo aquello que la molestaba, lo sacaba todo y lo expresaba por escrito. Luego lo clasificaba en orden de prioridades, teniendo en cuenta las

consecuencias si no abordaba cada problema en particular. Era una técnica bastante común, pero yo no la había usado casi nunca. Aquel era el momento idóneo para empezar a hacerlo.

No tenía papel, así que utilicé el teléfono, escribiendo las palabras en una especie de monólogo interior con la aplicación de Notas:

Laura me deja, locura, fantasmas,
quiero que vuelva.

Jake: suicidio??

Quién es Camelia? Qué quiere?

Salud, dormir, alcohol. TEPT.

Eso era todo. La totalidad de mis problemas en una pantalla de teléfono.

Al examinar la lista, me di cuenta de que se podía ordenar de otra forma, como un mapa mental. Rumanía estaría en un círculo en el centro, con líneas que llevarían a todos los demás problemas. A menos que la muerte de Jake poco después de que yo le hablara de mis experiencias allí fuese una coincidencia, todo tenía su origen en aquella noche funesta.

La idea de que alguien hubiese empujado a Jake desde el puente hizo que cerrara los puños con furia y me envolviese un halo de rojo. La ira debía de traslucirse en mi rostro, porque uno de los niños salvajes me vio y se fue corriendo hacia su padre, llorando y mascullando algo sobre «ese hombre

malo».

Hasta entonces, desde mi regreso de Rumanía, había permitido que las cosas me sucedieran sin más, como una víctima pasiva. Incluso mis intentos de recuperar a Laura habían sido del todo inútiles. Instalando las cámaras de seguridad solo había conseguido hacerme más preguntas.

Era hora de cambiar de estrategia. De pasar a la acción. Necesitaba descubrir qué estaba pasando exactamente. Pero ¿cómo? Sin duda, el primer paso era encontrar a Camelia. No sabía muy bien cómo iba a hacerlo, pero si lograba dar con ella, podría hacer que me dijera lo que sabía. Tenía que haber una forma de encontrarla. Sin embargo, no sabía nada

de ella, ni su apellido, ni dónde vivía, ni lo que hacía... ¿Qué se suponía que debía hacer?, ¿dar vueltas por todo Londres buscándola?

También podía no hacer nada y esperar a que ella diese su siguiente paso. Seguro que lo daría. Pero no iba a hacer eso; necesitaba llevar yo la delantera.



Cuando me aproximaba a mi edificio, vi al zorro destrozando la bolsa de basura que, una vez más, alguno de mis vecinos había dejado tirada en la acera. El animal había salido bajo el amparo de la luz crepuscular, había devorado una caja

del KFC y había dejado huesos de pollo y restos de mazorcas de maíz desperdigados por toda la entrada del edificio. Harto de aquella marranada, grité «¡Eh!» y eché a correr tras el zorro, persiguiéndolo calle abajo hasta que lo vi desaparecer por un jardín y colarse en la parte de atrás de una casa.

Una vez dentro de mi apartamento, me fui directo al portátil y entré en Google.

Tecleé «detective privado Londres». Debía de haber más de un millón de resultados, aunque, naturalmente, la inmensa mayoría serían inútiles. Examiné las listas. La especialidad de la mayoría de ellos era averiguar quién engañaba a quién en una pareja,

investigar a los empleados de una empresa o perseguir a los morosos. Asuntos turbios. Yo buscaba a alguien que tuviese experiencia localizando y averiguando el paradero de la gente. Cuando entré en las páginas de varios detectives privados, la mayor parte de las cuales parecían diseñadas en 1998, eso me hizo perder parte de mi determinación. Podía elegir uno al azar y esperar que fuese competente, pero tenía que haber una forma mejor de dar con la persona adecuada para ayudarme, sobre todo teniendo en cuenta que necesitaba encontrar rápido a Camelia.

Probé con una táctica distinta. Filtré los resultados de forma que solo apareciesen los relacionados con

noticias y amplié la búsqueda a «detective privado Londres personas desaparecidas». Quería encontrar una noticia sobre un investigador que hubiese tenido éxito en esa clase de búsqueda. Una vez más, la mayoría de los resultados eran completamente inútiles, pero después de entrar en más de una decena de páginas hallé un artículo del verano anterior, algo que había sucedido mientras Laura y yo estábamos en nuestro Grand Tour.

Leí la historia completa: el jefe de una joven de Europa del Este, de Bielorrusia, concretamente, había denunciado su desaparición. Un detective privado con oficina en Kentish Town, no muy lejos de allí, había

averiguado lo ocurrido. Se trataba de un asunto más bien turbio relacionado con la población inmigrante de Londres, las prácticas de contratación ilegal y una sesión de sexo duro que se les había ido de las manos. El investigador había descubierto la verdad antes de pasar el caso a la policía. Se llamaba Edward Rooney y su sitio web consistía en una sola página con información básica, un par de testimonios elogiosos y un formulario de contacto.

Rellené el formulario e hice clic en «Enviar» antes de que cambiara de idea.

CAPÍTULO 32

La oficina de Edward Rooney estaba en la segunda planta de un edificio de color blanco sucio en una callejuela de Kentish Town. Observando las casas, parecía un barrio de moda, pero no había perdido aún su carácter obrero de clase media-baja: había una casa de apuestas junto a una cafetería de diseño. Allí habían limpiado la nieve de las calzadas y las aceras, y ese día habían subido las temperaturas, con previsión

de lluvias. Hacia el final del día la nieve habría desaparecido por completo.

Erin y Rob vivían a diez minutos andando de allí. Sabía, por la página de Facebook de Rob, que ya estaban en casa, y Rob ya había publicado un montón de fotos del pequeño Oscar y de una exhausta pero radiante Erin. Laura también aparecía en las fotos, con el bebé en brazos. Traté de descifrar la expresión de sus ojos y percibí tristeza detrás de su sonrisa. Si todo hubiese salido según nuestros planes, a esas alturas ella habría estado embarazadísima. Pasaríamos los fines de semana comprando sillitas para niño y decorando la habitación.

Traté de apartar aquel pensamiento de mi mente mientras pulsaba el timbre de la puerta. Tal vez fuese a verlos después de mi visita al detective. El nacimiento del niño me brindaba una excusa perfecta. Naturalmente, tenía ganas de conocer a Oscar y quería felicitar a los orgullosos padres, pero, en realidad, lo que quería era ver a Laura, con quien no había hablado desde que desapareció en la galería. Me había prometido que iba a darle tiempo, que trataría de resolver primero todo lo demás, obtener respuestas, antes de volver a intentar recuperarla. Sin embargo, cuando se trataba de Laura, yo era un adicto. No podía evitarlo.

Me abrieron la puerta y subí por una

escalera estrecha que olía a moho y a años de humo de tabaco. Me esperaba una chica joven de aspecto *punky*, aguantándome la puerta de la oficina. Me recordó un poco a Alina, por la forma de vestir, por la actitud desenfadada. La gran diferencia era que aquella chica todavía estaba viva.

—Soy Sophie Carpenter, la ayudante de Edward —se presentó, repasándome de arriba abajo—. Ahora mismo está con otro cliente, pero puede esperar aquí.

Me senté en un cómodo sillón y Sophie me ofreció un café. Cuando lo rechacé, ella volvió a sentarse a su mesa, apoyó la barbilla en la mano y fue escribiendo algo en el teclado con una

larga uña de color negro. La parte inferior de la mesa estaba descubierta, de modo que le veía perfectamente las botas de cuero negro, de aspecto bastante amenazador; la joven acompañaba con la punta de una de ellas el sonido del repiqueteo del teclado, como marcando el compás.

Me removí en el asiento. Pasaron diez minutos. Necesitaba ir al baño y pregunté a Sophie dónde estaba. Cuando regresé, un hombre que supuse que sería Edward Rooney acompañaba a otro a la salida. Otro cliente, supuse, un hombre con el pelo blanco, aunque solo pude verlo de espaldas.

El hombre mayor se fue por las escaleras y Edward Rooney se volvió.

—¿Daniel Sullivan?

A continuación, se presentó. Era alto, aparentaba unos cuarenta y pocos años, llevaba el pelo salpicado de canas y tenía bolsas bajo los ojos. Era alto, más de metro ochenta de estatura, e iba vestido con un traje que sin duda había sido elegante en el pasado, pero que ahora se veía gastado en los codos y las rodillas.

—Sophie, ¿le has ofrecido café a este caballero?

—Sí —contestó ella, sin apartar la vista de la pantalla—. Pero no quería.

—¿Y un té? ¿Le has ofrecido un té?

Ella puso cara de impaciencia.

—Descuide —dije—. No quiero nada. Solo su ayuda.

El hombre asintió, con expresión seria, y me hizo señas para que lo siguiera al interior de su minúscula oficina. Una vez estuvimos sentados los dos, cada uno a un lado de su mesa, vi que la habitación estaba abarrotada de cosas. Había un pequeño ventanuco con pinchos disuasorios para las palomas en el alféizar. Su mesa estaba llena hasta los topes de pilas de documentos. Sacó un portátil de debajo de una de las pilas y lo abrió.

—Ayer lo busqué en internet —me confesó—, después de que me llamara. Es desarrollador de aplicaciones.

Yo prefería saltarme los preámbulos.

—Necesito que encuentre a alguien.

Me miró por encima de la tapa del

portátil, lo apartó a un lado y sacó una libreta.

—Estaba a punto de soltarle mi discurso de introducción, pero parece un hombre con una misión, dispuesto a ir al grano. ¿Por qué no empieza desde el principio?

Suspiré.

—No sé si puedo hacerlo. ¿Tengo que hacerlo? ¿No puedo decirle lo que sé de la persona que estoy buscando y luego usted la busca y ya está?

—Señor Sullivan...

—Por favor, llámeme Daniel.

—Daniel, cuanta más información me proporciones, más posibilidades tendré de ayudarte.

Aunque Camelia tuviese alguna

relación con lo que nos ocurrió a Laura y a mí en Rumanía, no veía la necesidad de contárselo a Edward Rooney, no le encontraba la utilidad. De hecho, podría liar aún más las cosas.

—La mujer que necesito que encuentre se llama Camelia. Es rumana, de unos veintipocos años, puede que un poco mayor incluso. Rubia, muy atractiva. Lleva un par de años viviendo en Londres y habla perfectamente el idioma. Usa una Blackberry, lleva un tatuaje, uñas postizas y unos anillos de plata muy gruesos. Mmm... En la mano izquierda.

Levantó la vista de sus notas.

—¿Eso es todo?

—Sí. La conocí en un pub, en un

concierto, y...

—Un momento, necesito saber para qué la buscas.

—¿Por qué?

—Verás, Daniel. Solo acepto casos de personas desaparecidas en los que sé que mi cliente no tiene intención de hacer ningún daño a la persona que busca. También necesito saber si tiene algún tipo de implicaciones legales. Han venido a verme hombres que buscaban a sus exmujeres que los habían abandonado porque las maltrataban. He tenido a gánsteres que buscaban a mujeres que habían escapado de una red de trata de blancas. Yo no llevo esa clase de casos.

—No tengo intención de hacerle

ningún daño —dije—. Quiero evitar que ella me haga daño a mí.

—Está bien. Pues... cuéntame lo que sabes. La conociste en un pub...

No tenía más remedio que proporcionarle algo de información. Pasé el siguiente cuarto de hora relatándole la historia de lo que había pasado la semana anterior, empezando por el robo en mi casa. Noté que me ponía rojo cuando le hablé de mi último encuentro con Camelia, hacía dos noches.

—No dejaba de preguntarme si había hecho algo ilegal. Cuando no se me ocurrió nada que decirle, se enfadó y se fue.

—¿Alguna idea de qué era lo que

quería que le dijese?

—No, ninguna en absoluto.

Soltó el bolígrafo.

—Daniel, si logramos establecer la conexión entre vosotros, será más fácil dar con ella. ¿Estás seguro de que no tienes ni idea?

Vacilé unos instantes. Era absolutamente cierto que no tenía ni idea de qué esperaba Camelia que le dijera, y todavía creía que podía tratarse de lo que ella entendía por decir obscenidades. La única conexión posible que se me ocurría era Rumanía, pero, sinceramente, no quería hablar de aquello con alguien a quien acababa de conocer. Si ni siquiera se lo había contado a mi propia psicóloga... La

única persona a la que me había visto con fuerzas para contárselo, después de librar una fuerte lucha interior, era a Jake, y había muerto antes de que pudiera terminar de relatárselo todo. Pensar en Jake hizo que se me humedecieran los ojos, y al levantar la vista vi a Edward mirándome con curiosidad.

—Sinceramente, no tengo ni idea.

Se inclinó hacia delante, por encima de la mesa, apoyando los codos en los papeles desperdigados.

—Lo siento, pero no te creo.

—¿Qué?

Se reclinó hacia atrás.

—No puedo llevar tu caso, Daniel. A menos que seas del todo sincero

conmigo. No tiene sentido. Será mejor que te vayas.

Abrí la boca y la cerré de nuevo, consciente de que debía de parecer un pez en una pecera. Una vocecilla gritaba en mi cabeza: «¡Díselo! ¡Cuéntaselo de una vez!», pero cuando abrí la boca de nuevo, no salió nada. Simplemente no podía hacerlo. Mi frustración conmigo mismo se transformó en ira hacia Edward Rooney. Había muchísimos otros detectives por ahí. Centenares en Londres. Encontraría a alguien que no necesitara saberlo todo, que se limitara a aceptar mi dinero y hacer lo que se le pedía.

Me levanté.

—Está bien. Ya encontraré a otro.

—Buena suerte.

Abrí la puerta y salí con paso furioso a la zona de la recepción, caminando hasta situarme detrás de la mesa de Sophie. Ella se volvió en la silla giratoria, un movimiento que se vio acompañado por el chirrido de las ruedas, y al ver mi expresión enfurecida, preguntó:

—¿Va todo bien?

—No, tu jefe es un...

La puerta principal de la oficina se abrió en ese preciso instante. En el umbral apareció un hombre, enmarcado por el quicio de la puerta. Tardé unos segundos en darme cuenta de que llevaba la cara tapada con un pasamontañas. No recordé los otros

detalles hasta después: en una mano sujetaba una botella, llena casi hasta arriba de un líquido transparente, con un trapo alrededor del cuello de la botella. En la otra mano llevaba un mechero.

CAPÍTULO 33

—¡Al suelo! —grité, abalanzándome sobre Sophie y derribándola en el preciso instante en que el hombre arrojaba la botella en llamas al interior de la oficina y cerraba la puerta violentamente. La botella se estrelló contra el suelo, en mitad de la sala, y estalló con una enorme y ensordecedora explosión de luz y calor.

Me había agazapado junto a Sophie detrás de un mueble archivador junto a

su mesa. Cuando me asomé a mirar, vi el centro de la minúscula recepción envuelto en un mar de llamas. He jugado lo bastante con videojuegos a lo largo de mi vida para reconocer un cóctel molotov. En cuestión de segundos, un incendio se propagó por toda la sala, acompañado de una espesa humareda negra. Casi no podía abrir los ojos, no podía respirar, me estaba ahogando en una nube de humo. A ciegas, calculé que la puerta estaba a diez pasos de distancia y que solo la mesa se interponía entre nosotros. Gracias a la imagen de las botas negras y puntiagudas de Sophie, altas hasta la rodilla y visibles desde el otro lado, recordé que el escritorio estaba abierto por debajo.

La vía de escape más rápida y segura tenía que ser por debajo de aquel mueble. Entrecerrando los ojos desde detrás del archivador, vi que las llamas se extendían y devoraban el sofá de dos plazas y la librería, lamiendo los bordes de la mesa. El calor en la oficina era indescriptible. Era como estar dentro de un horno. Teníamos que salir de allí. Inmediatamente.

—¡Vamos! —conseguí gritar, sacando a Sophie de detrás del archivador y empujándola hacia delante—. La mesa —dije—. Métete debajo.

Tosiendo y protegiéndose la cara con el antebrazo, se arrastró como un perro renqueante hacia la mesa y desapareció debajo. La seguí, aunque apenas la veía.

El calor era inhumano y pensé: «Ya está. Voy a morir», pero entonces salí por el otro lado y la puerta estaba abierta, y había alguien gritando, que tiró de Sophie primero y luego de mí.

Caí sobre el suelo de moqueta del pasillo, que estaba lleno de gente que gritaba y gesticulaba sin cesar. Cuando volví a mirar al interior de la oficina, vi aparecer una figura a través de la pared de humo: era Edward, de pie en la puerta de su despacho interior, manipulando un extintor de incendios que no parecía funcionar. Las llamas, que ya habían alcanzado la mesa, consumiendo los papeles junto al ordenador, impedían el paso al detective. En el pasillo había aparecido

más gente de las otras oficinas. Sophie estaba en el suelo a mi lado, jadeando para recobrar el aliento.

—¿Hay alguna otra salida? — pregunté, con la garganta en carne viva y un intenso escozor en los ojos. La única ventana que había visto, en el despacho de Edward, era diminuta.

—He llamado a los bomberos — anunció una mujer negra con aire de persona competente. Luego gritó a Edward—: Vuelva a su despacho, cierre la puerta y busque algo para tapar la rendija de la puerta, por debajo. ¡Y que no sea papel!

Edward nos miró por encima de las llamas y luego se metió en su oficina y cerró la puerta de golpe.

—¿Quién narices lo ha hecho? — exclamó Sophie, incorporándose para sentarse. Hablaba con voz ronca y tenía los ojos enrojecidos y llorosos.

Todos en el pasillo nos miraban. Me puse de pie, sorprendido al comprobar que estaba perfectamente, salvo por la ansiedad que me producía la situación de Edward, atrapado en su despacho, con las llamas aporreando la puerta, esperando que encontrase algo con que bloquear la rendija e impedir el paso del humo. Además, una pregunta me palpitaba en las sienes: ¿era aquello culpa mía? Por su tipo de trabajo, suponía que Edward debía de haberse creado numerosos enemigos: maridos descubiertos engañando a sus parejas,

empleados a los que había pillado con las manos en la caja registradora... Sin embargo, últimamente eran tantas las desgracias que me acompañaban que...

«El mal que habitaba aquella casa... nos ha seguido hasta aquí.»

No pude evitar pensar que aquello también era culpa mía, que alguien estaba intentando impedirme que le contara a Edward mi historia.

Pero ¿quién? ¿Camelia? No, la persona que había arrojado el cóctel molotov era sin duda un hombre. ¿Y si era el compañero de Camelia, suponiendo que fuese ella, de la grabación de la cámara de videovigilancia? Mientras Sophie lloraba desconsoladamente a mi lado,

con los regueros negros del rímel surcándole el rostro, me abracé el cuerpo, tiritando a pesar del calor que emanaba de la habitación en llamas.

Al cabo de un minuto oí el maravilloso sonido de las sirenas y llegaron los bomberos; varios de ellos subieron corriendo las escaleras y desalojaron todo el edificio. Yo me quedé en la calle y los observé hacer su trabajo de extinción del fuego. También llegó la policía, y una ambulancia; Sophie se sentó en la parte de atrás con una máscara de oxígeno en la cara. Yo me encontraba bien, había inhalado, al parecer, menos humo que ella. «Por favor, Dios —recé para mis adentros—, que Edward salga ileso del incendio. No

puedo ser responsable de otra muerte. Por favor.»

Mi oración obtuvo una respuesta inmediata. Al cabo de unos segundos, Edward salió por la puerta principal del edificio escoltado por un bombero. Se sentó en un muro bajo y corrí a su lado.

—Estoy bien —dijo, quitando hierro a mi preocupación—. El fuego no traspasó la puerta, y utilicé una toalla que llevaba en la bolsa del gimnasio para bloquear el paso del humo. —Se le nubló el rostro—. Pero lo que quiero saber es quién diablos ha intentado quemarme la oficina.

Me miró como si yo pudiera darle la respuesta a esa pregunta.

Nos llevaron a los tres al hospital

más próximo, donde nos efectuaron un reconocimiento. Ninguno había sufrido quemaduras de consideración, y aunque yo todavía me sentía un poco débil, el médico me dijo que podía irme a casa. Querían que Sophie se quedara en observación esa noche. Cuando salí de la sala donde me había examinado el médico, vi a Edward hablando con un agente de policía y sacudiendo la cabeza. El policía se fue y Edward me vio y se acercó.

—¿Tienen alguna idea de quién puede haberlo hecho? —pregunté.

—No. Querían saber si yo sospecho de alguien: quieren que mañana preste declaración. —Se restregó la cara—. Llevo quince años trabajando en esto y

nunca había pasado nada parecido. Lo peor había sido una llamada telefónica insultándome y unas cagadas de perro que me pasó por debajo de la puerta una mujer a la que había pillado follándose a su profesor de yoga.

—Tal vez haya sido por mí —dije en voz baja.

Me estudió unos segundos.

—Me parece que tenemos que hablar, Daniel. Si iban a por ti o querían impedir que hablaras conmigo, ahora también es problema mío. Sophie podría estar muerta. Yo podría estar muerto. Por no hablar de la catástrofe en mi despacho y de que ahora todos los vecinos del edificio temen por sus vidas.

Asentí.

—Voy a decirle adiós a Sophie, a ver si necesita algo. Luego deberíamos irnos. —Se humedeció los labios—. No sé tú, pero yo necesito un trago.



Paramos un taxi para ir al pub Lord Palmerston, cerca de Dartmouth Park. A esas horas de la tarde de un día laborable el local estaba tranquilo. Los clientes habituales estaban acodados en la barra y la condensación empañaba las ventanas. Edward me llevó a un asiento situado en un rincón y fue a buscar dos pintas de cerveza. Se sacó la libreta del bolsillo.

—Necesito que me lo cuentes todo — dijo—. Necesito saber con qué clase de gente andas mezclándote, y si no me lo dices, entonces voy a tener que hablar con la policía.

—Está bien —dije—. Quiero contártelo.

Tomé un buen sorbo de cerveza, que me alivió la garganta.

—Pues vamos, empieza. Estoy esperando.

Empecé relatándole el primer incidente extraño al volver a casa: la vez en que quizá alguien intentó empujar a Laura a las vías del metro.

—Es mi novia. Bueno, mi exnovia. Ella insiste en que se resbaló —dije—. Así que tal vez eso no sea relevante.

—O tal vez sí —aventuró el detective mientras anotaba algo.

—Está bien, el primer suceso concreto fue cuando entraron en mi casa a robar.

Procedí a contarle todo lo que había ocurrido desde entonces: cuando conocí a Camelia en el concierto de Jake; cuando alguien utilizó mi tarjeta de débito de forma fraudulenta; cuando me devolvieron el portátil; la muerte de la doctora Sauvage, aunque ahora eso no parecía guardar ninguna relación; cuando creí ver a alguien vigilando a Laura en Camden, no muy lejos de donde estábamos en ese momento. Por último, le hablé del episodio con el perro y del presunto suicidio de Jake.

Omití, por el momento, la parte de que Laura veía fantasmas, y también las fotos desaparecidas. No quería que pensara que Laura o yo estábamos locos.

—He instalado una cámara de videovigilancia en mi apartamento —dije—. Se activa con el movimiento.

Asintió con la cabeza.

—Tengo el video de los intrusos y el perro aquí, en el teléfono.

Abrí la aplicación e incliné el torso por encima de la mesa, acercando la pantalla hacia Edward. Se sacó unas gafas del bolsillo y se las puso, cosa que le hizo parecer automáticamente diez años mayor. Me quitó el teléfono y vio el video.

—Creo que es ella —dije—.

Camelia. Parece la forma de su cuerpo.

Arqueó las cejas.

—¿Alguna idea de quién puede ser el hombre?

—No, pero... podría ser la persona que arrojó el cóctel molotov en la oficina. Me pregunto si él también será rumano...

Edward dio unos golpecitos en su libreta.

—Aquí hay mucha información que me estás ocultando, ¿verdad? Como, por ejemplo, ¿qué tiene que ver la nacionalidad de Camelia en todo este asunto? ¿Qué relación tienes con Rumanía? —Como no le contesté de inmediato, bajó la vista a su libreta—. No me has hablado de por qué crees que

Camelia tiene algún interés especial en ti. ¿Qué es lo que quiere de ti?

Me concedí otro segundo tomando otro sorbo de mi pinta.

—Está bien. Verás... El verano pasado Laura y yo nos fuimos de viaje por Europa. Acabamos en Rumanía, en un tren nocturno con destino a una ciudad que se llama Sighișoara. Por el camino... pasó algo. Por eso creo que la nacionalidad de Camelia es importante.

—Muy bien —dijo—, por fin estamos llegando a algún sitio.

Le hablé de cuando conocimos a Alina y a Ion, de cuando nos robaron en el coche cama, de cuando nos echaron del tren. Fue tomando más notas, interrumpiendo de vez en cuando para

hacer preguntas. Una o dos veces me miró con expresión incrédula. Llegué al punto en que nos pusimos a buscar a Alina en el bosque. Había un hombre en la máquina tragaperras más próxima a nuestra mesa y me entró un ataque de paranoia por si podía oírnos. Esperé a que regresara a la barra.

—Después de eso —dije— nos fuimos corriendo al pueblo más cercano y acudimos a la policía...

—Un momento. —Levantó la mano—. ¿Qué pasó en la casa?

De pronto era como si un silencio sepulcral se hubiese apoderado del bar.

—Es evidente que estás asustado —dijo—, pero tienes que contármelo, Daniel. Tómate el tiempo que necesites.

Tenemos toda la tarde.

Me puse a girar mi vaso vacío de cerveza en la mesa, contemplando los cercos húmedos que dejaba sobre la superficie. Me sentía exactamente como me sentiría minutos antes de subirme a un escenario delante de un millar de personas. Tembloroso y con el estómago encogido por los nervios. ¿Podría hacerlo por fin? ¿Podría enfrentarme al fin a los recuerdos?

Recordé el cóctel molotov en el momento en que estallaba en la oficina. Imaginé un par de manos empujando a Laura a las vías del metro. Ví al perro negro abalanzándose sobre mí.

Tenía que hacerlo.

—Está bien, pero antes deja que me

tome otra cerveza. Y pediré otra más para ti. —Recogí los vasos y me levanté—. Porque creo que vas a necesitarla.

TERCERA
PARTE

RUMANÍA
AGOSTO DE
2013

CAPÍTULO 34

Empecé contando a Edward lo que ya había contado a Jake: cuando enfilamos el camino que llevaba a la casa, cuando entramos, cuando examinamos el vestíbulo de aquella casa aislada y extraña. Le expliqué lo asustado que estaba, las ganas que tenía de dar media vuelta y echar a correr.

Mientras le relataba mi historia, fue como si el pub se hubiese desvanecido a nuestro alrededor.



El ruido en la planta de arriba.

Era un sonido inconfundible, aun para las personas sin hijos, como nosotros. Un ruido que un padre o una madre está programado para oír desde treinta metros de distancia, a través de gruesas paredes de piedra y de puertas cerradas con llave.

Era el llanto de un niño pequeño.

Y lo supe. A partir de ese momento supe que no podríamos marcharnos de aquel lugar hasta que no descubriésemos el origen del llanto, hasta que no hubiésemos visto con nuestros propios ojos que el niño estaba bien. Era un instinto primario. Proteger a los más

pequeños y a los seres indefensos. Tal vez aquel sitio no fuese un lugar tan malo, después de todo. Tal vez fuese el hogar de una familia, de un leñador con esposa e hijos. Un escenario mucho más feliz y esperanzador se abrió paso en mi imaginación. Seguramente el leñador o el cazador estaba fuera, en el bosque, revisando sus trampas, y había encontrado a Alina herida —tal vez ella se había lastimado al tropezar en una de sus trampas— y él la había ayudado y se la había llevado a casa para que su mujer le curase las heridas. Y con todo el ajetreo, el bebé se había despertado. Aquello tenía sentido, tenía lógica. Me daba fuerzas.

Oímos el llanto de nuevo, más

virulento y más fuerte esta vez. Dondequiera que estuviese el bebé, nadie había ido a consolarlo.

Laura se encaminó a la escalera y yo la seguí. Avanzamos procurando no hacer ruido. La escalera se caía a trozos, los tablones de madera estaban sueltos y se movían. Vi que había algo enganchado en uno de los peldaños y, al agacharme para examinarlo de cerca, descubrí que era un mechón de pelo.

Había una ventana a medio camino, en mitad del recodo de la escalera, donde se torcía en una esquina. La ventana daba a la parte de atrás de la casa y observé, sorprendido, que había una estrecha carretera que se internaba entre los árboles e iba a parar a un

jardín trasero donde había estacionado un pequeño camión con remolque. Creía que la casa solo era accesible desde el bosque, de modo que eso me levantó aún más el ánimo. No estábamos completamente aislados. La carretera era un vínculo con la civilización. El escenario del leñador o el cazador era cada vez más plausible. Simplemente habíamos llegado allí desde la otra dirección.

El bebé seguía llorando, con unos berridos que cedían un momento para, acto seguido, reanudarse con mayor intensidad y urgencia. ¿Dónde estaba su madre?

Llegamos a la primera planta. Igual que abajo, estaba sumida en la

oscuridad, y me pregunté cuál sería el origen de la llama titilante de las velas que habíamos visto desde fuera.

—Viene de más arriba todavía —dijo Laura en voz baja.

La escalera continuaba a la siguiente planta y el llanto procedía de algún lugar por encima de nosotros.

Respiré hondo otra vez y animé a mis piernas a continuar. Seguí de nuevo a Laura por las escaleras, que allí todavía estaban más desvencijadas, crujiendo y protestando mientras nos adentrábamos en una oscuridad aún más profunda. Las paredes que rodeaban la escalera se estrechaban, y a medida que íbamos subiendo, el olor a moho y a animales putrefactos daba paso a otros olores,

más intensos. A defecación infantil y a cuerpo humano. El hedor recordaba a esa parte del hospital donde los enfermos terminales agotan los últimos días de su existencia. Un olor a enfermedad y a muerte, mezclado con el olor de una guardería hedionda. Aquel otro escenario más alegre que había imaginado se desvanecía con cada peldaño.

Ahora lo único que sentía era miedo.

Llegamos a lo alto de la escalera. Ante nosotros teníamos otra puerta de madera con un cerrojo metálico por fuera, de los que solo es necesario levantarlos para abrirlos. Un cerrojo diseñado para que resulte fácil entrar, pero imposible salir.

El llanto provenía de detrás de aquella puerta.

Levanté el cerrojo y, aguantando la respiración para no percibir el olor y protegerme del miedo de lo que encontraríamos allí dentro, empujé la puerta.

CAPÍTULO 35

Levanté la vista para ver la reacción de Edward. Estaba mirándome, con la boca entreabierta, embobado.

—Continúa —dijo.

Di otro sorbo de cerveza. Era doloroso contarle aquella parte de la historia. Pensé en levantarme y decirle que tenía que ir al baño. Luego me escabulliría, huiría, tal y como había querido hacer aquella noche. Vacilé una última vez antes de proseguir con mi

historia, consciente de lo angustioso que sería para Laura saber que estaba a punto de contar a alguien lo que nos pasó.

Contaría a Edward lo que necesitaba saber.



En la pared del fondo de la habitación, contra las ventanas, había varias velas gruesas y blancas en lo alto de un par de cómodas de madera oscura. Por detrás de las cómodas, las ventanas estaban tapiadas con tablones, de manera que la luz que habíamos visto no podía venir de allí dentro. Me quedé con la mirada fija en las velas porque eran lo único

que tenía sentido en aquella habitación. Laura y yo estábamos paralizados por la escena que se desarrollaba ante nuestros ojos, estremecidos por el olor del aire, con el eco de los alaridos del niño resonando en mi interior.

En la habitación había cuatro camas individuales y tres cunas de madera. Dos de las camas estaban vacías, desprovistas de sábanas, lo que dejaba al descubierto sus colchones delgados. Parecían los camastros que se ven en las películas bélicas: colchones con los muelles destrozados, duros, como instrumentos de tortura. El niño que lloraba estaba en una de las cunas, acostado de espaldas, aullando, con la cara brillante por las lágrimas. Agitaba

los brazos desesperadamente, desgarrando el aire, pero era demasiado pequeño para rodar de costado o incorporarse.

En las otras dos camas había dos mujeres. La que ocupaba la cama más próxima estaba dormida o inconsciente (¿o muerta?), tapada hasta la cintura con una sábana blanca y mugrienta. Llevaba un fino camisón rosa que revelaba su estado de desnutrición. Tenía unos bracitos delgados como cañas y su pecho plano se inflaba y se desinflaba entre sacudidas al respirar. Su cabeza parecía una calavera, con unas escasas hebras de pelo castaño. Obligándome a dar un paso hacia delante para acercarme, mentalizándome para aspirar

el acre olor a orina y a putrefacción que emanaba de su cuerpo, vi que tenía los tobillos esposados a los pies de la cama.

Laura me agarró del brazo y me retuvo cuando intenté acercarme un poco más. Levantó el brazo libre poco a poco y señaló la otra cama ocupada.

Aquella mujer estaba menos esquelética que la primera. Su pelo era rubio, y estaba apelmazado y revuelto. Tenía los ojos hundidos, los pómulos afilados como cuchillas, los brazos raquíticos y débiles. Llevaba un camisón, como la otra mujer, y tenía las sábanas arrugadas a sus pies, que también estaban atados a la cama. Su piel se veía cubierta de moretones y de

pequeñas costras redondas. Quemaduras de cigarrillo.

Estaba despierta, pero apretaba los ojos con fuerza. Unas lágrimas le resbalaban por la mejilla, humedeciendo la delgada almohada.

Me acerqué a la cama con paso tembloroso. Cuando lo hice, el bebé, cuya cuna estaba más próxima a aquella segunda cama, dejó de llorar, como si se hubiese quedado sin resuello y sin lágrimas. Laura se dirigió a la cuna y se inclinó sobre ella, y vi que le temblaba la mano mientras se la llevaba a la boca, antes de emitir un leve sollozo. Por un momento pensé que debía de pasarle algo malo al bebé, pero estaba en mejor estado que las mujeres. Iba vestido con

un trajecito de color azul cielo y estaba envuelto en una manta de lana. Era un niño, supuse. Tenía el pelo rubio, la cara sonrosada y unos labios carnosos.

La mujer rubia (¿su madre?) abrió los ojos y me vio. Un destello de pánico le iluminó los ojos y me preparé mentalmente, convencido de que empezaría a gritar. Sin embargo permaneció en silencio, mirándome con los ojos muy abiertos, y luego volvió la cabeza para mirar a Laura. No se movió ni hizo ningún intento de incorporarse.

Murmuró algo, y el mero hecho de hacerlo pareció causarle un enorme dolor.

Dejé a Laura junto a la cuna y me acerqué a la mujer, agachándome a su

lado.

—Lo siento —dije—. No entiendo su idioma. Solo hablo inglés.

Me miró con los ojos de un prisionero que ha sido torturado, derrotado.

—¿Habla inglés? —le pregunté.

—Ayuda —dijo. Le tomé la mano, advirtiéndole que la razón por la que no se había incorporado era porque estaba demasiado débil.

A mi derecha Laura había sacado al bebé de la cuna y lo tenía en brazos, con la cabeza apoyada en el cuello de ella, y le acariciaba la espalda por encima de la manta que lo envolvía. La mujer de la cama miró hacia el niño, con una mezcla de amor y temor en los ojos. A

continuación, dirigió la mirada a la puerta.

—Mi bebé —dijo la mujer—. Ayuda.

—¿Quién le ha hecho esto? —le pregunté con la máxima delicadeza posible.

Me miró fijamente. Tal vez no me entendía. Murmuró algo en lo que supuse que debía de ser rumano y luego volvió a hablar en mi idioma.

—Por favor. Bebé. Ayuda.

Oímos un grito en la planta de abajo.

Laura y yo nos quedamos paralizados. La mujer de la cama miró hacia la puerta de nuevo.

—Huir. Bebé —dijo.

Miré a la puerta y luego a Laura.

—¿Qué hacemos?



Edward estaba estupefacto, mirándome con ojos desorbitados. Nunca en toda mi vida me habían escuchado con tanta atención. Estaba allí con Laura y conmigo, en aquella habitación.

—Por Dios... No puedes parar ahora. Joder, ¿qué hicisteis?

—Yo... Laura estrechó al niño contra su pecho. Volví a preguntarle: «¿Qué hacemos?»»

Conté a Edward el resto de la historia.



Alguien volvió a gritar. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba seguro de que quienquiera que estuviese abajo, quienquiera que les hubiese hecho semejantes atrocidades a esas pobres mujeres, podía oír mis palpitaciones.

—Tenemos que largarnos de aquí — dije, respondiendo a mi propia pregunta —. Iremos al pueblo a buscar ayuda. Enviaremos a la policía.

Me dirigí a la mujer de la cama.

—Vamos a llamar a la policía —le dije. A sus ojos afloraron más lágrimas.

Me volví de nuevo hacia Laura y alargué los brazos para tomar al bebé, para devolverlo a su cuna, pero Laura retrocedió y lo abrazó con más fuerza.

—Se viene con nosotros.

—Laura... Tenemos que dejarlo. No podemos correr por el bosque con un bebé. Tenemos que huir.

—No —me espetó. Abrazaba al niño como si fuese suyo, como si estuviera amenazándola con llevármelo y arrojarlo a los leones—. No pienso dejarlo aquí.

—Laura...

—Mira, Daniel. Mira.

Señaló al extremo del fondo de la habitación, más allá de las cunas.

Había un pequeño banco apoyado en la pared. Apilados en lo alto del banco había varios de los artículos habituales en la habitación de un niño: ropa de bebé, pañales, crema protectora, biberones y botes de leche artificial.

También había un par de ositos de peluche, tirados de lado. Tenían manchas de una sustancia oscura que parecía negra a la luz de las velas.

Y había algo más junto al banco. Era un pequeño ataúd, de un par de palmos de longitud. Era muy rudimentario y parecía hecho a mano, con los cantos no del todo parejos. Sobre el ataúd había unas flores, de las que habíamos visto crecer en el bosque, junto a otro osito de peluche.

Volví a mirar a la mujer inconsciente. ¿Estaría su bebé ahí dentro? Una pequeña parte de mí quería asomarse dentro, confirmar el horror, pero desvié la vista de la caja, pues mis ojos habían captado otra cosa. Recordaba el

momento como algo absolutamente demencial.

Ambos nos dirigimos despacio a la pared, conscientes de que teníamos que irnos de allí cuanto antes, sabiendo que el responsable o los responsables de aquello podían llegar en cualquier momento. Colgadas en la pared había dos docenas de fotografías hechas con una cámara Polaroid. Algunas de las fotos eran de mujeres que miraban al objetivo de la cámara aterrorizadas o con expresión de derrota y sumisión. En una de ellas aparecía una mujer tumbada boca arriba, desnuda, con la boca abierta formando un alarido. Junto a ella había un hombre agachado y sujetando alguna clase de instrumento metálico que

sostenía entre los muslos de ella.

Las otras eran fotografías de niños. De recién nacidos. Todos estaban tumbados boca arriba. Algunos iban vestidos de azul, pero la mayoría iban de blanco. Algunos lloraban mientras que otros estaban serenos. Algunos tenían los ojos cerrados. Otros miraban al fotógrafo.

En cada una de las instantáneas había una fecha grabada en el reborde blanco. ¿Sería la fecha de nacimiento del bebé? Y entonces me di cuenta: en algunas de las fotos aparecía otra fecha adicional, con una X muy grande al lado. En la polaroid de la esquina inferior derecha había dos fechas. La primera era el 2-7-13, el dos de julio. La segunda fecha

decía 13-8-13. El trece de agosto. Hacía solo unos días.

Volví la cabeza de nuevo hacia las mujeres que había en las camas. La mujer rubia estaba llorando, mientras que la otra seguía inconsciente. El bebé del ataúd debía de ser su hijo. Había nacido allí. Y también había muerto allí, en aquella habitación inmunda y maloliente.

Abajo se oyó gritar a alguien de nuevo, un grito de dolor que me heló la sangre.

Con la respiración jadeante, volví a hablar a la mujer rubia:

—Volveremos, ¿de acuerdo? Nos aseguraremos de que su hijo esté a salvo.

Me miró primero a mí y luego al bebé.

Pensé en que podría necesitar un arma cuando bajásemos, así que eché un vistazo alrededor buscando alguna. Apagué de un soplido una de las velas y la arranqué de su candelero metálico negro. Sopesé el soporte en mis manos. Era pesado, sólido.

Laura ya estaba abriendo la puerta para asomarse después con aire indeciso por las escaleras. La seguí y pasé por delante de la primera cama.

Una mano me agarró de la pierna.

Di un grito y me aparté. La esquelética mujer de la cama me miraba con unos ojos enormes, abriendo la boca para revelar que había perdido casi

todos los dientes. Los que le quedaban eran blancos, sanos, lo que sugería que alguien le había arrancado los que le faltaban, tal vez a base de golpes. Sin querer, tiré al suelo una cuña que había junto a la cama y la orina de olor nauseabundo y color parduzco se derramó y me salpicó el zapato.

La mujer me sonrió, con un destello de locura en los ojos, y eché a correr, empujando a Laura al otro lado de la puerta y dejando que se cerrara de un portazo a nuestra espalda.

Abajo, los gritos habían cesado. En su lugar, oí unos pasos pesados. Alguien estaba subiendo las escaleras muy muy despacio.

CAPÍTULO 36

—Deja que vaya yo primero —dije.

Empecé a bajar las escaleras lentamente. Me tropecé con un peldaño suelto y estuve a punto de caerme, golpeándome contra la pared, pero logré mantener el equilibrio.

Doblamos la esquina hacia el tramo inferior de la escalera, Laura un paso por detrás de mí.

El hombre estaba al pie de las escaleras, mirándonos. Llevaba un arma

en la mano, una pistola negra, la que usaría un policía o un soldado, no un granjero o un cazador. Tenía el pelo rubio ceniza e indicios de una incipiente calvicie; aparentaba unos treinta y tantos, y era bajo pero fornido. Fibroso.

Justo detrás de él había una mujer tendida boca abajo en el suelo. Llevaba una chaqueta y vaqueros negros, y el pelo negro con mechas rojas.

Era Alina.

El hombre nos apuntó con el arma y, con la mano que le quedaba libre, nos hizo señas para que nos acercáramos.

Yo no me moví, tratando desesperadamente de decidir qué hacer. ¿Debíamos volver arriba? ¿Buscar otra salida? Podía dispararme en cuanto me

diese media vuelta, y aunque no lo hiciese, ¿qué posibilidades teníamos de encontrar otra salida? Y la idea de que aquel hombre empezase a perseguirnos en su propia casa, en aquella densa oscuridad, era aún peor que hacerle frente allí mismo.

Bajé los últimos escalones, consciente de que había visto la palmatoria de metal que yo llevaba en la mano. El hombre retrocedió unos pasos, situándose al otro lado del cuerpo tendido de Alina, haciéndonos señas para que bajásemos al vestíbulo.

Nos colocamos delante de él, Laura, el bebé y yo, los tres respirando con dificultad. Entonces me di cuenta: él también estaba nervioso. No tan

asustado como Laura y yo, por supuesto, pero sin duda había un destello de miedo en sus ojos.

Apuntó a Laura con el arma y señaló al niño con la otra mano. Detrás de ella vi que la espalda de Alina se movía arriba y abajo. Estaba viva.

—Mío —dijo el hombre, y sus palabras desviaron de golpe mi atención de Alina. Me sorprendió descubrir que hablaba nuestro idioma. Indicó a Laura que le entregase el bebé.

Laura no se movió. Me quedé mirando el arma, palpando el tacto de la barra de hierro en mi mano, tratando de calcular si podía golpearlo con él. En ese momento era demasiado arriesgado.

—Laura... —empecé a decir.

—No —repuso ella, dirigiéndose hacia la puerta.

El hombre gesticuló furiosamente, señalándola a ella y al bebé..., y luego me apuntó a mí con el arma.

—Dame el niño —le ordenó.

Laura miró al arma y luego a mí.

—Laura —dije—. Dáselo.

Ahora era ella quien estaba furiosa.

—Dame —repitió el hombre, más alto esta vez, y más enfadado.

Laura dio un paso hacia él y extendió los brazos para ofrecerle al niño, y el hombre bajó el arma para poder sujetarlo. El bebé empezó a chillar, como si supiera, como si pudiese presentir a quién —o a qué— estaba siendo entregado. El hombre se

estremeció y Laura me tendió al bebé, me arrebató el candelero de las manos mientras yo recogía al niño e intentó golpear al hombre. Este retrocedió, pero no soltó el arma, sino que siguió apuntando con ella a Laura, quien se quedó inmóvil, con la respiración jadeante, sujetando el candelero con fuerza. Yo sostenía al bebé desconsolado, acunándolo instintivamente en mis brazos mientras sus berridos me taladraban el cerebro.

—¡Suéltalo! —gritó el hombre para que lo oyera—. El niño. En el suelo.

—¡No! —gritó Laura.

Pero ¿qué otra opción tenía? Me agaché y dejé al pequeño, que seguía berreando, en el suelo, junto a mis pies.

Laura rompió a llorar y vi que le temblaba todo el cuerpo.

Cuando el hombre se acercó al niño, eché a correr hacia la puerta, agarrando a Laura del brazo y tirando de ella. Laura soltó el candelero y yo abrí la puerta, seguro de que recibiría un balazo en cualquier momento. Sin embargo, cuando me arriesgué a volverme y a mirar, vi por qué el hombre no me había disparado. Alina se había puesto a cuatro patas y había avanzado a gatas hasta casi llegar al soporte metálico. Eso había distraído la atención del hombre, que necesitaba impedirle que lo alcanzara.

Empujé a Laura al otro lado de la puerta y por el camino de salida.

Ella intentó zafarse de mí.

—¡Suéltame! —gritó.

—¡No! ¡Laura! Joder... ¡Tenemos que largarnos!

—Pero ¿y el niño?

Estaba temblando y llorando, y desesperada por regresar al lado del pequeño, pero yo no podía permitirselo.

—Tenemos que salir de aquí. Buscaremos ayuda. ¡Puede salir en cualquier momento!

—No...

Oímos un disparo.

El bebé dejó de llorar.

Oí unos gritos y creí que salían de mi garganta o de la de Laura —tenía los sentidos destrozados, embotados—, pero entonces me di cuenta de que los

gritos venían del interior de la casa. Era Alina quien gritaba.

—Vamos, por favor. Vámonos.

Otro disparo. Y esta vez fue Alina quien enmudeció.

Echamos a correr sendero abajo en dirección a la orilla del claro. No había tiempo para encontrar la carretera que había visto por la ventana. El corazón me latía desbocado. El hombre estaba a punto de aparecer, nos mataría de un tiro a los dos, nos enterraría allí mismo y nunca encontrarían nuestros cuerpos. Otros dos viajeros que desaparecen en tierra extranjera y a los que no se les vuelve a ver nunca más.

Miré hacia atrás y vi abrirse la puerta de la casa, la oscura silueta del hombre

materializándose, y sin soltar la mano de Laura, corrí como no había corrido en mi vida, siguiendo el camino, atravesando el bosque, hasta volver junto a la vía. Salimos de allí, abriéndonos paso a trompicones entre los árboles para volver al camino, trastabillando y tropezándonos con los raíles, a punto de caer al suelo varias veces, dándonos alcance el uno al otro, deteniéndonos únicamente para recoger nuestras bolsas a la orilla del bosque.

Seguimos corriendo todo el camino hasta el pueblo.

Sin hablar.

Sin mirar atrás.

CUARTA PARTE

LONDRES
NOVIEMBRE
DE 2013

CAPÍTULO 37

Me terminé la cerveza, y de inmediato deseé beberme otra. Me sentía débil, exhausto. Tener que relatar la historia, revivirla de nuevo...

—¿Daniel? ¿Hola? ¿Estás bien?

Cerré los ojos. Cuando los abrí, Edward seguía allí, esperando.

—Hay algo más. Cuando alcanzamos los árboles, oímos otro disparo, y luego otro unos segundos después.

Edward se quedó pensativo un

momento y luego asintió.

—Subió a la planta de arriba y disparó a las dos mujeres.

—Eso es lo que creo. Las habíamos visto. Debió de suponer que se lo explicaríamos a la policía. Quiso eliminar... las pruebas vivientes. Aunque de todos modos habría sangre y restos de su ADN por toda la casa, digo yo. No lo sé.

—Tal vez decidió que ya no le resultaban útiles.

—Como ya he dicho, no lo sé.

—¿Y por qué no acudisteis a la policía? —preguntó, frunciendo con fuerza el entrecejo.

—Lo hicimos. Bueno, lo intentamos. Fuimos a la comisaría local de Breva,

cuando llegamos al pueblo.

Le conté lo que había pasado en la comisaría, cómo habíamos acabado huyendo de allí también.

Edward estaba un poco pálido, parecía mareado incluso. No había tocado su cerveza desde que empecé a relatarle la historia.

Se levantó de la mesa.

—Empezaré por hacer unas llamadas, por investigar un poco. Te llamaré mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

—Está bien —dije.

—¿Vienes? —preguntó.

Negué con la cabeza. No quería irme del pub. Iba a quedarme allí y a emborracharme hasta perder el sentido.

Lo vi salir a través de la puerta

doble. Edward ya sabía todo lo que le hacía falta saber de la historia para ayudarme. Yo había hecho lo correcto.



No recuerdo cómo llegué a casa ni cuándo me metí en la cama. Lo siguiente que recordaba era que fuera había luz y que mi teléfono no dejaba de sonar. Vi en la pantalla que era Edward. Reparé en que todavía iba completamente vestido y en que el dormitorio olía como una destilería. Eran poco más de las once de la mañana y sentía un martilleo constante en la cabeza. Tenía la garganta como si me hubiese fumado cuarenta cigarrillos seguidos y cuando me movía,

se apoderaban de mí unas horribles náuseas, insoportables. El teléfono no dejaba de sonar y fue entonces cuando lo recordé todo: el cóctel molotov; cuando le relaté mi historia a Edward, cuando me quedé en el pub y me puse ciego de alcohol.

Oh, Dios...

Sin hacer caso del teléfono, me fui al baño y vomité. Después de eso me sentí un poco mejor. Edward volvió a llamar.

—Estuve intentando hablar contigo anoche —dijo—. ¿Dónde estabas?

Traté de mascullar alguna respuesta, pero añadió sin esperar:

—No importa. Tengo que decirte algo. Iré yo a tu casa.

Me di una ducha, me bebí dos tazas

de café bien cargado y leí mis mensajes de correo electrónico mientras esperaba a Edward. Había un mensaje de Rob:

Amigo mío:

Ya sé que estás pasando por un mal momento ahora mismo, pero te agradecería mucho que no te presentases aquí en plena noche, aporreando la puerta, tirando piedras a la ventana de Laura y despertando a Oscar. Tardamos dos horas en conseguir que volviera a dormirse. Laura ha dejado bien claro que no quiere volver a verte. Personalmente, opino que a vosotros dos lo que os hace falta es un buen par de bofetadas, pero si ella dice que ya no

quiere estar contigo y no quiere que te pongas en contacto con ella, tienes que respetarlo. La próxima vez, Erin seguramente llamará a la policía.

Y a lo mejor deberías enviar una nota a Erin suplicándole que te perdone si quieres que vuelva a dirigirte la palabra.

Además, creo de verdad que deberías dejar el alcohol durante un tiempo.

Rob

Me quedé horrorizado. ¿Qué había hecho cuando salí del pub? ¿Y por qué Laura no quería volver a verme o a hablarme?, ¿por qué decía que no me pusiera en contacto con ella? En ese

momento el fogonazo de un recuerdo hizo que se me estremeciera todo el cuerpo: me vi a mí mismo de pie en el jardín trasero de Erin y Rob, arrojando piedras a la ventana y llamando a Laura a gritos como un Romeo borracho y no correspondido.

Saqué el teléfono y revisé los mensajes. Mierda, le había enviado a Laura más de veinte mensajes pasada la medianoche, diciéndole que la quería, que me moría por verla, pidiéndole que se casara conmigo. Ella me había enviado una sola respuesta:

Déjanos en paz.

Fui a la cocina y saqué todas las

bebidas alcohólicas de la nevera y los armarios, descorché el vino, cuyo olor hizo que me viniera una arcada, destapé las botellas de cerveza y lo tiré todo por el fregadero. Metí las botellas vacías en una bolsa de basura, la saqué a la calle y la lancé al reciclaje. Cuando levanté la vista, vi a Edward andando hacia mí, con las manos en los bolsillos, cabizbajo.

—¿Va todo bien? —me preguntó al verme.

—No pienso volver a beber nunca más —dije.

—Pillaste una buena cuando me fui, ¿verdad?

Asentí y lo guié al interior de mi casa.

—Tengo que confesarte que a mí también me apetecía emborracharme después de oír tu historia, pero en vez de eso, pasé la noche trabajando. Bueno, eso después de hablar con los capullos de la compañía de seguros, claro. Alguien tendría que enviar a esa gente a una casa de los horrores en mitad del bosque.

Al ver mi expresión, añadió rápidamente:

—Lo siento. No debería bromear con eso. Anoche tuve una pesadilla, la primera que he tenido desde hace años. Había bombas incendiarias y mujeres encadenadas a unas camas y bebés que se arrastraban a gatas por entre las llamas. —Sintió un escalofrío—. Luego,

a primera hora de la mañana, ha venido a verme la policía, a hacerme un montón de preguntas sobre quién querría verme muerto.

—¿Qué les has dicho?

—Les he dicho que no tengo ni idea, pero van a hablar contigo. —Me dio una tarjeta—. Ten. Es el número del agente encargado de la investigación.

Una inmensa ola de cansancio se apoderó de mi cuerpo cuando Edward me entregó la tarjeta. Iba a tener que hablar con la policía. Iba a salir todo a la luz, todo lo que había pasado.

Aparté la tarjeta a un lado.

—Ya hablaré con ellos más tarde. Primero tengo que saber qué es lo que has averiguado.

—Prepárame un café bien cargado y te lo diré.

Mientras esperaba a que el agua arrancase a hervir, Edward se paseó por la habitación, deslizando el dedo por los lomos de los libros, asomándose entre las cortinas a mirar la calle, como si estuviese buscando a alguien.

Llevé dos cafés y él se sentó en el sofá mientras yo sacaba una silla.

—La verdad, Daniel, tengo que decirte que la historia que me contaste parecía más bien... un cuento.

—Pero ¡es la verdad!

Levantó la palma de la mano.

—Está bien. No estoy diciendo que no te crea. El caso es que, por lo que averigüé anoche, la historia se vuelve

aún más enrevesada. —Esperé a que continuase hablando, temiéndome lo que me iba a decir—. Así que después de estar contigo, fui a ver a un tipo que ha hecho algunos trabajos para mí. Es traductor. Habla todos los idiomas de Europa del Este, incluido el rumano. Está un poco loco y es un paranoico, pero es muy eficiente. Le pedí que llamara a la policía de Breva, para que me hiciese de intérprete.

Yo estaba horrorizado.

—¿Y le contaste a ese intérprete lo que había pasado?

—Daniel, por favor, escucha. Si no dejas de interrumpirme... —Me dedicó una sonrisa con la intención de tranquilizarme—. Pedí hablar con el

policía que me dijiste que habíais visto allí. Con Constantin. Quería corroborar lo que me habías contado tú.

—¿Qué? Pero si él también estaba involucrado...

—Daniel, joder, escucha. Necesitaba comprobarlo, eso es todo. Es un procedimiento estándar. Sería un detective bastante incompetente si me creyese a pie juntillas todo lo que me cuenta la gente. Porque necesitamos descubrir si esa mujer, Camelia, está relacionada con lo que visteis.

—Está bien. Tiene sentido.

El nudo de mi estómago se aflojó ligeramente.

—Así que... les pedí que me dejaran hablar con Constantin, o mejor dicho, se

lo pidió mi intérprete. Al principio, la policía de Breva se mostró muy evasiva; querían saber para qué los llamábamos, de dónde los llamábamos, etcétera. Así que les dije que estaba investigando un crimen que se denunció en agosto y al final me pusieron con alguien, pero no con Constantin, sino con otro agente. Consultó el sistema informático y me dijo que no les constaba que ninguna pareja inglesa hubiese ido a aquella comisaría y denunciado un crimen el mes de agosto anterior. —El teléfono de Edward empezó a vibrar. Miró la pantalla e hizo caso omiso de la llamada —. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Ese agente me dijo que no les constaba ninguna denuncia, que a Breva no van muchos

ingleses, salvo algún que otro pirado buscando vampiros u hombres lobo. ¿Sabías que Breva es famoso por sus avistamientos de hombres lobo? Lo he visto en Google.

Negué con la cabeza.

—Bueno, el caso es que pregunté otra vez por Constantin.

—¿Y? ¿Conseguiste hablar con él?

Edward me miró por encima del borde de su taza de café.

—No. Constantin ha desaparecido. Hace dos semanas que no lo ven.

—¿Tienen alguna idea de qué le ha podido pasar?

—No quisieron decírmelo, pero no lo parecía.

—¿Qué más les contaste?

—Les dije lo que me contaste de la casa y lo que habíais visto. Bueno, una versión abreviada.

No supe cómo reaccionar ante aquello.

—¿Y qué dijeron?

—Decir que se mostraron escépticos sería quedarme bastante corto. Vamos, que les estaba hablando a través de un intérprete y este me miraba como si hubiese perdido la cabeza.

—Así que el intérprete sabe...

Chasqueó la lengua.

—Pero al final les hice prometer que irían a echar un vistazo al bosque. Que encontrarían la casa. Intenté sugerirles la idea de que tal vez encontrarían a Constantin allí, cosa que, quién sabe,

podría ser verdad...

Me levanté y eché a andar por la sala, nervioso. Me temblaban las piernas.

—Todavía no he sabido nada de ellos —continuó—. Supongo que estarían esperando a ir hoy, para cuando hubiese luz. Estoy al tanto por si la policía de Breva me llama con noticias.

Ahora la ansiedad me transpiraba por los poros.

—Oye —dijo Edward—, no te preocupes por la policía rumana. Encontrarán la casa... Tal vez haya mujeres retenidas contra su voluntad en ella ahora mismo. Como mínimo, habrá alguna prueba de los crímenes que se cometieron. El hombre que hizo eso será detenido por fin.

—Tienes mucha fe en la policía.

Se encogió de hombros.

—Puede ser. Bueno, mientras esperamos noticias de ellos, quiero repasar todo lo demás que me contaste, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Perfecto. ¿Tienes una hoja de papel? ¿O eres de esos que solo tienen pantallas?

Saqué algunas hojas de mi impresora y él las dispuso sobre la mesa, delante de nosotros.

—Muy bien —dijo—. Ahora vamos a escribir todas las preguntas, todas las cosas que no tienen sentido, y vamos a responderlas lo mejor posible, a ver si encajamos las piezas de este

rompecabezas.

Entre los dos, pasamos los siguientes veinte minutos escribiendo aquellas preguntas en mayúsculas y poniendo en orden las hojas. Aparte de nuestras voces, en el apartamento no se oía nada, solo silencio. Tan profundo era el silencio que se oía el zumbido de los electrodomésticos, los crujidos de los radiadores, algún que otro vocerío ocasional procedente de la calle. Me sentaba bien hacer aquello, mejor que enumerar la lista de problemas en mi teléfono. Experimenté una creciente sensación de gratitud hacia Edward y deseé haber podido encontrar a alguien que me ayudase de ese modo desde el principio. Conseguí dejar a un lado mi

ansiedad por mi visita —completamente ebrio— a Laura y sus mensajes, y por lo que iba a descubrir la policía de Breva, y alejarla a un rincón de mi cerebro mientras trabajábamos en aquella tarea. Me recordaba a las noches en que permanecía en vela trabajando en mi aplicación, resolviendo problemas, y todas las demás preocupaciones, todo cuanto me rodeaba, se difuminaba mientras me concentraba en el puzle que tenía ante mí. En un momento dado oí el chirrido de unos neumáticos derrapando en la calle, seguido del ruido de la puerta de un coche, pero estaba demasiado concentrado en lo que estábamos haciendo para asomarme a mirar por la ventana.

Después de rellenar de texto todas las hojas, Edward se sentó y las examinó, acariciándose el mentón con el dedo.

—Muy bien —dijo—. A ver qué tenemos.

La hoja de la esquina superior izquierda contenía la pregunta: ¿QUÉ BUSCABA CAMELIA?

—En primer lugar —dijo Edward—, no sabemos si Camelia tiene alguna relación con los sucesos de Breva. Suponemos que sí porque es rumana, pero eso podría ser una coincidencia.

—No puede ser una coincidencia —dije.

—Pero tampoco podemos suponer las cosas así porque sí.

—Como me digas «Nunca hay que

suponer nada, sino hacer preguntas», te despido.

—¿Estás seguro de que no la conociste o la viste mientras estuviste en el país? —preguntó.

—No, decididamente no. La reconocería. Es una chica difícil de olvidar.

—Mmm... Desde luego, eso parece. Ahora... cuéntame exactamente qué te dijo Camelia en las dos ocasiones en que os visteis.

Volví a relatarle nuestras conversaciones con la máxima exactitud posible.

—Así que la primera vez que la viste te preguntó si habías tenido una mala experiencia con las mujeres rumanas.

—Y cuando le dije que no, me preguntó si estaba seguro. Mierda. —Solté un resoplido—. Y la segunda vez no dejaba de preguntarme si había hecho algo ilegal, si había infringido la ley, una y otra vez.

—Intentaba hacerte confesar algo que no sabes.

—Pero sí infringimos la ley —dije, enderezándome—. Cuando nos metimos en el coche cama sin pasaje. Tal vez intentaba que le confesase eso.

—Daniel, no es como robar las joyas de la Corona, ¿no te parece? No puede ser eso. —Se quedó pensando—. Supongamos que, definitivamente, Camelia era la de las imágenes de la cámara de videovigilancia, y también la

responsable del robo. Cuando entró en el apartamento aquella primera vez, lo puso todo patas arriba, ¿verdad? Como si buscara algo.

—Sí.

Edward volvió a examinar las hojas de papel, como si la respuesta se hallara escondida entre las palabras.

—Pensemos. Estamos seguros de que ha entrado en tu apartamento tres veces. Ella y quienquiera que trabaje con ella. Una vez, para registrar la casa... y robarte el portátil. La segunda, para devolver el portátil. Y la tercera, cuando regresaron con el perro. —Volvió a frotarse la barbilla—. Si estaban buscando algo, tiene sentido que te pusieran la casa patas arriba, pero ¿para

qué devolver el portátil? ¿Y por qué regresaron con un perro?

—Porque querían hacerme daño. Creían que el perro me mataría.

Sentí que se me helaba todo el cuerpo al pronunciar aquellas palabras.

Edward se quedó en silencio un momento y luego me miró.

—Volvamos a eso. Solo necesito... —Se le apagó la voz—. ¿Cómo consiguió Camelia la llave de tu apartamento?

—No tengo ni idea. No he perdido ninguna llave.

—¿Y Laura? ¿Ha echado en falta algún juego de llaves?

—Pues... Espera un segundo. Sí, cuando volvimos a Inglaterra, Laura

había perdido sus llaves. Creíamos que seguramente las habría perdido en algún momento de nuestro viaje, pero el ladrón que nos robó los pasaportes también debió de llevárselas.

—¿Y nunca pensasteis en esa posibilidad?

—No. Teníamos muchas cosas de qué preocuparnos cuando regresamos. Ni siquiera se nos pasó por la cabeza que la persona que nos robó se hubiese llevado las llaves del apartamento.

—Bueno, al menos eso explica cómo entraron en tu casa.

—Y hace que sea aún más probable que Camelia esté relacionada con lo que sucedió en el tren, con el robo.

—Bueno, tal vez ella estuviese en el

tren. Ella o su cómplice en el robo. Se llevaron las llaves para entrar a robar en tu casa.

Negué con la cabeza.

—Eso suena un poco... descabellado. ¿Atravesar toda Europa para entrar a robar en una casa? ¿Y por qué esperar tres meses? Además, eso no explica todos los demás interrogantes. Y encima me devolvieron el objeto más valioso de todos. ¿Por qué? —Me di un golpe con la palma de la mano en la frente—. Nada de esto tiene sentido. Necesito otro café.

Fui a la cocina, puse el agua a hervir y preparé otras dos tazas de café instantáneo. Había vuelto a comprar Nescafé. Jake estaría mirándome en ese

momento, sacudiendo la cabeza con resignación y mascullando algo sobre leche infantil.

Mientras esperaba a que hirviese el agua, sonó el teléfono de Edward. Levantó la vista y me miró.

—Es una llamada de Rumanía. La policía.

CAPÍTULO 38

Laura se había paseado ya tantas veces por la franja de moqueta situada entre la cama y la ventana de su habitación en casa de Erin y Rob que le sorprendía que no se hubiese desgastado todavía y no asomasen los tablones del suelo por debajo. Mientras se paseaba, se mordía las pieles que le rodeaban las uñas, se chupaba la sangre que le salía del pulgar, se paseaba, mordía, chupaba, se paseaba... Tenía una palabra metida en

la cabeza: PUTREFACTO. No sabía por qué, ni de dónde había salido, pero se repetía una y otra vez: *putrefacto, putrefacto, putrefacto*. Pasear, morder, chupar, pasear, de un lado a otro, arriba y abajo, una vez y otra, y otra, y otra.

Se obligó a detenerse, aspiró una bocanada de aire y se resistió a la llamada de sus dedos, que la alentaban a morderlos, a destrozarlos, a hacerlos sangrar. Apoyó la cabeza en el frío cristal de la ventana y se imaginó notando como la lluvia que lo golpeaba le acariciaba la frente, le refrescaba la piel enfebrecida, segura de estar oliendo su propia carne pútrida... *Putrefacto...* Y percibía los latidos de su corazón, pum, pum, pum. La noche anterior se

había metido bajo las sábanas, como hacía muchas veces justo antes de que le bajase el periodo, pero aquel latido acelerado, la inquietud y el miedo estremecedor que se había adueñado de su cuerpo... era peor que nunca. Peor que las primeras noches después de ver a las mujeres moribundas en aquella casa, antes de oír los disparos que las mataron a ellas y a Alina. Que mataron al niño, a aquel pobre, dulce e inocente niño de ojos enormes.

Respiró profundamente y sintió un escalofrío. Oía al pequeño Oscar abajo, llorando, y oía las voces de Erin y Rob y de la pareja que había ido a verlos, una compañera de trabajo de Erin y su marido. La mujer —Laura no sabía su

nombre— estaba putrefacta también... No, preñada también —¡preñada!—, y Laura se tocó su propia barriga, preguntándose si algún día llegaría ella a tener un hijo. Si lo tenía —ya fuese un niño o una niña—, lo aislaría del mundo, le daría una vida perfecta, a diferencia de la suya. El niño sería su *tabula rasa*, y mantendría a su hijo o hija a salvo de cualquier mal, a salvo de fantasmas, a salvo del hombre viejo...

Lo había vuelto a ver el día anterior. Estaba segura de que no era un fantasma; era real, demasiado real. Estaba sentado al volante de un automóvil negro y lustroso, estacionado al otro lado de la calle, vigilando la casa. Era la clase de vehículo que conduce el Demonio en las

películas, los típicos automóviles que se detienen en un cruce de carretera en medio de la nada e invitan al desdichado fugitivo a subirse, ofreciéndole un trato, un viaje de ida al Infierno. Sabía, aunque estuviese perdiendo la cabeza, que estaba dando rienda suelta a su imaginación, que no había ningún demonio que fuera por ahí conduciendo BMW negros y ofreciendo viajes a los tristes mortales. Pero el viejo era real. Cuando vio acercarse a Laura, arrancó el motor y se fue, y el vehículo se alejó deslizándose silenciosamente calle arriba hasta perderse de vista.

Laura se quedó paralizada. Una vez más estaba segura de haberlo visto en algún sitio. La noche anterior, cuando

por fin había conseguido conciliar un sueño inquieto y entrecortado, había obtenido la respuesta, envuelta en simbolismo, y aunque había captado el sentido en la pesadilla, cuando se despertó entre sudores fríos y sábanas mojadas, no consiguió recordarlo.

Había hablado a Alina del viejo, del demonio, y su fantasma había palidecido aún más, si es que era posible. A continuación, le había dicho: «No te preocupes. Ya me ocuparé yo de él cuando llegue el momento».

Alina se había desvanecido antes de que Laura pudiese preguntarle qué había querido decir.

En ese momento abrió los ojos y miró al lugar exacto donde Daniel había

estado la víspera, llamándola a gritos. No podía hacerle frente, no podía soportar hablar con él. Le partió el corazón verlo marcharse. Quiso echar a correr tras él. Aún más, quiso correr tan rápido como para detener el tiempo, para hacer que el planeta diese vueltas hacia atrás, como Superman, y borrar todo lo que había pasado desde el mes de agosto. Cambiar lo que había ocurrido en aquella casa. Así ella y su Danny todavía estarían juntos, todavía serían felices.

Se dio cuenta de que tenía la cara húmeda, de que estaba llorando.

«Ve a verle —le dijo una voz—. Habla con él.»

Encontró un pañuelo de papel y se

sonó la nariz, se secó los ojos. ¿Había alguna posibilidad de que lo suyo funcionase? ¿Después de todo lo ocurrido?

Abajo Oscar seguía llorando, berreando, y el ruido taladraba el cerebro de Laura, haciéndole imposible pensar con claridad. Necesitaba salir de allí. Se puso el abrigo y, examinando el jardín una vez más para ver si Alina estaba allí, pero sin verla, salió de la casa.



En ese momento, media hora más tarde, caminaba por la calle en la que había vivido hasta no hacía mucho. La lluvia

había deshecho la nieve, y solo quedaban unos pocos bloques de nieve sucia en los bordillos y algún que otro carámbano de hielo en los setos. Sus piernas la habían llevado hasta allí, pese a las protestas de su cabeza. Durante todo el camino había ido pensando: «No voy a seguir. Me volveré a casa de Erin y Rob enseguida. Dentro de un minuto». Pero no pudo dejar de andar, y ahora allí estaba. Había sido feliz allí, había vivido muy buenos ratos. Las lágrimas asomaron a sus ojos de nuevo y sintió que la embargaba una profunda sensación de nostalgia. Ojalá...

Cuando se acercaba al edificio de Daniel oyó un ruido y se volvió —¿sería el demonio?—, pero solo era un zorro,

cruzando la calle para alejarse de ella. Era un animal hermoso. El zorro se detuvo en mitad de la calzada y volvió la cabeza hacia ella. En ese instante un automóvil plateado, viejo y abollado, justo lo opuesto al flamante vehículo negro que conducía el viejo, chirrió al doblar la esquina y se abalanzó sobre el zorro. Laura dio un grito ahogado cuando el vehículo frenó de golpe, y cerró los ojos, con la certeza de que iba a oír el impacto del metal contra los huesos del animal.

Cuando los abrió, no había rastro del zorro. ¿Estaría bajo las ruedas? Salió corriendo a la calzada, tratando de verlo, dispuesta a recriminar a gritos su conducta a la mujer que iba al volante

del coche viejo, una mujer que la miraba fijamente, con una sonrisa en la cara.

¿Qué era lo que le hacía tanta gracia?

La puerta se abrió y del automóvil salió una mujer rubia con los dedos adornados con unos gruesos anillos plateados.

—¿Laura? —dijo. Hablaba con el mismo acento que Alina.

—¿Sí? ¿Quién es usted?

—Sube al coche.

—¿Qué?

La mujer sacó un cuchillo de debajo del abrigo.

—Sube al coche.

CAPÍTULO 39

Edward hablaba por teléfono en voz baja, dándome la espalda, de modo que no podía oír lo que decía. La policía de Breva debía de haber encontrado a alguien que hablaba nuestro idioma. Como Constantin. Estaba desesperado por oír lo que decía Edward e intenté situarme delante de él, pero no dejaba de darme la espalda y estuvo lanzándome miradas de fastidio hasta que desistí.

La llamada terminó.

—¿Y bien? —dije—. ¿Han estado en la casa? ¿Qué han encontrado?

Se pasó un dedo por la ceja.

—Nada.

—Por Dios, dime qué te han dicho.

Extendió la mano y esperó a que le diese su café. Me entró la tentación de chasquear con la lengua, como hacía él.

—Encontraron la casa, pero han dicho que estaba desierta.

—¿Qué quieres decir... ¿Como si no viviese nadie?

—Exacto. Ha dicho que estaba completamente vacía. No había comida en los armarios, ni más camas que un catre oxidado en lo que debería haber sido el dormitorio principal, con un

colchón pelado. No había platos en la cocina... ni tazas. Y, desde luego, ninguna señal de Constantin. —Tomó un sorbo de café e hizo una mueca—. Una cosa rara: parecía como si hubiesen reformado recientemente uno de los cuartos de la planta superior. Todavía olía a pintura, pero estaba completamente vacío. Encontraron algunos muebles en una de las habitaciones, una cómoda, un tocador, unas butacas viejas... Todos cubiertos con sábanas.

—Así que él se ha ido de allí. Y ha eliminado las pruebas.

Maldije entre dientes, aunque, para ser sincero, no esperaba que la policía fuese a encontrar algo. Por una parte, me

alegré. Quería que ese lugar, que cualquier rastro de lo que habíamos visto en aquella casa, quedase eliminado de la faz de la Tierra. Naturalmente, quería justicia para aquellas mujeres, para Alina, para los niños que habían muerto, pero esa posibilidad parecía tan remota... Una parte de mí quería oír que aquel lugar había quedado reducido a cenizas. Era un lugar dominado por el mal, y este mundo estaría mejor sin él.

Edward siguió hablando:

—Le he preguntado si constaba en algún registro quién había vivido allí. Ha dicho que el último residente, según su equivalente a nuestro registro de la propiedad, era una mujer que murió en 1991. La casa lleva vacía más de veinte

años.

—Pero no ha estado vacía.

—Quiero hablar con Laura —dijo.

—¿Por qué?

—Porque quiero ver si le han pasado las mismas cosas que a ti. Y... Bueno, me gustaría oír su versión de los hechos.

Lo miré fijamente y sentí como la ira, que había ido aplacándose en la cocina, volvía a apoderarse de nuevo de mí.

—¿Es que crees que me lo estoy inventando todo?

—No, no seas estúpido. Quiero ver si Laura recuerda algo que tú no recuerdas. Como, por ejemplo, que ella tal vez viera a Camelia en el tren. Puede que Laura haya tenido contacto con Camelia también, estas últimas semanas.

—Dios... Tienes razón...

—¿Cuál es la dirección de Laura?

Se lo dije y él la anotó en su libreta.

—Tal vez fue Camelia quien intentó empujar a Laura a la vía del metro. Oh, Dios mío... Seguro que fue ella quien mató a Jake.

—¿Camelia? ¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque debía de saber que yo había hablado con él. Y fue a verlo para sacarle información de lo que sea que anda buscando, creyendo que tal vez yo se lo dije a él y... tuvo que matarlo para que no me dijera que ella había ido a verlo. O tal vez lo mató porque se enfadó cuando vio que él no tenía la información que buscaba. —Hice una

pausa—. Y la única razón por la que no ha intentado matarme es porque todavía piensa que la llevaré hasta lo que quiere.

—Pero sí intentó matarte, ¿no es así?
El perro.

—A lo mejor solo intentaba asustarme.

—No lo sé, Daniel. Hay algo que no encaja. ¿Podría una mujer menuda y delgada como Camelia enfrentarse a alguien como Jake y empujarlo?

—Solo tendría que hacerle perder el equilibrio para empujarlo por el puente. Y sabemos que no trabaja sola. Seguramente fue el hombre del video. Los dos.

—Razón de más para hablar con

Laura.

—Pero se niega a verme. Ni siquiera puedo acercarme a ella.

Edward me dedicó una sonrisa maliciosa.

—¿Quién ha dicho que vas a venir tú también?

CAPÍTULO 40

La mujer rubia no habló en todo el camino. Miraba a Laura por el espejo retrovisor cada vez que se detenían en un semáforo. Laura había intentado abrir la puerta, pero el mecanismo de bloqueo de seguridad para niños estaba activado.

Cuando Laura intentó hablar para preguntar a la mujer quién era, qué hacía, descubrió que se había quedado sin voz. No solo eso, sino que todas las palabras de su cerebro se habían

esfumado. Todas menos una.

Putrefactoputrefactoputrefactoputref

—Deja de hacer eso de una puta vez —le soltó la mujer, quebrando el silencio.

Laura dirigió la mirada hacia ella.

—Morderte las uñas. Que lo dejes.

putrefactoputrefactoputrefactoputref

Laura se sentó sobre las manos.

La mujer refunfuñó.

—Maldito tráfico.

Laura se obligó a serenarse, a empezar a fijarse en las cosas. Podría necesitar esa información más tarde. La conductora era de Europa del Este. Muy guapa. Olía a tabaco. Se le veían las raíces del pelo. Llevaba anillos de plata. Rascaba con las marchas cada vez

que doblaba una esquina y reducía a segunda.

El ansia por apartarse las manos de debajo del cuerpo y volver a morderse las pieles de los dedos era casi insoportable.

¿Qué más? El vehículo era un Skoda, la marca favorita de los taxistas, y parecía muy viejo, pero no tanto como para no tener bloqueo infantil en las puertas. La tapicería del asiento contiguo tenía un desgarrón. Iban en dirección este, a través de Islington, enfilando Essex Road, y ahora estaban en Hackney, no muy lejos de Victoria Park. Siguieron avanzando, frenando y arrancando; estuvieron paradas largo rato detrás de un autobús y bordearon la

orilla de Hackney Marshes. Ahora ya estaban en pleno East London. El deprimido barrio de Leyton se veía lúgubre bajo el desvaído cielo invernal. Poco después se detuvieron en un tranquilo callejón frente a una casa contigua a una tienda que había quedado vacante. La puerta de la casa estaba tapiada con tablones y el jardín delantero se hallaba tan abandonado que la hierba crecía salvaje e invadía la calle.

La rubia salió del vehículo, lo rodeó y abrió la puerta del pasajero, amenazando a Laura con el cuchillo.

—Fuera.

Llevó a Laura a la parte de atrás de la casa, donde el jardín era aún más

salvaje que delante. En la puerta de atrás había varios cuarterones rotos. La mujer introdujo la mano por uno de los agujeros en el cristal irregular y abrió la puerta desde dentro. Una vez más amenazó a Laura con el cuchillo y le ordenó que entrara.

Laura pensó en salir corriendo, en intentar escapar, pero por segunda vez ese día, las piernas no obedecieron las órdenes de su cerebro.

«Voy a morir», pensó, y descubrió que no tenía miedo. La muerte, decidió, no sería innecesaria.

El interior de la casa estaba a oscuras. Olía a podrido...

Putrefacto.

Y no había lámparas ni bombillas. La

mujer la condujo a una sala cuadrada. Unas bolsas negras de basura tapaban las ventanas, por lo que la oscuridad era absoluta.

—¿Dónde narices está este hombre? —masculló la mujer, y a Laura se le aceleró el corazón. ¿«Este hombre»? ¿A quién se refería?

«Al demonio», le susurró una voz en su cabeza.

En ese momento sí sintió miedo.

Maldiciendo entre dientes, la mujer usó su teléfono para iluminar débilmente la habitación, registrando el cajón de un armario hasta encontrar lo que estaba buscando: dos velas y una caja de fósforos.

«Ahora no me está apuntando con el

cuchillo», pensó Laura. Era el momento idóneo para escapar. Sin embargo, una vez más, sus piernas no quisieron hacer lo que les decía. Estaba demasiado sobrecogida por cuanto la rodeaba: aquel lugar, el olor, las velas, los muebles de madera oscura. Todo era como en aquella casa, la casa donde habitaba el mal...

La mujer se volvió hacia ella con una sonrisa cruel en los labios.

—Bueno, pues parece que solo seremos tú y yo, Laura. Estos hombres... Son todos unos inútiles.

Soltó una risotada amarga y apuntó a Laura con el cuchillo, señalando un sofá que parecía rescatado de un vertedero de basura.

—Siéntate.

Laura acertó a articular unas palabras:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Solo quiero hacerte una pregunta —respondió la mujer. Había un bolso Prada de imitación en el suelo, a su lado, y la mujer se agachó para abrirlo y sacar de dentro un juego de esposas. Tiró del hombro de Laura, la obligó a volverse y le puso los grilletes en las muñecas.

—Así ya no te morderás las uñas —dijo. Apuntó a Laura a la cara con la punta del cuchillo—. Ahora escúchame bien y no digas nada. Voy a hacerte una pregunta y tú vas a decirme la verdad. Si no lo haces, te haré daño. Mucho daño.

Sujetó el suéter de Laura y, tirando hacia arriba de él, dejó al descubierto su sujetador.

—Te cortaré los pezones. Te arrancaré los ojos con el cuchillo. Joder, hasta te haré la circuncisión...

Laura estaba demasiado aterrorizada para hablar. «Has visto cosas peores — se dijo—. Tú puedes darle la vuelta a esta situación. Habla con ella, razona con ella. Es una mujer. Te soltará.»

Pero al igual que sus piernas traidoras, la lengua tampoco le funcionaba.

—Pero si me contestas —continuó la mujer—, si me dices la verdad, saldrás de aquí de una pieza, ¿lo has entendido?

En la sala hacía un frío de muerte,

pero Laura notó como las gotas de sudor le resbalaban por la espalda, lo mismo que notó algo húmedo en las mejillas. Eran lágrimas. Estaba llorando en silencio.

—Muy bien. Ahora te haré la pregunta. Cuando volviste de Rumanía llevabas contigo dos bolsas de viaje. ¿Dónde están? ¿Y qué hicisteis con el contenido?

Laura miró a la mujer, sin estar segura de haber oído bien la pregunta.

—¿Bolsas de viaje?

La mujer lanzó un suspiro, volvió a levantar el suéter a Laura y le hincó el cuchillo por debajo del sujetador, entre las copas, apoyando el frío filo sobre la piel de Laura. Lo empujó y el cuchillo

rasgó la tela. El sujetador se abrió, dejando al aire los pechos de Laura. La mujer le tomó el derecho y le pinchó el pezón con la punta del cuchillo, arrancándole un grito.

—¿Dónde está?

—¿Dónde están las bolsas? Las dejamos allí. En la comisaría de policía. En Breva.

La mujer la miró fijamente.

—No te creo. —Presionó la punta del cuchillo contra la garganta de Laura—. Lo habéis vendido, ¿no? Dímelo y todo esto acabará.

—No... No sé de qué me hablas.

—¡Mentirosa! —La mujer le gritó a la cara, salpicándole la frente con su saliva—. Como no me digas la verdad,

te mataré.

—Las dejamos en Breva. Lo juro. No entiendo qué... ¿Qué es lo que buscas?

La mujer la miró a la cara, a los ojos, durante varios segundos; luego dio un paso atrás y, para sorpresa de Laura, empezó a reírse con carcajadas histéricas. Se dobló sobre su estómago, dando grandes risotadas, casi incapaz de respirar. Miró a Laura y, recobrando el aliento, dijo:

—¿Me estás diciendo la verdad?

—Te lo prometo. Te lo juro.

Y con la misma brusquedad con que había empezado a reírse, la mujer cortó en seco las carcajadas.

—Después de toda esta historia, ahora resulta que las dejasteis en

Rumanía. Y ni siquiera sabes de qué te hablo, ¿a que no? Dios... —masculló algo para sí misma en otro idioma. A continuación, añadió—: Está bien. Esperaré aquí hasta que llegue él y podrás decírselo tú misma. Él decidirá qué hacer contigo. Yo ya estoy harta de toda esta mierda.

Toc, toc, toc.

La rubia se volvió hacia el origen del ruido.

—Debe de ser él. Ya era hora. ¿Por qué el muy imbécil no entra y ya está?

Salió de la sala. Laura oyó que se abría la puerta de atrás, luego un grito de mujer y un golpe sordo.

El hombre entró en la habitación, y Laura se asombraría más tarde de que no

se hubiese orinado encima en ese instante.

Era él.

El demonio.

—Hola, Laura —dijo el viejo.

Llevaba una barra de hierro en la mano. Se quedó mirándole los pechos desnudos durante largo rato, humedeciéndose los labios con la lengua, y luego le bajó el suéter para taparla.

—La llave —susurró; luego salió de la habitación y regresó al cabo de un momento para abrirle las esposas—. Ven conmigo —dijo—. Te llevaré a casa.

La sujetó de la muñeca y la levantó. Le rodeó los hombros con el brazo y la

ayudó a caminar hacia la puerta. Laura estaba mareada, muy débil, prácticamente incapaz de sostenerse derecha. Se miraba los pies, intentando no caerse. Cuando llegaron a la puerta de la sala, Laura oyó un ruido suave, como si alguien acabase de soltar una pesada maleta en el suelo, y una voz que le resultaba familiar exclamó:

—¿Camelia?

El viejo suspiró, apartó el brazo de los hombros de Laura y se agachó a recoger de nuevo la barra de hierro.

—Espera aquí —dijo.

CAPÍTULO 41

Estuve paseándome arriba y abajo por el apartamento, viendo oscurecerse el cielo al otro lado de la ventana, dándole vueltas a todo lo que habíamos estado hablando Edward y yo. Claudia Sauvage me había dicho que para superar mi TEPT tenía que confrontar lo que me había ocurrido, ir retirando progresivamente las capas protectoras que había ido construyendo en mi mente y enfrentarme a la realidad de los

hechos que tanto me habían conmovido.

Sin embargo, no solo no había ocurrido eso, sino que era como si me hubiesen arrancado todas esas capas de golpe, arrasadas por un fuego como el del cóctel molotov de la oficina de Edward, y en ese momento me sentía como aquel personaje de *La naranja mecánica*: atado a una silla, con los ojos abiertos a la fuerza, obligado a presenciar las escenas más terribles imaginables, las evidencias del lado más oscuro del ser humano. Sin previo aviso, el horror aparecía de improviso en mi vida real, invadiéndola por entero. Cuando miraba las fotografías enmarcadas de la pared, veía las

polaroids colgadas en aquella casa. Al entrar en mi dormitorio, encontraba a una mujer demacrada, con huecos vacíos en lugar de dientes, esposada a la cama, sonriéndome. Cuando el niño pequeño de un vecino lloraba, lo imaginaba encerrado en el interior de aquel minúsculo ataúd, aporreándolo desde dentro.

Me fui a la cocina, desesperado por tomar una copa, pero había tirado todo el alcohol por el desagüe del fregadero. Me clavé las uñas en la cara y respiré hondo varias veces seguidas, tratando por todos los medios de tranquilizarme.

Si me concentraba en resolver el rompecabezas, tal vez eso me calmaría los nervios. Camelia. ¿Qué era lo que

quería? Saqué una nueva hoja de papel e intenté resumir lo que sabíamos, o al menos lo que creíamos saber hasta entonces.

Camelia y su cómplice tenían las llaves del apartamento. Debieron de conseguirlas en Rumanía, lo que significaba que tenían que ser los ladrones del tren.

Habían entrado en mi casa, la habían registrado, se habían llevado mi portátil y luego lo habían devuelto. Era lógico suponer que habían examinado sus archivos, pero ¿por qué devolverlo? Cuando lo recuperé, escaneé el equipo en busca de virus y software malicioso, pero todo estaba limpio.

Luego habían vuelto con el perro.

Por último, Camelia había intentado seducirme en dos ocasiones; lo había logrado la segunda vez, pero se había interrumpido cuando no quise darle la información que buscaba.

¿De qué información se trataba? Algo ilegal.

Cerré los ojos y retrocedí en el tiempo hasta la noche en el tren. El ladrón —Camelia— se había llevado nuestros pasaportes, nuestro dinero, los pasajes y las llaves. Llevábamos otros artículos de valor en las bolsas, como la cámara. ¿Por qué no se la llevaron? Yo tenía el teléfono encima del pecho y habría sido muy fácil quitármelo, pero lo dejaron allí.

¿Por qué?

Porque... Presentía que tenía la respuesta delante de mis narices. Hice un esfuerzo por concentrarme. ¿Por qué iba alguien a llevarse únicamente aquellas cosas con las que más molestias podían ocasionarnos, como obligarnos a interrumpir nuestro viaje por Europa? Sin pasaporte, eso significaba que tendríamos que volver a casa. ¿Qué pretendían forzándonos a volver aquí? ¿Que nos fuésemos de Europa del Este? Casi parecía una broma pesada, simples ganas de crear problemas a la gente, no algo que pudiese beneficiar a una banda de ladrones.

Me enderecé de golpe. ¿Significaba eso que el robo no era el objetivo?

Volví a pensar en la cámara de videovigilancia, en el intruso que registraba armarios y cajones mientras la mujer sujetaba al perro. ¿De veras habían llevado allí al perro para que me atacase? ¿Y por qué usar un método tan retorcido cuando, simplemente, habrían podido esperar una oportunidad propicia para acabar conmigo? ¿Por qué el perro? Visualicé de nuevo al animal en la imagen borrosa, tirando de la correa, olfateándolo todo.

—¡Mierda! —exclamé.

Olfateándolo todo.

Ya sabía el porqué.



La espera hasta que Edward regresó fue un verdadero tormento. Por fin oí el motor de su automóvil fuera, y al cabo de un momento llamó al timbre de la puerta. Había estado dándole vueltas y más vueltas a mi razonamiento y estaba seguro de que era completamente lógico. Ya sabía qué era lo que buscaba Camelia. Ya sabía de qué iba todo aquello.

Era un asunto relacionado con drogas.

Era lo único que tenía sentido. Camelia y su cómplice, quienquiera que fuese, nos habían metido droga a Laura y a mí en las bolsas. Luego se llevaron los pasaportes porque sabían que así no tendríamos más remedio que volver a

Inglaterra. Dos ingleses de clase media, de aire respetable, normales, que, al ser del todo ajenos a lo que llevaban en el equipaje, se comportarían con toda la naturalidad del mundo y no despertarían sospechas. Las mulas perfectas. El plan debía de consistir en buscarnos cuando estuviésemos de vuelta en Londres y recuperar la droga antes de que la encontrásemos nosotros.

No podían saber que nos echarían del tren. Ni que dejaríamos las bolsas en una comisaría de policía de Rumanía. Me entró la risa al pensar en aquello. Me habría encantado verles las caras cuando se enteraron de eso. Entonces pensé en lo que habría pasado si Laura y yo no hubiésemos dejado las bolsas allí,

si nos habrían detenido en la aduana por intentar introducir droga de forma ilegal en el país, y se me quitaron las ganas de reír.

Volví a repasarlo todo. Habían entrado en mi casa, la habían registrado y luego habían vuelto con un perro para ver si podía olfatear el rastro de la droga. Pensé que habrían dejado allí al animal cuando no encontró nada, probablemente en un arrebato de cólera, para castigarme. Entonces Camelia había vuelto otra vez en un último intento, a todas luces convencida de que yo había vendido la droga: ese era el asunto ilegal que quería que admitiera.

Llevado por la euforia del momento, orgulloso por haber desentrañado el

misterio, no me paré a pensar en el resto de los detalles: qué relación tenía aquello con todas las cosas horribles y extrañas que habían estado ocurriendo últimamente. Como, por ejemplo, ¿qué esperaban conseguir arrojando un cóctel molotov a la oficina de Edward? ¿Habían matado ellos a Jake? Y si así era, ¿por qué diablos lo habían hecho? ¿Por qué intentar empujar a Laura a la vía del metro en lugar de intentar sacarle información? Si lo hubiese pensado más detenidamente, me habría dado cuenta de que toda aquella violencia no encajaba con mi teoría. Si yo fuese un peligroso traficante de drogas no iría por ahí dando rodeos y perdiendo el tiempo. Habría esperado allí, en mi

casa, a que llegara yo, me habría sentado en una silla y me habría torturado para sacarme toda la información.

Sin embargo, convencido de que había resuelto el rompecabezas, no me hice ninguna de aquellas preguntas. Lo que más me intrigaba era saber por qué habían tardado tanto tiempo en intentar recuperar la droga. Habían pasado tres meses. ¿Qué explicación tenía para eso?

Edward entró en el apartamento y antes de que pudiera abrir la boca para contarle mi momento de «¡eureka!», dijo:

—No te creerás lo que acabo de ver.

Me indicó que entrara en el salón, como si aquella fuera su casa, y se sentó

desplomándose en el sofá. Yo permanecí de pie.

—Pues... fui a la dirección que me diste, donde está viviendo Laura. Cuando aparqué, vi a una mujer en la puerta. Era ella.

Señaló una foto de Laura en la pared.

Edward prosiguió:

—Estaba a punto de salir del coche y llamarla, pero se fue al jardín. Se comportaba... Bueno, yo no la conozco, no sé cómo es normalmente, pero actuaba de forma un poco extraña. Como si estuviera en estado de *shock* o algo así. Como si no supiera dónde estaba.

»Fui y me asomé por la puerta. Era raro, oía la voz de una mujer en el jardín, pero no veía a nadie. No quería

asustarla, porque pensé que entonces no querría hablar conmigo, pero quería ver qué estaba haciendo. ¿Hablaban con alguien? Solo oía una voz. La voz parecía asustada, casi... al borde de la histeria.

—Así es como ha estado últimamente —dije.

Asintió.

—El caso es que abrí la puerta del jardín con el máximo sigilo posible y entré. Ahora veía a Laura perfectamente. Estaba gesticulando, imitando lo que parecía a una persona golpeando a otra, y entonces me di cuenta de que hablaba con otra persona.

Hizo una pausa dramática y luego dijo:

—Describeme a Alina.

—¿Alina? Era bastante alta, delgada, con la piel muy clara. El pelo negro con mechas rojas. Llevaba una chaqueta de cuero negro y vaqueros negros. Bastante guapa, si te gusta ese estilo. ¿Por qué quieres saber eso ahora?

—Porque acabo de ver a Laura hablando con ella.

—¿Qué? Pero...

—Daniel, a menos que yo también haya desarrollado la capacidad de ver fantasmas, Alina está vivita y coleando.

QUINTA PARTE

RUMANÍA
AGOSTO-
NOVIEMBRE
DE 2013

CAPÍTULO 42

Alina se detuvo al adentrarse entre los árboles y levantó la vista hacia el tupido manto que cubría el bosque, el entramado de ramas negras bajo el cielo, entre las que se filtraba el tenue reguero líquido de la luz de la luna. Alina era una chica de ciudad. No dudaría un segundo si tuviera que pasar por un callejón sumido en la oscuridad, o cruzar uno de los barrios más peligrosos de Sibiu. Prefería mil veces

los rincones más sórdidos de la ciudad antes que aquel lugar tan silencioso, capaz de ponerle los pelos de punta a cualquiera.

Pese a todo, estaba a punto de mearse encima, y no pensaba ponerse en cuclillas delante de aquella pareja de ingleses, aunque le prometiesen no mirar. Encontraría un lugar allí mismo, a la orilla del bosque, y entonces podrían continuar su camino, para que ella intentase seguir adelante con el plan, asegurarse de que funcionaba a pesar de lo que había pasado.

La idea había sido de Ion. Ion... Aún no sabía si aquel hombre le gustaba de verdad o no. Era guapo, seguro de sí mismo y bueno en la cama, sin ningún

complejo, a diferencia de algunos de los escritores y artistas más sensibles con los que había estado. Cuando Ion había dicho a Daniel que estaba escribiendo un libro, ella había tenido que hacer un esfuerzo para aguantarse la risa. Ion había tomado prestada esa frase de un ex de Alina, un tipo del que Ion se burlaba constantemente. Toda esa historia de que Alina colaboraba con él en una novela gráfica también era mentira. Ion no sentía ningún interés por su trabajo, aunque sí le gustaba cuando ella dibujaba mujeres desnudas, le pedía que las dibujara con más tetas, con más curvas y más culo. En el fondo era un idiota. Ni siquiera era tan duro, pese a toda su fanfarronería. Era un estafador y

un soñador. No era un tipo violento. No habría estado con él de haberlo sido.

En fin, el caso es que cuando todo aquello hubiese terminado, cuando recibiese su parte del dinero, había decidido dejar a Ion. Usaría el dinero para comprarse tiempo suficiente para terminar su novela gráfica. Se llamaba *Mirela* y era la historia de una chica que recorre el mundo buscando venganza después de morir a manos de una banda de asesinos en serie. Mirela encuentra a todas las personas relacionadas con su asesinato y los mata de formas tan variadas como imaginativas. Alina ya llevaba dos años trabajando en ella, dedicándole cada minuto de su tiempo libre, fuera de horario en su trabajo de

mierda como camarera, tiempo en que se sumergía en aquel relato de sangre y sed de justicia.

No creía que a Ion fuese a afectarle demasiado que rompiese con él. Ion también tendría su parte del dinero, y Alina sabía que sentía cierta debilidad por Camelia, que se había ido a Londres el año anterior, persiguiendo su sueño de hacer fortuna allí. Lo último que había sabido de ella era que estaba trabajando de bailarina de estriptís o algo así. Seguro que lo hacía bien: desde que tenía catorce años, Camelia llevaba enseñándoselo todo a los chicos a cambio de dinero. Comerciaaba con su belleza —una belleza provocativa y vulgar—, y Alina estaba segura de que

la chica acabaría casándose con un millonario, o muerta en un callejón. En cualquier caso, su destino estaba en las manos de un hombre.

Alina era distinta. Ella iba a labrarse su propio camino, tendría éxito o fracasaría en función de su talento o su suerte. Aceptaba que a veces otras personas acabasen siendo víctimas colaterales por el camino. Se sentía culpable por arruinar las vacaciones a la pareja de ingleses, por ejemplo, pero tampoco demasiado. Ellos ya tenían dinero, ya eran unos privilegiados sin saberlo, unos blandos y unos ingenuos. ¿Qué era lo peor que podía pasarles? Tal como Ion había señalado, a la gente como ellos —personas íntegras, ingleses

de clase media— no los paraban en los aeropuertos. Si les robaban el pasaporte, tendrían que interrumpir su gran viaje por Europa. ¡Oh! ¡Qué pena le daban! Volverían a su país, se casarían, empezarían a tener niños y no tardarían en olvidarse de su aventura truncada. Lo mejor de todo es que nunca llegarían a saber lo que habían introducido en el país al pasar por la aduana. Vivirían en una plácida ignorancia, mientras Ion, Alina y, por desgracia, Camelia experimentaban, por primera vez en sus vidas, lo que era tener dinero.

Todo había empezado con un golpe de suerte. Ion conocía a un tipo llamado Kris que había timado a un narcotraficante de Sibiu y había dado la

cocaína a Ion para que se la guardase mientras él intentaba convencer al narcotraficante de que era inocente. Ion, que soñaba con ser un gánster pero era demasiado blando para hacer algo al respecto, le había seguido el juego, pensando que así impresionaría a sus amigos. Por desgracia, como cabía esperar, el traficante y su banda habían torturado y matado a Kris. Ion, temiéndose que sería el siguiente, había sugerido a Alina que se marchasen fuera un tiempo. Se lo vendió como una aventura romántica.

Entonces llegó el golpe de suerte. Habían llegado hasta Hungría cuando Ion oyó que los traficantes habían sido detenidos y acusados del asesinato de

Kris. Permanecerían entre rejas una buena temporada. En ese momento, Ion confesó a Alina que llevaba medio kilo de cocaína pura en la maleta.

Ella se puso furiosa. Ion había introducido la droga a través de la frontera húngara. ¿Era tan estúpido que no sabía lo que le pasaba a la gente a la que descubrían con semejante cantidad de droga encima? Aquello significaba la cárcel de por vida. Para los dos.

Pero Ion tenía un plan, que le explicó a lo largo de la siguiente hora. El plan implicaba a Camelia, cosa que puso a Alina en guardia de inmediato. Sin embargo él ya había hablado con aquella zorra y esta le había asegurado que conocía a alguien, a través del club de

estriptís donde trabajaba, que estaría interesado en comprar la droga.

—No puedo venderla si volvemos a casa —dijo él—. Es demasiado arriesgado. Si la banda a quien pertenecía la droga en un principio lo descubre, soy hombre muerto.

Así que necesitaban llevar la coca a Londres.

Alina lo miró fijamente. Meter la droga en Hungría ya era una estupidez, pero ¿introducirla a través de un aeropuerto, o por barco, en el Reino Unido? Eso era una locura. Hablaron un rato sobre el Eurostar y sobre lo arriesgado que podía ser eso, cuando Ion dejó caer que seguro que a él lo pararían y le registrarían el equipaje en

la frontera porque tenía una condena previa por posesión, cosa que Alina no sabía.

—Tú, en cambio, sí podrías hacerlo —dijo—. Si me quieres...

—¿Quién te ha dicho que te quiero? —exclamó ella—. No pienso hacerlo. Es demasiado arriesgado. No voy a arriesgarme a ir a la cárcel.

Estuvieron discutiendo un poco más hasta que al final Ion dijo:

—Entonces tendremos que encontrar a alguien que la lleve por nosotros.

Antes de eso, decidieron volver a Rumanía, a Sibiu. Tendrían que cruzar la frontera de nuevo, pero a la ida los guardias iban ya medio dormidos en el tren. Si tomaban el nocturno de vuelta,

seguramente los guardias estarían ya groguis.

Vieron a la pareja de ingleses en la estación de Budapest. No parecían los típicos mochileros: parecían ir más aseados, tenían un aire más sofisticado y la cámara que llevaba el chico no era de las baratas. Ion dio un codazo a Alina y le susurró su plan al oído. Era un disparate.

—¿Por qué no vamos al aeropuerto y busquemos allí a una pareja inglesa? — sugirió Alina.

Ion sacudió la cabeza.

—¿Qué oportunidad vamos a tener en un aeropuerto de meterle la droga a alguien en la maleta? Estos dos son perfectos.

Volvieron a discutir hasta que al final Ion lanzó un suspiro y dijo:

—Está bien, ya veremos si se nos presenta una oportunidad, y si no, lo olvidamos.

Ella accedió, con la certeza casi absoluta de que no iba a pasar nada, de que iban a acabar de vuelta en casa con la droga.

Solo que... sí surgió la oportunidad. Ion se puso a charlar animadamente con ellos, inventándose que iban a visitar a los padres de Alina, cuando estos en realidad estaban muertos. Al principio Alina se sintió incómoda y cohibida, intimidada por aquella pareja de ricos ingleses, hasta que se dio cuenta de que no tenía razones para sentirse así y

decidió seguir la corriente a Ion y mostrarse simpática con ellos. Lo cierto es que le caían bien, sobre todo Laura, que era muy amable y mucho menos pretenciosa o engreída de lo que Alina esperaba. Sintió simpatía por Laura cuando aquel cerdo se puso a mirarla descaradamente. Daniel también parecía un buen tipo, aunque con la típica manía de hablar de sí mismo todo el tiempo, pero Alina seguía pensando que no iban a tener oportunidad de meter la cocaína en las bolsas de la pareja, a menos que alguno de los dos se los llevase a ambos al vagón restaurante o que tuviesen que ir al baño precisamente al mismo tiempo y dejaran su equipaje al cuidado de sus nuevos amigos.

Entonces Ion vio el compartimento vacío del coche cama y los convenció para que fuesen a echar una cabezadita, prometiéndoles que estarían ojo avizor por si venían los guardias. Cuando se fueron, Ion y Alina permanecieron en tenso silencio durante un rato hasta que Ion dijo:

—Espera aquí.

Se levantó y salió del vagón con su bolsa a cuestas. Cuando regresó, cinco minutos más tarde, estaba sudando.

—¿Y? —susurró ella.

—Ya está. Ya lo he hecho —contestó él, hablando también en voz baja—. Estaban los dos dormidos como angelitos. Doscientos cincuenta gramos en cada bolsa. Los dos llevaban otra

bolsa con ropa sucia dentro del equipaje. He metido la coca ahí dentro.

—¿Dentro de la bolsa de ropa sucia?

—Sí. Bueno, he pensado que no van a parar a lavarse la ropa interior antes de volver a casa. Me he llevado los pasaportes, los pasajes y las tarjetas bancarias. Además me he llevado unas llaves, por si Camelia las necesita, y también el teléfono de la chica, un Samsung de los buenos. Daniel solo tiene una porquería de iPhone 5, todo rayado y con la pantalla rota, así que no me he molestado. No entiendo por qué la gente no cuida de sus *gadgets*...

Alina sacudió la cabeza, preguntándose si no sería todo un sueño.

—¿De qué hablas? ¿Y qué hay de los

guardias? ¿Qué pasará cuando vayan a revisarles el pasaporte? ¿No los detendrán?

—¿Por qué? Por eso soy un genio, ¿ves? Les dirán que tienen que abandonar Rumanía, que en cuanto lleguemos al final de trayecto, tendrán que volverse a su país. Supongo que los llevarán directos al aeropuerto y los subirán a un avión de vuelta a Inglaterra. El caso es que, pase lo que pase, no tendrán más remedio que regresar a su país.

—Un genio —se burló ella, riendo, ante lo cual Ion pareció dolido.

—¿Se puede saber por qué eres así de zorra conmigo? Seguro que no te quejas tanto cuando tengas tu dinero.

—Perdona —dijo Alina, arrepentida.
Él refunfuñó unos segundos.

—Bien. Me muero de hambre. Ya habrán abierto el servicio del vagón restaurante. Voy a comer algo. Mientras, a lo mejor puedes recapacitar un poco y pensar por qué siempre eres tan zorra conmigo.

Alina lo vio salir de mal humor del vagón, en dirección opuesta al coche cama, y su arrepentimiento por haberlo tratado así se transformó en enfado. Estaba harta de que la llamasen «zorra». A lo mejor debería convertir a Ion en uno de los personajes de su novela gráfica, una de las víctimas misóginas de Mirela...

Unos minutos después de que Ion se

hubiese ido, la puerta por la que había desaparecido se abrió y entraron los guardias de fronteras. Despertaron a los demás ocupantes del vagón y comprobaron sus pasaportes. Estuvieron hablando un buen rato en voz baja con un pasajero que quedaba fuera del campo visual de Alina.

Estaba tensa y había empezado a sudar. No tenía tanta confianza como Ion en qué harían los guardias cuando descubriesen que la pareja de ingleses viajaba sin pasaporte. ¿Y si les registraban las bolsas? El plan terminaría antes de empezar, aunque se recordó a sí misma que no había nada que relacionase la droga con Ion y ella. Aun así, eso implicaría perder un dinero

con el que ella ya estaba contando. Intentó relajarse, pero cuando le tocó el turno de mostrar el pasaporte a los guardias, estaba tan nerviosa que se le resbaló de las manos y se le cayó al suelo, cosa que provocó la ira de los guardias, que la increparon y le dijeron que se diese prisa. Por algún motivo, estaban de muy mal humor, y extremadamente alertas. Conque iban a estar medio groguis... Mientras recogía el pasaporte, alguien pasó por su lado en dirección al vagón del coche cama, pero Alina solo alcanzó a ver unas piernas de hombre.

Al final, después de avasallarla con un montón de preguntas y hacerla sudar, los guardias salieron del vagón y se

dirigieron hacia el coche cama. ¿Dónde se habría metido Ion? Estaría charlando con la camarera del restaurante, seguro. Alina se levantó, fue al otro extremo del vagón y se asomó al siguiente, pero no había rastro de Ion. Cuando se volvió, vio al hombre mayor al que había ayudado a subir las maletas andando hacia ella por el vagón, seguramente volvía de usar el baño, situado justo antes del coche cama. Le sonrió, esperó a que ocupara su asiento y, a continuación, se dirigió al coche cama y se asomó a mirar por el cristal mugriento.

Vio a los guardias de pie delante de uno de los compartimentos. ¿Sería el de Daniel y Laura? Luego, uno de los

guardias se separó del grupo y salió corriendo hacia Alina, cruzó la puerta, a punto de llevársela a ella por delante, y desapareció a toda prisa por la puerta situada al otro extremo del vagón. Ella regresó a su asiento y esperó, deseando que Ion volviese cuanto antes. ¿Y si Ion se equivocaba sobre lo que iban a hacer los guardias? ¿Y si detenían a los ingleses y les registraban las bolsas? De pronto le dio un súbito ataque de mala conciencia. Le caían bien. Parecían buenas personas, inofensivos. Una pareja feliz con un futuro prometedor, que planeaba tener hijos y casarse. Si los guardias encontraban la droga, eso destrozaría las vidas de Daniel y Laura para siempre. Además, pensó

egoístamente, el dinero que Ion le había prometido se esfumaría antes incluso de que llegara a sus manos.

El guardia de fronteras volvió andando por el vagón, acompañado del revisor del tren. A través de la puerta abierta Alina oyó cómo levantaban la voz e, inmediatamente después, las protestas de Daniel. ¿Qué debía hacer ella? Los pasaportes y los pasajes estaban allí, en la maleta de Ion, y Alina podía sacarlos y decir a Daniel y a Laura que se los habían dejado olvidados allí en el asiento.

Si conseguía razonar con los guardias, convencerlos de que había visto a la pareja inglesa con los pasajes y pasaportes cuando la policía húngara

había subido para comprobarlos, que eran las víctimas inocentes de un robo, unos extranjeros insensatos que no entendían que no podían estar en el coche cama... Era la mejor opción. Pasó deslizándose a través de la puerta y se sumó a la fiesta.

Pero al final la cosa no había salido bien, ¿no?

Joder, decir eso era quedarse increíblemente corto.



Abriéndose paso por en medio del bosque, haciendo crujir las ramas bajo sus pies, con la mirada puesta en un punto donde poder mear, unos pocos

metros más adelante, casi le entró la risa. Los guardias habían reaccionado con una hostilidad extrema, la habían llamado «zorra *punky* de mierda» y ella se había cabreado, había perdido la calma y los había llamado «perros fascistas». Y eso fue la gota que colmó el vaso. Acto seguido, los hicieron desfilar de vuelta al vagón —con Ion aún en paradero desconocido— y el tren empezó a aminorar la marcha hasta detenerse por completo en una estación de mala muerte, donde los echaron a patadas del tren. Se había dejado el teléfono y no llevaba dinero encima. Se moría de ganas de llegar a una cabina telefónica para llamar a Ion y decirle lo idiota que era y que todo aquello era por

su puta culpa.

Alina se desabrochó los vaqueros y se los bajó. Los llevaba tan ceñidos que era imposible ponerse de cuclillas sin caerse hacia atrás o salpicarse la ropa de orina. Aquello era ridículo. Se desató el cordón de una bota y se la quitó para poder sacar una de las perneras de los vaqueros. Muy bien, aquello ya estaba mejor. Se alegró aún más de que no la viese nadie.

Estando allí agachada, pensó que a pesar de aquel contratiempo, la situación aún podía enderezarse. El plan todavía podía funcionar. La cocaína seguía dentro de las bolsas, nadie la había descubierto. Daniel y Laura no tenían pasaportes ni forma de obtener

dinero. No tendrían más remedio que volver a casa. Cuando llegasen al pueblo, podrían hacer autostop o vender aquella cámara tan sofisticada para conseguir dinero para los pasajes de tren. Ella acompañaría a la pareja hasta Bucarest, los animaría a subirse a un avión e informaría a Camelia del número de vuelo. Sería tarea de Camelia salir al encuentro de la pareja, con la ayuda de alguno de sus turbios colegas: un par de atracadores con navajas. Daniel y Laura no opondrían resistencia.

Sí, aún podía funcionar. Y así ella tendría su parte del dinero. Sin hacer daño a nadie salvo por las vacaciones truncadas de la joven pareja inglesa.

Terminó y se puso de pie, subiéndose

las bragas y deslizando la pierna de nuevo en el interior de los vaqueros. Buscó su bota y oyó un ruido. Sintió que se le aceleraba el corazón.

¿Había alguien allí? Escudriñó la oscuridad y oyó más ruidos —un crujido, seguido de un chasquido—, pero antes de que le diese tiempo a gritar, una mano le tapó la boca y otra la agarró del cuello, percibió un aliento cálido en el oído y una voz le susurró que si se resistía o gritaba, la mataría.

CAPÍTULO 43

¿Dónde cojones estaba Alina?

Ya de vuelta en Sibiu, Ion no podía hacer nada —no podía comer, no podía cagar, no podía dormir— sin que aquella pregunta se le apareciese parpadeando en luces de neón dentro de su cabeza. Habían pasado ya más de dos días desde que la vio allí plantada en el andén, convertida en una silueta que se fue haciendo cada vez más y más pequeña a medida que el tren ganaba

velocidad. Los dos ingleses estaban junto a ella, con las dos bolsas a su lado, en el suelo. Se concentró en las bolsas y se le hizo un nudo en el estómago al ver como su preciosa droga, todo aquel dinero en forma de polvo, se desvanecía a lo lejos.

Aunque todo saldría bien, pensó mientras regresaba a su sitio para no atraer la atención de los guardias. Alina estaba allí. Ella se aseguraría de que el plan siguiese adelante, de que Daniel y Laura se subiesen a un avión de vuelta a su país. Tal vez tardaran más de lo previsto en llegar a Bucarest y subirse a un avión si ninguno llevaba dinero encima, pero Alina era una chica lista. Ion sabía, pese a sus continuas

referencias afirmando que era un genio, que ella era mucho más lista que él. Ojalá lo hubiesen echado del tren a él también o hubiese visto a tiempo lo que ocurría para poder saltar detrás de ellos, pero había estado demasiado ocupado charlando con una chica muy guapa en el vagón restaurante. Aun así, al menos los ingleses no estaban solos. Si hubiesen sido solo ellos dos, seguramente se perderían en el bosque y acabarían devorados por los osos...

Así que Ion esperó. Con tantas emociones, estaba muerto de cansancio y dormía muchísimo, como el gato que tenía de mascota. Se aseguró de que su teléfono estuviese cargado a todas horas, y lo tenía justo al lado. Como el

cuerpo le pedía fumar algo de hierba, vendió el Samsung de la chica inglesa y pasó unas cuantas horas de felicidad entregándose a su vicio más herbáceo. Vio un montón de pelis porno en su viejo ordenador. Y esperó a que Alina llamase por teléfono o se presentase en la puerta.

Pero no hizo ninguna de las dos cosas.

Así que, ¿dónde cojones estaba?

CAPÍTULO 44

Alina se despertó e intentó instintivamente rodar sobre la cama para ponerse de costado, pero las piernas no le respondían. Todas las mañanas empezaban igual: ella intentaba mover las piernas y luego se despertaba de golpe y recordaba que tenía los tobillos atados a la cama. Y entonces, mientras la luz del día se colaba por las delgadas rendijas de los tablones de madera que tapiaban las ventanas, todos los demás

recuerdos, el horror de su situación, volvían a hacerse presentes con toda su crudeza.

Cuando se recuperaba de la fase diaria de estupor, siempre se incorporaba en la cama —eso sí podía hacerlo— y se asomaba a mirar dentro de la cuna, a comprobar que el pequeño Luka estaba bien, esperando a que el monstruo entrara en la habitación y lo sacara de la cuna para entregárselo a ella. Entonces Alina lo mecía en sus brazos y lo colmaba de besos, besándole la cabeza, ese suave y frágil cerco bajo la pelusa de su pelo, e incluso cuando lloraba, a ella no le importaba. A pesar de todo —a pesar de todas las cosas que le hacía el monstruo, a pesar del miedo

terrible a correr la misma suerte que la madre de Luka—, mientras tuviese a aquel bebé del que cuidar, podría soportarlo todo.

Oyó movimiento en la escalera y se preparó mentalmente. A veces él le traía el desayuno: panecillos, agua, carne. Animales que habría atrapado en el bosque, imaginaba ella. Inspeccionaba la habitación, paseándose por ella mientras Alina comía, examinando la serie de polaroids en la pared, como si fuera el visitante de una macabra exposición fotográfica. La primera noche había un pequeño ataúd allí dentro, pero hacía ya mucho tiempo que no estaba.

El monstruo era más bajo que ella,

como Ion, y tenía la nariz aguileña y el pelo lacio, del color de una rata de cloaca. Estaba calvo por la coronilla, que llevaba llena de cicatrices. Presentaba la palidez de un hombre al que nunca le da la luz del sol y la piel siempre se le veía mugrienta. Tenía los dientes amarillos y la boca mellada, y una capa blanca le recubría la lengua.

Otras veces entraba, la ignoraba por completo y le entregaba a Luka junto con un biberón de leche antes de salir de la habitación. La desataba y cerraba la puerta con llave, y dejaba que se paseara por el cuarto, que jugara con Luka. Alina intentaba no mirar las polaroids, a los niños y las mujeres que habían muerto allí. Sabía que la foto de

Luka estaba entre aquellas instantáneas, pero el monstruo todavía no había colgado la suya, a pesar de que una mañana la había deslumbrado con el *flash* de la cámara. Puede que no la añadiese a la serie hasta que estuviese muerta. Tal vez era así como funcionaba la cosa.

El monstruo siempre dejaba comida para Luka, tarros de papillas infantiles, junto con champú, cremas y pañales. Le daba instrucciones para asegurarse de que el bebé estaba bien alimentado, limpio y en buen estado de salud. Se dio cuenta enseguida de que aquel era su papel: el de una niñera esclavizada. Y eso no habría estado tan mal —algo terrible, pero no era la peor desgracia

del mundo— de no haber sido por el otro papel que también debía desempeñar.

Porque las peores mañanas, una o dos veces por semana, él le retiraba las sábanas, le ataba las muñecas a los postes oxidados de la cama y, después de aplicarse alguna clase de lubricante sobre él mismo, se montaba encima de ella y la penetraba. Alina cerraba los ojos y trataba por todos los medios de no respirar su aliento fétido, el hedor del olor corporal que desprendía su cuerpo. Después de correrse y de apartarse de ella, Alina se moría por lavarse en el lavamanos que había en el rincón de la habitación, por usar un poco de jabón infantil para asearse. Pero él

no se lo permitía. En lugar de eso, cada vez que abusaba de ella, él le hacía levantar el culo y le colocaba un cojín debajo, elevándola unos centímetros para que su semen no se le saliese de dentro. Siempre la dejaba así durante una hora, desnuda y expuesta, con las manos y los pies atados a la cama, antes de regresar y desatarla. A veces las moscas aterrizaban sobre su cuerpo y le recorrían la piel, y ella daba sacudidas y zarandeaba el cuerpo, incapaz de sacudírselas mientras le chupaban la carne.

Cada vez se quedaba tumbada llorando horas y horas, abrazando al pequeño Luka, rezando a Dios para que la semilla del monstruo no hallase

terreno fértil en ella. Para que su cuerpo
la rechazase.

CAPÍTULO 45

Ion bajó del autobús, ciñéndose el abrigo, y miró a uno y otro lado de la calle, a los edificios prefabricados, a las mujeres de semblante adusto que empujaban carritos de bebé y a los automóviles con matrículas viejísimas. Había hecho una búsqueda en internet: Brevia había sido en el pasado una próspera localidad minera, e incluso había un museo del oro. Se rio sin ganas ante la idea de que algún turista visitase

aquel lugar. ¡Ja! Estaba seguro de que ni Daniel ni Laura habían incluido aquel pueblo fantasma en su maravilloso itinerario.

Cuando pasaron varios días y vio que Alina seguía sin llamar, Ion empezó a preocuparse de verdad. Telefoneó a Camelia a Londres y le pidió que comprobara si Daniel y Laura estaban en casa. Ella había accedido de mala gana y lo llamó luego para informarle de que había luces encendidas en el apartamento, que había visto movimiento en el interior. Se quedó merodeando por allí hasta que alguien que encajaba con la descripción de Daniel salió a la calle a tirar la basura.

De modo que ya habían vuelto.

—Te enviaré las llaves —dijo Ion a Camelia— para que puedas entrar en el apartamento y registrarles las bolsas. A estas alturas ya deben de haber encontrado... el material. —Estaba paranoico y no quería mencionar la palabra «droga» por teléfono—. ¿Puedes echar un vistazo a las noticias inglesas? ¿Ver si hay algún artículo que hable que unos turistas han encontrado..., mmm..., cosas en sus bolsas de viaje?

Camelia se rio de una forma que hizo que los huevos se le pusieran por corbata.

—Ion, no me lo puedo creer.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿De verdad piensas que tu

novia —pronunció la palabra con un desprecio absoluto— ha seguido tu plan original? ¿Qué harías tú si estuvieses en su lugar? Quedarte con el *material* y desaparecer. Venderlo y quedarte con todo el dinero para ti solito.

—No es verdad.

—Bueno, pues yo sí. Y eso es exactamente lo que haría Alina. Se quedaría con el dinero y se lo gastaría en comprarse lápices y blocs para sus estúpidos cómics. Te apuesto mil libras..., mierda, llevo aquí demasiado tiempo..., que eso es justo lo que ha hecho. No correría el riesgo de dejar que la pareja de ingleses cruzase la aduana con ese cargamento, y por cierto: menuda mierda de idea, probablemente

la peor que has tenido en tu vida, y eso que era difícil.

—Eh, era una idea genial.

Camelia estuvo riéndose de eso un buen rato. Ion no salía de su propio asombro: incluso cuando se burlaba de él como en ese instante, a él le resultaba imposible no imaginarse los maravillosos pechos de Camelia, que ella le había enseñado una vez a cambio de un poco de hierba.

—Acéptalo, Ion. La droga...

—¿Cómo dice? ¿Quién es usted? No sé de qué me habla...

—Has perdido el material. Tu princesa *punky* se lo ha llevado y nunca más volverás a verla. Y después de que me prometieras una parte del dinero,

ahora no tengo más remedio que seguir desnudándome delante de una panda de pervertidos con la polla flácida. Muchas gracias.

Colgó el teléfono.

Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que Camelia tenía razón. Joder, seguramente Alina ya tenía planeado que los echaran a ella, a Daniel y a Laura del tren; armar una buena pelea con los guardias, enfurecerlos y montarles tal espectáculo que no tuvieran más alternativa que detener el tren y echarlos a los tres. Luego ella sacaría el material..., la coca —se recordó que ahora podía decirlo, que solo estaba hablando consigo mismo—, de las mochilas y

encontraría a alguien que se la comprara.

Furioso, se fue al dormitorio donde Alina había dejado parte de su trabajo, el cómic en el que había estado trabajando durante meses, y lo hizo trizas. No se sintió mucho mejor, así que le dio un puñetazo a la pared, pero eso le dolió una barbaridad. Lanzó un alarido, que hizo que el gato saliera disparado de la habitación, y luego miró alrededor, a la pocilga donde vivía. Necesitaba ese dinero. Ya había planeado todo lo que iba a comprar con él: el nuevo televisor, la silla de *gamer*, la alfombra de piel de oso. Se lo habían robado todo.

Pero Alina no iba a salirse con la

suya.



Encontró una habitación barata y pequeña en un hotel de Breva que olía a repollo y a flatulencias derivadas de la ingesta de repollo, y soltó la bolsa en la cama. Se sentía como un cazarrecompensas, siguiendo el rastro de Alina.

Ya había estado en la estación donde habían ido a parar ella y los ingleses tras su expulsión del tren. El lugar daba escalofríos y no se veía ni un alma por allí, salvo la pequeña jauría de perros que merodeaban por las inmediaciones. Uno de ellos le gruñó y él respondió

arrojándole una piedra, ante lo cual el animal lanzó un aullido y salió huyendo. Ion vio un mapa en el interior de la destartada sala de espera y abrió la puerta de una patada para entrar y echar un vistazo.

¿Adónde podían haber ido desde allí?

Se dio una vuelta por los abandonados alrededores, por la carretera tranquila. Cabía la posibilidad de que los hubiese recogido algún vehículo, pero ¿cuánto tráfico podía haber allí en plena noche? Lo más probable era que se hubiesen dirigido a la población más próxima, Breva. Los imaginó allí sentados, a la espera de que amaneciese, y echando luego a andar por

la carretera. Eso es lo que habría hecho Ion.

Así que allí estaba él, después de hacer una excursión por el bosque, con la preciosa luz de la mañana. Alina había estado allí. Se lo decía su intuición. Llevaba una foto de ella y fue por todo el pueblo, entrando en bares y tiendas, preguntando si alguien la había visto. Nadie la recordaba. Todos miraban la fotografía con gesto inexpresivo. La gente joven le preguntaba cómo se vivía en la gran ciudad y él les hablaba de las maravillas que había en ella, les decía que era un lugar donde los sueños se hacían realidad. Se llevó a una chica local de mirada atormentada a su habitación de

olor flatulento y desplegó con ella toda su genialidad bajo las sábanas hasta que el ocupante de la habitación contigua se puso a dar golpes en la pared. A la noche siguiente fue con otra chica, y a la siguiente, con otras dos. Su intención inicial era quedarse unos pocos días, hasta encontrar alguna información útil sobre Alina o darse por vencido. Al final se quedó más de un mes.

En su ciudad era un don nadie. Una hormiga más en la colonia. Allí, en cambio, siendo el exótico forastero, el hombre de la gran ciudad, era alguien importante, y eso le gustaba. Tal vez podría quedarse a vivir allí, acostarse con todas las chicas del lugar, aunque eso era un poco arriesgado. Ya había

tenido que esconderse unos días después de que el novio de una de las jóvenes con las que había estado se hubiese presentado allí preguntando por el recién llegado. Pese a su cuerpo musculoso, Ion era un completo gallina cuando había violencia de por medio, una de las razones por las que las bandas de su ciudad no lo aceptaban en sus filas. Y, para colmo, además del peligro de los novios celosos, se estaba quedando sin dinero, y allí no había trabajo aunque hubiese querido buscarse uno.

Necesitaba el dinero que se sacaría vendiendo la cocaína, y si Alina ya la había vendido, se lo haría pagar con creces con su venganza.

Pero no había forma de encontrarla,
no conseguía nada que pudiese ponerlo
tras su pista.

Hasta que conoció al policía.

CAPÍTULO 46

Alina ya llevaba allí cuarenta y nueve días. Había contado las puestas de sol. Le entró el pánico un par de veces, segura de que había olvidado el número, pero lo había recordado enseguida. El pequeño Luka ya empezaba a gatear, a darse la vuelta y a sonreírle. Iba a ser un niño muy grande y muy fuerte. Sintió una punzada de orgullo en el estómago.

El día anterior le había bajado la regla. Cuando el monstruo vio la sangre,

le pegó, y la golpeó de nuevo cuando ella se rio y se burló de él, diciéndole que prefería estar muerta antes que llevar un hijo suyo en el vientre.

Mientras veía a Luka jugar con el sonajero de madera que el monstruo había dejado en la cuna, se preguntó qué estaría haciendo Ion en ese momento. ¿Qué habría hecho al bajar del tren? ¿Estaría esperando a que lo llamase? ¿Se habría preocupado al ver que ella no daba señales de vida? ¿Le importaba? Sabía que no habría denunciado su desaparición a la policía, por el asunto de la cocaína; demasiado miedo a que le hiciesen preguntas. Pero ¿y el plan? ¿Qué habrían hecho los ingleses a continuación? ¿Habrían

llevado la droga sin saberlo hasta Inglaterra? ¿Se la habría robado Camelia, según lo planeado? Veía a Ion y a Camelia decidiendo que ahora ya solo había que repartir el dinero en dos partes, dando saltos de alegría por que ella se hubiese esfumado. Cuando el monstruo la violaba, evocaba imágenes de su antiguo novio y el odio la consumía por dentro, creaba un escudo imaginario que la protegía de la realidad de lo que estaba sucediendo. La idea había sido de ese maldito estúpido, y la culpa también era de ese maldito estúpido. Se quedaba tumbada en la cama y se imaginaba haciéndole daño, mucho daño, envuelta en una nube de ira roja y espesa, y alternaba sus fantasías

entre destrozarle la cara al monstruo con un ladrillo y destrozársela a Ion, hasta que los dos se volvían intercambiables. Cuando el monstruo le daba una paliza, era como si la paliza se la estuviese dando Ion. Cuando el monstruo le separaba las piernas, recordaba cuando Ion había hecho lo mismo y se arrepentía de cada segundo de su vida que había estado con ese cabrón.

Pero ¿y Daniel y Laura? Al principio estaba segura de que irían a pedir ayuda, a buscar a la policía. Habían ido allí a buscarla, habían escapado —¡gracias a ella!— y estaba segura de que enviarían a alguien para salvarla. Esa noche el monstruo había disparado a las dos mujeres que había en aquella habitación

y las había sustituido por ella. Alina lo había visto sacar los cuerpos a rastras del cuarto.

Durante su primer día entero allí, encadenada a la cama, tratando de ser valiente, de mostrarse desafiante, había oído voces abajo y estaba convencida de que era la policía, que había acudido a la casa y estaba haciendo preguntas. Gritó hasta que le pareció que tenía la garganta en carne viva, pero nadie fue en su auxilio, y después de varias horas, solo apareció él, el monstruo, y esa fue la primera vez que le dio una paliza, con el pequeño Luka observando por entre los barrotes de la cuna. Esa noche se despertó y tuvo la sensación de que había alguien de pie a su lado. Dos

personas, no tenía dudas, pero estaba semiinconsciente por culpa de la paliza y no podía enfocar la mirada, por lo que no tardó en perder el conocimiento de nuevo.

Siguió esperando días y días después, pero no acudía nadie.

Y con cada día que pasaba, aumentaba su odio hacia la pareja de ingleses.



La luz entre los tablones de las ventanas le anunciaba que el sol ya había salido hacía un par de horas, pero el monstruo no había subido a verla todavía. Luka estaba llorando, hambriento,

extendiéndole los bracitos desde su cuna. Se le rompía el corazón de verlo, pero al mismo tiempo sintió un atisbo de esperanza. Tal vez el monstruo se había ido definitivamente, o había muerto. Sí, tenía los tobillos atados a la cama, pero si le daban tiempo suficiente, estaba segura de que podría desatárselos.

Pero en ese momento se abrió la puerta y, como siempre, se mentalizó para lo que iba a pasar. ¿Descubriría que le había bajado la regla? A su lado, Luka gimoteó cuando alguien entró en la habitación y encendió la luz.

No era el monstruo. Aquel hombre era un hombre mayor, y estaba completamente calvo. A pesar de su edad, parecía estar en forma, con una

espalda ancha y un cuerpo con más músculo que grasa. Su cara le resultaba familiar, pero estaba tan confusa que no recordaba dónde lo había visto antes.

Alina se puso a hablar atropelladamente casi de inmediato.

—Tiene que ayudarme. Estoy aquí retenida en contra de mi voluntad, me han secuestrado. ¿Es usted policía? Por favor, por favor, dígame que ha venido a salvarme...

Él no le hizo el menor caso, sino que se acercó a la cuna y tomó al niño en brazos, acariciándole la cabeza y haciéndole arrumacos para tranquilizarlo. Luka era un buen niño y no tardó en callarse. El hombre lo miró por un lado y luego por el otro,

inspeccionándolo. Al final asintió con la cabeza y lo devolvió a la cuna, le dio un biberón y lo observó mientras el niño se lo bebía.

Entonces se dirigió a ella. Parecía divertido. ¿De qué le sonaba su cara? Por un segundo creyó recordarlo, pero enseguida se le fue.

El hombre se sentó a la orilla de la cama y le acarició la cara. Le habló en su idioma:

—Has hecho un buen trabajo, cuidando del pequeño. Te felicito. —Y le dio una palmadita en la mano.

—Luka —murmuró ella.

—¿Le has puesto nombre? —Sonrió —. Me gusta..., pero pronto tendrá otro. Ella lo miró y pestañeó. Se sentía

muy débil y hambrienta, sin vitalidad y sin fuerzas. Estaba sucia y maloliente, y necesitaba tampones y ropa limpia. Las lágrimas le resbalaron por la mugre de las mejillas.

—¿Ha venido a salvarme? —le preguntó.

El hombre le acarició la cara de nuevo, le limpió una lágrima y luego arrugó los ojos con gesto de desaprobación al ver el rastro de suciedad en su dedo pulgar.

—Me temo que no —contestó—. Ahora no. Estoy aquí para llevarme al pequeño Luka.

Ella se incorporó de golpe, tratando de apoyarse en los codos.

—¡No!

El hombre la acalló.

—¡Chis! No te preocupes por él. —
Apoyó la mano en su vientre desnudo.
Tenía la palma helada—. Muy pronto, si
todo va bien, tendrás tú misma tu propio
hijo del que cuidar.

El hombre se levantó y la cama
emitió un crujido. Se dirigió de nuevo a
la cuna y se agachó a tomar en brazos a
Luka, que se había terminado el biberón,
surcado de regueros de leche que
corrían por el plástico.

El hombre se encaminó a la puerta.

Alina gritó:

—¡Por favor! ¡No! ¡No se lo lleve!
Es mío. Es mi niño. ¡Luka!

El hombre se detuvo y ladeó la
cabeza para examinar su rostro lleno de

lágrimas. Su forma de mirarla recordó a Alina a un ganadero valorando el potencial de una res. Por un instante de felicidad, le pareció que iba a cambiar de idea, que iba a dejar que se quedara con el niño, pero en vez de eso, levantó el bracito rollizo de Luka en el aire e hizo que el niño se despidiera de ella con la mano.

—Adiós, mamá —dijo el viejo con voz estridente.

Mientras Alina sollozaba, el viejo se echó a reír y se llevó al niño de la habitación. Oyó sus pesados pasos bajando las escaleras.



Pasaron varios días. Alina no podía dormir sin los gorjeos y los ruiditos que hacía el bebé. Lloraba como si fuese su auténtica madre. Cuando no estaba pensando en Luka, trataba de recordar dónde había visto al viejo que se había llevado al niño, pero tenía la cabeza tan aturdida que cada vez que creía tener la respuesta, esta se le escapaba.

La tercera mañana sin Luka, poco después del alba, oyó unos golpes abajo, en la puerta principal. Alguien estaba llamando a la puerta. Quiso gritar, pero le daba miedo provocar la ira del monstruo. Permaneció en silencio y distinguió unas voces masculinas procedentes de la planta de abajo. Eran tres, estaba segura. Tenía sentido: el

monstruo, el viejo y el recién llegado.

Estuvieron hablando un rato y luego oyó unas pisadas en las escaleras. Al menos eran dos las personas que subían. Se preparó, tapándose el cuerpo con la andrajosa manta.

El viejo fue el primero en entrar y encendió la luz, seguido de un hombre gordo vestido con un uniforme de policía. Por un momento sintió un rayo de esperanza.

—Es guapa —dijo el policía gordo. Se acercó más a la cama. Tenía las manos grandes y arañas vasculares en la nariz. Un borracho. El padre de Alina también tenía unas venas así.

—¿A que sí? —dijo el viejo—. Es una de las mejores que hemos tenido. —

Le arrancó la manta—. Alina, quítate el camisón.

La joven negó con la cabeza.

—Hazlo —le ordenó, levantando un puño.

El policía observaba la escena con gesto inescrutable.

Con las manos temblorosas, Alina se quitó el camisón por la cabeza, dejando al descubierto su cuerpo desnudo. La habitación estaba helada y se abrazó el cuerpo, tiritando de frío.

—¿Qué? ¿Quieres estar con ella? —preguntó el viejo.

—No, ahora no me apetece. Es un poco temprano para mí —contestó el policía—. Últimamente, prefiero mirar.

«Demasiado gordo y débil para que

se le levante», pensó Alina.

El viejo asintió con gesto comprensivo.

—Bueno, pues ahora que ya la has visto, volvamos abajo, que se está mejor.

—Vaya, ¿es necesario? —dijo el policía, recorriendo todavía con sus ojos inertes el cuerpo de Alina—. Podemos hablar aquí, ¿no?

El viejo se rio y agitó la mano.

—Sí, claro. Tú no le vas a contar nada a nadie, ¿verdad que no, Alina? —Se rio de nuevo—. Apártate los brazos del pecho, jovencita. Enséñanos lo que tienes. Eso es.

El policía hizo un sonido como si succionara los pechos que estaba

devorando con la mirada.

El viejo se dirigió a la puerta y lanzó un grito hacia la escalera.

—¡Dragoş! Tráenos una botella de vodka y dos vasos. No es demasiado temprano para eso, ¿verdad que no, Constantin?

—Oh, no. Para eso nunca es demasiado temprano.

El monstruo apareció —así que se llamaba Dragoş— con la botella y los vasos, como si fuera el mayordomo de una película de terror en blanco y negro. Les llevó además dos sillas y, cuando Dragoş salió de la habitación, los otros dos hombres se sentaron, modificando la posición de las sillas para poder verla mejor, y abrieron la botella.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó Constantin sin apartar los ojos de ella. Dios santo, ¿es que pensaba hacerse una paja allí mismo?

—No me puedo quejar. Acabo de cerrar un trato excelente. Pero no me vendría mal un poco de carne fresca.

—Ya te avisaré si se cruza alguien apropiado en mi camino —dijo Constantin.

—Sí. La demanda de producto de alta calidad es mayor que nunca. Sobre todo entre los rusos.

—Pero ahora mismo, ¿solo tienes a esta cerda?

El viejo asintió y Alina pestañeó. El policía realmente había utilizado la palabra para referirse a una hembra de

cerdo apta para la reproducción. Contuvo el impulso de escupirle a la cara. Si consiguiese quitarse aquellas esposas y echar mano a un arma... Se abstrajo de la realidad, fantaseando con visiones sangrientas de lo que podría hacer a aquel hombre con un palo afilado y un cuchillo pequeño. «Me gusta mirar.» Le arrancaría los putos ojos. No hacía falta cortarle la polla flácida que tenía.

—Bueno, cuéntame qué novedades hay en el pueblo —dijo el viejo—. Para eso has venido, ¿no?

Constantin señaló a Alina con la cabeza.

—Un chico joven ha estado yendo por Breva buscando a esta, haciendo

preguntas.

—¿De verdad? ¿Qué aspecto tiene?

—Mmm. Cuerpo de gimnasio, metro setenta o setenta y cinco, de unos veintipico años.

¡Ion! Gracias a Dios... ¡La estaba buscando! No se había olvidado de ella. Intentó mantener una expresión indiferente, pero el viejo le estaba sonriendo.

—Parece su novio, el del tren. Qué tierno... Ha venido a buscarla. A salvarla.

El policía miró a Alina, que seguía intentando que su cara no traicionase sus emociones. Ya no se sentía completamente sola. A Ion sí le importaba. De repente se sintió más

fuerte.

—Pero no te preocupes. Ya he solucionado el asunto. Lo he mandado muy lejos, a buscar naranjas.

Alina tragó saliva. Aquella era una expresión que solían utilizar las personas mayores, de cuando esa fruta era imposible de encontrar en las tiendas del país.

—Muy bien —repuso el viejo—. ¿Y qué me dices de... una pareja de ingleses? ¿Algún turista británico últimamente por Breva?

El viejo se agachó a por la botella de vodka mientras decía aquello, de modo que no vio la expresión que ensombreció el rostro de Constantin cuando dijo:

—No. ¿Por qué lo preguntas?

Ya incorporado de nuevo, el viejo se rellenó el vaso y contestó:

—No, por nada... Es que había oído rumores.

Constantin negó con la cabeza y sonrió.

—No vienen muchos turistas ingleses a Breva. Algunos fans de los trenes a vapor hace ya algún tiempo, tal vez uno o dos visitantes del Museo del Oro. Ah, y un tipo que estaba obsesionado con los hombres lobo.

—Ah. Muy bien. Eso está bien.

Cuando los hombres se fueron, borrachos y dándose palmaditas en la espalda, después de que Constantin lanzara una última mirada lasciva pero

impotente al cuerpo de Alina, esta se puso el camisón sucio y alargó el brazo para taparse con la manta. No llegaba a alcanzarla. Se envolvió el cuerpo con los brazos, tiritando.

¿Por qué había mentido el policía sobre Daniel y Laura? Alina había visto la expresión de su cara. Era indudable que los había conocido. ¿Habían intentado denunciar lo que vieron? Se los imaginó hablando con Constantin, y a este prometiéndoles que lo investigaría, y a los dos ingleses ingenuos confiando en la palabra de aquel policía corrupto.

Tal vez Daniel y Laura creían que ya habían hecho suficiente. Apretó los puños con fuerza, clavándose las uñas en las palmas. Era patético. Porque ella

aún seguía allí. Ellos estaban en su casa, sanos y salvos. Y ella no tenía ninguna duda de que iba a morir allí, sacrificada como una cerda en un matadero.

CAPÍTULO 47

Ion estaba de vuelta en su casa de Sibiu, en la cama. Lo primero que hizo al volver, exhausto y desanimado, fue asomarse fuera y llamar a su gato. Sin embargo, después de dos meses, el animal sin duda habría encontrado a otro dueño que lo alimentase.

Tras conocer a aquel policía tan solícito, Constantin, había ido a Bucarest a buscar a Alina. Según el policía, Alina había estado en Breva

poco después del incidente en el tren. El poli, que parecía mucho más receptivo que los cabrones de su ciudad, fue y habló con el tipo de la taquilla de la estación, quien recordaba haber vendido un pasaje a Bucarest a una chica que encajaba con la descripción de Alina.

Así que Ion había ido a Bucarest. Para entonces ya habían pasado siete semanas. En la ciudad, los progresos que hacía eran muy lentos. Recorrió los bares y los clubes más sórdidos enseñando la foto de Alina a los clientes y a los porteros. Al cabo de una semana, un heroinómano al que conoció en un albergue dijo que estaba seguro de haber visto a aquella chica vendiendo droga —aunque no sabía qué clase de

droga exactamente— en un club llamado Zafiro, en el barrio de Dristor. Ion perdió otra semana visitando aquel antro, pero no había rastro de ella, y no la había visto nadie más. No tardó en darse cuenta de que el heroinómano le había mentado.

Entonces pasó algo muy malo. Atrajo la atención de un grupo de gánsteres locales que querían saber qué estaba haciendo, por si estaba intentando meter las narices en su territorio. Le dieron una paliza y lo enviaron al hospital, donde estuvo un par de semanas. En cuanto se encontró mejor, cuando ya no necesitaba analgésicos cada cuatro horas, regresó a Sibiu.

Destrozado y harto de la infructuosa

búsqueda, se gastó el dinero que le quedaba en una bolsa de marihuana muy potente y se encerró en casa con su Xbox. Podría haber seguido así hasta que el hambre lo hubiera obligado a buscar un trabajo, a seguir adelante con su vida.

Pero entonces lo había llamado Camelia.

—¿Y bien? —le dijo—. ¿La has encontrado?

Ion contestó con un gruñido.

—No. Se la ha tragado la tierra. Un policía de Breva...

—¿De dónde?

—Es un pueblo de mala muerte de Transilvania. Me dijo que la había visto, que se fue a Bucarest, pero era como

intentar encontrar una virgen en... —
Nombró el barrio donde habían crecido
él y Camelia.

—Mierda. —Camelia suspiró y luego
pasó a usar un tono de voz que Ion
conocía muy bien. La melosa y
seductora Camelia—. ¿Puedo pedirte un
favor? ¿Me prestas algo de dinero?

Él se puso a reír a carcajadas.

—Estoy pelado, Camelia. No tengo
dinero. Ayer llegó una notificación de
desahucio. Voy a tener que buscarme un
trabajo. Por suerte, conozco a un montón
de traficantes, pero...

La chica lo interrumpió.

—Es que... verás, yo también tengo
problemas de dinero —le explicó—.
Sabes que les debo mucho dinero a los

tipos que me ayudaron a venir aquí, ¿verdad? He estado pagándoles la deuda con mi trabajo en el club. Ahora dicen que quieren que les devuelva el dinero más rápidamente. Quieren que haga la calle.

—Ya.

—Que me haga prostituta, Ion.

—¿Y eso es... malo?

—Vete a la mierda —le soltó.

Parecía al borde de las lágrimas. Ion esperó mientras ella se serenaba—. ¿Y qué?, ¿has encontrado alguna prueba de que Alina haya vendido el material? ¿O de que esté intentando venderlo?

—No. Ninguna.

—Mierda. Tal vez estaba equivocada. Tal vez la pareja de

ingleses sí trajeron aquello aquí, después de todo.

—Pero dijiste...

—Sí —lo interrumpió—, ya sé lo que dije. Creí que era la explicación más probable... ¿Hola?, ¿sigues ahí?

—Sí, solo estaba pensando... Si Alina no se llevó el material, ¿qué le ha pasado a ella? ¿Dónde está?

—No tengo ni puta idea, pero estoy segura de que nuestros amiguitos los ingleses sí lo saben. Pensé que encontrarías a Alina, que dejaría algún rastro, como una babosa *punky* o algo así, pero ahora... los ingleses son lo único que tenemos. Nuestra última oportunidad de conseguir ese dinero. ¿Estás de acuerdo?

Ion asintió con la cabeza.

—¿Y bien?

—Perdona, estaba diciendo que sí con la cabeza.

Camelia hizo un ruido de exasperación.

—Estoy desesperada, Ion. Si no consigo algo de dinero enseguida, voy a tener que huir. —En ese momento empezó a llorar, un sonido que Ion no podía soportar—. No sé lo que voy a hacer.

—Vamos, cálmate.

—Tienes las llaves de su casa, ¿no? Envíamelas. Cuando estén fuera, entraré y echaré un vistazo. Aunque no encuentre el material, deben de tener montones de cosas que podría vender. El

tipo parece de los que tienen lo último en tecnología. Ella seguro que tiene joyas. Hasta podrían guardar dinero en efectivo. Por favor, Ion.

Ion quedó en que la llamaría de nuevo y entonces miró alrededor de su habitación, a la moqueta mugrienta, los muebles baratos y el aviso de desahucio boca abajo sobre la mesa auxiliar. Pensó en que ahora iba a tener que empezar a vender droga para algún capullo que lo trataría como a un esclavo, pero ¿podía juntar el dinero suficiente para un pasaje a Inglaterra? Tal vez si iba en tren... Tardaría mucho más, pero si vendía su Xbox, el resto de la hierba, si iba a visitar a su tía y le tomaba prestadas algunas joyas...

Maldijo para sus adentros por haber malgastado los tres meses anteriores, pero Camelia tenía razón. Los ingleses debían de saber algo. Entró en internet y leyó las noticias de Inglaterra. No decían nada sobre una pareja británica que hubiese vuelto de Europa y entregado a la policía un alijo de cocaína, y estaba seguro de que la prensa habría publicado una noticia como esa. Sabía que no los habían detenido en la aduana, lo que significaba que aún había una posibilidad de que tuviesen la cocaína o, si la habían vendido, el dinero. Era mejor que quedarse allí sentado de brazos cruzados. Al final cabía la posibilidad de que aún pudiese ser un hombre rico.

Además, siempre había querido ir a Inglaterra.

—Aguanta un poco —dijo cuando llamó a Camelia—. Voy a ir para allá. Tu caballero de brillante armadura.

CAPÍTULO 48

Aquel era el día que tenía previsto hacerlo. Poner fin a aquello. Alina se reía solo de pensar en la cara que pondría el monstruo cuando entrase en la habitación y la encontrase tendida en un charco de su propia sangre.

¿Qué haría aquel monstruo? ¿Llorar? La sola idea hizo que le entrase la risa de nuevo, una risa que le recorrió borboteando todo el cuerpo, como el agua cuando sale de una cañería recién

desatascada. Durante meses la risa le había parecido algo que no volvería a experimentar nunca más, como la cerveza o la pizza, las sábanas limpias, ir de compras, subir a un autobús, teñirse el pelo, salir con los amigos, ir a la playa, ver la tele, leer un libro, escuchar música, hacerse arrumacos o la felicidad. Pero ahora, ahora que había empezado, no podía parar. «*Blood, blood, glorious blood*», cantó para sí, entonando la letra en inglés de una canción que había escuchado cuando era pequeña, y se acarició las venas de las muñecas preguntándose si le dolería y si le importaría. Y tan repentinamente como había empezado, cesó la risa.

Había perdido la cuenta del tiempo

que llevaba allí. Cuando llegó el viejo y se llevó a Luka (el pequeño Luka... Ya ni siquiera recordaba su olor, apenas recordaba su aspecto), dejó de contar las puestas de sol. Todos los días, tanto los largos como los cortos, se confundían y se volvían borrosos como las pinturas de un óleo bajo la lluvia. Lo único que sabía era que cada vez hacía más frío en la habitación, que incluso arropándose con todas aquellas mantas, seguía estando helada. Estaba segura de que ya habría pasado la Navidad. Era un nuevo año.

Se pasaba los días tumbada en la cama, fantaseando con vengarse. Del policía, Constantin: lo arrojaría desde una altura considerable sobre una reja

rematada con pinchos, así le perforarían el culo, lo destriparían mientras ella se estremecía de risa. De Laura y Daniel, por sus patéticos intentos de salvarla: lo obligaría a él a mirar mientras ella le rebanaba la garganta a Laura y se bañaba en su sangre, y luego le cortaría la polla a él y lo obligaría a comérsela antes de clavarle unos clavos de quince centímetros en aquel pecho raquítico. Del viejo, al que hacía siglos que no veía: para él tenía reservado un castigo muy especial. Se pasaba las horas fantaseando con ácido sulfúrico, cuchillos, vinagre, cuerdas, martillos y pinzas. A veces se percataba de que estaba hablando de sus fantasías en voz alta... Y el monstruo la oía, se excitaba

con lo que escuchaba y se quitaba la ropa. Esos eran los peores momentos.

El monstruo se metía en su cama cada dos o tres días, con más frecuencia en la mitad del mes. Mientras hacía sus cosas —nunca tardaba demasiado—, Alina imaginaba que estaban los dos juntos en el Infierno. Solo que él sería un condenado y ella un ángel caído, un miembro del ejército de Satán, y los dos vivirían una eternidad de tortura y sufrimiento juntos.

Cada día esperaba que él la matase para poder ir al Infierno y esperarlo allí.

A veces, cuando él estaba encima de ella, Alina miraba por detrás de él y veía aparecer una rendija en el centro de la habitación poco iluminada, como una

grieta en la materia del mundo, a punto de desgarrarse por los bordes, y se imaginaba pasando a través de ella, escapando de ese mundo. Cuando tenía esas visiones, no iba al Infierno, sino de vuelta a su vieja vida, a la ciudad, y corría por las calles, esquivando el tráfico, riéndose, cegada por las luces y ebria del maravilloso humo de los tubos de escape. El monstruo no podía seguirla hasta allí. A veces la rendija aparecía cuando él no estaba allí, durante sus cuarenta y cinco minutos diarios de libertad, pero cuando daba un paso hacia ella, se cerraba, como si alguien hubiese tirado de una cremallera, y desaparecía.

Había vuelto a bajarle la regla esa

mañana. Dragos no lo había visto todavía. Entró en la habitación, como todos los días, con los primeros rayos del alba, con el desayuno para ella en una bandeja. Agua y gachas de avena. Le quitó los grilletes que le sujetaban los pies y salió de la habitación, dejándole cuarenta y cinco minutos para que hiciese un poco de ejercicio y se asease. Ella sabía que la inspeccionaría en cuanto volviese, para ver si estaba embarazada. A él la sangre le daba asco. Ella, como mujer, le daba asco. Alina lo veía en su cara. Esa debía de ser la razón por la que nunca se quedaba a mirarla cuando se aseaba o usaba el retrete..., por suerte, porque la vejiga ya le habría explotado para entonces.

Durante un tiempo, después de que le quitaran a Luka, Alina creyó que tal vez podría hacer que el monstruo sintiese algún afecto por ella. Tal vez podría convencerlo de que la dejara en libertad. Pero cuando hablaba con él, era como si lo hiciese en un idioma extranjero; él no reaccionaba. Aun así, no cejaba en el empeño: le hablaba de ella, de su familia, intentando hacerse ella misma más humana, crear un vínculo emocional. Hasta que una mañana, mientras ella le estaba hablando, él le dio un puñetazo en la boca y le partió el labio. Ya no volvió a hablarle más. Llevaba semanas sin hablar.



Alina se aseó y usó el retrete de la esquina. ¿De cuánto tiempo disponía antes de que el monstruo volviera y la encadenara de nuevo? No mucho. Tenía que actuar de inmediato. Empezó a reírse otra vez, cuando se lo imaginó encontrándola allí, pero se obligó a callarse. El estribillo de «*Blood, blood, glorious blood*» se repetía en bucle en su cabeza, y la rendija la llamaba, suspendida en mitad de la habitación, atrayéndola con su falsa promesa. Alina no le hacía caso. Solo había una forma de salir de allí.

Se acercó a la ventana y aguzó el oído. El bosque estaba inmóvil, los

pájaros en silencio. La casa también estaba en silencio. Normalmente a esas horas oiría el ruido de alguna cisterna en la casa. El monstruo, cagando a su hora de todas las mañanas.

La ventana estaba tapada con tres tablones de madera, toscos y verticales, cada uno clavado al marco de la ventana por cada esquina. Un trabajo chapucero: no habían acabado de clavar los clavos del todo. Alina llevaba varias semanas, durante sus cuarenta y cinco minutos, trabajando en el tablón del centro, tirando alternativamente de los bordes y tratando de arrancar las cabezas de los clavos que los sujetaban en su sitio, ignorando el dolor que sentía en la punta de los dedos. Pasaban los días y ni uno

solo de los clavos se movía lo más mínimo, pero, igual que la erosión del mar sobre las rocas, siguió trabajando repetidamente, hasta que una mañana, el primer clavo se movió unos milímetros. Animada por aquel pequeño triunfo, redobló sus esfuerzos hasta que luego se movió otro clavo, y otro más, y luego el último. Tenía que hacerlo despacio, con cuidado de aflojar cada uno de los clavos de forma que no solo pudiera arrancarlos, sino también devolverlos a su sitio, para que el monstruo no se diese cuenta de nada. Con todos los clavos ya aflojados, podía hacer más presión sobre el tablón, y más presión todavía cuando logró introducir los dedos por dentro y tirar de él por detrás.

Y entonces, el día anterior, el tablón y todos los clavos se habían desprendido y se le habían quedado en las manos, manchadas de sangre.

Había besado el tablón, mientras una lágrima le rodaba por la mejilla.

Había llegado la hora.

Tiró de los clavos hacia fuera y separó el tablón de la ventana. Igual que cuando la había visto por primera vez el día anterior, la belleza de la escena que tenía ante sus ojos le llenó los ojos de lágrimas: los árboles teñidos de nieve, las nubes, el cielo... Creía que nunca más volvería a contemplar el mundo. Le dañaba los ojos, y en ese momento, el verso de un poema afloró desde su subconsciente: «La belleza no es más

que el comienzo del terror». Se quedó paralizada un momento, luego oyó el ruido de una cisterna en las entrañas de la casa y se puso en acción.

Se dirigió a la cama y arrancó la sábana mugrienta del colchón. No le costó ningún esfuerzo desgarrarla y hacerla jirones; se la envolvió alrededor de la mano y volvió junto a la ventana, húmeda de condensación. Levantó el puño y golpeó el cristal entre los tablones restantes con todas sus fuerzas.

La ventana se estremeció, pero no se rompió.

Tomó aire y lo intentó de nuevo. Esta vez la ventana se rompió, y se formó una grieta en el centro del cristal. Con la respiración jadeante, Alina presionó el

cristal, ahora con las dos manos envueltas en la sábana, hasta que una parte se desprendió y cayó hacia el exterior de la casa. Contuvo la respiración, segura de que el monstruo lo habría oído, de que aparecería corriendo a detenerla. Pero la casa seguía en silencio. Con los dedos aún dentro de la sábana, Alina tiró del cristal roto y extrajo una esquirla de formas perfectas.

Echando un último vistazo a la puerta —y a la cuna vacía—, contó hasta tres, decidida a hacerlo antes de que le flaquearan las fuerzas. No podía seguir allí por más tiempo, no lo soportaba ni un solo día más. Cerró los ojos mientras hincaba y deslizaba el

cristal por su brazo y veía la sangre aflorar a la superficie y caer goteando al suelo, observándola como si fuese el brazo de otra persona, como si fueran las venas de otra persona.

Se desplomó en el suelo.

CAPÍTULO 49

Aún respiraba cuando Dragoş entró en la habitación. Se oyó un chasquido cuando la puerta se abrió, una larga pausa durante la cual se lo imaginó asimilando la escena: el cuerpo inmóvil de ella, semioculto bajo la sábana sucia; detrás, la brecha en la ventana, mostrando los árboles coronados de nieve; Alina con el brazo extendido y la sangre manando de sus venas cortadas, formando charcos en los tablones que

llegaban hasta la cuna vacía. Mientras iba perdiendo sangre, a medida que se acercaba el fin, esperaba que el monstruo gritase, que le diese la satisfacción de oír su dolor cuando se diese cuenta de lo idiota que había sido, dejándola allí sola sin las esposas, confiando en que su propio miedo le impediría hacer alguna estupidez.

Pero no hubo ningún grito, ninguna muestra de dolor. En lugar de eso, tras la pausa, el único sonido que se oyó fue el de los pasos presurosos del monstruo cuando este se acercó corriendo desde la otra punta de la habitación y se detuvo a mirarla antes de agacharse y tomarle con ambas manos la muñeca rajada; tras un momento de vacilación, agarró la

sábana y la retiró para dejar al descubierto el otro brazo: la mano con la que Alina empuñaba la esquirra de cristal.

Con un alarido que sacó a los pájaros de su escondite entre los árboles, con todo el odio y la furia que bullían por sus venas, Alina le clavó el trozo de vidrio irregular en el cuello.

Dragoş se desplomó de lado, emitiendo un espeluznante sonido gutural que no parecía salirle de la boca, sino de aquel nuevo agujero. Sus brazos daban espasmos mientras trataba de quitarse el cristal, de arrancárselo, pero había demasiada sangre, y el líquido viscoso le hacía imposible asirlo con firmeza. Alina se levantó mientras él se

retorcía en el suelo de la habitación, con litros de sangre que le manaban del cuerpo diez veces más rápido que la sangre que había perdido ella. Los cortes en los brazos de Alina eran superficiales; había tenido mucho cuidado de no seccionar la arteria principal. En ese momento desgarró la sábana de nuevo y arrancó otro jirón para envolverse con fuerza en un torniquete alrededor del antebrazo e impedir que le saliese más sangre. Sentía un dolor atroz en el brazo, pero aquel dolor no era nada, nada. Mientras se anudaba la sábana, miró al monstruo, que pataleaba tratando de ponerse de rodillas, resbalando en su propia sangre y aterrizando sobre su barriga.

Corrió hacia la puerta abierta y se precipitó descalza por las escaleras hasta llegar a la sala donde la pareja inglesa la había dejado cuando se fueron, abandonándola a su suerte. Avanzó hasta la puerta principal y la abrió. Recibió el impacto de una ráfaga de aire gélido. Se miró el cuerpo: solo llevaba un camisón mugriento de algodón, manchado de sangre. Si salía así a la intemperie, moriría de hipotermia.

Echó un vistazo a su alrededor y oyó un ruido en la planta de arriba, un rugido de dolor. El monstruo aún estaba vivo. Tenía que darse prisa. Un grito le atenazaba la garganta. ¿Por qué no lo había rematado? Se quedó paralizada un

momento. Ropa. Necesitaba ropa y calzado. Cualquier cosa, lo que fuera.

No quería volver a subir las escaleras. Obligándose a conservar la calma, recordó la habitación adonde la había llevado el monstruo su primera noche allí, antes de que llegaran Daniel y Laura. Había una puerta en la esquina de la entrada y se abalanzó hacia ella, perseguida por su propia sombra. La puerta no estaba cerrada con llave y Alina recordaba, aunque vagamente, a través de la niebla de los tres meses anteriores, que daba a una pequeña escalera que conducía a otro cuarto. Bajaba por esos escalones en ese momento cuando tropezó y se torció el tobillo. Soltó una maldición, se rio y

luego volvió a maldecir antes de entrar en la habitación.

Estaba en penumbra y olía a un aliento repugnante y a carne podrida. Había una gran cantidad de cajas pesadas, apiladas junto a una de las paredes. Levantó la tapa de la caja situada encima del todo y se quedó estupefacta al ver su propia ropa allí dentro. Los vaqueros, la camiseta, la chaqueta de cuero. La ropa interior. Sus botas también estaban allí, las que se había dejado en el bosque y en el sendero de la entrada; Daniel había aparecido en la casa llevando consigo una de ellas y el monstruo le había arrancado la otra cuando Alina intentó darle una patada mientras él la

arrastraba hasta allí.

Se quitó el asqueroso camisón y se vistió. Le resultaba extraño, irreal, ponerse ropa normal después de tanto tiempo. El sujetador le iba demasiado grande y los vaqueros, holgados en las caderas. Se preguntó si habría algún espejo por allí, pero le aterraba ver su propio reflejo. «Seguro que parezco una muerta viviente.» Ese pensamiento hizo que una idea cobrase forma en su cabeza y sonrió.

Se palpó el bolsillo trasero de los vaqueros. Su pasaporte aún seguía allí. Recordó, que en el tren, los guardias de fronteras se lo habían revisado; Alina se lo había guardado en el bolsillo en lugar de devolverlo a su bolsa. Aquello

estaba yendo mejor de lo esperado.

Oyó un golpe procedente de arriba.

¿La puerta principal? ¿Se la había dejado abierta? Miró alrededor, abriendo más cajas en busca de algún arma. En una de las cajas encontró una pila de papeles y documentos. Parecía una lista de transacciones. Escogió unas cuantas hojas, las dobló y se las metió en el bolsillo. En las otras cajas encontró ropa de mujer: doce conjuntos en total. De pronto, en aquella fría habitación, percibió la presencia de sus espíritus, una docena de mujeres muertas, y las oyó susurrar.

«Por nosotras.»

Retiró la tapa de otra de las cajas. Esta era más resistente, hecha de tres

listones de madera dispuestos en sentido longitudinal, con otro tablón más corto sujetándolos en su sitio. Alina la bajó al suelo, apoyó la bota encima de dos de los listones y tiró del tercero, espoleada por los gritos de aliento de las muertas. Lanzó un gruñido y advirtió que le salía un reguero de sangre de los cortes de la muñeca, pero el tablón cedió al fin. Lo arrancó y se lo llevó consigo escaleras arriba.

Al llegar a lo alto de la escalera, hizo una pausa antes de alcanzar la puerta. ¿Estaría él allí, al otro lado, esperándola? Accionó el tirador y abrió la puerta, blandiendo el tablón, lista para atacar. El monstruo no estaba allí. Entró en la habitación, mirando a la

derecha y a la izquierda.

Y entonces lo vio.

Estaba tendido a escasa distancia del pie de la escalera principal, con un rastro de sangre brillante a su espalda. Se sujetaba el cuello con una mano ensangrentada. Con la otra, que le tembló al alargarla hacia ella, sostenía su pistola.

Su rostro, pese a todo, permanecía impassible. Alina calculó que le daría tiempo a dispararle un tiro antes de que ella lo alcanzara. Se encaminó hacia él, recordando todas las veces que la había violado, cómo la había atado a la cama, cómo la había tratado como a un perro, una cerda, una esclava. Recordó el dolor y la soledad y lo que sintió cuando

le quitaron al pequeño Luka. Cuando Alina llegó a la mitad de la entrada, el monstruo apretó el gatillo con la última gota de fuerza que le quedaba y fue como si la bala le traspasara el cuerpo sin dejar rastro... Un milagro. Oyó las voces de las otras mujeres alzarse en un coro —«por nosotras, por nosotras»— al llegar hasta él y levantar en el aire la robusta tabla de madera.

Una vez estuvo muerto, una vez le hubo aplastado el cráneo y dejado la cara irreconocible, hecha un amasijo de sangre y huesos, Alina soltó el tablón y se volvió a mirar el agujero de bala en la pared. No era ningún milagro. Tenía muy mala puntería, eso era todo.



Alina no recordaba demasiados detalles de la semana siguiente, de su caminata a través del bosque, de cuando entraba en las casas y robaba comida y dinero, cuando se conectaba a internet en un locutorio vacío para averiguar adónde debía ir. Apenas recordaba hacer autostop y subirse a los vehículos de hombres que creían tener alguna posibilidad hasta que ella les lanzaba esa mirada que los hacía palidecer de golpe. Los días en que se escondía y las noches en que viajaba se confundían en una jornada interminable, y empezó a ver su vida como una novela gráfica en la que ella era una figura oscura que se

desplazaba por las viñetas, sin bocadillos de texto, cruzando una serie de fronteras: Ucrania, Polonia, Alemania, donde pagó a un camionero para que la llevara con él a Francia. Era un hombre menudo y callado, con los dientes amarillos como una rata. Le dijo a Alina que le recordaba a su hija, que había desaparecido cuando tenía diecinueve años, hacía doce ya. Él nunca había perdido la esperanza, le dijo. Estaba seguro de que un día recibiría una carta o una llamada de ella, solo para decirle que estaba bien. Alina escuchaba, pensando en que la chica seguramente estaba muerta, en que lo más probable es que hubiese sido asesinada, seguramente a manos del

hombre que iba sentado a su lado, y en ese instante percibió que otro espíritu más se sumaba a su banda. Así que ahora eran trece, siguiéndola por toda Europa.

El hombre de los dientes de rata la dejó en Francia y le dio cien euros, que Alina empleó para comprar un pasaje en Calais. Entonces embarcó en un *ferry* que atravesó el canal de la Mancha una gélida noche de noviembre.

Alina permaneció en cubierta contemplando la silueta de la costa, cada vez más próxima. Se sentía tranquila. El mar estaba revuelto bajo el casco del *ferry*, y decidió que cuando todo hubiese terminado, aquel sería un buen lugar para poner punto final.

Cuando hubiese hecho lo que tenía que hacer.

En ese momento le vino a la cabeza otro verso. «Todos los ángeles son terribles.» Sonrió para sí. «Oh, sí — pensó—. Y yo soy el más terrorífico de todos, el Ángel de la Venganza.»

—Yo soy Mirela —murmuró.

Y a su alrededor, el coro de trece mujeres muertas le contestó en un susurro:

—Amén.

SEXTA PARTE

LONDRES
NOVIEMBRE
DE 2013

CAPÍTULO 50

Ya había anochecido para cuando nos detuvimos delante de la casa de Erin y Rob. Todavía no me podía creer lo que había dicho Edward.

Alina estaba viva. El disparo que habíamos oído desde el exterior de la casa no la había matado. ¿Significaba eso que el niño también estaba vivo? Y las mujeres que estaban atadas en las camas de arriba, las que se me habían aparecido en mis pesadillas durante

todos esos meses..., ¿qué había pasado con ellas? Necesitaba averiguarlo como fuese, porque tenía que agarrarme a algo en medio de aquel caos, en medio de las revelaciones que, desde que contraté a Edward, se habían ido sucediendo tan rápidamente y con tanta contundencia. La más chocante de todas había sido descubrir que, si estaba en lo cierto, Camelia y su cómplice buscaban droga en mi casa.

Le expliqué mi teoría en el coche, de camino a casa de Laura.

—El perro, lo llevaron para que olfateara el rastro de la droga. Todas esas preguntas sobre si había hecho algo ilegal. Tenía que ser por un asunto de drogas.

Edward convino en que tenía sentido.

—Así que la persona que sale con Camelia en tu video... ¿podría ser Alina?

Negué con la cabeza.

—Seguro que era un hombre. Así que creo que... si Alina realmente está viva y aquí, tiene que ser Ion. El tipo del video tiene la misma estatura y complexión.

—Y los tres están compinchados. — Sentí como si la niebla se despejara a mi alrededor, como si nos abriésemos paso entre ella con nuestro razonamiento. Sin embargo, aún quedaban muchos enigmas por resolver —. Pero ¿por qué esperar tantos meses para venir a por la droga?

—¿Porque Alina estaba atrapada en aquella casa? —Todavía no me podía creer que estuviese viva—. ¿Cómo salió de allí?

Edward dobló una esquina con el coche.

—Pronto podremos preguntárselo a ella. —Un brillo tenebroso le destelló en los ojos—. Ese Ion parece el candidato más firme como autor del incendio en mi oficina. Para impedir que hablásemos tú y yo.

—También debía de ser él en Camden Lock, el hombre que vi vigilando a Laura. Y apuesto lo que sea... Apuesto a que fue él quien tiró a Jake por el puente. —Una oleada de ira se apoderó de mí y di un golpe en el

salpicadero—. Ese hijo de puta. Él y Alina. Nosotros confiamos en ellos... Aunque aún hay partes que... no encajan del todo.

Edward torció por otra calle. Estábamos llegando a nuestro destino.

—Sospecho que Camelia era su contacto en Londres, la que iba a recuperar la droga cuando llegarais aquí. Creo que robaron vuestros pasaportes con la idea de que tuvierais que volver a casa inmediatamente para que os emitieran unos nuevos, y así os llevaríais la droga encima. Pero entonces algo salió mal: a ti y a Laura os echaron del tren, junto con Alina... A menos que toda la parte de la casa también formara parte del montaje...

Pero no consigo entender qué sentido tendría eso.

»Además, tampoco entiendo toda esta historia entre Alina y Laura —continuó Edward—. Se mostró ante Laura, se puso en contacto con ella. ¿Crees que Laura sabe que Alina es real? ¿O piensa de verdad que es un fantasma?

La pregunta me irritó y reaccioné con una actitud protectora hacia Laura.

—Está convencida de que Alina es un fantasma. Escucha, Laura no es tonta, pero lo ha pasado muy mal... Es una persona extremadamente vulnerable.

Edward asintió.

—Tenemos que hablar con ellas dos, pero sospecho que Alina estaba siguiendo a Laura, espiándola,

intentando averiguar si la droga estaba en su poder, y Laura la vio. Y creyendo que Alina estaba muerta, con un historial previo relacionado con esa clase de fenómenos...

Terminé la frase por él:

—Laura da por sentado que se le ha aparecido el espíritu de Alina.

Recé por que Alina estuviese todavía en la casa; así podríamos dar respuesta por fin a todas las preguntas.

Nos dirigimos a la calle donde vivían Erin y Rob.

—Mierda —exclamó Edward.

Levanté la vista y miré hacia donde miraba él mientras nos deteníamos junto al bordillo. Había un coche de policía delante de la casa de Erin y Rob. Sentí

que se me secaba la boca. ¿Y ahora qué?

Me quité el cinturón de seguridad y salí rápidamente del coche, corrí hacia la casa y empecé a aporrear la puerta. Rob la abrió casi de inmediato, con una expresión en su rostro que se desvaneció en cuanto me vio. Llevaba una foto del pequeño Oscar en la mano. A su espalda, en el vestíbulo, vi a Erin acompañada de dos agentes de policía. Estaba llorando.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿Qué ha pasado?

Rob tragó saliva antes de contestar.

—Es Oscar —dijo—. No... No lo encontramos.

CAPÍTULO 51

Traté de imaginar cómo debían de sentirse Erin y Rob. No pude. Pánico, terror, desesperación. Solo eran palabras. La expresión en el rostro de Erin era la que reflejaba el horror de toda la historia.

Se acercó a la puerta. Llevaba una mantita en la mano, con la cabeza de un oso de peluche, sujetándola con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Estaba pálida y ojerosa, al igual que

Rob, y tenía el pelo todo revuelto. Iba vestida con una camisola amplia con lo que deduje que eran manchas de leche en la parte delantera.

—¿Se ha puesto en contacto contigo? —me preguntó—. ¿Sabes dónde está?

—¿Te refieres a Laura?

—¡Sí! ¡Laura! —Escupió el nombre entre dientes—. ¿A quién, si no? Se ha llevado a mi hijo. Esa... maldita zorra se ha llevado a mi niño.

Uno de los agentes, una mujer negra con la cara redonda y afable, dio un paso hacia delante y apoyó la mano en el hombro de Erin.

—No sabemos todavía si la señorita Mackenzie ha cometido algún delito.

Erin se volvió hacia ella, con la manta temblando en su mano.

—¿Un delito? Tenía que quedarse cuidando de Oscar mientras Rob y yo dormíamos una hora. Yo sabía que no era lo mejor, que tendríamos que habérselo llevado a la cama con nosotros... —Se le quebró la voz—. Pero es que estoy tan cansada... Muy muy cansada. Pensé que no pasaría nada si me echaba solo durante una hora...

Rob intentó rodear a su mujer con el brazo, pero esta se lo apartó.

—¿Cómo se me pudo ocurrir algo así? Confiarle mi hijo a esa loca... La semana pasada intentó suicidarse. Habla con fantasmas. Está completamente loca.

—¿Fantasmas? —exclamó la mujer

policía, confusa.

—Sí, ella...

—Alina no es un fantasma.

Todos se volvieron a mirar a Edward, que había aparecido en la puerta. Se presentó.

—Creo que será mejor que entre —dijo la policía—. Soy la agente Elaine Davies.

También nos presentó a su compañero, que nos saludó con la cabeza mientras Edward entraba en el vestíbulo y cerraba la puerta a su espalda. Había un carrito de bebé de apariencia sofisticada debajo de los abrigos que colgaban de la pared. Rob lo observó y luego apartó la mirada como si le escociesen los ojos.

—Es usted el novio de Laura Mackenzie, ¿verdad? —me preguntó Davies, alejándonos a Edward y a mí del abarrotado vestíbulo para guiarnos al salón, mientras su compañero se llevaba a los angustiados padres a la cocina.

Oí al agente decir algo sobre que pondría la tetera a hervir, con una alegría falsa en la voz. El salón era un completo desorden, con baberos tirados por el suelo, ositos de peluche y conejitos de juguete por todas partes y montones de DVD a medio salir de sus cajas. En la habitación se respiraba un olor entre almizclado y dulzón, un leve olor a heces de bebé.

—Sí, bueno, su exnovio. Habíamos

venido a verla... —Se me apagó la voz —. ¿Qué ha pasado?

—Tal como ha dicho la señora Tranham, ella y su marido le pidieron a Laura que vigilase a Oscar para que ellos pudieran dormir un poco. Oscar estaba dormido en su cuna en la habitación de arriba. ¿Tiene usted hijos, señor...?

—Sullivan. No, no tengo hijos.

—Recuerdo cuando nació mi hija. En lo único que piensas es en dormir. Se convierte en una especie de obsesión. Cuando se despertó, la señora Tranham miró el reloj y vio que habían pasado dos horas. Le había pedido a Laura que la despertase al cabo de una hora, pero supuso que Laura quería darles aún más

tiempo para dormir. Entró en el cuarto del niño, pero Oscar no estaba allí. No estaba en ninguna parte. Tampoco la señorita Mackenzie.

—Seguramente se lo habrá llevado a dar un paseo —dije, sin creerlo en realidad.

—No se llevó el carrito —señaló Edward, y la agente Davies asintió.

—Exacto. Y la señora Tranham también tiene un portabebés, pero está arriba, en el cuarto infantil. Que los Tranham sepan, Laura no se ha llevado nada. La bolsa que usan para los pañales sigue en su sitio. La señora Tranham dice que acababan de gastar el último pañal del paquete y nadie ha abierto el nuevo. Y ya han visto la mantita del

niño. La han dejado en la cuna.

—¿Han intentado llamarla?

No podía culpar a la agente Davies por la mirada que me lanzó.

—Salta el buzón de voz enseguida, como si lo tuviera apagado. ¿Así que no ha tenido ningún contacto con ella?

Edward habló mientras yo negaba con la cabeza:

—Yo la he visto hoy mismo, un poco antes, sobre las cuatro y media. Hace dos horas y media.

—¿Dónde estaba?

—En el jardín. Estaba hablando con una joven llamada Alina, una mujer rumana.

Davies sacó su bloc de notas.

—¿Alina? ¿Sabe su apellido?

—No. Lo siento.

—¿Y cuál es su relación con la señorita Mackenzie?

Miré a Edward en busca de ayuda. Él se encogió de hombros.

—Es complicado.

—Está bien. Volvamos a eso. Dijo usted algo de... ¿fantasmas?

—Sí. No es la primera vez que Laura cree que se le aparece un espíritu. Cuando le dijo a Daniel que había visto a Alina, él dio por sentado que estaba viendo fantasmas otra vez. Tenemos motivos para pensar que Laura creía también que era un fantasma. Pero está viva. La vi con mis propios ojos.

La mujer policía nos miró a los dos alternativamente, tratando de decidir si

le estábamos tomando el pelo.

—¿De modo que Laura Mackenzie tiene problemas mentales?

—¡No! A ver, ha estado... comportándose de forma extraña últimamente. Pero no está loca. Y nunca le haría daño a un niño.

—¿Ni dejaría que alguien le hiciese daño? —preguntó la mujer.

—Llevó a Erin al hospital, estuvo allí durante el parto. Erin es su mejor amiga. Nunca permitiría que le pasara algo al hijo de su mejor amiga.

Davies tomó más notas en su bloc. Vi que había escrito las palabras «problemas mentales» y lamenté haber hecho mención de los fantasmas.

—Bueno. ¿Esa tal Alina estaba aquí a

las cuatro y media también? —preguntó la agente.

Edward asintió.

—Eso es. En el jardín.

—Vamos a echar un vistazo, ¿de acuerdo?

Para ir al jardín teníamos que atravesar la cocina. Rob estaba allí con el otro agente, llevándose una taza de té a los labios, pero sin beberlo. Oí un zumbido procedente de la planta de arriba.

—Erin ha tenido que subir a sacarse leche —explicó Rob—. Debería estar dando de mamar a Oscar ahora mismo.

Davies le dedicó una mirada comprensiva.

—Lo encontraremos, señor Tranham.

Se lo prometo. —Rob necesitaba creerla desesperadamente—. Tenemos que echar un vistazo al jardín.

Rob abrió la cerradura de la puerta trasera y nos indicó el acceso al jardín. Estaba oscuro, pero los policías llevaban linternas y, al encenderlas, los haces gemelos se cruzaron en mitad del césped.

—Apenas salimos aquí fuera en invierno —dijo Rob, como disculpándose por el descuidado estado del césped, por las hojas manchadas de tierra que cubrían los parterres de flores encharcados.

—Estaban ahí delante —explicó Edward, señalando un punto paralelo a la puerta lateral—. Laura estaba allí, de

cara al jardín, y Alina estaba aquí, mirando hacia la casa.

—¿Alina? —preguntó Rob—. ¿Quién diablos es esa? ¿Cuándo las ha visto?

—¿Pudo oír lo que decían? —preguntó Davies, dirigiéndose a Edward pero apoyando una mano en el brazo de Rob.

—No. Laura no me conoce, así que pensé que lo mejor era ir a buscar a Daniel, para que hablase con ella, para que la obligase a afrontar que Alina es real.

Davies chasqueó la lengua y luego atravesó el césped en dirección al fondo del jardín, enfocando con la linterna a derecha y a izquierda. No estaba seguro de qué era lo que buscaba. ¿Pruebas de

que Laura había sacado a Oscar allí?

Edward y yo intentamos seguirla, pero nos dijo que nos quedásemos donde estábamos.

—¿Quién narices es esa tal Alina? — nos presionó Rob—. ¿Qué está pasando?

Cuando le aseguré que era demasiado complicado explicárselo en ese momento y le pedí por favor que tuviese paciencia unos minutos más, me sorprendió al ceder a mis ruegos. Creo que se sentía superado por los acontecimientos. Dejó caer la espalda hacia atrás, apoyándola en la pared de la casa, y se puso a morderse las uñas.

Cerca del muro del fondo había unos cuantos manzanos y un cobertizo donde

se guardaban las herramientas de jardinería. Vimos que la linterna de Davies parpadeaba en la oscuridad. Se oyó un crujido y un golpe, y supuse que la agente habría abierto la puerta del cobertizo.

—Señor Tranham —lo llamó al cabo de un momento.

Rob fue hacia donde estaba la policía, y Edward y yo lo seguimos. Cuando llegamos al cobertizo, Davies dijo:

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí dentro?

—No lo sé. Creo que lo limpié justo antes de Navidad.

—¿Reconoce estas cosas?

Iluminó el oscuro interior del

cobertizo con la linterna. Me asomé a mirar, justo por detrás de Rob. Había un saco de dormir en el suelo, y paquetes de aperitivos y envoltorios de tabletas de chocolate desperdigados alrededor, junto con varias botellas de agua vacías.

Rob estaba boquiabierto.

—No. Bueno, el saco de dormir en nuestro, pero normalmente lo tenemos ahí, guardado en su bolsa, junto a aquel otro. —Señaló con el dedo—. La basura... Desde luego, eso no estaba aquí antes. Oh, Dios mío...

—Parece que alguien ha estado viviendo en su cobertizo.

—Alina —dije. Supuse que normalmente guardaba el saco de dormir por el día y se llevaba la basura.

Davies se frotó la barbilla.

—Estas cosas pasan a menudo. Nos llama mucha gente diciendo que han encontrado a un sin techo durmiendo en su cobertizo.

—¿Nadie piensa decirme quién coño es Alina? —preguntó Rob, mirándose, abriendo y cerrando los puños como si estuviera a punto de agarrarme del cuello—. ¿Es ella quien se ha llevado a Oscar?

—Un momento, señor Tranham —dijo Davies—. Vamos, entremos de nuevo en la casa. Señor Sullivan, necesito una descripción completa de esa Alina.

Sacó su radio y llamó a la central mientras nos dirigíamos de vuelta a la

casa y yo le describía a la mujer rumana que habíamos dado por muerta en la casa de los horrores.

Cuando entramos en la cocina, Erin estaba allí. Sujetaba un bote de leche materna en la mano. Rob se lo quitó con delicadeza y lo guardó en el frigorífico mientras ella miraba al vacío, como ausente. La Erin resuelta y capaz que yo conocía se había quedado paralizada. Miraba fijamente al teléfono, como si fuera a darle la respuesta que necesitaba con tanta desesperación. ¿Dónde estaba su niño?

—Tenemos que hablarles de otra persona —dijo Edward—. El novio de Alina. Se llama Ion. Y hay otra persona. Se llama Camelia.

Edward le explicó a la policía que sospechaba que Ion era el autor del incendio de su oficina con el cóctel molotov. Les contó además los hechos objetivos y la información básica sobre todo lo demás. Cómo habíamos conocido Laura y yo a Alina e Ion. Por qué creíamos que los rumanos habían venido a buscarnos. Me alegré de que no mencionase la casa del bosque, porque a medida que iba hablando, Davies parecía cada vez más perdida, mientras que Erin y Rob nos miraban con incredulidad. La agente tomaba notas en su bloc sin parar.

Les hablé de los robos en mi casa, del ataque del perro, de que ya había denunciado casi todo eso a la policía.

Estaba a punto de mencionar a Jake cuando pensé que aquello podía desviar la atención de lo realmente importante.

—Lo principal —dije— es que ellos creen que Laura tiene en su poder la droga que nos metieron en el equipaje, o bien que sabe dónde está. Seguro que tienen a Laura y a Oscar encerrados en alguna parte y amenazan con hacer daño al niño si Laura no les dice lo que quieren saber.

—¿Hacerle daño al niño?! —me gritó Erin, y me puse rojo de vergüenza.

—Lo siento, no quería decir... — Rob me lanzaba miradas asesinas. Como si hubiese sido yo el que se había llevado a su hijo—. Todavía no han hecho nada violento.

—¡Aparte de echarte encima a un perro y lanzar un puto cóctel molotov a la oficina de este hombre! —Rob estaba rojo de ira, con una vena hinchada en la frente.

—Cálmate, Rob, amigo mío.

—¡No se te ocurra llamarme amigo tuyo!

—Estoy seguro de que no le pasará nada a Oscar —dije, dirigiéndome a Erin, que se desplomó en una silla y se tapó la cara con las manos, entre sollozos.

Rob me señaló con el dedo.

—Esto es culpa vuestra, tuya y de Laura. Sabíamos que algo raro os había pasado en Rumanía y ahora ya sabemos qué fue. Os mezclasteis con unos

traficantes de drogas, y los trajisteis hasta aquí. Habéis puesto en peligro a mi familia. —Contrajo la cara en una mueca de furia mientras me hincaba un dedo en el pecho—. Como le pase algo...

Yo no podía decir nada. No podía defenderme de ninguna manera. Davies se interpuso entre nosotros.

—Eso no sirve de nada. Señor Tranham, necesito que se tranquilice.

Rob intentó rodear a Davies para llegar hasta mí, y el otro policía agarró a Rob del brazo para retenerlo.

—Vamos, señor.

Rob me lanzó una mirada de odio.

—¿Dónde están esos traficantes? Si no nos ayudas a encontrarlos, si le

ocurre algo a Oscar, te mataré.

Y empezó a llorar, estremeciéndose cuando Erin lo atrajo hacia ella y se fundieron en un abrazo.

Los miré fijamente, tratando de imaginar su dolor, sabiendo que aquello era mucho peor que cualquiera de las experiencias que había vivido yo. Y en ese momento juré que los ayudaría. Iba a encontrar a Laura y a Oscar. Iba a poner fin a aquello.

CAPÍTULO 52

Davies me pidió una descripción completa de Alina, Ion y Camelia. Salió de la habitación para hacer una llamada y regresó al cabo de unos minutos con nueva información.

—Bien. Vamos a hacer circular fotos de Laura y de Oscar con descripciones de los tres rumanos de los que nos ha hablado el señor Sullivan.

Erin lanzó un gemido.

—No sabemos —continuó Davies

— si ese trío tiene algo que ver con esto. Todavía hay una posibilidad muy real de que la señorita Mackenzie haya salido con Oscar a dar un paseo y que aparezca por esa puerta en cualquier momento, preguntándose a qué viene tanto jaleo.

—En cuyo caso, la mataré —dijo Rob.

Todos sabíamos que Laura no se había llevado al niño a dar un paseo.

Davies respiró hondo.

—Un grupo de especialistas viene de camino hacia aquí —anunció.

—¿Especialistas en qué? —preguntó Rob—. ¿En casos de secuestro infantil?

Davies asintió con aire vacilante.

Y, acto seguido, se oyó el timbre de

la puerta. Rob corrió a abrir y cuando volvió a la cocina, lo hizo acompañado de un hombre y una mujer, los dos vestidos con traje. El hombre tenía unos cincuenta y tantos, con barba de cuatro días y bolsas debajo de los ojos; la mujer, de rasgos asiáticos, nos fue examinando a todos con una mirada afilada hasta detenerse en Edward. Lo saludó con la cabeza y deduje que ya se conocían.

—Vaya, qué sorpresa encontrarte aquí... —dijo el hombre—. Un año entero esperando un caso relacionado con Edward Rooney y de pronto llegan dos seguidos.

Se presentaron ante los demás como la inspectora detective Rita Desi y el

sargento detective Simon Farrow. Davies los condujo a la sala de estar para darles los detalles del caso.

—Estáis en buenas manos —les aseguró Edward a Erin y a Rob—. Por mi trabajo tengo que estar en contacto muy a menudo con la policía, y Desi es una de las mejores.

Después de cinco minutos que se hicieron eternos, los dos detectives volvieron, seguidos de Davies.

—Menuda historia la que han contado —dijo Desi, mirándonos a Edward y a mí—. Aunque sospecho que faltan todavía muchos detalles, ¿no es así?

Edward miró a Desi a los ojos.

—Le prometo, inspectora, que le

hemos contado todo lo que necesita saber.

—Eso déjanos decidirlo a nosotros.

—Tardaríamos demasiado tiempo en explicarlo todo —solté—. No podemos quedarnos aquí hablando sin hacer nada, tenemos que salir a buscarlos. Tienen que ser los rumanos. Cuando los encontremos, encontraremos a Oscar.

Davies se llevó a Rob y a Erin de vuelta a la cocina y nos dejó a Edward y a mí con los dos detectives.

—¿Han hablado con Inmigración? —preguntó Edward—. Creemos que Ion y Camelia hace poco que han entrado en el país.

—Lo estamos comprobando —dijo Desi—. Nos ayudaría mucho saber

cómo se apellidan.

—¿Y qué hay de la comunidad rumana en Londres? —quiso saber Edward—. ¿Han mandado a sus hombres a hablar con los líderes de la comunidad? ¿A visitar los bares y cafeterías rumanos?

—Por favor, deja de decirnos cómo hacer nuestro trabajo.

—Solo digo lo que tenía pensado hacer yo a continuación.

Desi frunció los labios y me pregunté si ella y Edward tenían una historia. Yo no podía quedarme quieto. Quería salir de allí inmediatamente, hacer lo que había sugerido Edward: recorrer los lugares frecuentados por rumanos con las descripciones de Alina, Ion y

Camelia.

Me llevé a Edward a un lado y le hablé en voz baja:

—Vámonos. Aquí no hacemos nada. Daremos una vuelta por las calles. Puedes llevarme a esos sitios que tenías pensado visitar. Podríamos encontrar a alguien que sepa algo antes que la policía.

Miró a los detectives. El teléfono de Desi sonó y esta se alejó hasta el pasillo para contestar la llamada. Farrow había salido al jardín para inspeccionar el lugar donde había estado durmiendo Alina.

—Vamos.

Nos escabullimos por la puerta principal y nos dirigimos al coche.

Aquello era mucho mejor que quedarse en la casa mientras Erin y Rob se subían por las paredes de pura ansiedad, esperando a que los detectives hiciesen algo.

—No deberías sentirte culpable —dijo Edward—. Tú no hiciste nada para traer este caos a tu vida. Fue el caos el que te encontró.

No le contesté.

—Voy a buscar restaurantes rumanos —dije.

Mientras introducía los parámetros de búsqueda en Google en mi teléfono, Edward me dio un codazo y levanté la vista. Vimos a Desi y a Farrow salir precipitadamente de la casa en dirección al coche y, sin tiempo que perder,

arrancar y salir disparados, con un chirrido de los neumáticos.

—Ha pasado algo —dijo Edward, y se me encogió el estómago—. Vamos a averiguar qué es.

Cerré los ojos y recé por que no hubiesen encontrado un cadáver, o dos incluso, y en mi cabeza solo veía aquel ataúd diminuto de la casa del bosque.

Edward se incorporó al tráfico y siguió al coche de los detectives.

CAPÍTULO 53

Cuando Desi y Farrow colocaron el dispositivo rotatorio de emergencia encima del techo de su vehículo, con la luz azul intermitente, y activaron el aullido de la sirena, nosotros los seguimos mientras el denso tráfico se apartaba para dejarles paso. La oscuridad invadió las ventanillas cuando nos quedamos atascados en un paso subterráneo antes de salir por fin a la A12, lo que nos abriría una vía

relativamente despejada en dirección este. Yo iba agarrado a mi asiento, mirando a las luces parpadeantes de la ciudad, estremeciéndome cuando un taxi se nos cruzó bruscamente en el carril, entre nosotros y el coche de los detectives. Edward pisó el freno y el coche dio una fuerte sacudida.

—Será capullo... —exclamó Edward, cambiando de marcha.

—¿Conoces esta zona? —le pregunté.

—No muy bien. El marido de una clienta le ponía los cuernos con una mujer que vivía cerca de Valentines Park. Parece que vamos en esa dirección.

«Por favor —recé para mis adentros —, que Laura y Oscar estén allí...»



En el momento en que abandonamos la carretera principal y nos desviamos por una serie de callejuelas, perdimos la pista al coche de los detectives. Edward soltó una maldición, yendo de una calle pequeña y estrecha a otra. Muchas de las casas tenían antenas parabólicas de grandes dimensiones para captar la señal de distintos canales de televisión extranjeros, mientras que otras exhibían banderas inglesas. Llegamos a un callejón sin salida y Edward dio marcha atrás para intentar ir por otra calle.

—¡Allí, allí! —exclamé con entusiasmo, señalando dos coches patrulla aparcados delante de la puerta

de una casa pequeña, junto al Passat gris de Desi y Farrow.

Una pequeña multitud de curiosos había salido de sus casas a ver lo que pasaba. Me bajé de un salto en cuanto Edward encontró un hueco para aparcar y corrí hacia la casa. Llamé a la puerta y me abrió una mujer policía de uniforme.

—¿Están ahí? —espeté.

La agente tenía la cara de un preocupante color gris, como si acabara de presenciar una escena muy desagradable.

—Señor, esto es la escena de un crimen —dijo—. Por favor, aléjese de la casa.

Edward llegó justo cuando Desi aparecía por la puerta. Parecía tan

descompuesta como su compañera.

Acongojado y ansioso por ver el interior de la casa, intenté abrirme paso entre las mujeres, pero las dos me lo impidieron.

—No puede entrar ahí —dijo Desi.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Edward—. Los vimos salir precipitadamente de la casa de Erin y Rob...

—Y decidieron seguirnos. Típico. Recibimos una llamada... Un vecino oyó gritos pidiendo ayuda, entró en la casa y llamó a la policía.

Sentí un pesado bloque de hielo en la boca del estómago.

—¿Está el niño ahí dentro? ¿Y Laura? Desi pasó por delante de la agente de

policía para colocarse en el camino de entrada a la casa, lleno de maleza. Se restregó la cara.

—No, no están ahí. Pero Ion sí. Y también una mujer.

Aspiró el aire helado y luego lo exhaló, y su aliento empañó el espacio alrededor.

—Ion ha recibido una fuerte paliza, pero sigue con vida. La mujer en cambio está muerta. A causa de la paliza recibida.

La miré boquiabierto.

«Por favor, Dios, no...»

—¿Qué aspecto tiene la mujer? —preguntó Edward—. ¿Pelo negro con mechas rojas? ¿Estética *punk*?

—No. Para nada.

Ya no aguantaba más. Me agaché para esquivar a la inspectora Desi y corrí al interior de la casa, pasando por delante de la mujer policía, que estaba de espaldas.

—¡Eh, usted! —gritó Desi, y advertí que me seguían los pasos hasta el interior de la casa okupada, pero fui más rápido. Oí unas voces procedentes de una habitación que había más adelante y crucé la puerta a todo correr, no me importaba si estaba contaminando o no la escena de un crimen. Los policías estaban de espaldas a mí, observando el cuerpo de una mujer tendida en el suelo.

No le veía la cara y en la penumbra era imposible ver si tenía el pelo rubio platino como Camelia o rojizo como el

de Laura. Me acerqué despacio, conteniendo la respiración.

Era Camelia.

Ahugué un grito, y uno de los policías se volvió y me abroncó.

Desi entró en la habitación, me agarró del brazo y ayudó a otro policía a sacarme de la casa. Me empujó al césped.

—¡Maldito idiota! —me espetó.

—Necesitaba verla, asegurarme de que no era Laura. —Me volví hacia Edward—. Era Camelia.

Desi levantó los brazos en el aire con exasperación y volvió a entrar en la casa, no sin antes lanzar un gruñido:

—Manténganse alejados.

Edward me rodeó con el brazo y me

guio por el jardín hacia la acera. Llegaron más policías y empezaron a acordonar la zona con cinta amarilla alrededor de la entrada de la casa. Dos agentes pedían al grupo de curiosos, cada vez más nutrido, que se mantuviera alejado. Los niños correteaban por la calle, entusiasmados ante tanta acción, mientras sus padres estiraban el cuello para ver lo que pasaba. Edward me llevó al otro lado de la calle, lejos de la multitud.

Oí el aullido de una sirena, cada vez más cerca. Una ambulancia se detuvo delante de la casa y dos enfermeros se bajaron de ella y entraron corriendo. No tardaron en salir y entrar de nuevo, esta vez transportando una camilla.

—Vamos —dijo Edward, y me condujo hasta la parte de atrás de la ambulancia.

Momentos después, los enfermeros salieron de la casa cargados con Ion. La inspectora Desi iba a su lado. Ion estaba tumbado con la cara hacia nosotros, con los ojos cerrados. Al verlo de nuevo sentí un escalofrío en todo el cuerpo y tuve que apoyarme en la ambulancia para no perder el equilibrio. Algunos del grupo de curiosos habían sacado sus teléfonos y estaban grabando la escena, y una mujer gritó algo sobre los extranjeros y los asquerosos okupas.

Cuando la camilla alcanzó la parte trasera de la ambulancia, Ion abrió los ojos y me miró directamente.

Sonrió.

—Hola, Daniel —dijo.

Los enfermeros empezaron a levantar la camilla, pero Desi los detuvo con una señal.

—Esperen.

—Tenemos que llevar a este hombre al hospital cuanto antes —advirtió uno de ellos.

—Solo un momento.

Ion siguió mirándome, con la leve sonrisa aún en los labios. Hizo una mueca de dolor al tratar de hablar de nuevo. Logró pronunciar unas pocas palabras:

—Yo... solo... quería... sacarme... un poco... de dinero...

Me dieron ganas de agarrarlo y

castigarlo por lo que había hecho, por lo que nos había hecho sufrir. Por lo que todavía estábamos sufriendo. Edward vio la ira reflejada en mi rostro y me contuvo.

—No era nada personal.

Ion cerró los ojos.

—¿Dónde está Alina? —preguntó Edward.

Ion los abrió de nuevo, mirándome aún.

—¿Alina?

Intentó reír, pero el esfuerzo hizo que un nuevo espasmo de dolor le recorriera el cuerpo. Los sanitarios movieron la camilla para tratar de levantarla, pero Desi les pidió que esperaran un momento.

—Sí. ¿Dónde está? Por favor, díganoslo.

—Ojalá lo supiera —respondió.

—Tenemos que llevarlo al hospital ahora mismo —repitió el enfermero, y con un rápido movimiento, subieron la camilla a la parte de atrás de la ambulancia, cerraron las puertas y se fueron, acompañados del ruido estridente de la sirena.

Edward se dirigió a Desi:

—¿Qué les ha contado? ¿Quién ha hecho esto?

En lugar de contestarle, la detective se dirigió a mí:

—Señor Sullivan, ¿sabe usted algo sobre un hombre mayor? De unos sesenta o setenta años. Calvo. Ojos

azules. Rumano. ¿Le suena de algo esa descripción?

La miré, perplejo.

—Ion nos ha dicho que fue ese hombre el que le agredió. Un hombre mayor que hablaba rumano.

—¿Le dijo algo ese hombre?

—Le dijo: «¿Te acuerdas de mí?». Pero Ion no se acordaba de él. Jura que nunca lo había visto.

—¿Y le preguntó a Ion por Oscar? — quiso saber Edward.

—Por supuesto que sí, fue lo primero que le preguntamos. No sabía nada de ningún niño. Y yo le creo. Ha estado ahí malherido durante horas. Ninguno de esos tres tiene nada que ver con la desaparición de Oscar Tranham.

—A no ser...

Desi lo interrumpió:

—Márchense a casa, los dos. Dejen este caso en manos de los profesionales. —Me señaló con el dedo—. Y usted, señor Sullivan, quédese en casa y no vaya a ninguna parte. Parece que todos los que están metidos en este maldito caso están relacionados con usted. Luego, usted y yo hablaremos.

Dio media vuelta y se dirigió a la casa, perseguida por una estela de *flashes* de las cámaras de los teléfonos.

CAPÍTULO 54

*Putrefacto putrefacto putrefacto
putrefacto...*

Laura iba en la parte de atrás del coche del demonio, con el pequeño Oscar dormido en su regazo, apoyando la cabecita en su pecho. Alina iba sentada a su lado, mirando por la ventanilla a los vehículos que desfilaban por la autopista. El demonio conducía, y de vez en cuando las observaba por el retrovisor, con aquella mirada

inquietante y fría. Laura advirtió que Alina llevaba puesto el cinturón de seguridad, algo muy raro tratándose de un fantasma. ¿Le habría otorgado aquel demonio a Alina forma humana, la habría obsequiado con un cuerpo con el que pasearse por la Tierra de nuevo? A Laura le entraron ganas de alargar el brazo y tocar a la mujer rumana, para ver si estaba fría o caliente, pero tenía demasiado miedo.

*... putrefacto putrefacto putrefacto
putrefacto...*

Volvió a pensar en lo ocurrido un poco antes, reviviendo la escena. Le costaba trabajo entenderlo. Era como verse a sí misma en una pantalla de cine desde una gran distancia. Al

rememorarlo, resultaba fácil creer que era una actriz interpretando un papel en una grotesca película de miedo. Pero entonces Oscar se retorció entre sus brazos y ella recordaba que aquello era real. Y no podía encerrarse en sí misma, fingir que no estaba sucediendo. Porque llevaba consigo al hijo de su mejor amiga. Como si acabase de leerle el pensamiento, Oscar abrió los ojitos y la miró, ajeno a todo, confiado. Inocente. No podía derrumbarse. Tenía que aguantar, no por ella, sino por el niño.

Hacia las cuatro y media el demonio la había dejado en casa de Erin y Rob después de rescatarla de la loca mujer rumana. En el jardín había hablado con Alina, explicándole lo sucedido. Alina

le había hecho un montón de preguntas sobre la mujer y el viejo. Quería saber cosas sobre todo del viejo. Laura no estaba segura, pero Alina parecía asustada.

¿Podía un fantasma sentir miedo?

Entonces Laura había oído a Erin llamarla y entró en la casa. En ese momento no se dio cuenta, pero se había dejado la puerta de atrás abierta. Erin le dijo que ella y Rob estaban muertos de cansancio y le pidió si podía vigilar a Oscar una hora mientras ellos se echaban una siesta. Naturalmente, Laura accedió. Sus amigos se fueron al dormitorio y durante un rato estuvo viendo dormir a Oscar, sentada en una silla a su lado, intentando no pensar en

lo que había pasado antes, tratando de decidir si debía llamar a Daniel o no. Sabía que debía hacerlo, pero él pensaba que estaba loca. No la creería cuando le dijese que el demonio la había salvado. Estaba segura de que llamaría a sus padres, y se imaginó a su madre presentándose allí con un médico. Un médico que la ingresaría en un hospital y le daría pastillas para que durmiese todo el tiempo.

Prefería correr el riesgo de quedarse allí, en el jardín, con el demonio y el fantasma de una mujer asesinada, que ir a un hospital.

¿Qué pasó después? Percibió un olor dulzón. Oscar había manchado el pañal. Quiso ayudar a sus amigos, dejar que

durmiesen algo más de una hora. Si conseguía cambiar el pañal a Oscar sin despertarlo... Había visto a Erin hacerlo, sabía qué pasos dar, pero los pañales y las toallitas estaban en el salón. Echando un último vistazo al bebé, profundamente dormido, salió con sigilo del cuarto para ir al salón.

Cuando regresó, no estaba en su cuna.

Procuró no dejarse arrastrar por el pánico. Erin o Rob debían de haber entrado a buscarlo. Bajó corriendo a la cocina, esperando encontrar allí a uno de los dos con el niño, pero en vez de eso, halló la puerta de atrás abierta de par en par. Y justo al otro lado estaba el demonio, con Alina a su lado.

El demonio llevaba al pequeño Oscar

en brazos. Laura lo miró primero a él y luego a Alina. El fantasma estaba inmóvil, y no había ninguna expresión en sus ojos. Así que los fantasmas podían sentir miedo. Tenía su lógica: un fantasma que tenía miedo del demonio. Laura oyó los latidos de su propio corazón: pum, pum, pum, pum.

El demonio habló con su voz suave pero profunda:

—Ven conmigo.

Laura abrió la boca.

—Si gritas o haces cualquier ruido, mataré al niño —le advirtió—. No sería el primero.

El demonio se dirigió hacia la puerta del jardín, sosteniendo a Oscar en un brazo y sujetando la muñeca de Alina

con la otra mano mientras tiraba de ella. Laura los siguió, y se dio cuenta de que aún llevaba los pañales y las toallitas. Una vez dentro del coche, el demonio dijo:

—Para que quede bien claro: al primer intento de escapar, mataré al niño.

Al cabo de un rato detuvo el coche y observó a Laura mientras cambiaba a Oscar en el asiento trasero. El bebé se despertó y empezó a lloriquear, haciendo el típico ruidito de cuando estaba cansado o tenía hambre. Las heces de los recién nacidos tenían un olor dulzón, como a leche azucarada, y el demonio le dijo que le diera el pañal sucio.

Bajó del automóvil un instante para tirar el pañal a la basura. Laura aprovechó para susurrarle a Alina:

—¿Qué va a hacer con nosotras? ¿Y con Oscar?

Alina se puso a temblar. Tenía los ojos abiertos como platos, pero Laura estaba segura de que no la estaba viendo a ella, ni tampoco el coche por dentro. ¿Qué era lo que veía? ¿El interior de la casa donde había muerto? ¿Habría conocido allí al demonio?

—Os he estado observando a todos —dijo él cuando se sentó de nuevo al volante—. Ha sido muy interesante. ¿Sabéis qué? Me encanta la gente joven. Os creéis que lo sabéis todo, que sabéis cómo funciona el

mundo. Siempre mirando con pena o indiferencia a la gente de mi edad.

Laura estaba un poco confusa. Qué discurso tan raro en boca del diablo...

—Tenéis todavía tantas cosas que aprender. —Volvió a sonreír él—. Tanto que aprender...

En un momento dado, en la autopista, Oscar, que se había quedado dormido cuando dejaron atrás Londres y se adentraron en Essex, se despertó llorando y frotando con la cabeza el pecho de Laura, buscando inútilmente su pezón con la boca. Chillaba y Laura trataba de calmarlo, deseando tener algo que darle de beber.

—Tiene hambre —dijo.

El demonio se rio.

—Hay leche en la casa. No tardaremos mucho en llegar. Mientras, haz que se calle. —Volvió a mirarla por el espejo retrovisor, y luego a Alina—. Solo necesito a una de vosotras. Haréis bien en no olvidarlo. Solo necesito a una para volver a empezar.

A su lado, Alina se puso a llorar. Laura la miró con perplejidad. ¿Alina? ¿Llorando? Alargó el brazo de forma instintiva para tratar de consolar a la mujer muerta y descubrió con estupor que acababa de tocar carne tibia con la mano.

CAPÍTULO 55

Volvimos a subir al coche de Edward y nos quedamos en silencio un momento. Me sentía extrañamente tranquilo. A lo largo de mi vida laboral, muchas veces, al encontrarme con algún problema serio —un fragmento de código, un elemento de diseño o de facilidad de uso—, me agobiaba muchísimo y entraba en una fase frenética de estrés para, acto seguido, sentir que una oleada de paz y serenidad se apoderaba de mí.

Siempre se puede encontrar una solución a través de la lógica y poniendo las cosas en perspectiva.

La policía no conocía a Laura, pero yo sí. Sin duda eso me colocaba en mejor situación que a ellos para encontrar a Oscar. También era la única persona, aparte de Edward, que conocía la historia completa. Se lo expliqué al detective.

Me miró arqueando las cejas.

—Solo que no tenemos la historia completa, ¿no es así? ¿Quién es el viejo?

—No lo sé. Déjame pensar. —Me di unos golpecitos en la frente, hablando en voz alta para ayudarme en mi proceso mental—. Pensábamos que Ion y

Camelia se habían llevado a Laura y al niño para poder chantajearnos y que les dijéramos qué habíamos hecho con la droga, pero ahora ya sabemos que no es así. —Hice una pausa—. Ion dijo que no sabía dónde estaba Alina. Puede que estuviera diciendo la verdad.

Edward inclinó la cabeza con un movimiento, supuse, de cansancio. Yo no estaba cansado, sino todo lo contrario: una inyección de adrenalina me circulaba por todo el cuerpo. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Desde que salí del bosque aquella noche de hacía tres meses, había estado confuso, lleno de ansiedad, incapaz de pensar con claridad. Hacía apenas una semana, si me hubiese visto en la misma

situación, habría reaccionado recurriendo a la botella, encerrándome en mi casa y esperando que pasase lo que tuviese que pasar. Sin embargo, estaba absolutamente seguro de una cosa: aquella situación de mierda, todo aquel lío, aquella historia de terror, había empezado conmigo, con un simple error involuntario que había cometido al no comprar los pasajes más caros para el coche cama. Esa decisión había desencadenado todo lo demás. Ahora tenía la oportunidad de redimirme.

Desde que Edward había descubierto que Alina estaba viva y en Londres, una idea se había ido gestando poco a poco en mi cerebro. Nunca había contemplado la posibilidad de que el hombre de la

casa fuese a ir en mi busca o en la de Laura, pero ahora que sabía que Ion nos había seguido y encontrado, eso me dio que pensar. ¿Y si nos había seguido alguien más? O tal vez... Alina estaba allí. Al parecer, había logrado escapar y —mi mente seguía dándole vueltas al problema— su captor la había seguido. ¿Y había matado a Constantin por el camino? La coincidencia en el tiempo de la desaparición del hombre era demasiado perfecta para creer otra cosa. Estaba convencido desde el principio de que Constantin era un policía corrupto, que ya sabía lo que ocurría en la casa, razón por la cual habíamos huido de Breva. Constantin había desaparecido justo cuando empezaron a pasar todas

aquellas cosas raras en Londres. Pero ¿qué había pasado en Rumanía? ¿Intentó Constantin salvar a Alina? ¿Había matado Alina al policía? Fuese cual fuese la respuesta, el hecho de que Constantin se hubiese volatilizado justo antes de que Alina apareciese en Londres me hacía sospechar que no era ninguna coincidencia.

Y cuando escapó, el hombre que la retenía prisionera había venido a por ella. Y ese día las cosas estaban llegando al momento más crítico: el hombre había matado a Camelia, había dado a Ion por muerto y luego se había llevado con él a Laura y, seguramente, a Alina, y también a Oscar.

Edward quiso hacerme una pregunta,

pero levanté la mano. Necesitaba pensar.

Aquella teoría tenía una pega: el hombre que habíamos visto en la casa no era viejo, como así había descrito Ion a su agresor. El hombre de la casa tenía alrededor de treinta años. Pero tal vez contaba con un cómplice... ¿Alguien que ya vivía en Londres? ¿O habría enviado a otra persona?

—Llama a tu contacto en la policía de Rumanía —dije—. Me parece que sé por qué está vacía la casa ahora.

Le expliqué mi teoría.

—No sé...

—Hazlo, Edward. —Parecía sorprendido por mi súbito tono autoritario—. Tenemos que averiguar

quién vivía en esa casa.

Mientras el detective privado llamaba al número, observé la casa okupada, aunque era difícil ver algo con aquel enjambre de curiosos alrededor. Había llegado otra ambulancia y vi cómo sacaban el cadáver de Camelia de la casa. Una imagen destelló en mi mente: Camelia encima de mí en el sofá, con unos regueros de sangre resbalándole por el cuerpo semidesnudo, la parte superior del cráneo hundida. Me estremecí y cerré los ojos, tratando de ahuyentar aquella visión.

Escuché mientras Edward hablaba con el oficial de policía de Breva, que hablaba inglés, impaciente por averiguar

lo que le estaba diciendo al otro lado de la línea. Edward anotó algo en un papel, dijo «OK» varias veces y luego puso fin a la llamada.

—¿Y bien?

—Quería saber por qué lo preguntábamos, así que le he explicado tu idea, que ese secuestrador y asesino (en cuya existencia ellos no creen siquiera) había venido a Londres.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha dicho que han conseguido averiguar quién es el dueño de la casa, o mejor dicho, quién era. —Me enseñó el papel en el que había escrito el nombre: Nicolae Gabor.

—¿Has dicho «era»? ¿Es que ha muerto?

—Desaparecido, dado por muerto. Por lo visto, era policía en la época comunista. Mi nuevo amigo de Breva me ha contado que Gabor se había ganado cierta reputación... Cuando le he pedido más detalles, me ha dicho que buscara su nombre en Google, aunque están trabajando en la hipótesis de que Gabor era el dueño de la casa pero nunca vivió allí, y cuando desapareció, la casa quedó completamente abandonada. Una casa en ruinas en medio del bosque.

Yo ya había sacado el teléfono e introducido el nombre de Nicolae Gabor en el buscador. No tardé en encontrarlo en una página llamada *Villanos de la Rumanía comunista*. La página, que contenía una larga lista de «crímenes

contra el pueblo», estaba en rumano, de modo que copié la dirección en el traductor de Google.

—Según esto, era miembro de la Securitate, la policía secreta. — Comencé a leer en voz alta mientras corregía la deficiente traducción—: «Como muchos de sus camaradas, Gabor era un hombre corrupto y cruel, y se aprovechó de su alto rango y del... terror que provocaba entre la población local para amasar una fortuna personal. Tras la Revolución, varias mujeres denunciaron que Gabor las había violado y había abusado de ellas, que ordenaba a sus subordinados utilizar el miedo a la violación como instrumento para intimidar a familias enteras».

—Un hombre encantador —comentó Edward con sarcasmo.

Continué leyendo en voz alta:

—«Tras la ilegalización del aborto en 1966, muchos de los hijos engendrados por Gabor y su batallón de violadores fueron enviados a los terribles orfanatos del país, donde sufrieron una crueldad extrema.»

Había un enlace con una página sobre los orfanatos rumanos durante la era comunista. Yo ya había leído información sobre aquellos lugares, un breve párrafo en mi guía de Europa del Este. Intenté leer este fragmento a Laura —las sobrecogedoras descripciones de cómo ataban a los niños a los barrotes de sus cunas, los

abusos y el abandono sistemáticos—, pero al cabo de unas líneas, las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas y tuve que dejar de leer. Era algo demasiado horrible.

Sin embargo, aquello recordaba mucho a lo que habíamos visto en la casa, solo que con escalofriantes variaciones: esta vez eran las madres las que estaban atadas, demacradas, y los bebés, relativamente sanos y bien atendidos. Bueno, al menos el bebé que habíamos visto nosotros. No teníamos ni idea de lo que les había pasado a los otros, como al pobre niño del ataúd minúsculo.

—«Tras la Revolución, Gabor desapareció. Se cree que murió a manos

de una de sus antiguas víctimas, como venganza, pero no se ha llegado a encontrar su cuerpo.»

Aparté la mirada de la pantalla.

—Solo que no murió. Se fue a vivir a esa casa y siguió violando a mujeres, a las que dejaba embarazadas.

—Pero no puede ser el mismo hombre que viste allí, ¿no? Es demasiado viejo.

Según la página web, Gabor debía de rondar la setentena. Negué con la cabeza.

—El hombre que vimos debía de ser un cómplice.

—¿Hay alguna foto de Gabor? —preguntó Edward.

No había ninguna en la página que

había estado leyendo, así que volví a Google y realicé la búsqueda de nuevo. No hallé nada que resultara evidente a primera vista.

—Voy a ir a ver a Sophie, a comprobar cómo está —dijo Edward—. Te dejaré en casa de camino.

—Pero no quiero ir a casa. Necesito estar en la calle..., buscando.

No me hizo caso y arrancó el motor.

—No podemos hacer nada más de momento, Daniel. Tenemos que dejárselo a la policía.

—No. Quiero ir al hospital, a hablar con Ion. Necesito averiguar más cosas sobre ese viejo. Le preguntó a Ion si se acordaba de él. Tal vez le refresque la memoria si le doy esa información sobre

Gabor. Tal vez Ion sepa dónde encontrarlo.

—Pero la policía no te va a dejar que lo veas. Ni siquiera sabemos si sigue vivo.

—No me importa. Todavía trabajas para mí, ¿no?

Mientras discutíamos, seguí revisando los resultados del buscador. Otra página me llamó la atención. *En imágenes: Los hombres de la Securitate*. Hice clic en el hipervínculo, esperé a que se cargara la página y luego me deslicé por ella hacia abajo. Había muchas fotos de hombres vestidos con uniformes de la policía secreta, arrugando la frente ante la cámara. Hacia la mitad de la página había una

imagen de Nicolae Gabor de finales de los ochenta, poco antes de la Revolución de Terciopelo. Era un hombre bastante apuesto, con una mandíbula bien definida. Miraba a la cámara con expresión hostil, claramente disgustado por estar tomándose aquella foto.

Mientras él sostenía la mirada fija en el objetivo, yo hacía lo propio con él. Sentí como si me estuviera mirando directamente a mí. Y en ese momento, contemplando la foto, lo reconocí. Había visto antes a ese hombre.

CAPÍTULO 56

Veinte minutos más tarde llegamos al aparcamiento del hospital. Pedí a Edward que me dejase entrar a mí primero y él accedió. Yo sabía que tarde o temprano mi cuerpo daría señales de desfallecimiento, que se daría cuenta de que no había comido nada en todo el día y que no me bastaba solo con la adrenalina que circulaba por mis venas, pero de momento seguía funcionando gracias a esa dosis de química.

No estaba del todo seguro de cómo íbamos a localizar a Ion, pero al entrar en el vestíbulo vi a la mujer policía de la casa okupada. La seguí desde una distancia prudente en su camino al ascensor, con Edward unos pasos por detrás de mí. Cuando se metió en el ascensor, me acerqué velozmente y vi que pulsaba el botón de la cuarta planta.

Las escaleras estaban junto a los ascensores, de modo que corrí por ellas hasta la cuarta planta sin esperar al detective. Ni siquiera me había quedado sin aliento cuando llegué arriba, justo a tiempo de ver a la agente pulsar otro botón al fondo del pasillo y esperar a que alguien le abriese la puerta doble.

La seguí, pulsé el botón rojo y esperé

a que me abrieran. Una enfermera de rasgos asiáticos me dejó entrar, pero se plantó delante de mí.

—Las horas de visita terminaron hace una hora —me rependió.

—Soy policía —contesté, con mi tono de voz autoritario. No tiene ningún secreto hacer que la gente se trague una mentira: solo tienes que sonar convincente. En este caso, también ayuda hacer creer que te vas a poner agresivo con cualquiera que se interponga en tu camino—. He venido a ver a Ion... —Me interrumpí, cayendo en la cuenta de que aún no sabía su apellido—. La víctima de la paliza. Es urgente.

—Ah, sí... —dijo en tono vacilante.

Mierda. Ahora iba a pedirme la placa. Con ella no me había servido de nada tanto aire autoritario. Sin embargo, en ese momento apareció una compañera que la llamó, empleando la palabra «urgente», y la enfermera asiática se fue corriendo tras ella.

—Enfermera —la llamé—, ¿qué habitación?

—La cuarenta —respondió antes de desaparecer por la esquina.

La cara de Edward asomó por la puerta y le abrí.

—Habitación número cuarenta —dije—. Si alguien pregunta, somos policías.

—¿Qué? Ah, entiendo.

Avanzamos por el pasillo, buscando la habitación número cuarenta. No fue

difícil localizarla. La zona estaba dividida en distintas áreas, y su cámara era la más alejada, fácilmente identificable por la mujer policía sentada en una silla a su lado, hojeando una revista. Ion parecía dormido o inconsciente, y estaba conectado a un gotero y a una máquina que le monitorizaba el ritmo cardíaco. Supuse que habría perdido mucha sangre.

—Tenemos que distraerla —dije.

Edward se mordió el labio.

—Está bien. Espera aquí. Pero solo dispondrás de cinco minutos, ¿de acuerdo?

Retrocedí unos pasos y me escondí detrás de un carro de lavandería de grandes dimensiones, siendo consciente

de que otros pacientes me miraban con recelo, mientras Edward corría en dirección a la agente haciendo grandes aspavientos. Gesticulaba frenéticamente indicándole que lo siguiera. Ella vaciló, miró a Ion y luego se decidió y siguió a Edward hacia la salida de la sala. En cuanto pasaron de largo, me acerqué a la cama. Quise correr la cortina para tener un poco más de intimidad, pero temía que aquello pudiese atraer la atención y, además, no podría ver si se acercaba alguien.

Ion tenía el torso vendado y respiraba a duras penas, con la cara pálida y sudorosa. Un feo hematoma le rodeaba un ojo y llevaba más vendas alrededor de la cabeza. Al mirarlo, sentí una

punzada de odio, pero me alegré de que estuviera vivo. Ya había habido demasiadas muertes, demasiada sangre. Por algún milagro, Ion había sobrevivido, y ahora tenía la oportunidad de enmendar las cosas.

Apoyé la mano en su hombro —lo tenía frío y húmedo— y lo zarandeé. Él se removió, estremeciéndose mientras salía de su sopor, pero no abrió los ojos. Lo intenté de nuevo y, acercándome a él, susurré su nombre al oído. Era consciente de que se me acababa el tiempo; la agente de policía, una enfermera o un médico podían aparecer en cualquier momento.

—Ion —susurré de nuevo, y abrió un ojo. Tardó unos segundos en enfocar la

mirada. Supuse que pese a estar bajo los efectos de unos analgésicos muy potentes, no podían paliar por completo el dolor por culpa de la paliza que había recibido.

—Tengo suerte —dijo. Tuve que acercarme más a él—. Tengo la cabeza muy dura. —Se rio, lo que le provocó un ataque de tos. Se le crispó la cara de dolor—. Las costillas...

—Necesito que te concentres —dije—. Laura y un niño, un niño completamente inocente, han desaparecido. Necesito que me contestes a unas preguntas.

Me miró a través de los ojos entreabiertos, con una leve sonrisa en los labios. Tal vez iba colocado por el

efecto de los analgésicos. O tal vez la situación le parecía muy divertida.

—El viejo que te atacó, ¿era este?

Le enseñé mi teléfono con la foto de Nicolae Gabor. Ion asintió de forma casi imperceptible. Así que eso lo confirmaba. Gabor estaba en Inglaterra. Todo estaba relacionado con lo que habíamos presenciado en aquella casa.

—¿Formaba parte de vuestra banda? ¿Trabajabas para él?

Se rio, emitiendo un ruido sibilante, con el dolor crispándole el rostro de nuevo.

—¿El viejo? No lo había visto en mi vida.

—No mientas, Ion.

Arrugó la frente, confuso.

—Estaba allí, en el tren. Era el hombre mayor al que Alina ayudó con las maletas.

—¿Alina ayudó...? —Un destello de comprensión le iluminó los ojos—. Oh, Dios mío... No lo había reconocido. No me acordaba de él.

Le creí. A menos que Ion hubiese mentido al decir que el hombre le preguntó si se acordaba de él, tenía que ser cierto. Mi cerebro trabajaba a toda velocidad, tratando de encontrar sentido a todo aquello. Gabor estaba en el tren aquella noche. Nos habían echado del vagón cerca de su casa. Aquello no podía ser una coincidencia. Debió de haberlo planeado de algún modo.

Ya lo averiguaría más adelante. En

ese momento necesitaba que me confirmase algunas cosas.

—¿Qué pasó en el tren, Ion? ¿Nos metisteis droga a Laura y a mí en las mochilas?

El dolor le atravesó la cara.

—¿La encontrasteis? ¿La cocaína?

Ignoré la pregunta.

—¿Y luego enviaste a Camelia a que intentase averiguar qué había pasado con la cocaína?

—Sí. Y ¿sabes? —dijo, tosiendo—. Todo habría sido mucho más fácil si hubiésemos hecho lo que Camelia tenía pensado hacer después de comprobar tu cuenta bancaria. No habías ingresado ninguna cantidad importante, por tanto estábamos seguros de que todavía tenías

la coca o el dinero obtenido a cambio de ella. Camelia quería que entrásemos en tu casa inmediatamente y te atásemos a una silla, te amenazásemos con un cuchillo y te obligásemos a decirnos dónde estaba la coca, qué habías hecho con ella. —Sacudió la cabeza—. Pero yo no soy un hombre violento, Daniel. —Se dio un golpecito con el dedo en la sien—. Utilizo mi ingenio, no los puños.

—No nos trajimos la coca, Ion. Ni siquiera sabía con certeza si lo que sospechaba era cierto hasta ahora, que acabas de confirmármelo. Nos dejamos las mochilas en Rumanía, con la cocaína aún dentro, supongo, en la comisaría. Había un policía llamado Constantin.

Ion abrió los ojos como platos.

—Maldito cabrón...

Oí un ruido al otro lado de la sala. Era un hombre de mediana edad llamando a una enfermera. No tenía mucho tiempo. Necesitaba ir al grano.

—Ion, ¿sabes dónde están?

—¿Quiénes?

—Laura y el niño. Y Alina.

La confusión volvió a apoderarse de su rostro.

—¿Dijo algo Gabor sobre ellos?

—No. —Tosió un poco más—. Estaba demasiado ocupado pegándome con una barra de hierro como para ponerse a charlar.

—¿No dijo nada de llevarse a Laura y a Alina?

—¿Por qué hablas todo el tiempo de Alina?

—Porque... ¿Qué has querido decir con eso, Ion?

—No he vuelto a ver a Alina desde esa noche.

Ladeó la cabeza y me miró fijamente, abriendo un poco más los ojos.

Me quedé boquiabierto.

—¿No sabías que estaba aquí?

Si no la había visto desde la noche del tren, no podía saber lo que le había pasado a Alina, pero en ese momento no tenía tiempo de explicárselo.

—¿Qué os pasó cuando os echaron del tren? —preguntó—. Vosotros volvisteis a Inglaterra, pero ¿adónde fue Alina?

No le contesté. Estaba demasiado ocupado pensando. Aún no sabía quién se había llevado a Laura y a Oscar. Entonces se me ocurrió una idea horripilante. ¿Y si se los había llevado Alina? Como venganza, por haberla dejado allí en aquella casa... O tal vez Alina sabía que Gabor iba tras ellas y estaban escondidas, pero ¿por qué llevarse al niño?

Aún no había señales de Edward y la mujer policía, pero había aparecido una enfermera. Estaba de pie de espaldas a mí, pero podía volverse en cualquier momento. Si me veía, me echaría de allí.

—Tengo que irme —dije.

Aquella visita había sido una pérdida de tiempo, a pesar de que Ion había

confirmado mi teoría sobre la droga.

Había una pregunta que llevaba días y días rondándome la cabeza. Decidí hacérsela a Ion antes de irme:

—¿Por qué me devolvisteis el portátil Camelia y tú?

—¿Cómo? No te lo devolvimos. Yo me compré uno nuevo con tu tarjeta, pero Camelia se quedó con el tuyo viejo.

—¿Y me lo devolvió?

—No. Lo vendió.

—Pero... acabó en mi apartamento. Es el mismo equipo.

Ion me miró sin comprender.

—¿A quién se lo vendió? —pregunté rápidamente. La enfermera se había dado la vuelta y se dirigía hacia

nosotros con cara de pocos amigos.

Ion estuvo pensándolo durante unos largos y angustiosos segundos. La enfermera casi estaba allí.

—A un tipo mayor que conoció en el club de estriptís. También le vendió tu PS4 y el iPad. Se moría de la risa al imaginarse a aquel viejo jugando al *Call of Duty*...

Lo interrumpí.

—El viejo al que le vendió mi portátil... ¿era Gabor?

—No lo sé. Yo no llegué a verlo. Pero era rumano, como nosotros. Eso es todo lo que sé.

—Perdone, pero no puede estar aquí.

La enfermera se cruzó de brazos y empezó a dar golpecitos en el suelo con

el pie.

—Un momento. —Sujeté a Ion del brazo. Tenía la piel húmeda y fría. La enfermera se acercó a mí—. ¿Estás seguro?

—Sí, ahora me acuerdo. Dijo que se lo vendió a un hombre que había estado acosándola en el trabajo. Dijo que fue una extraña coincidencia: el día después de que... visitásemos tu apartamento, le preguntó si conocíamos a alguien que vendiese un portátil, porque necesitaba uno.

«Las coincidencias no existen», pensé.

—Tuvo que ser Gabor. Debía de estar vigilándola... La vio salir de mi apartamento...

—Se lo repito, tiene que marcharse —insistió la enfermera—. Voy a llamar a seguridad.

La miré aunque casi no la vi, tan atónito estaba por lo que Ion había dicho del portátil. Pero sí vi a otra persona que venía en dirección a nosotros: la mujer policía. Y detrás de ella venía Edward, haciéndome señas para que fuera con él.

Me levanté de la silla de plástico de un salto, pasé atropelladamente junto a la enfermera, esquivé a la agente antes de que pudiese increparme y agarré a Edward del brazo antes de pulsar el botón de apertura de la puerta con la mano y arrastrarlo conmigo al pasillo. Corrimos escaleras abajo, donde

nuestros pasos resonaron con un ruido sordo a nuestra espalda.

—¿Qué le has dicho a la agente de policía? —pregunté.

Agitó la mano.

—Pues que acabábamos de ver a alguien robándole el bolso a una anciana. La he llevado por todo el hospital. Me voy a meter en un buen lío como se enteren de lo que nos traemos entre manos. Tú sabes que dependo de la policía para poder hacer mi trabajo, ¿verdad?

—¿Quieres saber lo que me ha dicho Ion?

Llegamos al pie de las escaleras y atravesamos el vestíbulo.

—Mi portátil. Camelia no me lo

devolvió: se lo vendió a Gabor.

Se paró en seco.

—¿Qué?

—Debió de devolvérmelo él. Pero ¿cómo consiguió la llave de mi apartamento? Joder, parece que todo el mundo tenía la llave de mi casa. ¡Media Rumanía entraba y salía cuando le daba la gana!

—¿Y por qué te lo devolvió? — preguntó Edward cuando salimos del hospital—. Lo escaneaste en busca de virus y *spyware*, ¿verdad? Cuando te lo devolvieron...

—Sí, pero... Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

Eché a correr hacia el coche.

CAPÍTULO 57

Laura veía desfilan la autopista a través de la ventanilla. Desde que habían salido de Londres, habían ido básicamente en línea recta, a través de Essex, y el demonio se desplazaba al carril de máxima velocidad cada vez que podía, pisando el acelerador hasta rozar los ciento cincuenta kilómetros por hora. Luego se encontraron un atasco y el demonio lanzó un resoplido y empezó a maldecir, tamborileando rítmicamente

con los dedos en el volante cada vez que el automóvil avanzaba unos metros.

Oscar estaba dormido, gracias a Dios, con la carita apoyada en el pecho de Laura, emitiendo de vez en cuando aquella especie de suspiro que le partía el corazón. Había caído rendido de tanto llorar al salir de Londres, con un llanto que no hacía sino irritar cada vez más al demonio. Laura había acunado en sus brazos y tranquilizado al niño, advirtiéndole al demonio que el bebé necesitaba leche, que tenía hambre.

—Ya beberá leche cuando lleguemos —le contestó.

—Toma leche materna —se atrevió a decir ella—. No está acostumbrado al biberón. No beberá leche artificial.

El demonio lanzó un bufido de desdén.

—Ya verás como sí se la bebe si tiene hambre. —Se volvió y miró a través del hueco entre los asientos para fijarse en los pechos de Laura sin disimulo, haciendo que se le pusieran los pelos de punta—. Aunque de esas no iba a sacar mucho alimento... Pero tienes unas buenas caderas. Sana, al menos físicamente. Y te crecerán las tetas cuando llegue el momento.

Alina permaneció en silencio durante toda esa conversación, con la vista fija al frente. Como si de verdad fuese un fantasma, una aparición. Pero Laura percibía su olor. Un olor a sudor. El hedor del miedo destilándose por sus

poros. No era un fantasma. Era real. Y si Alina era de carne y hueso, de eso se desprendía que el viejo que conducía el automóvil tampoco era una criatura sobrenatural. Solo era un hombre.

Permanecieron parados en el atasco durante largo rato, con el viejo cada vez más impaciente. En un momento dado, Laura creyó que iba a bajarse del vehículo y a golpear con el puño al coche de delante. Luego empezaron a moverse de nuevo. Laura contó los captafaros del asfalto para calmarse. Cuando era niña, jugaba a contar los coches blancos y los rojos en las excursiones familiares. Si los rojos superaban a los blancos, era una señal de que pasaría algo malo: se pondría

enferma, o una de las niñas que se metían con ella en la escuela sería más mala aún. Si ganaban los blancos, pasaría algo bueno: su madre la dejaría sola todo el día, Beatrice iría a visitarla.

Ese día no tenía sentido contar los coches. Ya había sucedido lo peor que podía suceder. Laura ya se había resignado. Su única esperanza ahora era proteger a Oscar. Si lograba convencer de algún modo a aquel hombre para que se lo devolviera a Erin y a Rob, haría lo que le pidiera el demonio. Aceptaría su castigo.



Abandonaron la M11 y dejaron atrás

Bishop Stortford para dirigirse más hacia el este. Laura vio un cartel indicador hacia Hatfield Forest y no tardaron en incorporarse a una carretera más solitaria, y luego a otra, flanqueada por árboles de copa irregular. El haz de los faros los iluminaba mientras trataban de alcanzar el coche con sus ramas desnudas y alargadas. Más allá de los faros se extendía una noche inmensamente oscura e impenetrable.

Siguieron internándose en el bosque. Laura cerró los ojos con fuerza, estrechando a Oscar en sus brazos. Apenas podía respirar. Al reducir el automóvil la velocidad, abrió un ojo y vio que se aproximaban a un enorme caserón semiescondido entre hileras de

árboles centenarios. Oscar lanzó un gritito y Laura se dio cuenta de que lo había pellizcado.

A su lado, Alina parecía igual de aterrorizada que ella. El fantasma de un fantasma.

El vehículo se detuvo delante de la casa y el demonio paró el motor, dejando las luces encendidas.

Laura oía la respiración agitada de Alina. Era extraño, pero ver el miedo de la mujer rumana la hizo sentirse más valiente, la obligó a asumir el papel de la fuerte. Los faros del coche iluminaban una casa de campo con las paredes pintadas de blanco, una casa que llevaba allí tanto tiempo que parecía una parte orgánica del bosque. No parecía estar en

buen estado de conservación, pues tenía las ventanas rotas y algunas partes del tejado parecían a punto de derrumbarse. No se veía ninguna otra casa en las inmediaciones.

—Como en mi propia casa —dijo el viejo. Sonrió a Laura y luego centró la atención en Alina. Aunque tenía un fuerte acento, hablaba un inglés perfecto, como alguien que lo hubiese estado estudiando muchos años—. Creías que habías escapado de mí, ¿verdad?

Alina se negaba a mirarle a la cara.

—¿Recuerdas cuando fui a llevarme al pequeño...? ¿Cómo lo llamabas? Al pequeño Luka... Debimos matarte entonces. Dragoş estaba volviéndose débil, al igual que su simiente. A menos

que la estéril seas tú. —Su sonrisa era cruel—. Muy pronto lo veremos. Voy a hacer el trabajo yo mismo. —Se frotó la entrepierna—. Aún le queda vida a este perro viejo.

Laura creyó que iba a vomitar. Se esforzó por encontrar sentido a sus palabras, pero estaba claro que, fuese el que fuese, estaba relacionado con aquella casa, aquel terrible lugar.

El hombre miró a Oscar, obligando a Laura a centrarse en el presente.

—Van a pagar un precio magnífico por este. Ya conozco a una pareja que estará interesada. Una pareja rusa, viejos conocidos, que se han mudado a Londres. Demasiado mayores para tener hijos propios.

Laura oyó gimotear a Alina. ¿O había sido ella misma? Envolvió al niño en sus brazos con ademán protector.

—¿De qué está hablando?

Ahora que el motor estaba apagado, hacía frío en el interior del vehículo, y la respiración del hombre formaba una nube cuando hablaba. Había un brillo en su mirada que a Laura le helaba la sangre, más aún que sus palabras. Parecía alguien que se cree invencible.

—Tu amiguita mató a mi hijo. Sí, era un bastardo, pero era hijo mío, de todos modos. Lo estropeó todo. ¿Sabes cuánto tiempo hemos vivido en esa casa, dirigiendo nuestro negocio tranquilamente? Veinticuatro años. Desde que me vi obligado a abandonar

mi trabajo y huir por culpa de la maldita Revolución.

Alina levantó la vista en ese momento, con la boca ligeramente abierta, revelando el espacio que tenía entre las paletas superiores.

—Antes de eso, era una buena época para ser policía. Una posición poderosa. Tantas mujeres... —dijo con voz nostálgica, y siguió hablando, como transportado por su propia historia—: La mayoría de los niños que engendré acabaron en el orfanato, pero cuando la madre de Dragoş se quedó embarazada, empecé a pensar en mi legado. Cuando descubrí que el bebé era un niño, decidí quedármelo. La madre era... una bocazas, nunca sabía cuándo tenía que

mantener la suya cerrada. —Señaló sus propios labios, muy finos—. Así que después de que... muriera, compré la vieja casa de Hunedoara y envié a Dragoş allí a vivir con mi madre, que en paz descansa. Ella lo crio. Y luego, años más tarde, justo cuando Dragoş ya era casi un hombre, llegó la Revolución. Y yo desaparecí.

Sus ojos relumbraron en la oscuridad. A Laura le recordó, no sin cierta perversidad, a su propio abuelo, que nunca perdía ocasión de rememorar su vida en voz alta.

—Al principio era muy aburrido, muchísimo, después de toda la acción que había vivido en mi trabajo. Pero un día, cuando Dragoş todavía era

adolescente, pasó algo maravilloso. ¿A que no lo adivináis?

Miró a Laura y luego a Alina, y después lanzó un gruñido de disgusto.

—¡Qué poca imaginación! Pues que un par de excursionistas se presentaron en nuestra casa. Un hombre y una mujer jóvenes, perdidos en el bosque, como Hansel y Gretel. Llamaron a la puerta y nos pidieron indicaciones. Yo estrangulé al chico y luego Dragoş se divirtió con la chica. Ya iba siendo hora de que Dragoş perdiera la virginidad. —Hizo una pausa—. Mmm... No recuerdo si obligamos a Hansel a mirar mientras nos cepillábamos a Gretel. Bueno, el caso es que decidí quedarme con ella, para poder tener algo con lo que

entretenernos por fin. Fue divertido.

Laura tragó saliva. Oscar volvió a retorcerse en su regazo.

—Y entonces —dijo, como si se estuviese cansando de relatar la historia — Gretel se quedó embarazada. Tal vez el hijo fuese mío, tal vez de Dragoş. Pensaba matarla, pero entonces se me ocurrió una idea. Una idea genial. Nos estábamos quedando sin dinero. Y yo me aburría muchísimo, incluso con aquella jovencita con la que pasarlo bien. Volví a hablar con algunos de mis viejos contactos, gente que había conservado su dinero. Y el resto, como suele decirse, es historia.

Alina habló entonces, dando un buen susto a Laura:

—¡Tú también eres un monstruo!
¡Como tu hijo!

El viejo se rio.

—Pero ¡si habla! No. Yo soy un hombre de negocios. Existe una demanda y yo la satisfago.

Laura alargó la mano para tomar la de Alina y se la apretó con delicadeza. Tras unos segundos de vacilación, Alina se la apretó también.

—Tienes agallas, eso tengo que reconocértelo —dijo el hombre a Alina—. Sabía que vendrías aquí, a Inglaterra. Porque querías vengarte, ¿a que sí? —Señaló a Laura—. Quería vengarse de ti, por marcharos sin ella. Por dejarla allí tirada y que se pudriera. ¿No es así, Alina?

La mujer bajó la mirada. No contestó.

—Constantin, ese cabrón, me mintió. Tú estabas allí, Alina. Me mintió descaradamente, porque no quería que me enterara de lo de la droga que había encontrado en vuestras bolsas, Laura. Pagó el precio por mentirme. Lo enterré en el bosque. Lo último que dijo, pensando que esa información lo salvaría, fueron tu nombre y el de tu novio.

Alargó el brazo y acarició el pelo suave de Oscar.

—Este pequeñín no formaba parte de mi plan. Es un extra. Otra señal de Dios. —Volvió a acariciar la cabecita del niño y Laura reprimió el impulso de apartar a Oscar de él, de cubrirlo con su

cuerpo—. Me alegró mucho ver que tú estabas al cuidado del bebé, Laura, mientras los padres dormían tranquilamente en la cama.

Laura estrechó al bebé contra su pecho. Había estado intentando entender por qué el viejo la había llevado de vuelta a la casa de Erin y Rob después de encontrarla en la casa okupada. Pensaba que era porque el objetivo era el niño, pero si ahora decía que Oscar era un extra...

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué llevarme de vuelta a casa si no planeaba llevarse a Oscar?

El viejo sonrió y señaló a Alina con el dedo.

—Porque esta chica tan traviesa ha

estado escondiéndose de mí. Estaba esperando a que se dejase ver.

Laura lo entendió entonces. Cuando dijo a Alina que el demonio la había rescatado de las garras de Ion y la otra chica rumana, Alina había salido de su escondite... y se había puesto al alcance del hombre que la estaba persiguiendo.

Salió de su ensimismamiento al oír de nuevo la voz del hombre.

—Alina, tú destruiste lo que tenía en Rumanía. Pero no pasa nada. —Sonrió con una sonrisa de lobo—. Puedo empezar de nuevo. Aquí, en Inglaterra. Y ya tengo a mi primer lechón para llevarlo al mercado.

CAPÍTULO 58

Pedí a Edward que preparase café mientras yo encendía el portátil. Entretanto, saqué una hoja de la impresora e intenté dibujar un diagrama de Venn con figuras de palo que representaban a los protagonistas de aquella dramática situación. En un círculo, los supuestos traficantes de droga rumanos, Ion, Alina y Camelia. En otro círculo, Gabor y su cómplice sin nombre, el hombre de la casa. En la

periferia, como implicados involuntarios, Erin, Rob y Oscar. El policía, Constantin, también estaba allí, al igual que Edward. Y en el centro, en la intersección de todos aquellos círculos, estábamos Laura y yo.

Camelia había vendido el portátil a Gabor. Tenía que ser él. No había más viejos rumanos en la escena. Yo sabía cómo había conseguido entrar en mi apartamento el grupo de Ion: tenían el juego de llaves que le habían quitado a Laura de la mochila. Ignoraba de dónde había sacado su llave Gabor. Tal vez había forzado la cerradura. Por el momento, no importaba.

—¿Qué haces? —preguntó Edward, sentándose a mi lado.

—Comprobando mi *spyware*.

—Pero eso ya lo hiciste, ¿no?

—Sí, pero solo cuando me devolvieron el ordenador. Hay otra cosa rara que no te he contado.

Le hablé de las fotografías del tren que se habían desvanecido ante mis ojos.

—Por el amor de Dios, Daniel, ¿por qué no me lo habías contado antes?

—Tenía miedo de que todo fueran imaginaciones mías, de estar volviéndome loco.

Pero si no estaba loco, solo había una explicación para la forma en que habían desaparecido las fotografías. En el aparcamiento del hospital, mientras trataba de entender los motivos de

Gabor para devolverme el portátil, recordé qué había pasado justo antes de ver las fotos que se volatilizaron: había recibido un correo de Laura con la foto de los gatitos. Solo que ahora estaba seguro de que no me la había enviado ella. Si me hubiese fijado entonces, sin duda me habría dado cuenta de que procedía de una cuenta de correo electrónico abierta en nombre de Laura. Y la foto de los gatitos contenía lo que estaba buscando ahora. Gabor debió de suponer que yo escanearía el sistema en busca de virus tras recuperar el portátil misteriosamente..., así que me había enviado el virus más tarde.

Se lo expliqué a Edward mientras esperábamos la respuesta del programa

antivirus.

El escaneo finalizó y en la pantalla apareció una alerta. Apoyé la cara en mis manos.

—Mierda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Edward.

Di unos golpecitos en la pantalla.

—Ahí está. Es un programa espía.

Volví la cabeza para mirarlo. Alguien había instalado un programa en mi equipo que le daba acceso remoto al sistema. Podían ver todo lo que escribiese. Podían añadir y borrar archivos.

—¿Pueden ver lo que estás haciendo ahora? —quiso saber el detective.

Volví al teclado.

—Bueno —dije al cabo de un minuto—. He bloqueado la conexión, pero podrán ver que lo he bloqueado. Si están mirando ahora mismo, sabrán que los he descubierto.

—¿Y puedes seguirle el rastro? ¿Localizar el equipo de la persona que te espía?

—Vamos a ver.

Mientras trabajaba, Edward llamó a la casa de Rob y Erin y habló con la agente Davies para interesarse por mis amigos.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté cuando colgó, sin levantar la vista de la pantalla.

Me estaba acercando. El equipo de Gabor seguía intentando conectarse con

el mío y yo estaba intentando encontrar la dirección IP de ese ordenador.

—Erin está en el cuarto del niño, con la mirada fija en la cuna de Oscar. Rob ha salido a buscar por los alrededores. Por lo visto, no soportaba seguir encerrado en la casa sin hacer nada. La policía ya ha ido puerta por puerta a hablar con todos los vecinos...

—¿Alguno vio algo?

—No ha querido contarme mucho, pero Rob ha sacado a casi todos los vecinos de las casas y están peinando las calles adyacentes...

Seguí tecleando, acercándome cada vez más a aquella dirección IP.

—Davies dice que han enseñado la foto de Laura en las noticias. Está en

toda la red. La gente en Twitter se está volviendo loca, llamándola «secuestraniños», compartiendo su foto... Todo el país la está buscando.

Hice una mueca de dolor.

—Pero eso no es así. Es imposible que se lo haya llevado ella por voluntad propia.

Regresé a la pantalla e introduje varias órdenes en el recuadro, acercándome cada vez más. Al parecer, Gabor utilizaba un software de hackeo fácil de usar, muy poco sofisticado. Probablemente se lo había comprado a algún crío en la red oscura.

—Ya la tengo —anuncié entre dientes.

—¿Cómo? —exclamó Edward,

enderezando la espalda.

—La dirección IP. A ver...

Entré en la red y pegué la dirección IP, una ristra de números, en un sitio web especializado. El resultado apareció segundos después y obtuve la zona, además de la longitud y la latitud.

—No me da la dirección exacta, pero...

Abrí Google Maps y examiné la zona donde estaba ubicada aquella dirección IP. Miré a Edward a los ojos.

—Nos vamos otra vez al bosque — dije, y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

CAPÍTULO 59

El viejo las guio por el sinuoso sendero. Laura iba delante, con Oscar, al que rodeaba con sus brazos para protegerlo del intenso frío, y Alina detrás, con la barbilla hundida. Laura tenía las piernas entumecidas y se sentía como si tuviera un enjambre de abejas en el estómago.

—Vamos —las azuzó el hombre, abriendo la puerta principal y agarrando a Laura del codo para empujarla dentro.

El viejo tenía fuerza, y Laura contuvo

un escalofrío al pensar en aquellas manos sobre su cuerpo. Agarró a Alina también y la empujó violentamente, enviándola con paso tambaleante por delante de ellos, hacia un amplio vestíbulo. El aire olía a polvo y hacía aún más frío, si es que eso era posible, dentro de la casa que entre los árboles. Laura intentó captar la atención de Alina, pero la rumana había vuelto a encerrarse en sí misma. Sabía lo aterrador que debía de ser aquello para ella. Laura solo podía imaginar lo que iba a suceder, cómo se iba a sentir. Alina ya lo había vivido antes, en otra casa, en otro bosque. Y Laura no tenía miedo por ella. Lo único que le importaba era proteger a Oscar.

El niño estaba callado e inmóvil, y Laura lo estrechó contra su pecho, preocupada por que el frío pudiera estar debilitándolo y volviéndolo apático. El frío y el hambre. ¿Podía un bebé de esa edad sufrir un *shock*? Necesitaba a su madre, necesitaba leche, calor, cuidados familiares. El cuerpo de Laura temblaba de odio hacia el hombre que los había llevado hasta allí. Sí, solo era un hombre, y a los hombres se les podía hacer daño.

El viejo hizo un movimiento señalando las escaleras y soltó una maldición cuando vio que no se movían.

—¿Quieres que le haga daño al niño? —preguntó, alargando el brazo, y Laura apartó a Oscar, cosa que provocó

la risa del hombre. A continuación, se puso muy serio y habló con tono impaciente—: Subid ahí.

Laura fue primero, y luego Alina, seguidas por el viejo. Subieron una planta y el hombre agitó los brazos, indicándoles que siguieran hasta la siguiente. Como en la otra casa, había una puerta cerrada en lo alto de las escaleras. El viejo pasó por delante de las dos y accionó el tirador de la puerta, que se abría hacia dentro. Entraron en el cuarto.

Alina se puso tensa. Laura alargó el brazo para tocarla.

Era una réplica exacta de la habitación de Rumanía, pero más pequeña y con menos camas. No había

ninguna fotografía de polaroid en la pared. Todavía. Las dos camas tenían sábanas y mantas blancas, y una estructura de metal. Dos juegos de esposas estaban colgados del armazón de los pies de cada una de las camas. Laura notó como la respiración de Alina se agitaba por momentos. Trató de conservar la calma, de examinar atentamente el resto del cuarto. Junto a la segunda cama había una cuna blanca de madera y al lado, apiladas, varias mantas blancas. Laura corrió hacia ellas y las desplegó para arropar a Oscar. El viejo la observó hacer aquello y se sopló el aliento en las manos para calentárselas.

—Buena chica —le dijo.

Ella se volvió hacia él.

—No creerá que va a salirse con la suya, ¿verdad? La policía nos encontrará.

El hombre sonrió.

—A lo mejor quieres darle de comer.

Señaló la pared del fondo, donde había una mesa con la clase de artículos y utensilios que se encontrarían en el hogar de cualquier familia con niños muy pequeños: biberones, botes de leche artificial, pañales y toallitas, crema protectora y un paquete con chupetes.

Las ventanas estaban tapiadas, con tablones de madera clavados sobre las hojas.

—No podemos consentir que se

repita lo que le pasó a Dragoş, ¿a que no? —dijo el viejo a Alina. Señaló a Laura con la cabeza—. ¿Por qué no le preparas algo de beber al niño?

Laura vaciló, sin saber qué hacer con Oscar.

—Dámelo a mí —dijo el hombre.

Laura entregó el bebé a Alina. La rumana palideció.

—Tómalo —le pidió Laura, y Alina hizo lo que le pedía, tomándolo como si estuviese hecho de cristal, como si fuese a hacerse añicos en sus brazos.

Había agua fría en una jarra. Laura echó un poco en un biberón y añadió tres cucharadas rasas de leche en polvo.

El niño no había probado la leche artificial. ¿La aceptaría, sobre todo

estando tan fría como aquella? ¿Le sentaría mal? Se lo quitó a Alina de los brazos, se sentó con él y presionó con delicadeza la tetina del biberón contra sus labios. Al cabo de unos segundos, Oscar la aceptó y empezó a succionar, a todas luces muerto de hambre. Laura notó que el bebé se relajaba y la miró con sus enormes ojos azules.

El viejo observaba la escena.

—Ya sabía yo que serías una buena madre —dijo—. La primera vez que te vi. Tengo un sexto sentido para eso, después de todos estos años. Cuando entraste en ese coche cama sin los pasajes correctos...

Laura abrió los ojos con expresión de asombro.

Él se echó a reír.

—Sí, os oí hablando del tema. Estaba observándote, pensando en lo maravilloso que sería tenerte en mi casa. En los niños tan hermosos y valiosos que me darías. Vi al novio de esta pequeña zorra entrar en vuestro compartimento y luego volver para ponerse los dos a cuchichear.

Laura miró a Alina, que agachó la cabeza.

—Y seguía observando cuando el tren empezó a acercarse a mi casa y aparecieron los guardias de fronteras. Fue entonces cuando caí en la cuenta: ¡podía hacerlo realidad!

Laura miraba atónita al viejo mientras Oscar seguía bebiendo del

biberón.

—Tuve una charla muy interesante con los guardias, les hablé de la pareja de ingleses arrogantes que viajaban en el coche cama sin pasaje. Que os había oído fanfarronear, decir que era imposible que aquellos rumanos catetos os echaran del tren en medio de la nada. —Cada vez hablaba más y más rápido, con la respiración cada vez más agitada, excitado por su propia historia. Señaló a Alina—. La cosa salió aún mejor de lo que había imaginado. No esperaba que fuesen a echar también a esta del tren.

—Vas a morir —dijo Alina.

El hombre se rio.

—Empiezo a pensar que solo debería

haberme traído a la inglesa. Solo la necesito a ella.

Hurgó en el interior de su chaqueta y sacó un cuchillo.

—Métete en la cama —ordenó a Alina.

Laura observó mientras la chica obedecía y se tumbaba de espaldas en la cama individual, cruzando los brazos sobre el pecho, sin dejar traslucir ninguna emoción. El viejo le colocó una manilla alrededor de un tobillo, y luego la segunda en el otro. A continuación, hizo lo mismo con las muñecas. Presionó la fría hoja del cuchillo contra el cuello de Alina y acercó la cara a la de ella.

—Tú mataste a mi hijo.

—Y fue una sensación maravillosa.

Alina siguió hablando, aunque pasó a hacerlo en rumano. Hablaba en voz baja, con una mueca desdeñosa. El viejo le respondió, hablándole en su lengua materna él también. A pesar de que no entendía las palabras, para Laura estaba claro que Alina se estaba mofando de él, y eso lo enfurecía cada vez más. Se puso cada vez más rojo mientras Alina le escupía palabras duras a la cara y luego se reía. Luego le dijo algo que hizo que el hombre se irguiera bruscamente y mirase a Laura, con una expresión de sorpresa en los ojos.

Se quedó observándola largo rato, mientras Oscar terminaba su biberón, y entonces el viejo se echó a reír de

nuevo. Estaba a punto de decir algo cuando Oscar abrió los ojos y rompió a llorar, con un llanto súbito que obligó al viejo a taparse los oídos. En la cama, Alina se rio y el viejo la señaló con el cuchillo, primero a ella y luego a Oscar.

—Haz que se calle —dijo.

Laura intentó apaciguar al niño, meciéndolo en brazos.

—Aún tiene hambre —dijo.

—Me importa una mierda. Que se calle de una puta vez.

Se acercó a Alina de nuevo, empuñando el cuchillo. El niño seguía llorando, con unos aullidos cada vez más estridentes, inmune a todos los intentos de aplacar su llanto. Alina se reía a carcajadas, cada vez más

histórica, y las lágrimas le asomaban a las comisuras de los ojos.

—¡Cállate! —gritó el hombre—. ¡Cállate de una puta vez!

Se oyó un golpe en la planta de abajo. Por un momento, Laura pensó que el viejo no lo había oído, con el estruendo del llanto del niño y la risa de Alina, pero entonces se quedó muy quieto y ladeó la cabeza.

—Como intentéis algo cuando salga de aquí, mataré a esa zorra y al niño —les advirtió.

Salió de la habitación y Laura oyó el chasquido de una llave en la cerradura. Y en cuanto el viejo se marchó, Oscar se calló, como si fuera la presencia maligna del hombre la que lo hacía

llorar.

Alina dejó de reír y volvió la cabeza hacia Laura.

—Haz exactamente lo que yo te diga —le ordenó.

CAPÍTULO 60

Nos adentramos en el bosque y nos detuvimos a cien metros de la casa que estábamos buscando. Cuando Edward paró el motor, nos sumimos en un silencio absoluto, tan súbito como al apagar una radio. Abrí la puerta y bajé, tambaleándome como un potrillo recién nacido. Al ver los árboles y la oscuridad, me aferré instintivamente al coche, mientras mis sentidos me pedían a gritos que volviera al interior, que nos

fuéramos de allí, que regresáramos a la ciudad, a la luz y a la civilización.

«Aquí estamos de nuevo.»

Me sentí como alguien al que le dan miedo las alturas y está al borde de un precipicio. Oía murmurar a los árboles, alargar sus ramas desnudas y susurrar mi nombre. En medio del espeso follaje, algo se movió y salió huyendo despavorido.

«Esta vez no tendrás escapatoria.»

—¿Estás bien? —me preguntó Edward, situándose a mi lado.

Me humedecí los labios.

—Creía... que iba a llevarlo bien. Pero es como...

Tragué saliva, a pesar de que tenía la boca completamente seca.

—Es justo como la otra vez.

—¿Quieres que vaya yo solo? —me preguntó, apoyando una mano sobre mi hombro—. Puedes esperarme aquí.

—¡No! ¡No! Tengo que hacerlo. Solo son árboles. Solo es un bosque. Y el lugar al que vamos... solo es una casa.

«Y el hombre al que buscamos... solo es un monstruo.»

—No sabemos con seguridad si este es el lugar que buscamos —dijo Edward.

—Lo es. Lo presiento.

Edward no respondió nada. Nos habíamos detenido un momento en el pueblo a la entrada de Hatfield Forest, habíamos ido al pub y le habíamos preguntado a la camarera si se había

vendido o alquilado recientemente alguna de las casas del bosque. Una casa grande y aislada, probablemente. Estaba seguro de que Gabor habría buscado algo familiar. Y si tenía planeado secuestrar a Laura y a Oscar, necesitaría un sitio donde no hubiese ningún vecino cerca.

—La casa de la vieja bruja —dijo un hombre en la barra, con la cara señalada con marcas de acné.

Me volví a mirarlo.

—¿Qué? —Fue como retroceder en el tiempo a la noche del bosque, como si estuviera de pie delante de aquella puerta, mientras la vocecilla del niño de mi cabeza me decía que allí vivía una bruja.

—Bueno, no es la casa de una bruja de verdad. —La camarera, que tenía más de cuarenta años y unos ojos chispeantes, soltó una risa—. La gente la llama así porque todos los críos del pueblo decían que la mujer que vivía allí se comía a los niños. Murió hará... unos cinco años.

—He oído que alguien la ha comprado —intervino el hombre de las marcas de acné.

Nos dieron un mapa y nos enseñaron cómo llegar hasta allí, sin preguntarnos por qué buscábamos la casa.

—Yo sigo pensando que deberíamos haber llamado a la policía —estaba diciendo ahora Edward, mirando hacia el oscuro sendero que llevaba en la

dirección señalada en el mapa—. Deberíamos haberlo dejado en sus manos. Ese cabrón me quemó la oficina, estuvo a punto de matar a Sophie... y por poco me mata a mí.

Habíamos deducido que Gabor debía de haber interceptado el formulario que rellené para solicitar los servicios de Edward y se vio impelido a actuar. Suponía que aquella era la principal razón para espiarme. Para ver si le había contado a alguien lo que había visto en Rumanía. Traté de seguir su razonamiento. Sería mucho más arriesgado para él matarnos a mí o a Laura. La policía abriría una investigación e irían tras los pasos del asesino. Era mucho más difícil librarse

del asesinato de una pareja de clase media en mitad de Londres que en la lejana Rumanía. Debió de sentirse fuera de su zona de confort criminal, como la araña que se aleja de su tela. Así que había decidido limitarse a observar, permanecer al acecho por si hacíamos algo que mereciese correr el riesgo.

—Eso ya lo hemos hablado —dije.

Sabía que si recurriamos a la policía, tendríamos que contarles la historia entera, el relato de cómo habíamos rastreado a Gabor, con todo lujo de detalles. Y eso llevaría tiempo, un tiempo del que no disponíamos mientras Laura y Oscar estuviesen en peligro. Además, había otra razón: quería hacer aquello yo solo. Quería una oportunidad

para hacer las cosas bien.

Solo disponíamos de una linterna, igual que Laura y yo cuando nos internamos en el bosque buscando a Alina. Aquella pista forestal era más ancha —en realidad era un camino de tierra— pero todo lo demás parecía igual. Había hecho el círculo completo: me encontraba de nuevo al principio de un viaje que no había querido proseguir. Esa noche, de una manera u otra, el viaje terminaría.

La linterna trazaba dibujos en los árboles. Veía caras en ellos: no eran animales ni monstruos o brujas, sino personas. Mujeres y niños, con las bocas crispadas profiriendo gritos. Ojos negros que me miraban fijamente. Me

pareció ver bebés muertos colgando de las ramas. Me imaginaba a niños asomándose entre los árboles, murmurando.

«Vuelve por donde has venido. Vete a casa.»

Me detuve, paralizado por el miedo, con las piernas negándose a obedecerme. Oí otro ruido que sonó como un gruñido. Se deshizo en un murmullo, y eso fue aún peor.

Edward apoyó la mano en mi hombro. Di un grito.

—Daniel, cálmate. No pasa nada. No va a pasar nada. Puedes hacerlo.

Asentí. Podía hacerlo. Podía hacer aquello.

Seguimos andando por el camino. Se

torcía en una curva hacia la derecha y cuando doblamos el recodo, Edward anunció:

—Es ahí.

La casa se erguía entre la oscuridad, resplandeciendo débilmente bajo la luz de la luna que bañaba el claro ahora que habíamos dejado atrás los árboles. Una vez más, retrocedí en el tiempo a los sucesos de unos meses atrás. La mayor diferencia era que esta vez iba preparado: llevaba un cuchillo de cocina en el bolsillo interior del abrigo, algo que no le había contado a Edward, pues estaba seguro de que intentaría disuadirme para que no lo llevara. También traía conmigo mi teléfono, con la batería completamente cargada,

aunque, cuando lo miré, vi que la señal era muy débil, solo tenía una barra de cobertura, y no había 3G.

Pasamos entre dos muros de ladrillo en ruinas para acceder al patio delantero de la casa, donde había un automóvil negro.

—¿Oyes eso? —pregunté.

Edward asintió. En la planta de arriba se oía el débil murmullo del llanto de un niño.

Me asomé a la ventanilla del automóvil y llamé a mi compañero rápidamente.

—Eso es de Laura —susurré. Había un coletero para el pelo en el asiento trasero. Era el coletero en forma de amapola de Laura.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Estaba con ella cuando lo compró. Lo lleva siempre.

El niño dejó de llorar.

—Creo que deberíamos llamar a la policía.

—No, no tenemos tiempo.

Inspiró hondo.

—Muy bien, de acuerdo. No podemos presentarnos y llamar a la puerta sin más. Vayamos por el lateral de la casa, a ver si encontramos otra entrada.

Dimos un rodeo a la fachada de la casa y hallamos una pila de leños amontonados sobre una base de cemento junto a la pared. Encima había una pequeña ventana con el marco de

madera podrido.

—Deja que eche un vistazo —dijo Edward. Se encaramó a la pila de madera y se agarró al alféizar, estirando el cuello para asomarse a la ventana, para iluminar la oscuridad del interior con la linterna. Me llevé la mano al pecho. No podía creer que mi corazón pudiera latir tan deprisa—. No veo ningún...

Interrumpió sus palabras un leño en lo alto de la pila, que resbaló hacia abajo y, de pronto, todo el montón de madera cedió bajo sus pies. Yo me aparté y Edward se aferró al alféizar, con las piernas colgando a medio metro del suelo. Los leños cayeron rodando por la base de cemento en una sucesión

de fuertes estruendos. Edward aguantó unos segundos y luego se soltó y cayó al suelo de lado. Se levantó de inmediato y se examinó los dedos. La linterna cayó rodando hacia la hierba y se apagó, sumiéndonos en la penumbra de la luz de la luna.

Edward sacudió la cabeza.

—Voy a llamar a la policía. Esto es ridículo.

Sacó el teléfono y empezó a marcar.

Distraído por lo que hacía Edward, no vi al hombre asomar por la esquina de la parte delantera de la casa. Para cuando advertí su presencia y me di cuenta de que era Gabor, ya estaba empuñando la pistola con la que nos apuntaba.

—¡Edward! —grité.

Levantó la vista del teléfono en el preciso instante en que Gabor abría fuego. Edward se retorció y cayó al suelo. No emitió ni un solo ruido. Me quedé paralizado, vi a Gabor apuntarme con la pistola y, no sé cómo, conseguí hacer que mis piernas reaccionasen. Di un salto hacia la derecha, lejos de la casa, justo en el momento en que la segunda detonación retumbaba en mis oídos. Me quedé tumbado en el barro, a escasos metros de donde yacía Edward. No se movía. Vi a Gabor acercarse a nosotros, recargando el arma, con una expresión sombría en el rostro. Me levanté como pude y corrí hacia la parte de atrás de la casa, convencido de que

en cualquier momento oiría otro disparo y notaría el plomo en la espalda.

Doblé la esquina de la casa y vi una pequeña carbonera en la orilla del césped. Corrí hacia allí y me agaché detrás de ella, poniéndome de cuclillas en la hierba crecida y asomándome para mirar a la casa mientras Gabor aparecía en la esquina, mirando a uno y otro lado.

—Te veo —dijo—. Sal. No voy a matarte.

¿Qué clase de ingenuo creía que era? Rebusqué en el bolsillo para sacar el teléfono, tapando la luz de la pantalla con mi cuerpo, y comprobé si había cobertura. Aún disponía de media barra. Me temblaban tanto las manos que apenas podía teclear los números del

teléfono de emergencias en la pantalla.

Uno. Uno.

—Suelta el teléfono.

Levanté la vista. Gabor estaba encima de mí, con el cañón de la pistola a escasos centímetros de mi cara. Tenía el pulgar suspendido encima del número dos.

—Suelta el teléfono ahora mismo — me ordenó, apretando el cañón del arma contra mi cuerpo—. ¡Ahora he dicho!

Hice lo que me decía. Él pisoteó el teléfono y le rompió la pantalla.

—Levántate. Las manos donde yo las vea.

Una vez más, hice lo que me decía. Llevaba el cuchillo en el bolsillo interior, pero aunque fuese lo bastante

rápido para sacarlo sin que me disparase, ¿qué podía hacer con él? Mi cuchillo de cocina contra su pistola. Era como llevar una cucharilla para el té.

Sonrió.

—Si te digo la verdad, me alegro de que me hayas encontrado. Eras mi último cabo suelto. El último que sabe algo sobre el negocio que teníamos montado mi hijo y yo.

Lo miré de hito en hito.

—Solo que no sabes todos los detalles, ¿a que no? —Se encogió de hombros—. Lo siento, pero vas a tener que morir sin conocer toda la verdad.

Me apuntó a la cara con la pistola.

Levanté una mano, como si pudiera detener un disparo con ella.

—¿Dónde está Laura? ¿Qué has hecho con ella? ¿Y el pequeño Oscar?

Sonrió, si es que podía llamarlo así. Era la sonrisa de un cocodrilo mirando a su próxima presa.

—No te preocupes por ellos.

Volvió a apuntarme con el arma. Me estremecí, esperando oír el disparo. Pero vaciló, como si estuviera saboreando el momento. ¿Podía alargar el tiempo? ¿Hacer que siguiera hablando, alcanzar el cuchillo que llevaba en el bolsillo y pillarlo por sorpresa?

—Por favor —dije—. Solo una pregunta más.

Asintió, con el cañón del arma enfilado en mi cara.

Contuve el aliento.

—Las fotos. ¿Fue usted? ¿Cuándo las tomó?

Me acerqué la mano despacio al bolsillo.

El viejo volvió a asentir.

—Mientras los guardias comprobaban el pasaporte de Alina. Entré, os vi roncando como cerdos y saqué un par de fotos con mi teléfono. Se las envié a mi hijo para que supiera exactamente a quién tenía que buscar.

—Pero ¿por qué enviármelas a mí?

Encogió un hombro.

—Estaba intentando atraer a Alina. Creí que se lo contarías a tu novia, que los dos deduciríais que Alina había vuelto. Que me ayudaríais a llevarme

hasta ella.

Rocé con los dedos la orilla del bolsillo.

—¿Por qué borró las fotos?

—Para divertirme, Daniel.

Saqué el cuchillo y me abalancé sobre su pierna. Me esquivó fácilmente, apartándose a un lado, y me golpeó la mano para arrancarme el cuchillo de cuajo. Se rio.

—Es una lástima no poder seguir charlando contigo —dijo—. He visto y oído unas cosas que me encantaría compartir contigo.

Me apuntó a la cara con el cañón del arma.

Cerré los ojos. Iba a morir. Aún peor, había fracasado en mi intento de salvar a

Laura y a Oscar.
Me lo merecía.

CAPÍTULO 61

—Quítame la bota —dijo Alina en cuanto oyeron que los pasos del hombre se alejaban escaleras abajo—. La izquierda.

Laura dejó a Oscar, que se había dormido, con delicadeza en la cuna e hizo lo que le decía Alina. La bota se deslizó fácilmente y Laura retrocedió en el tiempo un instante, hasta el momento en que había encontrado aquella misma bota en el camino entre los árboles.

—Ahora saca la... parte de dentro.

—¿La plantilla?

Alina asintió como pudo. Laura enroscó los dedos en el borde de la plantilla. Aún estaba caliente y desprendía un olor levemente desagradable. Se oyó un desgarró cuando la retiró del todo. A su espalda, Oscar se removió en la cuna pero seguía dormido.

—Ten cuidado —dijo Alina—. Debajo de la plantilla debería haber una pequeña pieza metálica.

Laura dio la vuelta a la bota con cuidado y notó que le caía algo en la palma de la mano y luego se le resbalaba y caía al suelo.

—¡Mierda!

—Por favor, Laura, tienes que encontrarlo.

Laura se puso a cuatro patas en el suelo y miró debajo de la cama. Enseguida vio la pieza metálica. Se le aceleró el corazón cuando estiró el brazo para recuperarla y luego la sujetó con firmeza entre el dedo índice y el pulgar.

—Ya lo tengo.

Alina suspiró aliviada.

—¿Qué es? —preguntó Laura, incorporándose. El objeto tenía el tamaño y la forma de una llave pequeña, pero sin dientes, solo una cabeza ovalada y un eje alargado y plano.

—Es una..., no sé cómo se llama en tu idioma. Es una *şaibă*. Primero tienes

que liberarme las muñecas. Sujeta la parte redonda y deslízala dentro de las esposas, por donde están los dientes.

Laura se arrodilló en la orilla de la cama y se inclinó hacia Alina. Tomó la manilla de las esposas en sus manos e insertó la *șaiibă* en el espacio entre los dientes y el trinquete.

—Ahora, tira hacia abajo como si apretases las esposas y empuja la *șaiibă* hacia dentro a la vez.

Laura lo hizo y, para su sorpresa, oyó un clic.

—Ahora, ábrela.

Abrió la manilla y liberó el brazo izquierdo de Alina.

—Has venido preparada —dijo Laura, desplazándose al otro lado de la

cama para abrir la otra manilla.

—Fue lo primero que compré cuando llegué aquí. Me pasé meses atada a una cama. No pensaba arriesgarme a dejar que me volviese a suceder.

—Lo siento muchísimo —dijo Laura con la voz quebrada—. Yo... Pensábamos que te había matado de un disparo en cuanto nos fuimos. Quisimos denunciarlo a la policía, pero...

—Ya lo sé.

—Ese hombre...

—Se llama Nicolae Gabor. Encontré su nombre en unos papeles en la casa. Junto con los nombres de todas sus víctimas. Todas las mujeres a las que su hijo y él violaron y asesinaron en ese lugar. Están aquí ahora, con nosotras.

Alentándome.

Le brillaron los ojos.

Laura levantó la vista alrededor de Alina. Asintió.

—Noto su presencia.

—También tengo los nombres de todos los niños, las familias a los que se los vendieron. Están en mi bolsillo de atrás. Sácalos.

La chica levantó el trasero y Laura sacó una hoja arrugada de papel del bolsillo trasero de los vaqueros.

—Guárdalo bien, Laura. Es la única oportunidad que tienen esos niños de que se haga justicia. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Vaciló un instante—. Lo siento mucho. Siento mucho haberte dejado allí en aquella casa. Con

él.

Alina se encogió de hombros.

—Su hijo era aún peor.

Laura negó con la cabeza mientras seguía trabajando en las esposas. Aquellas se le estaban resistiendo, negándose a ceder.

—Me alegro de haber ido a aquella casa —dijo Alina. Laura la miró, atónita—. Habrían seguido haciéndolo de no haber ido yo.

Laura lo entendió entonces. Sí. Estaba escrito que tenían que ir a aquella casa. Volvió a concentrarse en las esposas.

—Cuando pienso en lo cerca que estuvimos de no ir a parar allí... —Alina sacudió la cabeza—. Gabor se

puso hecho una furia con Dragoș por haber estado a punto de estropearlo todo. Los oí.

»La primera parte se la pusimos muy fácil. Se suponía que Dragoș tenía que interceptarnos en la estación, fingir que quería ayudarnos o llevarnos a punta de pistola a la casa, no lo sé. Pero se retrasó. Para cuando llegó, ya estábamos caminando por la vía hacia donde estaba él.

La segunda manilla cedió por fin y Alina se frotó las muñecas. Laura le dio la *șaiță* para que la propia Alina se liberase ella misma los tobillos.

Mientras lo hacía, dijo:

—Si no me hubiese adentrado en el bosque, supongo que nos habría

interceptado en las vías, en el punto más cercano a la casa. Fue ahí donde las cosas empezaron a torcerse. Me sorprendió, me llevó a la casa... Gabor se puso furioso porque Dragoş tendría que haberme dejado allí, en la casa, atarme y volver enseguida a buscaros, pero no lo hizo porque estaba muy excitado, y empezó a arrancarme la ropa, a decirme todas las cosas que iba a hacerme. Nunca volvió a estar tan hablador.

La tercera manilla se abrió y se concentró en la última.

—Estaba tan ocupado conmigo que no os oyó a ti y a Daniel entrar en la casa. Ya sabes lo que pasó a continuación. Pero no le contó a su

padre que vosotros habíais llegado a estar en la casa, que os escapasteis. Le daba demasiada vergüenza. Gabor creía que pensabais que yo había desaparecido sin más, y que no sabíais que la casa existía. Cuando Dragoş le contó la verdad al fin, Gabor se puso como loco. Lo oí darle una paliza a Dragoş. Se puso a gritarle, a decirle que tú y Daniel podríais haber ido a la Interpol. Pero no lo hicisteis, ¿verdad?

Laura cerró los ojos, embargada por la vergüenza.

—Como os habíais ido y ya habían pasado varias semanas cuando Dragoş se lo contó, Gabor supuso que estaban a salvo.

»Tengo veneno —dijo Alina, mirando

a Laura a los ojos—. Pastillas de cianuro.

—¿Qué es? ¿Como una píldora para suicidarse?

—O para matar a alguien. —Alina hizo una pausa y miró a Laura fijamente—. Tenía planeado dáros las a ti y a Daniel.

Laura la miró. Alina seguía manipulando la última manilla.

—Gabor tenía razón. Quería castigaros por dejarme allí tirada, por no acudir a la policía. A la policía de verdad, quiero decir. No a esa mierda de Constantin. Además... No podía soportar la vergüenza. Vosotros sabíais lo que me había pasado. No quería que nadie lo supiera. Pensé que si eliminaba

a todos los que sabían algo de mi calvario, sería libre. Podría empezar... de cero. Volver a nacer. Lo entiendes, ¿verdad?

Las dos mujeres se miraron a los ojos.

—Mi plan era mataros a ti y a Daniel y luego volver a buscar a Gabor.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Laura con voz trémula, mientras Alina liberaba la última manilla y luego se calzaba la bota.

—Iba a hacerlo, pero entonces vi a Gabor. En el hospital.

—¿Qué?

—Te estaba buscando. Le sonsacó tu nombre a Constantin, ¿sabes? Creo que debía de estar siguiéndote con la

esperanza de que lo condujeras hasta mí.

Laura sacudió la cabeza. Por supuesto, ella ya sabía que Gabor —el demonio, tal como lo llamaba ella entonces— había estado vigilándola. Recordaba el día en que estuvo a punto de caer a la vía del metro, cuando presintió que alguien la seguía por la calle. ¿La había empujado él? ¿O había sido Alina? Le daba demasiado miedo preguntar.

—Todos estábamos vigilándonos, dando vueltas en círculos —dijo Alina, leyéndole el pensamiento a Laura—. Cuando vi a Gabor, me obsesioné con matarlo. Pensé que si seguía vigilándote, si permanecía por allí cerca, tarde o temprano se me presentaría la

oportunidad. Pero entonces Camelia lo jodió todo.

Porque cuando aquella mujer la secuestró para tratar de sacarle información, había obligado a Gabor a actuar, dedujo Laura. Y cuando él la llevó de vuelta a casa, finalmente obligó a Alina a salir de su escondite, como ya debía de haber previsto, y aprovechó la oportunidad para llevárselas a las dos. Con el niño como extra.

Estaba a punto de hablar cuando oyó otro ruido a lo lejos. Un disparo.

Alina se levantó de la cama de un salto, corrió a la puerta y trató de abrirla, a pesar de que ya sabía que estaba cerrada por fuera. Se abalanzó entonces sobre la ventana y trató de

arrancar los tablones clavados. No se movieron. Estaban bien sujetos.

—Podría ser la policía, que ha venido a rescatarnos —dijo Laura, consciente de que le temblaba la voz.

Alina no le hizo caso.

—Tenemos que salir de aquí. Tal vez podríamos hacer fuego y quemar los tablones.

—¿Qué? ¿Estás loca?

Alina se volvió hacia ella.

—Sí. Las dos lo estamos, ¿no?

Laura no supo qué responder a eso. Sintió alivio al ver que Alina rápidamente descartaba la idea del fuego y se desplazaba hacia la puerta de nuevo. Se quedó plantada delante de ella un momento y luego levantó la pierna

derecha y dio un fuerte golpe con la suela de la bota contra el pomo. La puerta se estremeció.

—Sujétame —dijo Alina—. Por detrás, para que no me caiga.

Laura entrelazó los brazos por debajo de las axilas de la rumana y colocó una pierna detrás de ella para darle otro punto de apoyo. Alina levantó el pie bien arriba y volvió a golpear la puerta. El impulso estuvo a punto de hacer que las dos cayeran de culo. Laura se inclinó hacia delante, hacia la espalda de Alina, para que se apoyase mejor.

—Inténtalo otra vez.

Alina volvió a levantar el pie y lo descargó con todas sus fuerzas sobre la puerta.

CAPÍTULO 62

Gabor estaba de pie delante de mí, con el dedo suspendido en el gatillo, regodeándose en el terror que veía en mis ojos. Me había llegado la hora. Estaba muerto. Detrás de Gabor, Edward yacía inmóvil en el suelo. Cerré los ojos y deseé creer en Dios y en el Cielo y en que estaba a punto de ir a un lugar mejor.

En ese momento se oyó un gran estrépito procedente del interior de la

casa. Gabor miró hacia atrás y abrí los ojos, aprovechando la oportunidad para apartarme rodando por el suelo. Él se volvió y disparó, pero solo arrancó un pedazo de tierra del suelo a mi lado. Soltó una maldición y abrió el tambor del arma, palpándose el bolsillo para buscar más balas.

Me arrojé sobre sus piernas y lo derribé. Él seguía empuñando la pistola, pero el tambor no estaba cerrado y las balas cayeron a la hierba. Me dio una patada en la parte inferior de la barbilla y luego me golpeó de nuevo, alcanzándome en un lado de la cabeza. Caí de bruces al suelo, sintiendo un estallido en el cerebro; Gabor se puso de pie y luego se agachó a recoger las

balas desperdigadas. Masculló algo en rumano.

Levanté la cabeza y vi una figura oscura rodeando la esquina de la casa, apenas visible bajo la luz de la luna, corriendo hacia nosotros. Pestañeeé, sin saber si estaba sufriendo alucinaciones, si el golpe en la cabeza me había causado daños cerebrales. Era Alina. Se agachó a recoger algo a la carrera y pisó una rama, produciendo un chasquido. Gabor, que había acabado de cargar la pistola, se volvió en el preciso instante en que Alina llegaba a donde estábamos, pero ella ya estaba descargando sobre él la piedra que llevaba en la mano, aplicando todo el peso de su cuerpo. El ruido que hizo al impactar contra la

cabeza de Gabor fue sordo y húmedo.

El viejo se dobló sobre su estómago, tambaleándose, pero no cayó al suelo, y entonces Alina volvió a descargar la piedra sobre él, con ambas manos. Oí cómo se le fracturaba el cráneo, con un fuerte chasquido, como si estuviese resquebrajándose. Cayó hacia delante y Alina empujó el pie para darle la vuelta. Aún seguía vivo. Intentó hablar, pero no pudo, en cambio emitió una especie de gemido.

Alina me ofreció la piedra.

—¿Quieres hacerlo?

A su espalda, vi a Laura aparecer por la esquina, caminando despacio, con un fardo de mantas en los brazos. El fardo hizo un ruido y comprendí que era

Oscar.

—¿Daniel? —exclamó Alina—.

¿Quieres hacerlo?

Negué con la cabeza.

—Tú decides.

Sujetó la piedra con ambas manos y la descargó con todas sus fuerzas sobre la cara de Gabor.

—Por nosotros —dijo.

Volvió a golpearlo con la piedra.

—Por todos nosotros.

Y otra vez.

Aparté la vista, procurando no oír los espeluznantes chasquidos. Me concentré en la imagen de Laura viniendo hacia mí, y unas lágrimas me afloraron a los ojos, lágrimas de alivio. Estaba viva, el niño estaba vivo. Y yo también. Laura se

detuvo junto a la carbonera y me miró. No podía leer la expresión de su rostro, pero veía el brillo de las lágrimas en sus ojos.

A mi lado, Alina se hincó de rodillas junto al cuerpo de Gabor. Alargó el brazo y le quitó el arma de las manos inertes. Me la ofreció y, arrodillada todavía, con la cara blanca bajo la luz de la luna, miró hacia arriba.

—Yo maté a tu amigo —me dijo.

—¿A mi amigo? Por el amor de Dios, no era mi ami...

—A Jake. Yo maté a tu amigo Jake.

Sacudí la cabeza, sin comprender lo que me decía.

Volvió a ofrecerme la pistola y, sin pensar, la tomé en mis manos.

—Fui yo quien lo empujó desde ese puente. Sabía que le habías contado lo del bosque, lo que me pasó. Te estaba vigilando. Pensaba matarte a ti a continuación. A Gabor, luego a ti y luego a Laura. Vosotros me dejasteis en aquel lugar, dejasteis que me pudriera allí. Vine aquí a clamar venganza. Soy Mirela.

Me había quedado sin habla. ¿Mirela? ¿De qué diablos estaba hablando? Ni siquiera me importaba que dijera que hubiese ido allí a clamar venganza contra Laura y contra mí. En lo único que podía pensar era en que había matado a Jake.

—Pero vosotros dos no merecéis morir. Sois buenas personas.

A su espalda, Laura dio unos pasos hacia delante. Dijo el nombre de Alina, pero la chica rumana no le hizo caso.

—Os odiaba por haberme dejado en aquella casa, pero entiendo por qué actuasteis así, y ya no os culpo. Hicisteis lo que debíais. Y ahora debéis hacer una cosa más. —Señaló el arma en mis manos—. Quiero que me matéis.

—¡No! —exclamó Laura.

—Yo maté a Jake —repitió Alina—. Lo estaba esperando en el puente, fingiendo que estaba a punto de tirarme. Él se subió al pretil del puente para bajarme. Me ofreció su teléfono, me dijo que podía llamar a alguien, que solo necesitaba hablar con alguien. Y en cuanto me dio el teléfono, lo empujé. Lo

vi caer y me fui corriendo, dejé su cuerpo allí tirado en el suelo. Envié un mensaje de texto a la última persona que le había enviado un mensaje. —Me miró a los ojos—. Así que ahora tienes que matarme. Merezco morir.

—Daniel, no lo hagas —dijo Laura. Estaba temblando.

Visualicé la imagen que Alina había descrito. Vi a Jake, al buen samaritano de Jake, intentando ayudar a aquella desconocida en apuros. No podía saber quién era ella. Vi su cuerpo tendido en la calle de abajo. Mi mejor amigo. Un hombre en la plenitud de su vida a punto de conseguir lo que siempre había querido. Su futuro truncado por aquella mujer.

Con las manos temblorosas y el corazón desbocado, la apunté con el arma.

—Hazlo —dijo, sonriendo, y extendió los brazos—. Estoy lista para irme con mis hermanas.

—Daniel —dijo Laura—. No. No lo hagas.

Me temblaba el dedo al acariciar el gatillo. Las lágrimas me goteaban por la pechera de la camisa. A mi lado, vi el cadáver de Gabor, con la cara hecha un amasijo sanguinolento de huesos aplastados. Alina cerró los ojos, con una plácida sonrisa en la cara, como si mirase al sol. Oí las sirenas de la policía a lo lejos. Alguien debía de haber oído los disparos y la había

llamado. Las sirenas se oían cada vez con más fuerza, más cerca. Sujeté el cañón de la pistola. Alina no solo había matado a Jake y a Claudia, también era responsable de la muerte de Edward.

Y entendía sus motivos. Cuando estuviese muerta, no quedaría nadie que supiese lo que había pasado aquella noche en el bosque, ningún testigo de lo que Laura y yo habíamos hecho... y no hecho también. Solo quedaríamos Laura y yo. Todas las personas a las que yo se lo había contado estaban muertas, e Ion no sabía lo que había pasado cuando nos echaron del tren. Alina era la última. Sin ella, podríamos volver a la normalidad, hacer como si nada de aquello hubiese ocurrido. La tierra se quemaría, el

bosque quedaría reducido a cenizas.

Como si viniera de muy lejos, oí la voz de Laura decir mi nombre. Las sirenas estaban ya muy cerca.

—Hazlo —repitió Alina.

Apreté el gatillo.

SÉPTIMA
PARTE

LONDRES
ENERO DE
2014

CAPÍTULO 63

Llamé al timbre y esperé a que me abrieran. Llevaba lloviendo desde las Navidades, y ahora estaba allí de pie durante una insólita tregua entre aguaceros, viendo los nubarrones negros aproximarse amenazadores en el horizonte como acorazados.

No me importaba la lluvia. Había recuperado mi vida.

En cuanto entré en la oficina, Sophie me dio un abrazo.

—Has llamado a los decoradores de interiores.

La última vez que había visto aquel despacho estaba en llamas.

—Sí. Ese tacaño de ahí dentro ha prometido incluso que me dejará comprar unos cuadros para las paredes. —Dio un paso atrás y me miró—. Bueno, ¿cómo estás?

—Estoy bien —dije.

—Estupendo. Y... ¿cómo están Erin y Rob? Los vi justo el otro día, paseando a Oscar en su sillita por el parque. Los reconocí por los periódicos.

—Están bien, creo. Un poco conmocionados todavía por lo sucedido, pero inmensamente aliviados, cómo no.

Sophie me dio un vaso de agua.

—Lo cierto es que no me hablan, pero tengo que pasarme por allí dentro de un rato, a ayudar a Laura a sacar sus cosas.

—¿Ah, sí?

Ahora me tocaba a mí el turno de sonreír.

—Se viene a vivir conmigo otra vez.

Sophie juntó las manos.

—Qué gran noticia...

—Sí, hemos decidido..., bueno, ella ha decidido intentarlo otra vez. Desde el principio, yo nunca quise que nos separásemos. El caso es que a Laura y a mí nos unen muchas cosas, y nunca hemos dejado de querernos. —Hice una pausa—. Estamos yendo a terapia de pareja. El terapeuta dice que tenemos

que aceptar que lo que nos ocurrió forma parte de nuestra historia. Que es algo por lo que pasamos los dos juntos, y ahora que ha terminado, deberíamos pasar página. Aunque creo que si vuelve a decir la palabra «superación» una sola vez más, me subiré encima de su mesa y le pegaré un puñetazo.

Se echó a reír.

—Y dime, ¿cómo está él? —le pregunté.

Pero Sophie no tuvo oportunidad de contestar.

—Estoy bien. Aunque no gracias a ti.

Edward estaba en la puerta de su despacho. Sentí alivio al ver aflorar una sonrisa a sus labios. Se dirigió hacia mí, moviéndose todavía con paso vacilante.

La bala le había dado en el costado izquierdo del pecho, pero no en el corazón, y le había dañado los ligamentos de la parte superior del brazo. Había vuelto en sí momentos después de que yo disparase al cuerpo ya muerto de Nicolae Gabor y soltase la pistola, tras negarme a hacer lo que me pedía Alina. No podía matarla.

Luego había llegado la policía, con dos coches patrulla que frenaron chirriando en el patio delantero y agentes que bajaron de los vehículos de un salto y comenzaron a entender la escena que tenían ante sí, o al menos a intentarlo. Las ambulancias aparecieron minutos después. Mis recuerdos eran borrosos: el trayecto al hospital para

que me hicieran un chequeo, las preguntas de la policía, ver mi propio nombre en la pantalla del televisor del hospital mientras los periodistas trataban de desentrañar lo sucedido.

A lo largo de los siguientes días las webs de noticias publicaban la historia en grandes titulares: perfiles de Nicolae Gabor, lecciones de historia sobre el «oscuro pasado» de Rumanía, reportajes sobre los traficantes de drogas de Europa del Este en las calles de Londres, tráfico de recién nacidos, un detective privado heroico que había destapado todo el asunto y que ahora se recuperaba en un hospital de un disparo de bala, el novio de la mujer secuestrada que había arriesgado su

propia vida para salvarla a ella y al niño desaparecido... También estaba en marcha una operación policial en Rumanía en esos momentos: la policía estaba excavando en los alrededores de la casa de Gabor, recuperando los cadáveres de numerosas mujeres y niños. Además, estaban siguiendo el rastro de los bebés vendidos, con la lista que Alina había dado a Laura; se abrió un amplio debate en los medios, tanto en el ámbito local como en el internacional, sobre qué había que hacer. Algunos de aquellos niños ya eran adultos, y todas las madres biológicas estaban muertas, pero las parejas que habían pagado por ellos habían quebrantado la ley... Era todo un lío.

Pero ni la policía ni los medios conocían toda la verdad de la historia.

No sabían nada de Alina, que había desaparecido en el bosque cuando las sirenas de la policía sonaron más cerca.

Cuando les tomaron declaración, Laura contó a la policía que había sacado a Oscar a pasear y Gabor los había secuestrado entonces. Les dijo lo que planeaba hacerles a ella y al niño, que tenía previsto reanudar sus actividades relacionadas con el tráfico de niños allí mismo, en Inglaterra. Y yo me llevé todo el «mérito» por haber matado a Gabor, diciendo que fui yo quien le golpeó con una piedra cuando me apuntaba con el arma. Que lo había golpeado una y otra vez y luego le había

arrebatado el arma y le había disparado para rematarlo, para asegurarme de que estaba muerto.

Contraté a un abogado y se habló de la posibilidad de presentar cargos contra mí, hubo discusiones sobre si me había ensañado al usar la piedra, sobre qué había que hacer con respecto al uso excesivo y totalmente innecesario que había hecho de la pistola. Al final creo que la Fiscalía tuvo en cuenta a la opinión pública: sería malgastar el dinero de los contribuyentes acusarme por el asesinato de un secuestrador de niños y un violador en serie.

La policía estaba al tanto de los días que Alina estuvo escondida en el cobertizo de Erin y Rob, pero Laura

negó que la chica estuviera con ella la noche de autos, dijo que hacía días que no la veía. A mí me inquietaba que la policía pudiera querer analizar el interior del vehículo de Gabor, o la habitación en la que había esposado a Alina a la cama, pero con Gabor ya muerto, con Oscar sano y salvo, y con la declaración de Laura, en realidad no tenían motivos para seguir indagando. El caso estaba cerrado.

—El teléfono ha estado sonando sin parar desde que me reincorporé al trabajo —dijo Edward.

—Bueno, es que eres un héroe.

—Pues no sé, la verdad.

Me hizo señas para que entrara con él en su despacho. Me senté enfrente de él.

Las nubes que había visto fuera se desplazaron por delante del sol, dejando la habitación en penumbra.

—¿Sabes algo de Ion? —pregunté.

—Se ha ido a su país. Lo han deportado.

Asentí despacio.

—Bien.

—Él y yo estábamos en el mismo hospital, en distintas plantas, pero... vino a verme. Había visto las noticias en la televisión, quería hablar conmigo. O era un gran actor, o de verdad lamentaba todo lo ocurrido. Dijo que solo lo había hecho por dinero, que solo pretendía tener una vida mejor. Me parece que viene de un entorno muy empobrecido, sin recursos. Y no es ninguna lumbrera.

Emití una especie de gruñido. Me costaba mucho mostrarme compasivo, tanto si había tenido una infancia empobrecida y desgraciada como si no.

—Bueno, el caso es que me dijo algo interesante. Dijo que está seguro de que Camelia estaba compinchada con Gabor. Cree que el viejo la persuadió de que él conseguiría encontrar la droga.

—¿Y fue ella quien le dio las llaves de mi apartamento?

—Eso es lo que piensa Ion. Y tiene sentido. —Miró a la superficie de su mesa—. Y luego Gabor la mató. —Miró hacia la ventana—. Alina sigue en alguna parte ahí fuera, ¿verdad?

—Puede ser.

Me miró con curiosidad.

—¿Crees que ella también se ha ido a su país?

Le había dado muchas vueltas a eso. Una parte de mí pensaba que seguía en Inglaterra. A veces tenía la sensación de que alguien me observaba, pero cuando me volvía, no veía a nadie. Entonces la imaginaba de vuelta en su país, dispuesta a trabajar en su novela gráfica, para intentar llevar una vida normal otra vez. O tal vez se había ido a recorrer el mundo, a reinventarse. Después de todo, era libre para empezar de nuevo. Nadie sabía su grado de implicación en la historia, nadie sabía dónde estaba.

Cuando Alina me había dado el arma y me había dicho que la matara, me imaginé la cara de Jake, sentí que una

intensa oleada de odio e ira me invadía todo el cuerpo. Estuve a punto de apretar el gatillo.

Pero había habido ya tantas muertes... Y a pesar de sus actos, a pesar de que la odiaba por haber matado a mi mejor amigo, Alina había sufrido más de lo que cualquiera de nosotros podía imaginar. Y acababa de salvarme la vida. De modo que apunté con la pistola a la persona que verdaderamente merecía morir. En el momento en que apreté el gatillo, imaginé que Gabor todavía estaba vivo, implorando clemencia. Y vacié el tambor del arma en su cara.

¿Por qué dejé que Alina desapareciera después? ¿Por qué no le

hablé a la policía de ella? Por Laura. Fue ella quien me suplicó que no lo hiciera. Dijo que no quería que la castigaran por lo que había hecho, pero también era porque Alina sabía con exactitud lo que había pasado en aquella casa. Si la policía interrogaba a Alina, había una posibilidad de que la verdad saliera a la luz, de que fuera del dominio público. Ninguno de nosotros deseaba eso. Por tanto, a pesar de que quería que Alina recibiera su castigo por haber acabado con la vida de Jake, accedí. Aunque dejé claro a Laura que si Alina volvía a aparecer algún día, tendría que decírselo a la policía. No podía haber más secretos, más mentiras.

—La verdad es que no tengo ni idea

de adónde puede haber ido Alina —dije, respondiendo a la pregunta de Edward.

Nos quedamos pensativos y en silencio un minuto.

—Así que Laura y tú volvéis a estar juntos, ¿eh? —comentó al final—. Es una gran noticia.

—Gracias.

—Tienes suerte, Daniel. Pero asegúrate de cuidar bien de ella, ¿de acuerdo? Te doy mi consejo: si quiere viajar en primera clase, paga por ir en primera clase.

Me reí.

—Descuida.

Él también se rio e hizo una mueca de dolor, comprimiéndose el pecho.

—Dios, cómo duele todavía...

—Necesitas unas vacaciones. —Miré el reloj—. Será mejor que me vaya. Me he alegrado mucho de verte. Oye, todavía... Tienes que decirme cuánto te debo.

—Un millón de libras.

—Bueno, si vendo esta nueva *app* en la que he empezado a trabajar...

Sonrió.

—De verdad, no me debes nada. Cómprale a Laura un regalo o algo.

—Gracias, Edward.

Intuí que había otra cosa, que quería decirme algo más.

—¿Qué pasa?

—Es solo... Toda esta historia con Gabor, lo que hizo. ¿Sabes? Antes pensaba que cuando la gente hablaba de

la maldad, de que algunos seres humanos son malos por naturaleza, no podía ser verdad. Que solo era una forma de describir un comportamiento que la mayoría de nosotros no queremos analizar demasiado profundamente. Es como si fuera una forma fácil de explicar las cosas. «Ese hombre es malo.» «Esa mujer es mala.» Como esa enfermera que ha salido en todos los periódicos, a la que han condenado por matar a todos esos ancianos y a la que ahora han puesto en libertad por una confusión con el ADN. Antes me parecía increíble cuando la prensa decía que lo hacía porque era mala. Pero ahora...

—Crees que hay gente que ha nacido así.

Hizo una mueca.

—No lo sé. Pero es algo que me quita el sueño por las noches.

Nos estrechamos la mano y salí a la lluvia.

CAPÍTULO 64

Fui andando a casa de Erin y Rob, indiferente al mal tiempo pensando en lo que me deparaba el futuro. Sabía que las cosas no iban a ser un camino de rosas con Laura. No íbamos a tomarnos de la mano y encarar alegremente nuestro futuro en común mientras nos envolvía la banda sonora de una película de Disney. Íbamos a tener que hacer un esfuerzo para reconstruir nuestra relación, para volver a un punto en el

que no tuviéramos que ir siempre a cuentas con «lo que pasó aquella noche», como si fuera una pesada losa. Conocía a algunas parejas cuya relación había sufrido una profunda sacudida por culpa de una aventura y nunca habían podido superarlo del todo. El que había engañado al otro ponía un empeño excesivo en todo; el engañado no podía olvidar.

Nosotros no podíamos caer en eso.

Rob me abrió la puerta y me saludó con frialdad.

—¿Cómo está Laura? —preguntó.

—Está bien, gracias. Parece que su padre se está recuperando muy rápido.

—Me alegro.

Nos quedamos en el vestíbulo con

aire incómodo. La última vez que había estado allí, aquel espacio de la casa estaba abarrotado de gente.

—¿Dónde está Erin? —pregunté.

—Se ha llevado a Oscar a comprar. Todavía está... muy afectada por lo que pasó. No pierde al niño de vista ni un segundo. Ahora duerme con nosotros en la cama y ella se despierta cuatro veces por la noche a comprobar que sigue ahí.

—Lo siento, Rob...

—Pero supongo que debería darte las gracias por encontrarlo. Y la policía nos dijo que Laura cuidó muy bien de él, que hizo todo lo posible por que no pasara frío.

—Así es.

Suspiró.

—No te odiamos, Dan. Es solo que...
Apoyé la mano en su brazo.

—No pasa nada, amigo mío. No hace falta que lo digas.

Carraspeó un segundo.

—Está bien. Bueno, ya sabes dónde está la habitación de Laura. ¿Cómo te vas a llevar las cosas a casa? ¿Necesitas que te lleve yo?

—No, llamaré a un taxi. No hay muchas cosas.

—Entonces, te lo dejo a ti.

Subí a la habitación de Laura. La cama estaba sin hacer porque se había ido a toda prisa el día anterior después de enterarse de que su padre había sufrido un paro cardíaco en el campo de golf. Había sido algo muy leve, pero

Laura había decidido de inmediato que tenía que ir a verlo.

—Siguen siendo mis padres —había dicho—. Y puede que no sea demasiado tarde para intentar hacer que entiendan lo mal que me trataron cuando era pequeña, cómo me hace sentir eso. Además, voy a disfrutar mucho echándole un buen sermón a mi padre y diciéndole que tiene que cambiar de hábitos, comer mejor, dejar de fumar esos puros y hacer ejercicio de verdad.

Cuando salía para ir a buscar el tren, le dije que iría a casa de Erin y Rob y que recogería sus cosas.

—Para que ya lo tengas todo trasladado cuando vuelvas.

—No puedes... No tienes por qué

hacer eso.

—Es que quiero hacerlo.

—Pero no estoy segura de querer que toques mis cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues ya sabes, la ropa interior y todo eso. Además, se te da fatal hacer las maletas... Estará todo hecho un lío y completamente desordenado.

La besé.

—¡Oye! ¡Que no lo hago tan mal! Prometo no hurgar en tu ropa interior. Lo meteré todo en bolsas y tú ya lo pondrás todo en su sitio cuando vuelvas, ¿de acuerdo?

Aún parecía preocupada, pero su tren salía al cabo de una hora y ya no tenía tiempo para seguir discutiendo. Cuando

se iba, me abrazó.

—Te quiero —dijo—. Y... gracias.

—¿Por qué?

—Por no decirle a Edward la verdad de lo que pasó en aquella casa.

La atraje hacia mí.

—No tienes que darme las gracias, Laura. Cualquiera habría hecho lo mismo.

Me tocó la cara.

—No, eso no es verdad. Y por eso te quiero.

—Tus secretos están a salvo conmigo, Laura —dije—. Todos ellos.

Frunció el ceño y se apartó, dejándome un poco confuso. Pero enseguida olvidé la conversación.



No había muchas cosas que recoger, casi todo era ropa y cosméticos, unos cuantos libros, un secador de pelo y un Kindle con su cargador. Había un par de botellas de vino que decidí dejar allí. Yo ya no bebía, había decidido dar a mi hígado una oportunidad de regenerarse después de todo el abuso que había sufrido. Estaba resultando más fácil de lo que creía.

Laura lo había llevado todo allí en bolsas, que estaban dobladas debajo de la cama. Las saqué, las puse encima y empecé a llenarlas, metiendo primero las cosas más pesadas y luego la ropa. Encontré una foto de los dos pegada en

el fondo del armario, lo que me hizo sonreír. Teníamos las mejillas juntas y los ojos entornados, por el sol. La despegué de la madera, la dejé a un lado y me quedé sentado allí un momento, recordando nuestra noche alcohólica en aquella cama.

Habíamos vuelto a acostarnos después del funeral de Jake, en mi apartamento —que no tardaría en volver a ser de los dos—; un encuentro sexual ansioso y desesperado, en el que la habitación se estremecía por la dosis de emoción, estrés y dolor liberados. Una sesión de sexo intenso y gratificante que se prolongó toda la noche, como cuando nos conocimos y nos enamoramos, al principio de la relación.

La ceremonia de incineración había sido, en cierto modo, maravillosa. Estaba llena de gente que quería a Jake, hubo música y, en general, fue todo un acontecimiento. Una celebración de su vida. Y al mismo tiempo, sin embargo, fue algo terrible, una de las peores experiencias de mi vida. Me eché a llorar amargamente cuando su cuerpo desapareció deslizándose entre las cortinas de terciopelo, con Laura sentada a mi lado, pálida y descompuesta. Desde entonces la discográfica Universal había anunciado que iba a publicar un álbum con canciones que Jake ya había grabado. «Es lo que él habría querido», decía todo el mundo. Pero eso era una tontería.

Lo que él habría querido era seguir vivo, cantar esas canciones al público, recibir las ovaciones. ¿Qué sentido tenía la gloria póstuma? Pero no dije nada de eso. Me quedé callado.

Me obligué a dejar de pensar en Jake. Se suponía que aquel tenía que ser un día feliz, un día reservado a los pensamientos positivos.

Vacíé los cajones de la cómoda empezando por el inferior: camisetas y chalecos, luego medias y *leggings* y vaqueros. Por último, llegué al cajón de la ropa interior. Me reí al recordar las palabras de Laura, diciendo que no quería que se las tocara. Como si no se las hubiera visto nunca... Aun así, Laura era muy pudorosa. No era la clase de

persona que se sienta en el retrete mientras su pareja está con ella en el baño.

Recogí un puñado de bragas y sujetadores y, cuando los llevaba a la cama, se me cayó algo al suelo. Rebotó en la moqueta y se metió debajo de la cómoda. Me agaché a recogerlo. Era un iPhone.

Qué raro... Laura nunca había tenido un iPhone. No le gustaban los productos de la marca Apple, me había sermoneado un montón de veces explicándome las condiciones aborrecibles a las que estaban sometidos sus trabajadores en China. ¿Qué hacía ella con un iPhone?

Guardé el teléfono en una bolsa y

seguí haciendo las maletas. Cuando estaba a medias, Laura me llamó para decirme que iba a volver a casa antes de lo previsto, que ya estaba en el tren. Su padre estaba bien. Y ella quería estar en casa, conmigo.

Estaba a punto de preguntarle por el teléfono cuando se cortó la llamada. Supuse que el tren habría entrado en un túnel. Me encogí de hombros. No tenía importancia. Ya se lo preguntaría cuando llegase a casa.

Sonreí para mis adentros. A casa. Nuestra casa. No había mejor lugar en el mundo.

EPÍLOGO

Laura estaba sentada en la tapa del váter, tratando de no pensar en otro viaje en tren. Sujetaba la varita blanca de plástico entre el índice y el pulgar, casi sin atreverse a mirar. El retraso en la regla podía deberse al estrés. Al estrés y al miedo y la preocupación en los que vivía sumida últimamente. O a lo mejor tenía suerte.

A lo mejor tenía allí delante la suerte que no merecía.

Después del funeral de Jake, ella y Daniel habían vuelto juntos al apartamento de él. Habían terminado en la cama. Ya casi no se acordaba de los detalles, solo de que había llorado después de que hicieran el amor, y Daniel la había abrazado y le había dicho que aquella era la segunda oportunidad para los dos. Eso la había hecho llorar aún más. Y fue entonces cuando le dijo que había mentido por ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Laura, con voz estridente en el silencio de la noche.

—Cuando le dije a Edward lo que había pasado en la casa, cambié algunas cosas.

Ella se incorporó y lo miró fijamente, arrojándose con la colcha.

—Pero... ¿por qué?

—Porque quería protegerte, Laura. No quería que nadie te juzgara. No quiero que tú te juzgues a ti misma. Estábamos en una situación desesperada. En otra ocasión podría haber pasado como yo se lo conté. Y al final huimos los dos.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que fuiste tú la que se llevó al niño. Dije que fuiste tú quien insistió en sacar al niño de aquella habitación.

Mientras Daniel hablaba, Laura lo revivió todo con una claridad meridiana.

Daniel bajó la escalera con el bebé bajo un brazo y el candelero de hierro

en la otra mano; Laura iba detrás de él, casi incapaz de mover las piernas, andando únicamente porque él la animaba y le insistía para que siguiese avanzando.

Suplicó a Daniel que le diese el niño a Dragoş, que hiciese lo que le decía aquel terrorífico hombre de la pistola. Pero Daniel arrojó al bebé a los brazos de Laura para poder golpear al hombre con la barra de hierro.

—Les dije a Edward y a Jake que Dragoş te atrapó, que me vi obligado a elegir entre el niño y tú.

—Pero ¡no fue eso lo que pasó!

Laura cerró los ojos, recordándolo todo, recordando como, a pesar de que fue ella quien insistió en que entraran en

la casa, en cuanto tuvo que afrontar los horrores de aquella habitación en la planta de arriba, perdió todo su aplomo y valentía. Daniel se convirtió entonces en el héroe valiente.

Mientras los dos hombres se enfrentaban cara a cara, Laura sucumbió al pánico. Arrojó el bebé a los brazos de Dragoş y echó a correr. Salió huyendo por la puerta. Huyó desesperadamente, para salvar su vida, y Daniel no tuvo más remedio que seguirla, no tuvo más alternativa que dejar atrás a Alina y al niño.

Y entonces oyeron los disparos.

Era todo culpa suya. Ella los había abandonado. La cobarde era ella.

Después enloqueció, devorada por la

culpa. Ella, Laura, la mujer que había dedicado toda su vida profesional a ayudar a los niños, que había sufrido ella misma una infancia terrible, no había superado la prueba. Esa noche la imagen que tenía de sí misma había quedado destrozada. Su autoestima, la confianza que tenía en sí misma..., se vieron destruidas por completo. Consumida por la vergüenza y los remordimientos, no había podido seguir viviendo con Daniel, porque ahora sabía quién era ella en realidad. Él había sido muy bueno con ella, decía que no importaba, que lo hizo porque estaba asustada. Que la mayoría de la gente habría hecho lo mismo. Sin embargo, sus palabras no hicieron mella en Laura: se

había fallado a sí misma, había fallado a Alina, había fallado a aquel niño y a las mujeres de la habitación de arriba.

Después había suplicado a Daniel que no insistiese con la policía. Él quería acudir a la policía de todos modos, a pesar de estar convencido de que Constantin era un policía corrupto implicado de algún modo. Laura lo había convencido para que no lo hiciese. Daniel le dijo que no importaba, que nadie iba a juzgarla, pero él no lo entendía. No entendía nada. Ella sí se juzgaba a sí misma. Y no quería que nadie supiese lo que había hecho.

Cuando descubrió que Daniel había estado hablando con su psicóloga sobre la experiencia, empezó a atormentarse.

¿Y si se lo contaba todo?

Pero entonces la casa de la psicóloga había sufrido un incendio. Era como si los dioses estuviesen protegiendo a Laura.

Por un breve espacio de tiempo Laura pensó que el problema se había solucionado... hasta que Daniel le envió un mensaje diciéndole que había hablado con Jake. Laura se quedó horrorizada, presa del pánico. En realidad estaba furiosa; no tenía sentido negarlo. Se imaginó a Daniel contándole a Jake todo lo que ella había hecho esa noche. Ahora Jake no solo conocía sus defectos, no solo sabía que era una cobarde, cómplice directa de un asesinato, sino que además Daniel no

podía haber escogido peor persona en la que confiar. Jake era extremadamente indiscreto, incapaz de guardarse una información jugosa para sí. Oh, Dios... ¿Y si decidía escribir una canción sobre aquello? ¿O hablar de ello en una entrevista?

El mundo entero sabría entonces cómo era Laura en realidad.

Esa noche, tras el funeral de Jake, entre los brazos de Daniel, Laura le dijo que temblaba de frío y de la emoción. Él estaba tan feliz esa noche..., eufórico por haberla recuperado a ella. Y estaba convencido de que ella estaría contenta con él, agradecida de que hubiera tergiversado la historia cuando habló con Edward.

—¿Y Jake? ¿Qué le contaste a Jake? —preguntó, sin atreverse a mirar a Daniel.

—Oh, solo llegué a contarle el principio, hasta el momento en que oímos llorar al niño, porque tuvo que irse corriendo. Jake... murió antes de que pudiera contarle el resto de la historia, pero le habría contado la misma versión que le conté a Edward. Espero que no estuvieras preocupada por eso.

Le dieron ganas de gritar. ¿Por qué no se lo había dicho en su momento? ¿Por qué dejó que creyera que se lo había contado todo a Jake? Pero no podía gritar, no podía decir nada de nada.

Porque Daniel no podía llegar a

saber nunca lo que había hecho.



Poco después de recibir el mensaje de Daniel en el que le decía que iba a hablar con Jake, Laura salió al jardín de Erin y Rob. El espíritu de Alina reverberaba entre los dos manzanos, camuflado en la penumbra. No era un fantasma, Laura lo sabía ahora. Solo una mujer. Una mujer que había ido hasta allí para vengarse por lo que Daniel y ella habían hecho.

—Ha pasado algo —dijo Laura.

Habló a Alina del mensaje que acababa de recibir de Daniel.

—Tienes que ir a verlo —dijo Alina

— Tienes que ir a hablar con Jake, a suplicarle que no diga nada a nadie.

Así que eso era lo que había hecho. Laura se dirigía al apartamento de él cuando se lo encontró por el camino, delante de ella, en el puente de Thornberry, en dirección a su casa. Lo alcanzó y lo llamó por su nombre. Él se detuvo. Era tarde y no se veía a nadie por la calle.

—¿Laura? ¿Qué haces aquí?

—Hola, Jake.

Él se tambaleó un poco y Laura se dio cuenta de que estaba bebido. Jake se rio.

—¡Huy! Estoy un poco borracho. Hemos bebido champán. ¡Mucho champán! Creo que voy a firmar el

contrato, Laura. Después de todos estos años, por fin voy a conseguirlo.

Fue a abrazarla, pero ella retrocedió.

—¿Cómo puedes soportar abrazarme? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Daniel te contó lo que pasó en Rumanía.

Jake estaba tan borracho que apenas se aguantaba de pie.

—Sí. Rumanía. Joder, Laura. —La miró fijamente—. ¿Sabes lo que pienso? Que pasase lo que pasase, no deberías haber salido huyendo. Daniel está destrozado, Laura.

Aquello fue como si le hubiera dado una bofetada en la cara, pero Jake tenía razón. El daño que ella había causado

era infinito, y seguiría haciendo daño toda la vida. Antes de que Jake pudiera reaccionar, Laura se encaramó al pretil del puente y miró al tráfico que circulaba por debajo, preguntándose cuánto tardaría una persona en estrellarse contra el asfalto.

—¿Qué diablos haces? —exclamó Jake, subiéndose con paso tambaleante a la barandilla, a su lado—. ¡Uf! —dijo, mirando abajo, a la carretera.

Se sentó en el saliente que recorría la parte superior de la barandilla, de espaldas a la carretera. Laura se sentó a su lado.

—No puedes contárselo a nadie —dijo ella—. Prométeme que nunca se lo dirás a nadie.

La miró fijamente. Parecía mareado. Oh, Dios... Era porque Laura le daba ganas de vomitar. Sopló una ráfaga de aire frío que los zarandeó a ambos. A sus pies, el ruido del tráfico sofocaba casi por completo sus palabras.

—Tenemos que bajarnos de aquí, Laura.

Ella no se movió.

—Por favor, Laura.

—¡Prométemelo!

—Sí, claro, mis labios están sellados. Palabra de *boy scout*.

Pero Laura vio un destello extraño en sus ojos, como el brillo en la mirada de alguien cuando dice «te quiero» y no lo dice en serio. Y supo en ese instante que su secreto, su vergüenza, no estaba a

salvo con él.

Jake sacó su teléfono diciendo que iba a llamar a Daniel, pero ella se lo arrebató de las manos. Eso era lo último que debía suceder. Más dolor, más daño y confusión para Daniel. No.

El tráfico se apaciguó momentáneamente; los semáforos debían de haberse puesto en rojo.

—Júramelo por la vida de tu sobrina. Que nunca se lo dirás a nadie.

—Laura, eso es muy macabro. Eso es horrible. No, no pienso jurarlo por la vida de Cleo...

Lo empujó.

Laura se miró las manos. Luego se asomó por el puente y vio el cuerpo de Jake tendido en la calzada. No el suyo.

Demasiado cobarde para unirse a él e incapaz de soportar seguir viendo lo que había hecho, se volvió y se bajó del saliente de un salto sobre la acera.

Era una asesina. Una cobarde, una mentirosa, y ahora, una asesina.

La piel que le había vuelto a crecer no era su antigua piel: aquel era su nuevo cuerpo y no había muro de seda detrás del que esconderse.

«Y él nunca se lo dirá a nadie — pensó—. Nadie conocerá nunca a tu verdadero yo.»

Con las manos temblorosas, mirando a un lado y a otro para comprobar que no había nadie, escribió un mensaje a la hermana de Jake:

«He decidido que no puedo seguir

adelante. Nada tiene sentido y no merece la pena seguir luchando. Lo siento. Espero que no pienses que soy un cobarde. Por favor, dale a Cleo un fuerte abrazo de mi parte. Te quiero. Jake.»

Lo envió y regresó apresuradamente a casa, guardándose el teléfono en el bolsillo. Necesitaba deshacerse de él porque, si lo hallaban en su poder, todo el mundo sabría que estaba con Jake en el momento de su muerte. Pero no podía tirarlo a la basura inmediatamente; sus huellas estaban por todas partes. Ya se desharía de él más adelante. De momento, solo tenía que esconderlo en algún sitio.

Naturalmente, ahora ya sabía que cuando Jake le había dicho: «No

deberías haber salido huyendo», se refería a que no debería haber roto con Daniel. Pero ¿cómo iba a saberlo ella en aquel instante? ¿Por qué no le había hablado más claro? Cuando pareció que se mareaba, era porque Jake estaba borracho, no porque ella le diese ganas de vomitar.

Se quedó mirando el test de embarazo, esperando aún la respuesta, e intentó recordar qué había hecho con el teléfono de Jake. Los días después de su muerte eran como una nebulosa en la cabeza de Laura. Había enloquecido completamente por unos días, hasta la noche en que Gabor los secuestró a ella y a Oscar.

Alguien llamó a la puerta del baño

justo cuando aparecía el resultado del test. Se lo quedó mirando, perpleja, casi sin poder respirar.

«No merezco tener un hijo —pensó—. No merezco ser feliz. Una cobarde, una mentirosa, una asesina. ¿Qué clase de madre sería?»

—¿Piensa salir de ahí dentro? —exclamó una mujer con voz estridente, de desesperación.

—Sí, un momento.

Tiró de la cadena y abrió la puerta, intentando hacer caso omiso de la mueca de fastidio que le dedicó la mujer al cruzarse con ella. Llevaba el test de embarazo en el bolsillo, con sus dos líneas —el resultado positivo—, y cuando se dirigía a su asiento, tomó una

decisión.

Ahora iba a ser madre. Tenía que dejar atrás todo aquello. Daniel no podía descubrir lo que había hecho, no lo sabría nunca. Cuando Alina había mentido a Daniel sobre el asesinato de Jake, había hecho a Laura el regalo de la libertad para seguir adelante con su vida. Laura podía sacar una lección de eso, y también del hecho de que Daniel hubiese mentido por ella.

Había llegado la hora de mudar de piel otra vez, de desprenderse de la piel de asesina y empezar de cero.

No habría más cobardía, ni más mentiras, ni más miedo. En cuanto llegase a casa, le daría a Daniel la noticia del embarazo. ¡Iban a ser padres!

Justo lo que querían al principio de toda aquella historia. Se iba a volver loco de alegría. Iban a ser una familia. Y se hizo una promesa: nunca confesaría la verdad. Daniel no debía saber jamás lo que había hecho.

Regresó a su asiento, vio al revisor acercándose a ella y sacó el pasaje del bolso, sonriendo plácidamente cuando se lo selló, tratando de ignorar el modo en que temblaba el aire en el espacio que había detrás del hombre, la rendija que tanto trabajo le había costado cerrar y que ahora intentaba abrirse de nuevo, el mal empujando a través de aquella grieta para colarse en el mundo. Cerró los ojos, contó hasta tres y se obligó a abrir un ojo. La rendija había

desaparecido.

Por ahora.

Llevaba otro secreto escondido allí, en el interior del bolso. Había llegado por correo postal hacía un par de días, con matasellos de Francia. Era el segundo número de un cómic titulado *Mirela*, con dibujos hechos a mano, de solo treinta y dos páginas. Sin embargo, aquellas treinta y dos páginas contaban una historia muy familiar: dos parejas que se conocen en un tren, una chica vestida de negro que es víctima de un secuestro y de toda clase de vejaciones, su huida posterior y, finalmente, su venganza. Laura había devorado las páginas hasta encontrar la escena en que un hombre joven se cae por un puente.

El lector no ve las manos que lo empujan, solo la pavorosa expresión de su rostro: el estupor, la plena conciencia de lo que está ocurriendo.

En otra viñeta, Alina había dibujado a la heroína meciendo a un niño en brazos, los dos mirando al lector con gesto desafiante. Laura sacó el cómic en ese momento y buscó esa ilustración, miró al niño y lo acarició con el dedo.

Se llevó las manos al vientre y una lágrima le resbaló por la mejilla, atrayendo la atención de la mujer que tenía enfrente, quien ofreció un pañuelo de papel a Laura. Conmovida por aquel gesto, por la amabilidad de una extraña, Laura empezó a llorar, primero en silencio, luego sollozando, y al fin con

estremecedores hipidos, hasta que todos los pasajeros del vagón o bien la miraron estupefactos o se arremolinaron a su alrededor, tratando de consolarla. El tren siguió avanzando a través de los verdes campos, ajenos a todo, y entró deslizándose en un túnel oscuro. Laura se mantuvo a la espera, cerrando los ojos con fuerza, preparándose para volver a ver la luz al final del túnel, y en ese momento recordó, con una violenta y zozobrante sacudida que nada tenía que ver con el movimiento del tren, qué había hecho con el teléfono de Jake.

NOTA DEL AUTOR

Queridos lectores:

Gracias por leer *Hasta el fin de tus días*. Me encanta que los lectores me escriban para hacerme cualquier comentario, y pueden hacerlo a través de distintas vías:

por correo electrónico a través de markcity@me.com;

en

[Facebook.com/vossandedwards](https://www.facebook.com/vossandedwards);

o siguiéndome en Twitter, con el nombre de usuario

[@mredwards](https://twitter.com/mredwards).

Sirva de advertencia que el resto de esta carta puede contener *spoilers*, así que no la leáis hasta haber acabado el libro.

Como en mis anteriores libros, *The Magpies* y *Because She Loves Me*, esta novela está inspirada en un suceso que me ocurrió cuando era más joven, una experiencia que tomé como punto de partida y luego convertí en algo mucho más espeluznante para diversión de mis lectores.

Cuando tenía diecinueve años, la que era mi novia entonces y yo juntamos nuestros ahorros para poder irnos de Interrail por Europa. Pasamos meses planeando nuestro

itinerario, con la intención de disfrutar de un recorrido en tren por el continente que durase todo el verano. Nuestro presupuesto era reducido, pero iba a ser el viaje de nuestra vida.

Al tercer día de viaje, nos subimos a un tren nocturno con destino a Aviñón. Entramos en un compartimento privado y cerramos la puerta. Agotados tras una extenuante jornada recorriendo las calles de París y una noche sin dormir en un bullicioso cámping, nos quedamos profundamente dormidos. Cuando nos despertamos, descubrimos que nos habían robado las bolsas que llevábamos alrededor del cuello, en

cuyo interior estaban los pasajes de Interrail, los pasaportes y el dinero. Recorrimos todo el tren de arriba abajo, pero, por supuesto, los ladrones hacía rato que se habían largado. La realidad de la situación se hizo patente cuando llegamos a Aviñón, al amanecer. Los pasajes de Interrail no se podían recuperar de ninguna manera. Nuestro Grand Tour había terminado antes de empezar.

Hicimos autostop hasta Marsella para conseguir la documentación que nos permitiera viajar de vuelta al Reino Unido, y llegamos por la noche, muy tarde. Pasamos la noche en el suelo de la estación de tren, bebiendo agua del grifo de los baños

públicos, sin comida... (espero que tengáis preparado el violín). En un momento dado, un hombre de aspecto sospechoso se nos acercó y nos preguntó si queríamos que nos comprara algo de comida caliente... Rechazamos su oferta y nos escondimos.

Decidiendo sacar el máximo jugo a la situación, volvimos a casa en autostop, desde Marsella hasta Calais, más de mil kilómetros. Tardamos dos semanas. Y sin contar las noches que dormimos al raso junto a la autopista, los trayectos con hombres que, por suerte, no resultaron ser asesinos en serie y un desafortunado incidente con un

paquete de laxantes en un cámping cerca de Dijon, lo pasamos muy bien.

Cuando volvimos a casa, leímos en los periódicos ingleses una gran cantidad de artículos sobre delincuentes franceses que drogaban a los turistas en los trenes nocturnos para que se durmieran y poder robarles todas sus pertenencias. Aunque también cabe la posibilidad de que se tratase de la típica paranoia inglesa sobre los franceses.

Espero sinceramente que esta novela no disuada a nadie de visitar el hermoso e histórico país donde se desarrolla parte de la trama. Los malos de esta novela son tan ficticios como los vampiros de la leyenda. O,

por decirlo de otro modo, los monstruos no viven solo en bosques lejanos. Es igual de probable que vivan en la puerta de al lado.

Pero, por favor, si algún día os encontráis en un vagón de tren lejos de casa, sobre todo no os quedéis dormidos. Y si por casualidad os tropezáis con una casa escalofriante en mitad de un bosque oscuro, seguid mi consejo.

Corred.

Gracias de nuevo por leer este libro.

Con mis mejores deseos,

MARK EDWARDS

AGRADECIMIENTOS

Tengo la inmensa suerte de estar rodeado de un equipo pequeño pero extraordinariamente eficiente de personas que me ayudan a escribir y editar mis libros y ponerlos al alcance del público lector.

La más importante de todas es mi bella esposa, Sara, quien, una vez más, se ha encargado del trabajo verdaderamente duro (cuidar de nuestros tres hijos) para que yo pudiera aislarme y escribir este libro, tolerando que le dijese cosas como: «No puedo ayudarte:

tengo la cabeza en un bosque de Rumanía», cuando me llamaba para contarme las últimas catástrofes que estaban ocurriendo en casa. Sara también leyó esta novela antes que nadie y me hizo numerosas y perspicaces sugerencias, como siempre.

Este es mi cuarto libro en solitario con Amazon Publishing UK y debo mi agradecimiento, como de costumbre, a su formidable y entusiasta equipo, incluidos Emilie, Sana y Neil. Gracias también a David Downing, mi editor, por sus comentarios, su sinceridad y su ingenio.

Gracias a mi agente, Sam Copeland. Alguien debería comprarle la PlayStation 4 que tanto desea. Se lo

merece.

A Louise Voss, por esperar pacientemente a que acabara de escribir esta novela mientras se suponía que teníamos que estar escribiendo nuestro nuevo libro juntos.

A la autora Helen Fitzgerald, por sus consejos extremadamente útiles, que me resonaban en los oídos mientras escribía esta obra.

Dos de los personajes de esta historia se llaman como dos de las lectoras que se ganaron ese dudoso privilegio a través de un concurso en Facebook: Sophie Carpenter y Alina Ghinescu. Alina también me ayudó leyendo el manuscrito y revisando las partes que hablaban de Rumanía para una mayor

precisión.

Gracias a Jonathan Hill, que respondió a todas mis preguntas sobre farmacia.

Gracias también a todo el personal de la cafetería Latuske, en Wolverhampton, por suministrarme el combustible necesario para alimentar mi escritura: los mejores huevos revueltos y el mejor café de las West Midlands (y, posiblemente, del mundo).

Y, por último, y más importante, gracias a los numerosos lectores que se han puesto en contacto conmigo a lo largo de estos dos últimos años a través del correo electrónico, Twitter y Facebook. Vuestras palabras de aliento me impulsaban a seguir cuando creía

que ni yo ni mis personajes íbamos a conseguir salir de aquel oscuro bosque...